CHARLES MAURRAS

MIS IDEAS POLITICAS

TEXTO ORDENADO POR
PIERRE CHARDON

EDITORIAL HUEMUL S. A.
SANTA FE 2237 - BUENOS AIRES

Título del original francés:
Mes Idées Politiques
Librairie Arthème Fayard

Traducción castellana de
JULIO IRAZUSTA

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

A
MADAME
LA MARQUESA DE MAILLÉ

TABLA DE MATERIAS

PREFACIO

La política natural

I. — EL HOMBRE

II. — PRINCIPIOS

III. — LA CIVILIZACION

IV. — LA CIENCIA POLÍTICA

V. — LA DEMOCRACIA

VI. — LAS CUESTIONES SOCIALES

VII. — RETORNO A LAS COSAS VIVIENTES

PREFACIO

LA POLÍTICA NATURAL

I

LA DESIGUALDAD PROTECTORA

El pollito rompe la cáscara del huevo y se echa a correr.

Poca cosa le falta para exclamar: "Soy libre"... Pero ¿y el hombrecillo?

Al recién nacido le falta todo. Mucho antes de correr necesita ser sacado de su madre, lavado, envuelto, alimentado. Antes de estar instruido para dar los primeros pasos, decir las primeras palabras, debe ser guardado de riesgos mortales. El escaso instinto que tiene es impotente para procurarle los cuidados necesarios, es preciso que los reciba, bien ordenados, de otro.

Ha nacido. Su voluntad no nació, ni su acción propiamente dicha. No ha dicho *Yo* ni *Mi*, y está muy lejos de hacerlo, cuando un círculo de rápidas acciones obsequiosas se ha dibujado en torno de él. El hombrecillo casi inerte, que perecería si afrontase la naturaleza brutal, es recibido en el recinto de otra naturaleza solícita, clemente y humana: no vive sino porque es su pequeño ciudadano.

Su existencia ha comenzado por esta afluencia de servicios exteriores gratuitos. Su cuenta se abre con liberalidades que aprovecha sin haber podido merecerlas, ni siquiera ayudarlas con un ruego; no pudo pedirlas ni desearlas; sus necesidades todavía no le fueron reveladas. Años pasarán antes que la memoria y la razón adquiridas vengan a priponerle ningún débito compensador. Sin embargo, en el primer minuto del primer día, cuando toda vida personal es muy extraña a su cuerpo, que se asemeja al de una bestezuela, atrae y concreta las fatigas de un grupo del que depende tanto como de su madre cuando estaba encerrado en su seno.

Esta actividad social tiene, pues, como primer carácter, el de

no comportar ningún grado de reciprocidad. Ella es de sentido único, y proviene de un mismo término. En cuanto al término que el niño significa, es mudo, *infans,* y está desprovisto de libertad como de poder; el grupo en que participa está perfectamente puro de toda igualdad: ningún pacto posible, nada que se asemeje a un contrato. Para esos acuerdos morales se requieren dos. La moral de uno de ellos aún no existe.

No se podría registrarlo en términos demasiado formales, ni admirar demasiado ese espectáculo de autoridad pura, ese paisaje de jerarquía absolutamente definida.

Así, y no de otra manera, se configura en su primer rasgo el rudimento de la sociedad de los hombres.

La naturaleza de este principio se define tan luminosamente que en seguida resnlta esta grave consecuencia, irresistible, a saber que nadie se engañó tanto como la filosofía de los "inmortales principios" cuando describió los comienzos de la sociedad humana como el fruto de convenciones entre mocetones tan bien formados como llenos de vida consciente y libre, obrando en perfecta igualdad, casi pares si no pares, y casi contratantes, para concluir este o aquel abandono de una parte de sus "derechos" con el expreso propósito de garantizar el respeto de los ajenos.

Los hechos hacen añicos y polvo esos ensueños. Su Libertad es imaginaria, su Igualdad postiza. Las cosas no ocurren así, no preparan nada que se le asemeje, y presentándose de modo muy diverso, el tipo regular de todo lo que se desarrollará a continuación es esencialmente contrario a aquél. Todo evoluciona y evolucionará, obra y obrará, decide y decidirá, procede y procederá por acciones de autoridad y desigualdad, contradiciendo en ángulo recto la grotesca hipótesis liberal y democrática.

Supongamos que no sea así y que la hipótesis igualitaria tenga la menor apariencia. Imaginemos, por imposible, al hombrecillo de una hora o de un día, acogido, como lo quisiera la Doctrina, por el coro de sus pares, compuesto de niños de una hora o de un día. ¿Qué harán en torno de él? ¿Qué servicio le prestarán? Si se quiere que sobreviva, que ese pigmeo sin fuerzas esté rodeado de gigantes, cuyas fuerzas se emplean en su favor sin su control, según el gusto de ellos, según el corazón de ellos, con toda arbitrariedad, al solo fin de impedirle perecer, se precisa de necesidad absoluta: Desigualdad sin medida y Necesidad sin reserva, que son las dos leyes tutelares cuyo genio y poder debe soportar para su salvación.

No es sino mediante este Orden "diferencial como todos los órdenes" que el hombrecillo podrá realizar este tipo ideal del progreso: *El crecimiento de su cuerpo y de su espíritu.*

Crecerá en virtud de esas desigualdades necesarias.

El modo de llegada del hombrecillo, los seres que lo esperan y la acogida que le dan, sitúan el advenimiento de la vida social

muy aquende la aparición del menor acto de voluntad. Las raíces del fenómeno tocan las profundidades de la física misteriosa.

Solamente que (y este nuevo punto importa más tal vez que el primero) aquella Física *árquica* y *jerárquica* no tiene ninguna ferocidad. ¡Muy al contrario! Benigna y dulce, caritativa y generosa, ella no muestra ningún espíritu de antagonismo entre aquellos que pone en comunión: si no hubo ni sombra de un tratado de paz, es en primer lugar porque no hubo el menor indicio de guerra, de lucha por la vida entre el recién llegado y quienes lo recibían: es una ayuda mutua para la vida, ofrecida por la naturaleza al pequeño huésped desnudo, hambriento, lloroso, que no tiene siquiera en la boca un óbolo que le pague su bienvenida. La Naturaleza no se ocupa sino en socorrerlo. El llora y ella lo acaricia y lo mece esforzándose por hacerlo sonreir.

En un mundo donde las multitudes dolientes elevan a grandes clamores reivindicaciones *mínimas,* que aquellos que las escuchan no dejan de calificar de calamidades *máximas* —en este mundo donde se supone que todo debe surgir de la contradicción entre ciegos intereses y de la batalla de irreducibles egoísmos—, he aquí algo muy distinto y que no se puede considerar como el azar de un encuentro ni como el accidente de una aventura; he aquí la constancia, la regla, y la ley general del primer día: una lluvia de beneficios que cae sobre el recién nacido. Con menosprecio de todo equilibrio jurídico, ¡se lo hace comer sin que haya trabajado! Se lo obliga, sí, se lo obliga a ¡aceptar sin que haya dado! Si las madres responden, es preciso hacer vivir a quien se hizo nacer, su sentimiento no es clasificable entre los duros axiomas de lo Justo, procede del complaciente decreto de una Gracia. O si hay empeño absoluto en hablar de Justicia, ésta se confunde por cierto con el Amor. ¡Así es! Ninguna vida humana conduce su operación primordial corriente sin que se la vea revestir esos adornos de la ternura. Contrariamente a las grandes *quejas* del poeta romántico, la *letra social,* que aparece *en el hombro desnudo,* no está *escrita con el hierro.* Allí no se ve más que la huella de los besos y de la leche: su fatalidad se revela, hay que reconocer allí el rostro de un favor.

...Pero el hombrecillo crece: sigue en el mismo camino real del mismo beneficio indebido, literalmente *indebido;* no cesa de recibir. Además de habérsele inculcado una lengua, a veces rica y sabia, con la grave herencia espiritual que ella aporta, una nueva cosecha que él no sembró es recogida día a día: la instrucción, la iniciación y el aprendizaje.

La pura receptividad del estado naciente disminuye a medida que se atenúa la desproporción de fuerzas entre su medio y él; el esfuerzo, ahora posible, le es exigido; la palabra que se le dirige, más grave, puede teñirse de severidad. A las primeras dulzuras que lo originaron, sucede un amor viril, que incita al trabajo, lo prescribe y lo recompensa. La imposición se emplea

a veces contra él, pues el hombrecillo, más dócil en un sentido, lo es menos en otro: se ve capaz de defenderse, hasta para resistir a su propio bien. Debe trabajar, y el trabajo puede costarle. Pero lo que él pone de su parte es largamente compensado por la suma y el valor de nuevas ganancias —cuya cuenta aproximativa no puede establecerse aquí sino a medias.

En efecto, debemos hacer a un lado lo que el hombrecillo adquiere de más precioso: la educación del carácter y el modelado del corazón. Este capítulo, vasto y complejo, está infestado de tontos, bandidos, desvergonzados que conservan allí cierto margen de sofismas para sostener la baja tesis del niño-rey y del niño-Dios, cuya sublime originalidad sería violada por los padres, extraviada por los maestros, empobrecida o afeada por la educación, mientras que está patente que dicho amaestramiento necesario limita el egoísmo, dulcifica una dureza y una crueldad animales, enfrena locas pasiones y hace elevar así del "pequeño salvaje" al más amable, fresco y encantador de los seres que existan: el adolescente, niña o muchacho, cuando es educado y civilizado. La verdad se ríe de los más enredados sofismas. Mas, puesto que nuestra exposición de los hechos debe demostrar antes que describir, es preferible descuidar una buena parte de los mismos y cortar los excesos de un debate oneroso. Atengámonos a lo indiscutible, *a lo que no tiene réplica*: nos basta la alta evidencia de la unilateral generosidad que el predecesor otorga al sucesor del espíritu. Ahí, no se supone que el niño pueda comprar con una línea o compensar con un punto el haber inmenso que se le ha comunicado, tal como fue capitalizado por su ascendencia, mucho más pesada en siglos de lo que él tiene en años. Su círculo nutricio así transformado en energía y luz se agranda inmensamente, y nada aparece allí que pueda aún asemejarse a ningún régimen de igualdad contractual. Si se quiere, hay un intercambio. Pero es el de la ignorancia a cambio de la ciencia, el de la inexperiencia de los sentidos, la torpeza de los movimientos, la incultura de los órganos, a cambio de la enseñanza de las artes y de los oficios: don puro y verdadero hecho al niño del proletario como al niño del propietario, regalo común "al becado y al heredero", pues el más pobre recibe su parte; en un sentido es infinito y no comporta ninguna compensación.

Así alimentado, acrecido, enriquecido y adornado, el hombrecillo tiene entonces mucha razón en tomar conciencia de lo que vale y, si "se ve la punta de la nariz", estimar a su justo precio las brillantes novedades de que aspira a tomar la iniciativa a su tiempo. Pero hasta que haya dado una prueba, hasta que haya puesto en planta una obra, apenas si puede acceder al feliz contenido de los cuernos de la abundancia que se le ofrecen. Como se tomó el trabajo de nacer, apenas debe tomarse el de cosechar para ingerirlo, el fruto de oro de la palma que el dios desconocido suele depositar a sus pies.

II

LIBERTAD MAS NECESIDAD

Acabado el crecimiento, he aquí un nuevo nacimiento. Del niño sale el adulto. La conciencia, la inteligencia, la voluntad aparecen; al ejercerlas, él es dueño de sí. Le ha llegado su turno de vivir, su *yo* está en condiciones de devolver a otros *yo* todo o parte, o más o menos de lo que le fue adjudicado sin ninguna subasta.

Su esfuerzo personal se asemeja al de sus padres, tiende a los mismos fines de eterna melancolía y universal descontento que impulsan a todo mortal al intento de cambiar la faz del mundo, lo que no ocurre jamás sin vértigo ni embriaguez. Los aturdimientos de la acalorada juventud no pueden contribuir mucho a abrirle los ojos sobre la verdad de la vida. Empecemos por fingir que hacemos lo mismo, y sigamos a nuestro joven adulto en el torbellino de esa actividad que el deseo, el ejemplo y sus seducciones anudan, desatan, estimulan y estorban.

El eterno obrero se pone pues a la obra; hace y deshace, arranca y agrega, derriba y reconstruye, a menos que, viajero y mediador, trafique, compre y venda. Así puede entrar en todas las vueltas y revueltas del mundo y la obediencia que lo llevan a experimentar y a veces a conocerse: constante o no consigo mismo, fiel o no hacia otro, no puede por menos de medir la altura de sus hermanos, superiores o inferiores, sobrepasándolos, sobrepasado por ellos, según su valor o su fortuna, pero hallando muy pocos iguales aunque le sea usual, cómodo y cortés hacer y decir como si todos lo fueran.

Aquello que puede reconocer como verdadera igualdad entre los hombres que se le revelan, se asemejaría más bien a una cosa que sería *la misma* en todos. ¡Cómo representarse esta entidad?

Es un compuesto de ciencia y conciencia: algo que es *lo mismo* que lleva a los unos y a los otros a ver, sentir y recordar en todo objeto, lo que es lo mismo, invariable, fijo, sin variaciones; una facultad de adherir espontáneamente a los axiomas universales de los números y las figuras; a refugiarse y hallar reposo en las percepciones o conquistas inmemoriales del buen sentido moral; la distinción del bien y del mal; la actitud de escoger o rehusar el uno y el otro. En fin, para decirlo con una palabra, aquello que con formas o intensidades diversas constituye, en su esencia, lo personal.

Para hacer su idea más clara pensemos en el arquitecto de la ciudad del alma o su geómetra o dibujante-agrimensor, ocupado en delimitar con la pluma o el lápiz los vagos terrenos baldíos, ocupados o disputados por los sentimientos, las pasiones, las imágenes, los recuerdos, todos aquellos elementos, diversos de energía como de valor que le son naturales a cada hombre: la

curva irregular con que los dibuja puede tender a formar un círculo o un óvalo o cualquier otra figura, pero figura flotante, móvil, extensible, y dotada de las elasticidades de la vida. Ahora bien, he aquí algo que va a obligar al mismo profesional a servirse de su compás, y con un ángulo constante, para el rayo que describirá un circulito concéntrico de rígida circunferencia: el círculo determinará el reducto donde está y se acumula el tesoro, el depósito de los bienes espirituales y morales con que la razón y la religión concuerdan para hacer el atributo de la humanidad. Todo hombre que tiene eso vale como cualquier otro hombre para eso. Ahí se asienta pues lo impenetrable y lo inviolable, lo inalterable, lo incoercible, lo sagrado. Las nueve décimas partes del amor, que son físicas, reciben allí su misteriosa y última décima parte, semidivina, chispa que lo eterniza o lo mata. Es el lugar reservado al punto más elevado de nuestra naturaleza. Y como se repite tal cual en cada uno de los hombres más disímiles, es la medida de todos por fin hallada. ¿Cuántas veces aquel metro mental y moral podrá referirse a la estatura y volumen de los innúmeros ejemplares realizados del ser humano? ¡La intensidad de sus pasiones! ¡La extensión de sus necesidades! ¡Su talento! ¡Sus robusteces! ¡Sus vicios! ¡Aquellas de sus virtudes que provienen de una fuente corpórea o de origen mixto! ¡Todo aquello que la persona asocia y agrega de carácter mineral, vegetal o animal, en el zócalo viviente de su humanidad!

De la universal expansión humana surge este punto de referencia. No hay que pensar que lo hayan descubierto los Modernos. Lo conocieron muy bien Sófocles y Terencio. El auditorio de sus teatros no lo ignoraba. Por más que se abuse de alguno de sus textos, nuestros Antiguos no dudaban de que la personalidad estuviese igualmente presente en el esclavo y el amo. El pequeño servidor platónico llevaba en sí, como Sócrates, toda la geometría. Lo que no quiere decir que fuese el igual de Sócrates ni se considerase, o pudiese considerarse, como tal: lo cual hubiese sido equivalente a sostener que somos todos iguales porque todos tenemos una nariz. Pero con que esta identidad, que sirva y pueda servir de unidad de relación, *basta;* toda la actividad racional y moral de los hombres hállase por ello sometida a una *misma legislación.* Él es distinto en otra cosa. En aquélla es el mismo. Que la acción personal dependa de la vida privada, de la vida social y política, todo lo que ella tiene de *voluntario,* comprometido en el cuadro de los derechos y de los deberes, cae bajo el criterio de lo Justo y de lo Injusto, y del Bien y del Mal.

Tal es el circulito, y su jurisdicción. No podría extenderlo a todo el bosque viviente de las acciones inconscientes e involuntarias que recubre y puebla a la gran figura difusa de que está rodeado. La medida de las leyes morales no puede bastar a la policía de este área inmensa.

He aquí en primer lugar (lo que no se discute de nadie) la ley del cuerpo: cubrirse para no resfriarse, apoyarse para no caer, alimentarse para no perecer. Pero deben existir otras leyes. Un coro de beneficios colectivos se impuso ya al naciente animal humano con la mira de ayudar su crecimiento físico y moral. Si crecer y madurar lo emancipa de los lazos originarios, ¿no va a ser sometido a otras condiciones que también tendrán su grado de necesidad? No está prometido a la soledad. No la soportaría. El hombre adulto, por turbia que sea la agitación que lo impulsa, y a menudo por el efecto de esa turbación, no cesa de soportar un primer movimiento que consiste en buscar a su semejante, para atraerle o unirse a él.

Ahora bien, tengamos cuidado de advertir que ante todo él no va a proponerle ni ponerle alguna condición definida de acuerdo deliberado. Su movimiento será *personal* más adelante: aún no es más que individual.

Antes de ser electivas, sus afinidades han sido instintivas. Hasta comenzaron por ser fortuitas y confusas: a menudo debidas únicamente al concurso de las circunstancias. El niño ya jugó mucho, con numerosos compañeros (y los primeros que encuentra) antes de articular el gentil *¿quieres jugar conmigo?* de los jardines públicos de nuestras grandes urbes. El hábito de estar juntos se anudó solo; *consuetudo* en que la Moral antigua vió un carácter de Amistad. Lo que es reforzado por las camaraderías de la adolescencia. Por fin, con la inteligencia de la vida, los motivos de hacerlo aparecen cada vez más razonables y buenos: *desde entonces todo ocurre,* se lo puede decir osadamente, *como si el hombre hecho tomara conciencia de las prodigiosas ventajas que le valió su función social innata y hubiese decidido acrecerlas imitando la obra de la Naturaleza no sin renovarla con su arte. Así la criatura de la Sociedad "quiere a su vez inventar y crear la asociación".*

En realidad, eso es menos neto. Un chorro incontenible de confianza inicial le hace desear y solicitar de su semejante el socorro, el concurso o las dos cosas juntas. Pero ahí un instinto no menos fuerte engendra un movimiento inverso, una desconfianza que conduce a desear y solicitar precauciones y garantías en el uso de ese socorro o de ese concurso. Sea por alguna intuición de genio, sea a tientas, busca y halla cómo eliminar de esa asociación lo que en ella teme: el riesgo de las variaciones, el peligro de la perversión. Busca, halla la manera de asociar la duración con la seguridad. Las cláusulas de un Contrato van a agregarse a todos los bienes de la asociación deseada: que sean juradas o no, como orales o no, escritas en el ladrillo o en la piedra, en la piel de un animal, de un tronco de árbol o en el papel, se menciona allí la fe de las personas que deciden por fin comprometer sus voluntades firmes según los dictados de sus espíritus conscientes.

La primera confianza en la asociación inicial no puede asombrar; surge del sentimiento de un mismo destino en la debilidad y el esfuerzo, en la necesidad y la lucha, en la defensa y el trabajo. *¡A mí! ¡Socorro! ¡Una ayudita! ¡Una manito!* Nada más natural al hombre: débil, hállase siempre demasiado solo; fuerte, no se siente jamás ni bastante seguido ni bastante obedecido. ¿Habría buscado con tanta avidez el concurso de sus semejantes si éstos no hubieran sido tan disímiles, si todos hubiesen sido sus pares, y si cada uno de ellos se le hubiera parecido como un número a otro número? Lo que deseaba en otros era lo que no hallaba exactamente *igual* en sí. La desigualdad de los valores, la diversidad de los talentos son los complementos que permitieron y favorecieron el ejercicio de funciones cada vez más ricas y potentes. Ese orden nacido de la diferencia de los seres engendró el éxito y el progreso comunes.

Cuanto a la desconfianza entre asociados ella debía depender de los modos de la colaboración: al enganche y la voluntariedad, el horario, las estaciones, el complejo de condiciones favorables y hostiles; depende sobre todo de los productos resultantes de los trabajos en común: son objetos materiales a distribuir; están predestinados a los continuos reclamos que nacen de todos los repartos. El socio se cuida del socio con la misma espontaneidad con que lo hace contra el ladrón o el estafador.

Si pues la necesidad impone la cooperación, el riesgo del antagonismo tampoco será jamás suprimido: la superabundancia de los productos salidos del maquinismo no lo remediará en nada. En la abundancia universal siempre habrá lo mejor y lo menos bueno, las diferencias de calidad serán apreciadas, deseadas, disputadas. Lo que tendrá el honor y la dicha de apaciguar el hambre elemental, despertará otros deseos, numerosos, ardientes entre los cuales renacerá la disputa. La historia nos enseña que las guerras, extranjeras o interiores, no nacieron todas de la escasez. Los litigios civiles también tienen otras causas. ¿No ocurre que los más ricos se disputan lo superfluo? Se esfuerzan por prevenir este mal universal previéndolo; se establecen acuerdos por los cuales las partes se comprometen a sí mismas. Que el Contrato produzca a su vez dificultades, es la vida y su juego de intereses apasionados. Las simientes de guerra son eternas, como las necesidades y los deseos de la paz.

Hay que asociarse para vivir. Para vivir bien hay que contratar. Como si saliese de un verdadero impulso físico, la Asociación se asemeja a un apremiante y humilde consejo de nuestros cuerpos, cuyas miserias se entresolicitan. El Contrato proviene de las especulaciones deliberantes del espíritu que quiere conferir la estabilidad y la identidad de su *persona* razonable a los cambiantes humores de lo que no es él. Para ilustrar el distingo, pensemos en las causas que unen a la pareja natural: poderosas, profundas, movedizas como el amor; y comparémoslas a la razón distinta

del pacto nupcial que las junta y las sublimiza en un hogar que quiere durar.

Anudada, sellada por el Contrato, la Asociación merece considerarse como la maravilla de las químicas sintéticas de la naturaleza humana. Esta maravilla, inhallable en el origen de las relaciones sociales, nace en su centro floreciente, cuyo fruto es. La Asociación contractual fue precedida y fundada —y luego puede ser sostenida— por todo aquello que toma parte en la "constitución esencial de la humanidad": hay que desearle posarse con fuerza en los conglomerados preexistentes, seminaturales, como semivoluntarios, que le ofrece la herencia gratuita de milenios de historia feliz: los hogares, las ciudades, las provincias, las corporaciones, las naciones, la religión.

En suma, el Contrato, instrumento jurídico del progreso social y político, traduce las iniciativas personales del hombre que quiere a su vez crear agrupaciones nuevas, que agraden a su pensamiento, que sean a la medida de sus deseos, para salvaguardar sus intereses: el arte, el oficio, el juego, el estudio, la piedad, la caridad; basta pensar en esas compañías, en esas confraternidades, para sentir en qué medida la persona puede allí multiplicar la persona, lo humano sobrepasar lo humano, fecundándose las promesas y las esperanzas unas con otras. Una acción que sabe hacer servir las construcciones de la Naturaleza para la voluntad del Espíritu, confiere a sus obras una firmeza sobrehumana.

Aunque se lo haya dicho demasiado, no habrá que creer que la Asociación voluntaria haya hecho especiales progresos en nuestros días.

Su poder más bien se debilitó, y la causa de ello es clara. Depende de la decadencia de la persona y de la razón.

La Edad Media vivió del contrato de asociación destinado al entero edificio de la vida. La fe del juramento intercambiado de hombre a hombre, presidió al encadenamiento de la multitud de servicios bilaterales cuya vasta y profunda eficacia se dejó sentir durante largos siglos. Amo estatutario de las voluntades, el compromiso contractual nacía en la carreta, se imponía por la espada y regulaba el cetro de los reyes. Pero esta noble mutualidad jurídica, vivificada por la religión, estaba fuertemente arraigada y por así decir injertada en el sólido tronco de las instituciones naturales: autoridad, jerarquía, propiedad, comunidad, lazos personales con el suelo, lazos hereditarios de la sangre. En lugar de oponer la Asociación a la Sociedad, se las combinaba una con otra. Sin lo cual el sistema habría rápidamente languidecido, en el caso de que hubiese jamás comenzado.

Desde entonces, se trata penosamente de hacer creer al hombre que no es en verdad tributario o beneficiario de compromisos personales: así pretende regularlo todo con un *quiero* o *no quiero*. Las creaciones impersonales de la Naturaleza y de la Historia le son presentadas como muy inferiores a las suyas. Se

le reserva los caracteres de la conveniencia, la utilidad y la bondad como si él hubiera sacado todo de sí mismo por la industria individual de su cerebro con la elección más o menos personal de su corazón. Entretanto, ¿fue él quien al nacer se sustrajo de una muerte cierta? Fue cogido y salvado por un estado de cosas que lo esperaban. ¿Fue él quien inventó la disciplina de la ciencia y de los oficios que aprovecha sin tasa? Recibió hechos esos capitales del género humano. Si no se queja de esos bienes, los aprecia muy poco y distingue cada vez menos todo lo que debe aún sacarles.

III

HERENCIA Y VOLUNTAD

Pues esta alta fuente sobrehumana no se agotó.

No hemos agotado tampoco el riesgo de las desdichas a que se halla sujeta toda vida de hombre, que tenga seis meses, veinte o cien años. Después del frío, el hambre, la desnudez, la ignorancia, muchas otras adversidades la amenazan, las que la pueden vencer o sobre las que puede triunfar según sean su coraje, su inteligencia y su arte.

Lo cual depende bastante del hombre. Este puede llevar una conducta desarreglada, de acuerdo a tales o cuales principios improvisados que vienen a lisonjear su deseo. Pero también puede prestar seria atención a los usos y costumbres establecidos antes de él. Este Hombre de Costumbres tiene sus razones, esta Razón ha sido verificada por la experiencia.

Porque hay una Barbarie, lista para destruir y requisar las sociedades —porque ellas encierran una Energía siempre dispuesta a violentarlas—, porque se hace una mezcla de Barbarie y Anarquía muy apta para arruinar y romper todos los contratos del trabajo social —porque esas dos amenazas siempre están en suspenso—, les ocurrió a nuestros antepasados establecerse como soldados y buenos soldados, ciudadanos y buenos ciudadanos, para guardar su paz, mantener sus hogares, y el resultado debe ser tenido en cuenta; puesto que sin él no estaríamos donde estamos. La ley civil y militar no nació de una voluntad arbitraria del legislador ni del capricho de una dominación. Al fundar esos pilares del orden se obedeció a necesidades muy distintas. Es aconsejable no conmoverlos, en razón de los males que ahorran.

Otros males serían evitados, y grandes bienes procurados, si el orgullo individual fuese menos reacio para concebir las condiciones normales del esfuerzo humano, las leyes de su éxito, el orden de su progreso, todo ese código aproximativo de la suerte cuyos artículos la Naturaleza parece haber redactado a una media

luz algo crepuscular, pero en que el hombre ve claro desde que se lo propone. Lo que lo ha conservado es lo que lo conserva y lo conservará. Esos procedimientos tutelares deberían ser un objeto de su constante estudio: permitirían hacer por medio de la ciencia, sabiendo lo que hace, aquello que se consigue demasiado como pura rutina. Y largas horas de escuela se acortarían.

El poeta filósofo Mauricio Maeterlinck nos interesó en nuestros años mozos cuando nos traducía la famosa parábola emersoniana del carpintero que se cuida muy bien de colocar arriba de su cabeza la viga que quiere labrar a escuadra: la pone entre las piernas, para que cada uno de sus esfuerzos se multiplique por el peso de los mundos y la fuerza reunida del coro de las estrellas. Pero el carpintero puede estar ebrio o loco; puede haberse hecho una idea falsa de la gravitación, o ignorarla: si coloca arriba lo que debe estar abajo, la fatiga y el agotamiento lo vencerán antes de haber concluido su trabajo, o habrá prodigado un tiempo excesivo y una labor desmesurada, corriendo enormes riesgos de hacerlo mal. Es lo que le ocurre al hombre que descuida el concurso bienhechor de las leyes que disminuirían su esfuerzo. El quiere sacarlo todo de su propio fondo. Espíritu limitado, corazón enviciado, niega las verdades adquiridas para seguir las quimeras que ni siquiera inventó.

Sin embargo, algo bueno y dulce que no hemos nombrado todavía: *la familia*, que le abrió las puertas de su vida le da un consejo fortificado por la idea del honor y el sentido de la dignidad, que inclina a todo adulto civilizado a volver a empezar los establecimientos de esta providencia terrestre. Pero ¡es aquello que muchos *quieren* negar hoy! Muy recientemente nuestros rusos, embrutecidos o pervertidos por judíos alemanes, habían estimado que se podría hallar algo infinitamente mejor que lo hecho por la madre Naturaleza en lo que concierne a la recepción y la educación de los niños. El episodio de su nacimiento siempre humilló un poco al espíritu innovador. El liberalismo individualista y el colectivismo democrático quedan igualmente chocados, no sin lógica, al ver que los hijos de los trabajadores más conscientes y emancipados sean así arrojados a la vida sin ser previamente consultados, ni solicitados para pronunciarse con el voto sobre tan grave aventura. No podían remediarlo: por lo menos nuestros rusos quisieron aplicarse firmemente a estatizar y centralizar los hogares domésticos que hasta entonces, entre ellos como en otras partes, formaban republiquetas bastante libres que vivían por sí mismas, según la ley de los muertos, más o menos modificada por la fantasía de los vivos. A este sistema irracional sustituyeron administraciones, servicios y oficinas estatales. Apoyados en el sentir de sus *pedólogos* inventores de una ciencia superior a la Pedagogía —la que según ellos era insuficientemente marxista y a veces hasta antimarxista—, decretaron que el niño arrancado cuanto antes posible a sus padres debería

entregarse a las casas-cunas, guarderías y jardines públicos. Lo que antiguamente era el mal menor se convertía en la nueva regla. El niño fue de inmediato invitado a formarse a sí mismo, por la elección de sus maestros y monitores. ¡Gran progreso que resultó desdichado! Los rusitos crecieron mal. Se ha visto desarrollarse en hordas errantes a una juventud lisiada, enferma, criminal. Se debió diezmarla, y volver a la moda antigua, verificando el principio de que la Antifísica es más cara y menos segura que la Física. Quien puede utilizar la caída de agua, la marea y el viento, no necesita ir a buscar en las entrañas de la tierra un combustible artificial. En política las fuerzas utilizables están al alcance de la mano. ¡Y con qué potencia! Desde que el hombre se pone a trabajar con la Naturaleza, el esfuerzo queda aliviado y por así decir compartido. El movimiento vuelve a empezar por sí sólo. El hijo halla muy sencillo llegar a ser lo que su padre; el antiguo lactante, alimenta a otro; el herrero trata de conservar y aumentar la herencia a fin de legarla a su turno; el ex alumno enseñará. El antiguo aprendiz será maestro de obras; el antiguo iniciado, iniciador. Todos los deberes de que se ha sido beneficiario quedan invertidos y transferidos a nuevos beneficiarios, por una mezcla de automatismo y conciencia en la que tienen parte las costumbres, las imitaciones, la simpatía, las antipatías, y de la que hasta es preciso guardarse muy bien de excluir los atractivos del egoísmo, pues ellos no están en conflicto obligatorio con el bien social.

Pero Mirabeau es el único revolucionario que haya comprendido algo de eso. En su mayoría ellos sueñan lo contrario: padecen la rabia de reconstruir el mundo sobre la punta de una pirámide de voluntades desinteresadas. No pueden soportar la importuna evidencia de que las cosas prefieren descansar en una base espaciosa y natural.

Entretanto ¿qué dice la Naturaleza? En su amplio consejo, en el que todos los recursos de la vida son puestos en acción, nada prevalece sobre el mantenimiento y la protección del techo doméstico, pues de allí, palacio real o simple choza, todo salió: trabajos y artes, naciones y civilizaciones. No se ha observado bastante que, en el decálogo, el único motivo invocado en apoyo de un mandamiento, afecta al artículo cuarto: el que funda la familia, que los Septantes expresan así: *"Honrarás padre y madre para vivir largamente en esta buena tierra que Dios nuestro Señor te dio."* De hecho ¿fueles concedida una vida particularmente larga a los mortales que observaron esta regla? No se lo sabe, pero es cierto que la longevidad política pertenece a las naciones que a ella se conformaron. Ningún gobierno feliz se emancipó de aquella regla. Se lo ha visto todo, menos eso. La historia y la geografía de los pueblos, siendo muy variadas, producen regímenes cuya forma exterior varía también; pero el hecho de que el Poder nominativo sea allí unitario o plural,

cooptado, hereditario, elegido o tirado a la suerte, nada tiene que ver con este otro, de que los únicos gobiernos que *viven mucho tiempo,* los únicos prósperos son, siempre y en todas partes, aquellos que están públicamente fundados en una fuerte preponderancia otorgada a la institución paternal. Por lo que reza con las Dinastías, eso va de suyo. Pero las grandes Repúblicas, todas aquellas que vencieron y se sobrepusieron a las edades, fueron francos patriciados: Roma, Venecia, Cartago. Las que niegan esos principios de la Naturaleza no tardan en negarse a sí mismas practicando un nepotismo desenfrenado, como lo hace nuestra República de los Camaradas, que es ante todo una *República de hijos de papá,* de yernos y sobrinos, de cuñados y de primos.

Como las familias son desiguales en fuerzas y propiedades, un prejuicio puede acusar a su reinado de establecer injustas desigualdades iniciales entre los miembros de una generación. Antes de encarar este reproche, miremos en la cara a quienes lo formulan. Son, o judíos que desde hace un siglo lo deben todo a la primacía de su raza o satélites de la Nobleza republicana. Su impúdico oligarquismo secreto, los bajos provechos que le sacan establecen cuántas mentiras envuelve su fórmula de igualdad. Pero esas mentiras también muestran que no se destruye a la Naturaleza: con sangre desigual, la Naturaleza procrea hijos sanos o enfermos, bellos o feos, débiles o fuertes, y prohibe a los padres desinteresarse de sus criaturas dejándolas jugar, solitas, su fortuna entera en el paño verde del examen o el concurso. Que éste sea vigilado, que las pruebas del examen sean leales, que la trampa y el fraude queden severamente reprimidos, lo exige la justicia, y hay que clamar para que así sea, pues nada es más cierto. Pero no es de ninguna manera cierto que la justicia exija el concurso en todo, ni que todo sea concurso en la vida. Nada prueba tampoco que algunas debilidades, comprobadas en la pista de carreras, no se puedan compensar en otra parte y que, en fin, la credencial del campeón, el diploma del primero de la clase o del medalla de oro, sean los únicos títulos para clasificar a los humanos. El torneo y la justa son hermosas pruebas: pero la vida tiene otras, que no son juegos y de las que está ausente la convención. El valor personal que no se podría cultivar demasiado tiene derecho a los grandes puestos, en los cuales nada se debe omitir para colocarlo; pero en razón misma de lo que es el mérito no le es ni muy difícil ni siquiera desagradable en el fondo sobrepasar en uno u otro terreno a los titulares de otros valores no personales. De hecho el mérito personal dirá siempre la última palabra. El hombre que se hizo a sí mismo recibió con ello, además de un temperamento sólido, una robusta altivez, una original reserva. El hombre que desciende de sus antepasados conserva también un justo orgullo. Cuando esos variados poderes se suman en un mismo sujeto,

tanto mejor para él y aun más para la colectividad. Cuando ellos rivalizan, es aún excelente. Cuando luchan con odio, tanto peor. Pero ¿es el odio fatal?

La competencia, aun la más moderada sería desastrosa, si no existiese más que un fin en el mundo y si la vida no ofreciese más que un objetivo a los deseos y a las ambiciones; si sobre todo, el primer lugar en la sociedad o el Estado debiese entregarse necesariamente al ganador de los ganadores, al laureado de los laureados, debiendo la prueba de las pruebas comportar la designación pública y suprema del MEJOR así llamado a reinar en razón de su número 1; pero no ocurre nada de eso. Por una parte las sociedades sanas y los Estados bien constituidos no ponen su corona en remate ni en concurso, y por lo demás, dentro de la extrema variedad de los empleos de la vida y del talento del hombre, las conciliaciones, las equivalencias, los acomodos posibles abundan. Se dirá que los conflictos abundan igualmente. ¿Se creerá realmente que la selección artificial de los méritos personales esté tan desprovista de rozamientos dolorosos? Dejando su imperio "al más digno", Alejandro lo entregaba también a las batallas de sus lugartenientes, quienes lo despedazaron, como era natural, en nombre del sentimiento de la dignidad y de la superioridad de cada uno. Similares voces de orden, extendidas a toda la vida civil, la agitan y la entristecen. Lo que termina por establecer, en el pueblo de los competidores, un grado de emulación apasionada que segrega espantosa envidia. La salud pública nada gana con ello, el nivel general no tarda en sufrir graduales derrumbamientos: aun en las razas mejor dotadas, DEMOCRACIA acaba en MESOCRACIA.

Todos los declamadores insistirán en los daños de los excesivos desniveles. En efecto, perpetuadas en exceso las desigualdades exageradas pueden tender a captar una suma de bienes que de ese modo volveríanse inútiles. Entretanto nada es más raro ni más difícil que la duración de las fortunas muy grandes, y si llega a ocurrir, implica a menudo su justificación: sobre todo en un país activo y nervioso como el nuestro, tal duración exige virtudes excepcionales. Por lo común, los vastos bienes se acumulan con mayor facilidad que se conservan, y se conservan con mayor facilidad que se transmiten. Poderes de transferencia y despojo constantes parecen implícitos en los dominios demasiado extensos cuya apariencia es la más estable. La pereza y la disipación son hijas de la abundancia excesiva. Mas por su parte la pobreza contiene un aguijón enérgico y salubre, que no tiene más que picar al hombre para hacerla desaparecer bastante rápidamente. Esas compensaciones y esas oscilaciones naturales ¿tienen por objeto final hacer reinar un juicioso equilibrio? Como quiera su efecto moderador y atemperador no es dudoso. En cualquier sentido que gire la rueda de la fortuna, ella gira: los

celos y las envidias no son ofuscados eternamente por los mismos objetos.

El error consiste en hablar de *justicia*, que es virtud o disciplina de las voluntades, con motivo de esos arreglos que están por encima (o por debajo) de toda convención voluntaria de los hombres. Cuando el mozo de cordel, en la canción marsellesa, se queja de no haber salido "de las bragas de un comerciante o de un barón", ¿a quién alcanza el reproche?, ¿a quién el agravio? Dios está demasiado arriba y la Naturaleza es indiferente.

El mismo hombre tendría razón de quejarse de no haber recibido lo que se debía a su trabajo, o sufrir alguna ley que se lo quita o que le impide ganarlo. Tal es la zona en que ese gran nombre de justicia tiene un sentido.

Las iniquidades a perseguir, castigar y reprimir fueron fabricadas por la mano del hombre y es sobre ellas que se ejerce el papel normal de un Estado policía en una sociedad que él quiere justa. Y aunque el Estado tenga que observar los deberes de la justicia en el ejercicio de cada una de sus funciones, no es por justicia, sino en razón de otras obligaciones como debe tratar en la débil medida de sus poderes, de moderar y regular el juego de las fuerzas individuales que le están confiadas.

Pero no puede administrar el interés público sino a condición de utilizar con lúcida pasión los variados resortes de la naturaleza social, tales cuales ellos son, tales como ellos juegan, tales como ellos prestan servicio. El Estado debe abstenerse de aspirar a la imposible tarea de revisarlos y cambiarlos; mal pretexto, la llamada "justicia social": ésta es el apodo de la igualdad. El Estado político debe evitar de conmover las infraestructuras del estado social que no puede alcanzar ni alcanzará, pero con las cuales sus imbéciles empresas pueden causar grave daño a sus súbditos y a sí mismo.

Los imaginarios agravios, dirigidos en nombre de la igualdad contra una Naturaleza de las cosas perfectamente irresponsable, producen el efecto invariable de hacer perder de vista la sinrazón real de los criminales responsables: ladrones, estafadores y filibusteros, que son los aprovechados de todas las revoluciones. Los especuladores que espuman el ahorro público no desempeñan jamás su asqueroso oficio con impunidad más tranquila que en las épocas en que los celos populares son artísticamente desviados hacia la "riqueza adquirida", o movilizados contra las "doscientas familias". La Finanza culpable descuella entonces en hacer pagar en lugar suyo a una agricultura, una industria, un comercio enteramente inocentes de las condiciones que dependen de su estado natural.

En cuanto a los bienes imaginarios esperados de la igualdad, harán sufrir a todo el mundo. Al prometerlos, la democracia no logra sino privar injustamente al cuerpo social de los bienes reales que saldrían no digo del *libre juego*, sino del *buen uso*

de las desigualdades naturales para el progreso y el provecho de cada uno.

Aquel que para igualar suprime toda concentración de riqueza, suprime también las reservas indispensables que debe inmovilizar toda empresa que sobrepase un poco el orden común: de nada sirve reemplazar esos tesoros privados por los del Estado; la decadencia asegurada y rápida de todos los Estados gravados con semejante carga revela la insuficiencia de aquel medio de sustitución.

Aquel que para igualar suprime la transmisión normal de los bienes que no fueron devorados en una generación, suprime también una de las fuentes de aquella preciosa concentración: suprime además todo lo que compone y prolonga los capitales morales, que son todavía más preciosos. Desaparecen medios educativos: el tono de las costumbres, su elegancia, su perfección, su refinamiento; ¡bárbaro y triste sistema en el que todo se reduce a las medidas de una vida de hombre o mujer! ¿Se cree no destruir sino injustos privilegios personales? ¿Se piensa no empobrecer más que a ciertas clases colmadas? Se despoja a la colectividad entera. Una feliz sucesión de napas de influencia superpuestas irrogaba beneficios de que participaban hasta los más desheredados, que elevaba el estado general del país, estableciendo allí un alto promedio de cultura y urbanidad: se hace naufragar todo eso en la misma grosería.

El extranjero que nos visitaba bajo el antiguo régimen admiraba el delicado francés, puro y fino, que hablaban los simples artesanos del pueblo de París. Su lenguaje reflejaba una especie de pulida superficie, un orden de natural distinción inherente a las sociedades bien constituidas: *dispares ordines sane proprios bene constituta e civitates* como lo comprueba fuertemente la sabiduría católica...

No hay bien social que no se coseche en el campo casi ilimitado de las diferencias humanas. Pongámoslas al mismo nivel, y todo languidece. Se deshonra a la justicia y se traiciona su interés imponiendo su nombre al humo que sale de esas ruinas.

La odiosa envidia contra la grandeza ¿hará preferir esas ruinas? Sepamos por lo menos que no se evitarán. La mediocridad no dura sino porque no conserva ni renueva nada, carente de generosidad, de devoción, de corazón. Las violencias internacionales siempre amenazantes, las erosiones internas debidas a la complacencia en bajos errores, dan muy pronto al traste con semejante régimen: ellas lo destruyen o más bien él se destruye en ellas. El porvenir humano quiere como defensores a un cierto heroísmo, a una cierta caballería que no puede hallarse igualmente compartida en todos. Las excepciones humanas son indispensables a la humanidad. Si se las reprime, declinan, después desaparecen, pero llevándose toda la vida. Se requieren fuertes señoríos para que haya burguesía próspera, y burguesía próspera

para que haya artesanía activa y artes florecientes. Las cabezas poderosas y generosas, más que la belleza y el honor del mundo constituyen ante todo su energía y su salvación.

No hay que dejar oprimir esta verdad. Es preciso atreverse a decirla, lo más alto posible, y sin volver sobre sí inútiles miradas, sino contemplando nada más que aquella verdad, su claridad y su beneficio. El hombre pobre se honrará rindiendo justicia a la riqueza, ante todo porque *existe*, y después si se le da buen *empleo*. El hombre sin antepasados no cumple más que con su deber al elogiar con justicia las capitalizaciones seculares y el servicio histórico y moral de la herencia. Lo que nada le quitará de su dignidad ni de su altivez, pero justificará su desprecio por el ladrido de perros cuyo oficio consiste en pensar como perros: esos polemistas de la anarquía expresan una idea digna de ellos cuando pretenden que las relaciones humanas están necesariamente en tensión y agriadas por la experiencia de las desigualdades; más bien lo están por la proclamación de igualdades que no existen. Se conocen niños que no sufren por no igualar la estatura de sus padres. Se conocen amos y servidores entre quienes la clara diferencia de funciones establece la más sencilla de las familiaridades, una especie de parentesco. Si la deseable fraternidad de los hombres quisiera que fueran iguales, esta virtud no podría unir a los hermanos en la carne allí donde existen mayorazgos y segundones. Pero de superior a inferior, como de inferior a superior, la deferencia, el respeto, el interés, el afecto, la gratitud, son sentimientos que suben y bajan fácilmente los grados de la escala inmemorial, sin que la Naturaleza les oponga ningún obstáculo real. Ella incita sus movimientos, por la diversidad de los servicios ofrecidos, solicitados, prestados. Tal es el diálogo del anciano con el joven. Tal es la conversación del maestro con el discípulo. Nada más cordial que la relación de los hombres y de los jefes en un buen ejército. Por añadidura, la justa altivez de unos, la arrogancia insoportable de algunos otros, ¿tendrían que sufrir o hacer sufrir? Errores, pasiones y amarguras, que serán, pese a todo, menos crueles que los constantes efectos del frenético mito de un igualitarismo imposible, cuando agudiza, consolida y perpetúa los antagonismos fortuitos de la vida, al vivir, el viento de las cosas, al soplar, aliviarían, disiparían, modificarían o curarían.

El mal del mundo es tan natural como el bien, pero el mal natural es multiplicable por el sistema, por los artificiosos excitantes de la democracia. En el fondo, por envidiables que sean las grandezas sociales, el sentimiento de las inferioridades es de todos el que provoca más escozor, para quienes interroga la verdad de los corazones. *Batte, oprobio de la montaña sagrada*, sufre incomparablemente más de no ser ni Moréas ni Racine que el peor igualitario de no ser un Rotschild o un Montmorency. Saberse idiota cerca de Mistral, de Barrès o de Anatole France es mucho

más duro que vivir como pequeño burgués en el mismo barrio que el señor de Villars.

Además nada obliga a sufrir la menor injusticia. No se trata de agacharse ante ningún tirano. La obsesión del *abuso* posible hace olvidar que su represión es posible también. Cualesquiera que sean los Poderes, hay otros Poderes a su lado. Hay un Poder, Poder soberano que tiene por función primera caer sobre los grandes cuando son culpables.

No se admitirá este punto de vista, hasta se lo rechazará a priori si se pone confianza en el lugar común revolucionario que supone esencial enemistad entre los gobernantes y los gobernados. Sin embargo, sus intereses son comunes. Y el más fuerte de todos es el interés de la justicia que el uno "distribuye" y que el otro reclama. La justicia contra los Grandes es tal vez la más frecuente, si no la más fácil, cuando el Soberano, constituido sanamente, no reposa ni en la Elección ni en el Dinero, sino que se funda él también en la Herencia. *Sin* tal poder, la impunidad como la preponderancia quedan aseguradas para los malos adquirentes, poseedores, sucesores de los bienes de fortuna. *Con* el poder hereditario, los abusos sociales son juzgados y corregidos por el buen ejercicio del principio de que se prevalecen indebidamente; el castigo que se les da es el más legítimo, el más sensible, el más corriente y el más eficaz: toda la práctica de la Monarquía francesa lo prueba.

El gobierno de las familias, tan mal comprendido, es el más progresista de todos. A mediados del siglo XIX un revolucionario francés, de paso en Londres, se indignaba del espectáculo que daba y aún da, en aquella supuesta *democracya*, la institución de un senado hereditario muy ricamente dotado. Un comerciante de la City le respondió: *"Tal vez tendríais razón, señor, acerca de este o aquel miembro de la Alta Cámara, pues el lord Tal es conocido por su estrechez de espíritu. Tal otro por su crasa ignorancia. Un tercero o cuarto por su ebriedad. Y eso le vale a nuestra comunidad algunas pérdidas netas. Pero que el quinto o el décimo sea una persona distinguida y digna de su rango (lo que también ocurre) su posición nativa lo va a poner en condiciones de reembolsarnos, centuplicado, lo que todos los otros hayan podido costarnos."*

Nada que contenga mayor verdad práctica.

Una comunidad así organizada posee en efecto, sin revolución ni desorden, ni favores ilegales, dentro del orden y el derecho, cuadros que estarán seguros de renovarse y refrescarse con un brillante personal, superiormente instruido y preparado para los grandes empleos que puede ejercer en el primer vigor de la edad. Porque era hijo de Filipo, Alejandro había conquistado el mundo antes que el demagogo Julio César hubiera tenido la misma idea, aunque él había nacido en el alto patriciado de su República. Por el sistema de la antigua Francia, el genio vencedor de Rocroi

pudo revelarse a los veinte años. Un país de derecho hereditario está siempre abastecido de "jóvenes ministros"; y no una vez cada medio siglo a favor de indignas aventuras, tales como nuestro Panamá de 1892, como nuestro Frente Popular de 1937: salvo tales accidentes, nuestra democracia mereció el apodo de Reinado de los Ancianos. El rendimiento de las dinastías no está hecho, pues, para un partido ni para un mundo. Es el bien evidente en todo. Y el interés del pueblo bajo es el que más depende de aquél. Aun suponiendo que las minorías empiecen siempre por servirse egoísticamente a sí mismas, la minoría viajera tiene los colmillos más largos que la otra, es fuerte acaparadora y consumidora: le falta, decía Renán, el hábito de ciertas ventajas y de ciertos placeres de que el "hombre de calidad", está "harto". Este ávido derecho de pernada de advenedizos sin modales puede reducir en proporción la magra parte del populacho. Además la mala administración democrática como su defectuosa organización, su personal inferior deben atraer periódicamente, a intervalos cada vez más bravos las calamidades que recaen más pesadamente sobre las cabezas de los menos favorecidos. Los franceses fueron invadidos seis veces desde la aurora de este hermoso régimen: lo que representa muchas casas destruidas, péndulos y máquinas robadas, mujeres secuestradas y niñas violadas. Cuanto más fuertes son las crisis de revolución y de guerra, más sufren los "pequeños", mientras que los "grandes" se las arreglan. Si existe un soberano interés para la clase más modesta de la nación, es precisamente la paz del orden, la transmisión regular de sus modestos haberes, hasta en proporción de su débil volumen: esta clase experimenta una particular necesidad de no hallarse sin recursos en la hora solemne, pero crítica por excelencia, de los grandes y terribles gastos que la llegada del recién nacido debe costar.

Allí en efecto se muestra y va a brillar la virtud magnífica del capital, y del más humilde. Todo lo que puede disminuir esta primera inversión en torno a la cuna es horrible para la naturaleza de la sociedad. Pero todo aquello que conserva y acrece su reserva sella los acuerdos de lo humano con lo sobrehumano. Se llora por la baja natalidad, por la despoblación. ¿Se ha pensado lo suficiente en la importancia de ese pequeño capital doméstico, debidamente descentralizado, establecido a corta distancia de las cunas? ¡Toda vida nueva depende, sin embargo, de él!

—*Pero ¿usted habla de capital cerca de la cuna del recién nacido?, ¿de todos los recién nacidos?*

—Seguro.

—*¿De todas las cunas?*

—¡De todas!... A condición de que usted no vaya a buscar la escuadra y la plomada para cantarme: "De todos igualmente."

—*¡Bah! ¿Por qué no?*

—¡Ya lo había usted olvidado! ¡La igualdad lo haría fundir todo, y nadie tendría ya nada!

IV

DE LA VOLUNTAD POLITICA PURA

Se está, pues, amenazado de no tener pronto ya nada en los tristes países en que los fundamentos naturales de la política están durablemente reemplazados por aquellas absurdas invenciones del Estatismo igualitario y del supuesto Voluntarismo popular, que con ser un poco menos alocados que en Rusia, no pueden resistir mucho tiempo a la agravación natural del peso de su insania.

Ni siquiera los menos juiciosos de nuestros antepasados se habían figurado nada semejante. Nuestros sobrinos, si la escapan, no lo querrán creer. Era ya la opnión de Edgar Poe, hace cien años, cuando escribía la admirable "Parábola de los perros de pradera".

—¡Cómo, hace decir a la posteridad pasmada, *los antiguos americanos se gobernaban a sí mismos! ¡No es posible! "Tenían pues la idea, la más extraña del mundo, de que todos los hombres podían nacer libres e iguales."*

Pero eso no duró *"hasta el día que un individuo llamado multitud (o popu) estableció un despotismo que en comparación con el de Heliogábalo era un paraíso. Este Popu (un extranjero dicho sea de paso) era, según se dice, el más odioso de todos los hombres que jamás hayan obstruido la tierra. Era insolente, rapaz, corrompido. Tenía la estatura de un gigante, el pescuezo de un camello con el corazón de una hiena y el cerebro de un pavo real. Acabó por morir de un exceso de su propio furor, que lo agotó."*

Como se nos ha hecho contemporáneos de esas increíbles tonterías, gobernados por esas insolencias, esas *rapacidades*, esta *corrupción*, fuimos un poco atrapados por el animal gigante, esta multitud o este Popu, sin corazón ni cerebro, destinado a reventar de sus cóleras de ganso... Pero estamos también algo compensados de aquella vergüenza por el espectáculo maravilloso, elevado a la perfección.

Personas que suscribieron e hicieron suscribir un programa cuyas profundas dificultades e inauditas complicaciones no pueden negar, tienen la probabilidad de ponerse de acuerdo sobre la manera de realizarlo.

—*Millares y millares de votos, tendrán que decir: quiero. Y lo que de ese modo habrán querido, se producirá. Bastará que esas mayorías designen ejecutores: y el programa será ejecutado.*

—¿Aun lo imposible?

—Sobre todo lo imposible.

¡La Luna! No hay más que pedir la Luna. Dóciles manos la irán a coger en el cielo. Se la hará bajar, del mismo modo que a la Justicia y a la Igualdad caligrafiando sus nombres con tinta roja en un papel de marbete dorado.

Apenas designados, los pobres ejecutores de esas miríficas voluntades sienten llover todo lo contrario de las promesas que habían jurado. Sus mandantes apenas lo sospechaban. Mas poco a poco las evidencias se ponen de manifiesto. *Lo que no puede ser* se niega a ser. Lo que debe ser, lo que produce el antecedente que se ha planteado, sigue el curso de su consecuencia. Se quería la paz, pero con el desarme: por todas partes estallan las fatalidades de la guerra, y se debe rearmar de nuevo. Los salarios subieron, pero los precios también; es preciso que los salarios suban más aún: ¡cómo subirán si ya no se tiene dinero para pagarlos!

Ahí, es verdad, el pensamiento de Popu es el de un humilde salvaje: atribuyen las resistencias y las oposiciones que haya en las cosas no al absurdo de sus "voluntades mayoritarias", sino a las fuerzas secretas de misteriosas almas ocultas bajo las cosas, y que son animadas por voluntades hostiles. ¡Así vedlo! El oro de Francia *debía* afluir al tesoro a las primeras encantaciones del señor Auriol. ¡Imaginaos, ese perverso metal no lo hizo y tuvo en cambio el estúpido temor de fundirse allí! Fue preciso ocuparse de ofrecerle garantías. ¡Es eso natural? ¡Y la Luna! Este satélite habría también debido dejarse caer, desnudito, en el lecho del señor Paul Faure. ¡Lo que no ocurrió! ¡Malevolencia! ¡Perversidad! El fascismo cuyo mal espíritu ronda en la noche. Por desdicha para esos idiotas a quienes su desgracia puede volver malos, no se puede acusar aquí sino a una voluntad. La de ellos. Se habría podido detener el alza de los precios evitando la suba del costo de producción; no lo quisieron; quisieron todo lo contrario. Se habría podido tener dinero; hicieron todo lo necesario para no tenerlo y aun para destruir todo medio de conseguirlo, disminuyendo el ritmo de la producción, aumentando el número de los brazos cruzados y suscitando todas las querellas posibles entre quienes necesitan estar en paz para trabajar bien.

Su fracaso regular es, pues, previsible. No es su animismo de canacos lo que puede volver dudoso el resultado de la previsión. Mas, tontería o duplicidad, a menudo las dos cosas, la previsión es rechazada... ¡de oficio! ¡Por dogma! ¡Y pasión! ¡E interés! Un régimen que vive de las "voluntades del pueblo" es el paraíso de los cretinos, pero también de aquella canalla.

El derecho legal de la Democracia, casi su deber, consiste en prescindir de las buenas cabezas y de los buenos corazones: si no se pasara sin ellos, ¡sería verdaderamente el soberano rey y el soberano dios! Habría entonces algo por encima de esas reales, imperiales y pontificales mayorías, que en verdad no pueden compartir su corona ni con la virtud, ni con el saber ni con la razón. Nuestras memorables elecciones del 3 de mayo de 1936 encaramaron en el ministerio de Justicia alguien que ni siquiera tenía el diploma de doctor en derecho, que era simple idóneo, puesto

que no había conseguido el título de bachiller: ahora bien, su cartera, siendo técnica confiere a ese ignorante presuntuoso altas funciones jurídicas; ¡helo ahí constituido en el Gran Juez de Francia, présidente nato del Consejo de Estado, presidente nato del Tribunal de los Conflictos, árbitro de los más sabios y difíciles litigios! Naturalmente, apenas instalado, el llamado Rucart elevó su voz para otorgarse una ciencia infusa, como la que pertenece a cada producto de la voluntad nacional, expresión directa y pura del derecho del número: *Derecho* que elige a sus oficiantes, los consagra y los despide cuando se le da la gana, sin una mirada a su capacidad o su incapacidad. *Derecho* que se ríe del bien y del mal que pudieran sacar de su puesto. ¡Unico de todos los *derechos* que puede poner fuera de su ley a la Competencia, la Calidad y al Éxito mismo! Y así, ¡oh felicidad! El *Derecho* democrático, se excluye de la duración como del éxito.

La Democracia acude, pues, con los ojos vendados, al cementerio.

Pero lo que es menos chistoso, arrastra a los demás.

¿Cómo no se lo ha advertido? Se deja decir y escribir que es traicionada por la experiencia de sus errores. Es traicionada por sí misma. Así no hubiese sido jamás experimentada, todo espíritu claro debió rehusarle todo porvenir, como toda razón, desde el momento que ella se ofreció y se definió. Joven y distraído como un André Chenier, pudo necesitar ver en la acción a los *espantosos malvados, los verdugos garrapateadores de leyes;* los Rivarol vieron en seguida lo que sería aquello: era idiota creer que un gran pueblo puede marchar con la cabeza para abajo; idiota, que fuese gobernado por lo más vil y vanidoso que había en su seno; idiota que los menos directamente interesados en su bienestar tuviesen allí legalmente la mayor influencia por su número, sus facciones.

Todo buen cerebro de 1789 podía ver brillar, a la luz de las puras antorchas de los Derechos del Hombre, el incendio que anunciaban, y deducir de ellos, efecto próximo o lejano, algo que debía asemejarse al regicidio, a las guerras dilatadas, a Trafalgar, a Leipzig, a Waterloo, a Sedán, a la despoblación, a la decadencia, a todos nuestros retrocesos generales, no sin distinguir allí, clara y precisa, su esencial calidad de productos naturales de la democracia política.

Del mismo modo los buenos cerebros de 1848 y 1871 no necesitaron envejecer medio siglo ni un siglo: de la democracia social vieron salir, como el fruto de la flor, la común destrucción de los capitales y del trabajo que los engendra y los reproduce.

La democracia en el Estado no podía sino arruinar al Estado.

La democracia en el Taller y en la Usina debía arruinar al Taller y a la Usina.

Aquello era tanto más seguro cuanto que la democracia empezaba a marchar en una hora de la vida mundial que le aportaba un medio fácil de introducir una trágica confusión.

V

LA CUESTION OBRERA Y LA DEMOCRACIA SOCIAL

Aproximadamente de la misma edad que nuestra Revolución, la gran industria habrá aportado al nacer un enorme contingente de nuevos bienes, pero también un desequilibrio que no se vio en seguida.

Los capitanes de industria que presidieron el surgimiento sin precedentes de toda la inmensa maquinaria que renovaba el vapor, eran buenos espíritus, osados y prácticos: el hecho es que no sintieron cuál debía ser la renovación moral que debía acompañar el cambio material obtenido. Se los dice sin entrañas. Las tenían como usted y yo. La explicación debe estar en otra parte.

La gran novedad de la usina moderna, ese vasto engranaje inhumano, comportaba un obrero sin relaciones, verdadero nómade extraviado en un desierto de hombres, con un salario que aun alto variaba demasiado, no le aseguraba ninguna defensa económica seria, puesto que su suerte "no dependía ya de su esfuerzo y previsión, sino de accidentes que él no dominaba"[1]; su facultad de discutir las condiciones de trabajo, limitada por las condiciones de su vida, su negativa a trabajar viniese de él o de su empleador podían reducirlo a la muerte sin frases. Ni propiedad, ni estatuto profesional, ni garantía para el porvenir. Ninguna libertad real. Desde ese momento cualquiera fuese en el origen su sentimiento patriótico, o su sentimiento social, ¿cómo evitar que el obrero se transformase en agente y juguete de las revoluciones?

Entretanto, su primer reflejo defensivo fue normal: acudió al eterno procedimiento del hombre. Fue apretándose junto a sus semejantes, prometiéndoles sostenerlos si ellos lo sostenían, cómo se aplicó a transformar su debilidad en fuerza; se asoció; de ese modo se esforzó por debatir con los Poderes que necesitaba, pero que también necesitaban de él, las cláusulas de un contrato más libre y menos oneroso. Lo que llama con horrible vocablo la "solidaridad de clase", en su expresión absoluta no traduce la realidad, puesto que las mismas clases pueden tener intereses muy diferentes. Pero ese modo de agruparse representaba un reflejo de defensa vital. Cierta comunidad era necesaria a su vida: no era la clase, pero la clase pareció corresponder a dicha necesidad.

No se repasa sin horror ni piedad lo que se dijo y se hizo contra las más legítimas de las asociaciones, desde aquel decreto Le Chapelier, dado en 1791, que niega en términos expresos los "supuestos intereses comunes" del trabajo, ¡en nombre de la democracia política y de su individualismo contractual!

---

1 René de Planhol.

Las consecuencias fueron amargas.

Tanto más amargas cuanto más tiempo puso el legislador del siglo XIX en reconocer la necesidad elemental del mundo obrero. El prejuicio jurídico sostuvo y cubrió todo lo que hubo de incomprensión, espíritu de lucro o autoritarismo injustificado, en la resistencia de ciertos empleadores.

En el fondo, el mal se acrecentó y duró porque el empleador, el legislador y el obrero vivían los tres en el mismo error político: los tres creían ser, o deber ser una Libertad y una Igualdad ambulantes. Sus derechos se formulaban de manera idéntica. Naturalmente cada uno los entendía a su modo. Si el más débil denunciaba alguna enorme desigualdad real, el más fuerte respondía que la igualdad quedaría, al contrario, satisfecha y perfeccionada, cuando cada uno se aplicase a ser exactamente aquello a que se había comprometido. Jamás los términos de un problema, a tal punto viciados, lo alejaron más de toda esperanza de solución. De ahí no podía surgir sino una bárbara anarquía, pues sus causas venían igualmente de *arriba,* de *abajo* y del *medio* constituido por los Palacios oficiales de la legislatura democrática.

De esos Palacios llovieron las leyes que acentuaban el antagonismo y llevaban al extremo una guerra más que civil. Su gobierno de los partidos hallaba un perfecto auxiliar en la lucha de clases, sus facciones, sus intrigas, sus tráficos y sus sobresaltos siempre renacientes: en lugares de Francia donde no existía ninguna gran industria, pero donde había clases como en todas partes, se vio al Socialismo confeccionado de pie a cabeza en un despacho de policía, para el placer de un candidato. En otros lugares la democracia social no tenía necesidad de propulsores oficiales: hallaba todas sus facilidades en las leyes y en la ausencia de leyes para invadir, agitar y pervertir los desdichados medios obreros. El señor de Roux ha contado cómo la legislación del trabajo se emprendió a reculones por el segundo imperio y fue continuada del mismo modo por la República. La manera como en 1884 fue reprobada la idea de los sindicatos mixtos de patrones y obreros nos informa sobre el pensamiento y la segunda intención del legislador. Tales necesarias uniones quedaban aún relegadas *al porvenir* por el señor Millerand en 1904, cuando la idea justa de la cooperación general comenzaba a aparecer...

Es legítimo decir que en el mismo desdichado período, los jefes, los contramaestres, los patrones, trataban a menudo con éxito de instituir hermosas obras de filantropía y caridad. La serie de sus fundaciones generosas fue muy recientemente coronada por esas cajas de sobresalario familiar, que los honran lo mismo que los bellos jardines obreros debidos a la benévola colaboración de ciertos grupos religiosos. Con todo, los grandes patrones no abordaban casi otra cosa que lo accesorio de la vida obrera. La Tour du Pin y su escuela los exhortaban en vano a tener en cuenta lo esencial.

¡Ay! ¿Lo podían?

Tenían en la cabeza todo lo necesario para no comprender nada de eso. El movimiento revolucionario del siglo XVIII no había podido establecer en Francia ningún orden viable por culpa de sus ideas directrices. Tales ideas les sobrevivieron. Son puramente negativas. Ingeridas en dosis masivas o infinitesimales, tienen la única virtud de criticar y sublevar, no de componer ni de organizar. Hubo un antiguo régimen; no hay nuevo régimen, sino un estado de espíritu tendiente a impedir que ese régimen nazca.[2] La Tour du Pin hallábase ante un obstáculo mental y moral más fuerte que la pasión y aun que el interés.

¡Pobre burguesía francesa! Sin ser del todo radical, como su legislador ortodoxo, ni socialista, como el obrero sindicado, aquella burguesía profesa y practica una dilusión de democratismo revolucionario. Si tuvieran la cabeza libre de tal cosa, los empleadores no se atendrían a obras de beneficencia.

Habrían sin duda emprendido y proseguido en mejores condiciones su propia organización sindical, pero una vez establecidos tales grupos defensivos, y aclarándose la situación, habrían advertido que no había sólo allí formaciones de combate y que, para la paz, era preciso completarlas con una poderosa iniciativa capaz de romper las estrecheces del individualismo, sobreponiéndose a sus timideces y renovando las jerarquías del acuerdo.

¿Era difícil comprender la necesidad de una asociación general que reuniera todos los factores humanos de la producción? ¿No sin duda para negar las poderosas divergencias del interés, traducidas en feroces querellas? ¡Pero sí para tomar desde arriba un punto de vista más nítido y claro de convergencias no menos fuertes creadas por el inmenso interés común —objeto de su trabajo— el principio de la vida de todos!

Pues desde el humilde, aun el más humilde, al más poderoso, aun el más poderoso, aquella comunidad de intereses puede y debe moderar las contradicciones y poner las operaciones en su lugar, que es subordinado. El obrero metalúrgico cree tener un interés absoluto en imponer el más alto salario posible y el patrón del acero, en rebajarlo al máximo, pero los dos tienen el mismo interés, mucho más fuerte, en que su *parte* común, la metalurgia, subsista y sea floreciente.

¡Tanto más cuanto que la economía industrial no se desarrolla en el marco del planeta! El planeta no es *"un"* taller, como lo pretendieron los Say. El marco real de la economía es la Nación. Si tal huelga obrera hizo anular los pedidos extranjeros recibidos por los patrones franceses, tales encargos son transferidos a las industrias del otro lado de la mancha, o del otro lado del Rin, y

2 Cf. Mis tres ideas políticas: Chateaubriand, Michelet, Sainte-Beuve.

nuestros patrones no son los únicos que sufren: el trabajo perdido por ellos, lo está igualmente para nuestros obreros. Los unos quedan privados de ganancias, los otros de salario. Si la huelga de nuestras minas obliga a importar carbón, los salarios y ganancias perdidos para nosotros son ganados por el extranjero en contra de nosotros. En suma, perdemos y ganamos juntos, patrones franceses y obreros franceses: toda guerra de los sindicatos patronales y obreros halla pues su necesario límite en la comprensión de una suerte común, sometida al común denominador nacional. Que su disciplina se desconozca, enmascarada o encubierta, puede ser el efecto accidental de los sucesos, de los sistemas y de sus conflictos; no por ello es menos prodigioso que ni de la planta baja obrera ni de los pisos altos patronales, nadie elevará con el tono y el estrépito de voz necesarios, un clamor natural de piedad, de salvación y de paz.

¿Cómo el uno o el otro de los interesados o cada uno de ellos no dijo y repitió?:

—*Si debemos luchar entre nosotros, no luchemos sino hasta el punto en que la lucha se vuelva mortal, en que se hace vital suspender las hostilidades para ayudarnos y unirnos. Admitiendo que nuestras uniones de clase hayan tenido o conserven su razón de ser, completémoslas con uniones de oficio. A esas vastas clasificaciones horizontales de patrones, de técnicos, de empleados y de obreros, comparables a las bandas en la latitud terrestre, agreguemos clasificaciones verticales para comunicar entre nosotros, para organizar nuestros contactos permanentes, para regular los intercambios de puntos de vista normales que reclama la naturaleza de nuestras industrias: husos de longitud social que horadan y atraviesan las espesas capas estratificadas de la antipatía y de la ignorancia mutuas en las comunes labores de la economía del país. Nuestras divisiones conducen a la ruina total de la Casa francesa. Hay que asociar sus fuerzas convergentes. Asociemos sin excepción desde los más simples jornaleros hasta los supremos grandes jefes, sus colaboradores de todos los rangos, y, en la verdad de la vida nacional asegurémonos las ocasiones y los medios de discutir juntos el detalle de nuestros intereses. Semejante organismo superior debe volverse, sea con facilidad, o con dificultad, pero seguramente, fraternal. ¿Por qué no? La Unión del Sindicato es estrecha y directa, y lo seguirá siendo. Puede haber otra unión amplia y durable también, comparable a esas uniones territoriales que juntan a pobres y ricos, dirigentes y dirigidos, en el cuerpo y el corazón de una misma patria. Lo que será la Corporación.*

Tal perspectiva equivale muy bien a un armisticio. Admitamos que en un comienzo no haya más que una corta tregua. ¡Así sea! Después de haber tratado una vez, se trataría dos y tres veces. Después se llegaría a hablar como buenos amigos y la guerra impía dejaría de ser endémica y sistemática. Las condiciones de la paz social serían discernibles. Nada prueba que entre miembros del mismo cuerpo, las guerras sean lo único natural. La ayuda mutua también lo es. ¿Por qué aquellos que pueden trabajar juntos para extraer la hulla o soplar botellas no podrían trabajar juntos en arreglar sus dificultades?

¿El gran mal del obrero moderno depende de la falta de seguridad? ¿Nada tiene que le pertenezca, que asegure su porvenir? Especiales tipos de propiedad pueden ser realizados para él: la propiedad moral de su profesión, análoga a la del grado para el oficial; la propiedad común ya existente (en escala demasiado pequeña) en el Sindicato, y que puede extenderse a la Corporación, donde por esfuerzos bilaterales conjugados servirá como símbolo y lazo al concurso permanente de todos los factores morales de la misma industria. Junto al bien sindical y al bien corporativo, deberán nacer aún propiedades familiares, para dar más fijeza y duración a un orden consolidado. Así desaparecerá el proletariado. Así el trabajador dejará de flotar en un medio extraño. Será el ciudadano, el burgués de una Ciudad. Una burguesía obrera puede y debe continuar el desarrollo de las viejas burguesías campesinas, industriales, comerciales e incorporar al obrero en la sociedad, según el voto de Augusto Comte. Una vez más ¿por qué no?

Todo eso se ha visto. No formulamos hipótesis en los espacios. A menudo los hombres intentaron vivir de ese modo, no sin éxitos, tan famosos como variados. Su Historia expresa su naturaleza: la que no es desfavorable a ese concordato empírico, y, en el caso nuevo, la ciencia y el poder del hombre moderno colocan en sus manos instrumentos de una eficacia inaudita, para crear estados de bienestar y de vida fácil más completos, más extensos y mejores que antes. ¿Por qué no retomar, renovándolo, aquello que tuvo éxito? ¡Eso no puede fracasar si uno se pone, una vez más a la tarea con todo el corazón y con toda la cabeza!

¿Por qué? ¿Cómo y por qué no se lanzó este llamado? O cuando lo fue, ¿cómo no se extendió ni pudo franquear los límites de la pequeña provincia ocupada por el grupo avanzado de los pioneros de la Tour de Pin? ¿Qué es lo que impidió a patrones y obreros recoger esas voces perdidas y darles un eco debido?

Parece que nadie podría rehusar su atención a los comienzos de aquella esperanza: ¿Cómo o por qué se le tenía repugnancia? Si había negociaciones delicadas que conducir, ¿quién podía vacilar en abrirlas?

¿Quién podía en principio rechazar su examen?

¿Quién?

La democracia.

Ella sola, cuya acción está visible en todas partes.

La democracia ocupa al Estado legislador con su gobierno dividido y divisor.

La democracia trabaja, amenaza, obsesiona y paraliza a su patronado.

La democracia excita y agita a su proletariado.

Frente al programa de reforma que se acaba de leer y que tiende a la paz, la democracia redactó el suyo, que tiende a la guerra. Dueña de una vasta porción del mundo obrero, ella por así decir *contrató* una obra de tipo guerrero, tal como el que postula su pensamiento más general: *someterlo todo al establecimiento de la igualdad, desorganizar para igualar.*

El Número democrático tiende a construir una sociedad formada de unidades iguales, que no existe ni puede existir. El Número democrático tiende de ese modo a destruir la sociedad formada en grupos desiguales, únicos capaces de vida y únicos que existen.

La democracia es una diosa guerrera. Hace reñir a los partidos políticos, al emitir la paradójica promesa de sacar un estado permanente y apacible de la batalla indefinida, que prescribe en su Constitución y en su Ley; pretende también ordenar y organizar el trabajo encendiendo entre los diversos factores del trabajo un sistema regular de inextinguibles enemistades.

Pero un día u otro la democracia social hace como la democracia política: acaba por confesar que no se trata ni de paz ni de negociaciones. Hará la guerra hasta que la guerra cese por falta de combatientes, quedando el combatiente no proletario eliminado por una dictadura del proletariado que arrebata a todo el que no es proletario el poder político, el poder económico y sin duda, como en Rusia, la misma vida, pasando todos los bienes del difunto a una repartija supuestamente igual, por obra de la posesión en común de los medios de producción.

Esta posesión en común valdrá lo que valga, pues o bien el instrumento caerá de las manos del obrero, o producirá bienes variables y desiguales, según su fuerza, su aplicación, su habilidad, su saber. El "derecho" igual no se sostendrá mucho tiempo ante el "hecho" de la extrema, de la infinita desigualdad física y moral de los copartícipes. Se puede hablar con sonrisas de la muy improbable duración de los efectos de aquel improbable reparto igualitario. Fuera de Rusia, donde la prueba está hecha, no es sino un porvenir que está en la falda de los Dioses. En la democracia social, lo actual, lo vivo, no está allí. Su vida consiste esencialmente en su pasión guerrera, que nada tiene de social ni de económico, pasión enteramente política y moral, o si se quiere impolítica e inmoral, pues, lleva violentamente a la Nación y a la civilización a su caída final, por una "lucha final" despiadada: su pasión de la igualdad.

Para mantener esta lucha los políticos de la democracia social, vestidos de doctores, se aplicaron a justificarla. Pero el tiempo debilitó mucho sus primeros argumentos. Ya no es posible sostener, como hace setenta años, que los ricos se vuelven

cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres. El curso de las cosas nos valió otras desdichas: no aquélla. En el enriquecimiento del mundo, un ahorro generalizado, la difusión de la riqueza mobiliaria, la fiscalidad al servicio de los desposeídos y en detrimento de los otros, la división y la expoliación de las herencias, el envilecimiento de la propiedad rural, dibujaron una o varias evoluciones muy diferentes de la que anunciaba la falsa "ley de bronce". Salvo crisis de paro debidas a accidentes locales y temporarios, casi todos políticos, se vive trabajando, y nadie se halla reducido al extremo anunciado en 1848 de morir combatiendo.

Se ha visto declinar y debilitarse igualmente otro ilustre medio de justificar sangrientas predicaciones. Ninguna ley de la historia universal consagra las clases a combatirse sin cesar. Ello ha ocurrido. A veces. A menudo. En ciertas épocas. En lugares determinados y contados. El combate de los ricos y de los pobres es un episodio final de los regímenes democráticos. Pero no siendo ese régimen ni perpetuo ni universal, el conflicto de las clases no es bastante extenso ni bastante importante para explicar en el presente, en el pasado, y en el futuro, toda la marcha del género humano, ni siquiera para dar la clave de sus principales tendencias. Aquella ley es imaginaria. E impidió distinguir a la verdadera. Pues mucho más grave y extenso fue el otro antagonismo muy diferente, que se produce de modo inminente, no de clase a clase, sino en el interior de una clase —siempre la misma—, la que dirige o domina, aristocracia o burguesía.

Aquí o allá; Pueblo magro o pueblo pingüe pueden entretanto reñir. Por todas partes y en todo tiempo, basta que se levanten grandes casas, helas enfrentadas: el universo de las oligarquías es una eterna Verona donde sus Montescos y sus Capuletos se disputan con furor constante. Allí no se ve otra paz que por la fuerza, y que viene del exterior, salvo en circunstancias extremadamente raras que permitieron el nacimiento de los Patriciados imperiales de la Historia. Que sean del Oro, de la Sangre, de la Inteligencia, las minorías tienen la propiedad de rivalizar y desgarrarse hasta que se siga la muerte. La lucha *de las clases* no podría explicar la continua batalla intestina que se libra en el seno de aquella clase. Por el contrario es su propia batalla la que suscita el género de lucha caracterizada por la acción de las plebes contra los patriciados: sublevaciones casi siempre conducidas por patricios desertores de su clase y animados contra sus pares de feroces rencores sembrados por su guerra fratricida. Los Gracos eran la flor del patriciado de Roma. El último dictador popular, Julio César, descendía de Yulo, de Eneas, de Venus. Eso se había visto en Clístenes y en Pericles. Lo que se volvió a dar en todos nuestros reyes del mercado, en todos nuestros Mirabeau. Eso continúa bajo nuestros ojos en todo ese mundillo perverso de plutócratas demagogos, abogadillos radicales, socialis-

tas y comunistas, nacidos de burgueses y burguesas, movilizados contra su burguesía por apetitos y celos de burgueses. Así consideradas, las luchas de las clases parecen mucho menos espontáneas de lo que son: la iniciativa les viene de otra parte y revela un frecuente carácter de artificio político muy puro...

Y después, *¡las clases!*

¡Las clases! ¡Una cosa pequeñísima en comparación con el gran hecho natural e histórico que jamás nació sino por un acuerdo superior entre las clases, general, total, consistente, resistente: *¡Las Naciones!*

¡Y es en nombre de este pobre mito de las luchas de clases como se cree desmembrar aquella organización vertical de las Naciones en provecho de una alianza horizontal e internacional de las Clases! No digamos: olla de barro contra olla de hierro. Digamos: ¡simple olla de ensueño! No se logró crear ninguna Internacional. La que existía antes de la guerra de 1914, ¡se quebró en ella! Después de la guerra se fundaron dos, tres, cuatro, lo que equivale decir: ninguna. En el único lugar donde se haya visto su sombra, lo que se fundó lo fue por la nación judía en el marco de otra nación organizada, dentro de las fronteras de un imperio, preexistente, y ese monstruo no cesó de evolucionar hacia la restauración de lo Nacional, de lo Militar y lo que es aun más significativo, se puso a diezmar a los iniciadores de su Revolución, a encarcelar y matar en tanto cuanto pudo a sus judíos, solo y único cimiento de la Internacional. Miremos entre nosotros, la misma historia. Los gastos militares a los cuales sus diarios no habían cesado de oponerse desde hace cincuenta años y para los cuales sus diputados jamás habían votado un céntimo; ¡cuanto se trató de explicar la palinodia, sus retóricos se intitulan "Gobierno Nacional" —"en el sentido elevado de la palabra"—!

Los antinacionales confiesan así que las naciones corresponden a necesidades naturales, mucho más fuertes que sus charlatanerías, puesto que se los llevan por delante y los pisotean, a ellos que se negaban a aceptarlas.

Nada hay más serio en las otras fórmulas con que la democracia social intenta excusar su perniciosa batalla. Dichas fórmulas que ante todo nada tienen de social, son las monótonas voces de orden de politicastros revolucionarios en favor de la monótona utopía de la igualdad. Por ellas se condena so pretexto de inmoralidad, el provecho: desde entonces la pura obediencia del Deber o el puro Amor ¿serán los ángeles del trabajador? Es que se espera que así trabajará poco, no se esmerará, ni ahorrará, ni se perfeccionará, en suma no saldrá de su clase y quedará remachado, sólidamente remachado, en el sentimiento de la eternidad de su mal: las buenas actitudes, las útiles cóleras, las provechosas envidias seguirán fermentando para los políticos, que hacen de ellas su ganapán.

Con las mismas voces de orden, el trabajo del obrero no debe ser remunerado por las piezas que produce, sino sometido a la medida del tiempo que emplea en producirlas. ¿Absurdo? Es absurdo para el hombre que resulta su víctima, para la industria que con ello pierde libertad y calidad, para la nación cuya ruina es. Pero la razón democrática queda satisfecha con elevar una dificultad más contra el obrero que quisiese poner el pie en el escalón superior de su oficio o de su arte. Neutralízase así o se atenúan sus cualidades personales, su especial habilidad, todo aquello que puede valerle alguna promoción a la autoridad en la política. Por medio del sindicato, la tribuna, el diario, los camaradas podrán volverse consejeros municipales o generales, diputados, senadores, ministros, presidentes: patrones, no, jamás. Se les enseña que es imposible. Se pone sumo cuidado en decirles que sería sospechoso. Cuando por azar lo que no debía ocurrir ocurre, cuando el obrero llegado a la maestría se vuelve director y capitalista, se le pone la etiqueta de tránsfuga; vese inculpado de una especie de traición. Lo que no quita para qué, como se vio en el Norte, cuando un raro agravio se hará a sus hijos y a sus nietos de que no salieron del muslo de Júpiter: *vuestros abuelos fueron vistos en la mina o cerca del telar*... ¿Tuvieron, pues, algún medio de abandonar su condición de condenados de la tierra?, ¿de treparse al mástil social?, ¿de atrapar la sortija? Luego, pues, la ley de las cosas ¿es un poco menos inhumana de lo que vosotros decíais?

Sobre estas observaciones cien veces formuladas, a nuestra loca juventud le gustaba repetir que el *gobierno no es socialista*. No. *No es más que democrático*. Pues lo que hace y es no puede tender sino a multiplicar o complicar los obstáculos materiales para la regulación *social* de la cuestión *obrera*. Tal es su oficio. Le es preciso mantener la guerra social: su guerra. Excluye por definición todo régimen corporativo, pues se trata de un régimen de paz. El obrero que se dejara tentar por ese régimen sería un renegado; el patrón, un charlatán. ¿Por qué? Porque la diferencia de los estadios y de las condiciones no es negada por el régimen corporativo. La corporación viola el principio esencial, no de un socialismo lógico y honrado, sino de la política democrática: la igualdad.

Por la misma razón se deberá proscribir la máxima de cooperación social articulada por Augusto Comte, que antes admiraron y practicaron los "nobles proletarios" de su obediencia: "*protección de los fuertes a los débiles, devoción de los débiles hacia los fuertes*". Los antiguos corporatistas del Libro pasaban por confesar aquel principio. Hasta parecían pensar con un papa *"que no hay hombre tan rico que no necesite de otro; que no hay hombre tan pobre, que en algo no pueda ser útil a otro"*. [3]

3 León XIII.

En aquellos tiempos pastorales el Socialismo exhibía una forma humana, no desnaturalizada por la democracia.

—*La ayuda mutua es indispensable, es la ley de la naturaleza.*

—¡No, nada de ayuda mutua!

¡Sobre todo nada de *ley natural!*

La democracia social predica un igualitarismo contra natura según el cual el fuerte debe insultar al débil y el débil odiar al fuerte.

La misma voluntad de alimentar este odio, para perpetuar aquel combate alcanzará con la misma difamación todo don gratuito que inspirase al patronado su religión o su bondad. El obrero tiene el deber de rehusar esos dones, es cuestión de *dignidad.* ¡Como si pudiese resultar indigno recibir de buen grado lo que se ofrece de buen grado! Pero el donante eventual siempre debe ser considerado como un ladrón. Doble ladrón: roba a la sociedad (en las plusvalías), roba al trabajador (en el provecho). Y ese ladrón selecto no tiene siquiera el derecho de arrepentirse, ni de restituir, como no sea al perceptor de impuestos, al gendarme y al revoltoso. Todas las obras debidas a la voluntad patronal son calificadas de *"paternalistas"*; mancha que señala una hostilidad radical a toda extensión y desarrollo de la magistratura del padre de familia en la vida social. ¿No halláis que este vocabulario de enemistad va demasiado lejos? Traiciona muy bien el lógico sentimiento de los doctores de la democracia sobre los primeros arreglos sociales, que rodean de generosidades conmovedoras al hombrecillo-rey, desde el minuto y el segundo de su advenimiento. Su entera escuela debe ponerse en guerra contra todo lo que el Sistema de la Naturaleza puede comportar de propicio y benévolo. Al dogma russoniano de la bondad original del corazón humano, agrégase aquí la frenética convicción de una maldad fundamental del Mundo y de la Vida: el uno y la otra deben tenerse por enemigos erizados y adiestrados contra el género humano. El fondo de su doctrina equivaldrá a la denigración regular y a la calumnia general del Ser. Esos amos denominan ley de las cosas aquello que frangolla y decreta su interesado artificio: ¿no exigen que el más fuerte parezca necesariamente inclinado a atribuirse, siempre y en todas partes, todo el provecho? ¿no requieren que el más débil parezca perder, siempre y en todas partes, en el juego de la vida? Pero si eso fuera cierto, ¿cómo obtendría el hombrecillo, *gratis pro Deo,* el acceso inmediato a lo que le es necesario en el capital ambiente?

Los demócratas liberales chochean. Pretenden o sobrentienden que basta dejar hacer a los elementos enfrentados para ver surgir de ellos la solución excelente, o la menos mala posible. ¡Las leyes del mundo no son tan dulces! Todas nos propinan efectos a menudo tan rigurosos como deliciosos. Pero su orden constante no es hostil al hombre, y el hombre tiene la propiedad de extraer el bien de aquello que en un principio puede hacer mal. Esta

noble industria de nuestro coraje y de nuestro espíritu vale más que las diatribas o las jeremiadas, y sobre todo que el dogma de fatales quejas perpetuas sobre desdichas incurables. El esfuerzo humano es duro. Su meritoria pena debe comprobarse con firmeza, frente a la arrogante satisfacción que hincha al optimismo ciego, estrecho y cruel. Ni los demócratas liberales, ni los demócratas sociales, éstos llorando y aquéllos riendo, no alcanzan a legitimar el monismo simplista que les hace olvidar la mitad de las cosas. Ni los unos ni los otros entienden nada de la dualidad profunda que parece el ritmo ordinario y extraordinario del universo.

Así, cuando se sigue el curso de las ideas madres, se es llevado a generalidades casi exteriores a la Física de las sociedades. Pero los hechos observables concuerdan lo suficiente para revelar la causa política luminosa, esencial, de los conflictos sociales a que asistimos: ¡democracia! ¡democracia!

Quienquiera pierda de vista esta luz está condenado a la confusión de los peores equívocos. Todos los días se oye censurar al Comunismo, muy digno de censura por cierto. Se ataca al Socialismo, por cierto muy reprensible. Pero lo que hay que reprender esencialmente en ellos es un punto que les es común, el mismo punto que induce a un tercer partido, el partido radical, a su Estatismo, animado del mismo ritmo de repartija igualitaria y no menos enemigo del hombre que los otros dos sistemas: en los tres casos la misma tendencia a la nivelación hace negar o combatir, todos los apaciguamientos naturales, y positivos, luego desiguales en forma y materia, *que pueden* proponerse, estudiarse y obtenerse.

En los tres casos, en grados de diferentes fanatismos, estalla la fe en que ninguna vida pueda vivirse ni feliz ni honorablemente sino por la igualdad. Pero tarde o temprano estalla aquel fondo único del triple error general que arroja a víctimas y verdugos al sentimiento de una batalla sin salida.

Es que el gran mal no proviene ni del Comunismo ni del Socialismo, ni del Estatismo radical, sino de la democracia. Quitar la democracia, y un Comunismo no igualitario puede tomar desarrollos útiles a la luz de pasadas experiencias; los bienes comunales fueron más frecuentes en la antigua Francia que en la nueva; del mismo modo, las comunidades poseedoras; el cenobitismo de las congregaciones religiosas llevó al extremo diversos modos de posesión sin propiedad, pero que inclinaba al desprendimiento de los bienes materiales y no al furor de la igualdad en el reparto o el disfrute. Por la misma razón, un Socialismo no igualitario conformaría su sistema de propiedades sindicales y corporativas a la naturaleza de las cosas, y no a utopismos artificiosos. Un Estatismo no igualitario puede tener las mismas virtudes... —¿Cómo? ¿El Estado?— ¡Sí, el Estado!! Pero ¿cuál Estado? No el Estado de la democracia, simple rapiña universal,

donde cada uno acomete y de donde nadie saca más que sobras. El Estado del bien público puede concebir esta o aquella empresa determinada, que el interés nacional justifica. Cuando Luis XIV fundaba Los Gobelinos, ninguna máxima lo obligaba a generalizar el sistema, ni a prolongarlo si hubiese resultado oneroso. En toda tentativa por regular la cuestión social, la ablación previa de la democracia se impone exactamente como las precauciones de la asepsia en el tratamiento de una herida.

Con el *morbus democraticus* desaparece el escándalo del patronado, y del estimulante regular que da el Estado a los menores casos de antagonismo social, a los más superficiales, a los más artificiales, que su ley quiere extender y envenenar por gusto. Emancipadas de las ideas como de los sentimientos y de las facciones de la democracia, las buenas voluntades existentes recobran su libertad de movimiento, los espíritus cesan de sufrir tensiones sistemáticas, las animosidades artificiales, nacidas de la instigación de los políticos pueden caer, atenuarse y arreglarse. Los arreglos deseables hallaránse en libertad de elaborarse y concluirse. Lo que no es fatal, sino posible, el Bien, se intenta y se prosigue; a veces, se hace.

Aquel bien renace a lo largo de las fronteras francesas. Los políticos de las democracias vencidas debieron refugiar entre nosotros su desesperación. ¡Se comprende el furor de los Sturzo, de los Nitti, de los Labriola! En efecto, ¿qué es el FASCISMO? Un Socialismo liberado de la democracia. Un Sindicalismo emancipado de las trabas a que la lucha de clases había sometido el trabajo italiano. Una voluntad metódica y feliz de apretar en un mismo "haz" todos los factores humanos de la producción nacional: patrones, empleados, técnicos, obreros. Una decisión de encarar, tratar y resolver la cuestión obrera *en sí misma*, poniendo de lado toda quimera, y de unir los sindicatos en corporaciones, de coordinarlos, de incorporar al proletario en las actividades hereditarias y tradicionales del Estado histórico de la Patria, y destruir de ese modo el escándalo social del proletariado. Este FASCISMO une a los hombres en el acuerdo: hace jugar las fuerzas naturales juntas, asegura las funciones sociales más variadas con ayuda de los grandes y de los pequeños, siendo clasificados todos los obreros de la misma producción con referencia a su OBJETO común y no en relación con el Estado, en la condición y lugar personal del SUJETO, cualquiera que sea: vuélvese posible el diálogo entre los ciudadanos, y en efecto, se hablan en lugar de insultarse. El Estado nacional invita a la amistad y a la unión, en lugar de incitar al odio y a la división como lo hace y debe hacerlo el Estado democrático electivo. Nada impide esperar que se sigan buenos hábitos, y que la cordialidad vuelva a deslizarse en las relaciones sociales hasta entonces dominadas por un antagonismo envidioso. ¡Pues todo sale de ahí! O casi todo. Uno de los iniciadores del sindicalismo agrícola en Francia, Gailhard-Bancel, decía que la primera condición de sus éxitos dependió siempre de un espíritu de benevolencia y amistad, lo más a menudo debido, en su católica Ardèche, al sentimiento religioso. Otros sentimientos pueden influir igualmente: el patriotismo, el civismo, el espíritu de buena vecindad, ¿qué se yo? Pero para que tales impulsos prevalezcan, es preciso que el virus segregado por las luchas de clases y de partido quede radicalmente eliminado: el Estado democrático, la Democracia social deben perecer. Lo que no es posible sin *"operaciones de policía un poco rudas"* contra los agitadores de oficio. Todo régimen electivo y parlamentario, por sus convulsiones revolucionarias legalizadas, crea una tribu de perturbadores activa y voraz: no se les puede arrancar su cebo sino a la fuerza. En Italia se necesitó una dictadura. El genio de la dictadura y del dictador calmó, pacificó y reanimó a un país que vacilaba entre las fiebres y las languideces. Devolvió a su destino, a una raza ardiente, inteligente, paciente, valiente. Logró más de una vez dar vuelta adaptándolo al bien común aquello que habría podido deservirlo. Por muchas que sean las diferencias que se deban establecer entre la centralización adoptada por Italia, cuya unidad data de 1870, y las libertades locales debidas a un país tan antiguamente unificado como el nuestro, debemos ver esta evidencia: con el FASCISMO, el gran daño comunista y las renacientes decepciones del socialismo fueron ahorradas a la península, y es absurdo sostener que fuera al precio del aplastamiento del pueblo. El pueblo obrero italiano disfruta hace largo tiempo de un estatuto que el nuestro no tiene. Gran importancia se le da en él, como es natural a las desconfianzas humanas siempre despiertas, y que tienen razón de ser: el régimen se empeña en establecer y consolidar la garantía para los hogares modestos por medio de sólidos contratos. Pero estos mismos contratos podrían ganar o perder mucho de su eficacia material, según el espíritu que los determine y la moral que los anime. Ahora bien, el impulso natural de la amistad queda aquí reconocido, alentado, premiado, la política va de acuerdo con la religión para predicar el amor al prójimo, es decir, *al más prójimo* de nuestros semejantes, en la calle, en la ciudad, en la provincia, en el Estado no pudiendo el género humano venir sino en quinto lugar.

Ante los resultados de esta política de la *mano tendida*, es normal que las democracias al haber adoptado la fórmula del *puño tendido*, se hayan dado la voz de orden común del "antifascismo": su mayor interés vital consiste en impedir la formación de todo haz nacional tendiente a suprimir o reducir las competencias de que ellas viven. Por esto concluyo que en ningún orden social surgirá ni podrá surgir si no se empieza por arrancar al mundo obrero de la democracia, después de haber arrancádose uno mismo, quiero decir, antes que nadie el burgués.

Este pronóstico no es nuevo. Se sabía lo que se decía hace ya

cuarenta años[4] cuando se recogía la experiencia de los mayores y las reflexiones personales en la doble máxima de que: *la democracia es el mal, la democracia es la muerte*. Sólo que esta muerte se vuelve trágica, sus prodromos se anuncian como muy crueles. Dondequiera que el trabajador es inducido a desorganizar y a destruir aquello de que debería vivir, el absurdo del procedimiento más o menos conocido y adivinado, crea pesadas melancolías, amarguras dolorosas o insanas cóleras. El sentido, el espíritu de este régimen contra natura acabaron por hacer entre nosotros, como en Rusia y en España, estados de fanática pasión bastante novedosos, definidos por un gusto punzante hacia la matanza por la matanza a menudo seguido por deseos de aniquilamiento que no están en desacuerdo con las tendencias al suicidio y a la esterilidad. La raza y los seres se abandonan con el mismo impulso que los irritados corazones.

La Naturaleza del Ser social y vivo, desafiado por el Nivel, es detestada. Se la odia y persigue hasta en las maravillas con que el hombre efímero intenta sobrevivirse. Las hordas que salmodian "*del pasado hagamos tabla rasa*", después de haber vaciado los armarios y quemados los graneros, ponen a saco todo aquello con que el genio, las artes y la ciencia quisieron decorar el porvenir entrevisto en sueños; estatuas, cuadros y monumentos caen bajo el hacha y el martillo.

Esos frenesíes pueden sorprender, por lo que caracterizan a una época de excepcionales subversiones, pero también por lo que su epidemia tiene algo ajeno a nuestro Occidente. Este último punto es el más grave: todas las grandes crisis modernas tienen un carácter oriental; bíblicas por su espíritu o judías por su personal en siglo XVI, la Reforma alemana, la Reforma inglesa, la Reforma francesa, después en los siglos XVIII y XIX las tres revoluciones de Francia, entre el Terror y la Comuna, por fin en el XX las convulsiones de Moscú, de Buda, de Madrid y de Barcelona muestran aquel mismo rasgo más o menos vivo, pero fundamental, de expresar sea un hebraísmo intelectual, sea los actos de hebreos de carne y hueso. Lo que no es dudoso ni para Lutero ni para Knox, ni para Calvino, ni para Juan Jacobo, ni para Marx, ni para Trostsky, ni para sus discípulos rusos, húngaros o ibéricos. Un espectador desinteresado, el señor Béraud, escribe a un amigo judío: "¿Puédese recordar sin estremecerse que el primer alborotador de Rusia se llama Kerensky; que la alborotadora de Alemania se llama Rosa Luxemburgo; que el alborotador de Baviera se llama Kurt Eisner; que el alborotador de Austria se llama Otto Bauer; que el alborotador de Italia se llama Claudio Treves y que el alborotador de Cataluña se llama Moisés Rosenberg" y que todos "*tienen un maestro único, Marx?*" Agitadores

[4] Desde antes de **La Encuesta** sobre la Monarquía.

o ideólogos, o unos y otros, atestiguan la misma violenta presión del Oriente semita sobre un Occidente que ella desnacionaliza antes de desmoralizarlo. Este mesianismo de judíos carnales, llevado al paroxismo por su demencia igualitaria y que prescribe verdaderos sacrificios humanos, lo ha osado todo para imponer una fe absurda y, cuando llega la hora de la ineluctable desesperación, el energúmeno judío todo lo destroza.

Pero es preciso no olvidar que antes del brutal estallido judío, una paciente política, no menos judía, había actuado en profundidad por la vía de la erosión. Los dos trabajos se explican y se complementan el uno por el otro; la Evolución preparó sabiamente la Revolución, lo que hace comprender la palabra-límite de José De Maistre: SATÁN.

VI

¿ADÓNDE VAN LOS FRANCESES?

Y entretanto, las democracias languidecen en muchos lugares, casi por todas partes, la Revolución está vencida, vencida con el amor del mal y de la muerte, por aquellos ardientes apetitos de vivir que animan al ser real; el marxismo ruso mismo parece aflojar: ¡a los franceses les cuesta comprender que su país pueda quedar expuesto a tantas amenazas!

Francia fue la primera de las naciones en sufrir ciegamente un mal que ella denominó su bien, pero también la primera en analizarlo, para devolverle todos sus verdaderos tristes nombres. El Renacimiento francés de las ideas de salvación irradió por el mundo: ¿Cómo no produjo en la práctica su efecto político y social en toda la extensión de nuestro país?

No reduzcamos sus efectos. Aun habiendo desde el fin del siglo XVIII sido emitidas entre nosotros las más altas lecciones de política natural, los efectos y sus influencias no han cesado. Ella siguió extendiéndose y profundizándose. *"Todo aquel que piensa, en la medida en que piensa"* en tierra francesa, se ha puesto naturalmente a pensar en contra de la muerte de la Sociedad y en contra de la muerte del Estado.

Pero habría sido necesario que este pensamiento pudiese difundirse. En un país en que las ideas hubiesen circulado sin contralor, la afluencia de la luz habría sido irresistible: católicos y positivistas de la Restauración, historiadores del Segundo Imperio y de la Tercera República habrían acabado por elaborar un cuerpo de doctrinas sin réplica. Jamás se les replicó. Pero el interés hostil logró fabricar buenas pantallas o sólidos diques para detener su marcha o amortiguarla. *"Medios materiales"* de cuya falta

podía Augusto Comte, muerto en 1857, quejarse ya con justicia. La verdad choca con la consigna de un Estado electivo que, a merced del voto, no puede descuidar su defensa en la cabeza y el corazón de los votantes.

De ahí un curioso divorcio, pronto acrecentado desde hace una treintena de años, entre los grupos populares, los más sometidos al Estado, y toda la parte de la inteligencia nacional que, más libre, pudo y supo examinar las ideas recibidas en materia de historia, moral, y filosofía política. Esta reacción llegó clara y fuerte, a la enseñanza estatal, en sus grados secundario y superior: los profesores de liceo o de facultad participan en gran medida de ella, en razón de la independencia natural de sus funciones. Pero la escuela primaria le queda casi completamente extraña, y hasta se puede decir que le está sustraída: casi nada sabe de ese poderoso movimiento crítico. Su personal, formado en una especie de redil, o de seminario laico, llamado Escuela Normal de maestros, se adiestra para una especie de sacerdocio y de apostolado a favor de la herencia ideal de la Revolución. Sus libros escolares, sus manuales de estudio tienen allí un atraso de medio siglo. Todas las correcciones determinadas por espíritus tan laicos y libres como Renán o Fustel de Coulanges o Taine o Bainville son metódicamente puestos de lado. La Contrarrevolución espontánea que irradió desde Francia por Europa y el mundo se detuvo en el umbral de las noventa escuelas encargadas de mantener, departamento por departamento, una dogmática ignorantina, alimenticia, oficial. Por esos nuevos levitas, la "masa" del pueblo conserva, pese a todo, un vago conformismo hacia las nubes de 1789. Ideas despreciables y obsoletas, instituciones criminales siguen siendo ofrecidas como el pan y el vino de un progreso continuo. El maestro de escuela lo dice, el pequeño alumno lo cree. Es frecuente, sin duda, que un generoso olvido postescolar haga justicia de esos falsos bienes. ¡A menudo! ¡Felizmente! No siempre.

Después de la escuelita, la pequeña prensa está del mismo modo al servicio del mismo dogma interesado. La función de esta prensa consiste en explotar a favor de la democracia un curioso lote de quiproquós, nacidos de chatos retruécanos. Nuestro viejo pueblo tiene las costumbres de la independencia. Antes volvíase hacia el rey por horror de la opresión, fuese esta clerical, señorial o burguesa. No más hoy que ayer, la opresión politiquera no puede encantarlo. Reacciona contra ella dondequiera que la siente. Por esto es que se empeñan en evitar su difusión. Y el éxito del narcótico no es nulo. Pero aun allí no siempre ocurre que la virtud de las palabras no surta efecto. Inclusive se agota en la tarea. ¿La Libertad? Sea, ¿pero Libertad de quién? ¿La de los estafadores del ahorro público? ¿La Libertad de qué? ¿La de estafar? Por supuesto se responde que la libertad general siempre queda defendida, mientras los elegidos del voto sean diputados al gobierno. Tal se cree, hasta cierto punto, pero por una razón que hay que averiguar: nuestro diputado de la circunscripción es el agente de una protección que se vuelve necesaria contra la centralización administrativa y la uniformidad de aquellos reglamentos napoleónicos de que Francia no ha cesado de sufrir; un régimen absurdo requiere el absurdo remedio electoral, que le hace fraude; Francia estallaría si el campesino, el comerciante, el empresario, el pequeño rentista no tuviesen aquellas especies de comisionistas parisienses que, nombrados en apariencia para hacer leyes, tienen por oficio recorrer por cuenta de su clientela las antecámaras de los ministros y las oficinas de los grandes servicios públicos: así es como respiran nuestros supuestos ciudadanos bajo el peso de una burocracia opresiva. Con todo, cuando en la misma ocasión el diputado ha hecho su ley, por lo general torcida, su elector comprende que debe obedecerla, exactamente como la ley de un rey o de un emperador: ésta no sería más imperiosa que aquélla. La palabra de libertad escrita en las paredes de los edificios públicos de nada sirve. La palabra de igualdad tampoco impide que el gran elector local sea un personaje superior y temible. Toda esta charla es impotente para enmascarar la mala calidad del gobierno constituido por los incapaces que en menos de setenta años produjeron más de cien ministerios sucesivos, cada uno de los cuales comportaba una veintena de hombres entre quienes la responsabilidad dividida al infinito, quedaba prácticamente disuelta. Pero justamente esas rápidas sucesiones, asociadas a dicha irresponsabilidad crearon el hábito de falsas sanciones, preñadas de escepticismo y de indiferencia. ¡La comedia de los cambios fue causa de que la gente se resignara con un fácil fatalismo a la ilicitud! Se la siente. Se la sufre. ¿Se la recuerda? ¿Se la relaciona con su causa? La inteligencia puede habitar en los individuos, pero un pueblo necesita hacer un gran esfuerzo de su cerebro colectivo, siempre débil, para que si averiguó los orígenes de tal guerra larga y sangrienta, o aun de tal enorme pérdida de dinero, aquella causa le quede presente y lo vuelva enteramente contra un régimen político determinado. Los politicastros no carecen ni de habilidad ni de actividad para engañar al transeúnte.

¡Durante mucho tiempo lograron hacer oír bien alto la gloria de pertenecer a un Estado sin jefe! ¡Pero se empieza también a decir: *sin jefe, no hay dirección; ¡qué lástima!*

Un sentimiento de duda e insatisfacción acabó por nacer y aumentar poco a poco. Un número creciente de franceses lo sintió. Mucha gente comprende que el pretexto de *salvar las libertades públicas*, establece el despotismo de un partido que asegura la inmunidad de los camaradas prevaricadores y concusionarios. Esta clarividencia ha aumentado acerca de ciertos puntos. Sobre otros aún busca su expresión directa o su virtud disolvente. A despecho del muelle optimismo predicado por los diarios del

régimen, y que constituye un raro poder de embrutecimiento, el creciente descontento debe llegar a unirse con la inteligencia contrarrevolucionaria, cuyos desarrollos, jamás detenidos, están en pleno vuelo.

La opinión oficial lo niega, fundándose en un estado de indecisión y de apatía que ella condena a no cesar jamás. Pero las apatías son sacudidas por la inquietud de los intereses; las indecisiones ceden al terror de las grandes crisis.

Sigue siendo cierto que la seguridad del Partido reinante está menos amenazada de lo que ocurriría si la reacción del espíritu francés hubiese hallado el poderoso concurso a que tenía derecho en los medios donde se habría debido sentir su grave importancia y su alta necesidad. Después de creaciones como el Círculo Fustel de Coulange, que reunió a una selecta minoría de los tres estadios de la enseñanza, después de las repetidas advertencias de un cuerpo médico numeroso y lúcido, la inmensa clase media francesa y con mayor razón las clases superiores habrían debido poner al país en un estado de alerta y de defensa más avanzado.

No lo ha hecho.

¿Por qué? Ello se debió a ciertas *causas* y a ciertas *razones.*

Las *razones* son las mismas que determinaron el error cardinal existente en el comienzo de la cuestión obrera: dependen del viejo error de la democracia liberal, convertido en hábito del lenguaje y del "pensamiento" a que se aferra más de un espíritu poco cultivado de capitalista, de patrón, de gran propietario.

Las causas se deben al lamentable temor que expande y generaliza un aparato fiscal, judiciario y administrativo cuyos abusos son arbitrarios, fáciles y frecuentes. Ahí, *los grandes* se hacen chiquitos. Suponiendo que las "congregaciones económicas" sometan a los políticos, ¡los políticos se lo devolvieron con creces! Cuanto a los verdaderos *pequeños o medios,* aquellos para quienes la política no es un oficio, no se atreven a hablar de política sino en voz baja. Los franceses, que tienen lástima de los italianos por la tiranía policial, no han mirado con alguna atención o profundidad en torno de ellos. La araña estatal tejió entre nosotros una inmensa tela. Pero este grado de estatización se nos escapa. Estamos insensibilizados a su respecto. No por ello es menos monstruoso. La política cuestiona el pan de los hogares franceses, el establecimiento de los niños, su carrera demasiado a menudo administrativa, los protectores que hay que contemplar, las subvenciones, favores, exoneraciones que es preciso obtener y sin las cuales ya no se puede vivir.

Los comités electorales, las sociedades secretas, los funcionarios, el mundo judío obligan a la inmensa clase media a la más vergonzosa prudencia.

Algunas charlas de café y de redacciones de periódico quedan libres, o por lo menos, lo estaban antes del Frente Popular, pero capas enteras de este pueblo suspicaz y altivo están más que

aterrorizadas: intimidadas. Apenas lo sospechan. La persecución directa y formal suscitaría una salubre irritación: la amenaza queda oscura y vaga; no podría emprender nada contra la libertad de pensar, pero limita increíblemente su expresión en privado como en público. ¡Cómo se lamenta pronto haberse "mostrado"! ¡Cómo, a instancias de parientes y amigos, se promete con facilidad a sí mismo y a los otros "no volver a hacerlo"! Este cesarismo sin César llega a desvirilizar a ciertos sectores del país real, aquellos que están más próximos al país legal. ¡Jamás se dirá bastante qué mal moral nos hicieron en eso las instituciones del año VIII! Es su despotismo anónimo e indoloro, pero de ninguna manera inofensivo. Esos hábitos trajeron una singular evolución de la lengua: Antes preciso y fuerte, el francés vuélvese fláccido, oblicuo, impreciso, todo en retrocesos, trasposiciones y cobardes antifrasis. Parece que se quisiera poner algodón en la boca y forrar con estopa la punta de la pluma. Los partidos políticos, cuyo interés parecería consistir en ser precisos, acabaron ellos mismos por perder el orgullo de la bandera, la sonoridad del programa. Todos sus nombres son trucados. Los defensores de la autoridad y de la tradición se hacen llamar independientes o liberales. Los reaccionarios son "republicanos de izquierda". Ya no hay oportunistas: ¡todos son radicales desde que esa bella palabra no significa ya nada! Lo importante es esquivar la idea precisa, la que comporta compromisos con la lógica, o pesados trabajos de espíritu crítico. Algunos grandes órganos, guiados por el interés, publican dignas defensas de la *familia* y de la *herencia,* pero esas buenas composiciones escolares acaban por ser coronadas con un elogio emotivo de la "verdadera democracia"... Con algunas temporadas de esta complaciente y sistemática traición del vocabulario, se tendrá la Torre de Babel, con todas sus consecuencias de dispersión y equivocación. Indudablemente el mérito de los retóricos será mayor al hacerse comprender, y los beneficios de los filibusteros que los pagan serán más hermosos. Pero cuando el historiador-filósofo queda reducido a gemir su *Vera rerum amisimus vocabula,* muchas cosas quedan comprometidas, si no perdidas. Quienes ante ese cuadro se sonríen con buena fe muestran una peligrosa ligereza: no se debe permitir el fraude en las etiquetas, a riesgo de que se deterioren los productos. ¿Cómo se espera acabar con el menor de nuestros males, si se pierde el coraje de nombrarlo?

¡Y aún no estamos al cabo de la lista de nuestras miserias! Hay que mencionar el doloroso accidente, que, más que ningún otro, afectó las profundidades de la verdadera Francia porque le ocultó el franco diagnóstico que podía curarla.

A despecho del Estado y su estatismo, de su escuela, de su prensa, el malhechor espíritu de la supervivencia revolucionaria habría sufrido derrotas más rápidas, amén de haber sido indudablemente eliminado, si la ignorancia o el error de las autoridades

sociales no hubiese recibido un sólido refuerzo de un lado desde el cual, justamente, se tenía derecho a no temerlo demasiado. Verdad es que era también el lado de donde había sido absurdo esperar lo peor, hallándose siempre aquel mundo como la vieja Austria, *"con un atraso de un ejército, de un año, de una idea"*.

Cuando en enero de 1901, en la Encíclica *Graves de Communi*, el Papa León XIII permitió a los católicos adornarse con la etiqueta de "demócratas", les recomendó expresamente no emplear jamás dicha palabra, sino en un sentido que precisaba con fuerza: quería, dijo, que "la democracia cristiana" nada tuviese en común con la "democracia social", pues ella se le diferencia *tanto como el sistema socialista difiere de la ley cristiana.* Y, Doctor más aún que Jefe, agregaba que *"quedaría condenado quien falsease esta palabra en un sentido político"*. Seguramente, escribía el Papa, *"la democracia, según etimología misma del término y el uso que le dan los filósofos, indica el régimen popular, pero en las circunstancias actuales no hay que emplearla* (SIC USURPANDA EST), *sino quitándole todo sentido político y sin atribuirle ninguna otra significación que dicha benéfica acción cristiana cerca del pueblo* (BENEFICAM IN POPULUM ACTIONEM CHRISTIANAM)". En suma, diríamos nosotros: una demofilia religiosa. En nombre de la *justicia*, con insistencia, se recomendaba aún a los demócratas cristianos ahorrarse entre todos los extravíos de la democracia social, aquellos que tienden expresamente a la nivelación de las condiciones civiles (AEQUATIS CIVIBUS) a riesgo de encaminar a la igualdad de los bienes (AD BONORUM ETIAM INTER EOS AEQUALITATEM SIT GRESSUS). Y el Papa observaba que la reforma social no podía tener éxito sino con el concurso de todas las clases. Útiles, muy útiles servicios debían esperarse de la clase superior: *"de aquellos a quienes su situación* (LOCUS), *su fortuna* (CENSUS), *su cultura espiritual, su cultura moral dan en la ciudad más influencia"*. *"A falta de su concurso —agregaba—, apenas es posible hacer algo verdaderamente eficaz* (QUOD VERE VALEAT) *para mejorar como sería deseable la vida del pueblo"*. En suma, la Encíclica excluía y condenaba (NEFAS SIT) una democracia cristiana inspirada en el igualitarismo, que tendiese a la lucha de clases, al celoso descrédito de la fortuna y del nacimiento: errores todos juzgados incompatibles con el principio de la conservación y del mejoramiento del Estado (CONSERVATIONEM PERFECTIONEMQUE CIVITATIS).

Tal es en sus términos y su espíritu el Acta de Nacimiento de la Democracia Cristiana.

—¡Bah! —se respondió en un grupo de católicos influyentes—, *el Papa tragó la palabra, se tragará la cosa.*

Se creyó estar obligados a hacérsela tragar... La situación algo se prestaba para ello. Pues ante todo se estaba en Francia; el gobierno popular ya existía allí, y diez años antes el mismo pontificado había aconsejado arreglarse con la República. La

"democracia política" estaba allí naturalmente a cubierto de las censuras.

En segundo lugar, los principios de la democracia social estaban escritos en el acápite de todas las actas del régimen y en el frente de todos sus monumentos: podía volverse delicado criticarlos, o aun tenerlos por sospechosos; era exponerse a la desconfianza, adoptar una actitud de tácita rebelión, que debía desconcertar el respeto debido a las instituciones, predicado y vuelto a predicar.

En tercer lugar —y esencialmente—, si se metía el dedo en el engranaje electoral y parlamentario, el empleo de la "palabra" influía forzosamente a favor de la "cosa", aquella que se quería hacer "tragar" al Papa y también a la masa católica francesa, la que, sin embargo, no gustaba de ella; es cierto que se le prometía ganar por este medio asombrosas mayorías: los jóvenes abogados, los jóvenes sacerdotes animados de gran celo, dedicados a la meritoria tarea de dar conferencias, hacer visitas y formar círculos de propaganda, secretariados del pueblo con la mira de ejercer "la acción popular cristiana" tan altamente recomendada, no tuvieron más que *pasar la calle*, para hallar todas las tentaciones de la democracia política y todas las seducciones de la democracia social en los mitines, las conferencias y sus debates contradictorios. ¡Con mayor razón si eran llevados como candidatos! ¿Lo serían? ¿No lo serían? No era el deseo lo que faltaba. Y desde entonces, ¿cómo no ser arrebatado por la necesidad de sobrepujar la política de la izquierda y la sociología de la extrema izquierda. ¡Ninguno de ellos dejó de hacerlo! Pero no se podría decir que se dejaron ir a ello con inocencia: de hecho se precipitaron sea al debate sobre la lucha de clases, en el que introdujeron un áspero acento de moralistas y sermoneadores; sea a las reivindicaciones directas de la democracia social; sea a las supremas deducciones del principio del gobierno popular. De ello resultó entre otras cosas, principalmente en el Oeste, que los castillos y los presbiterios halláronse pronto a cuchillo pelado: ¡el bajel católico singlaba pues hacia un rumbo bastante alejado de la *Graves de Communi!*

Un incidente vino a irritar las pasiones. Desde hacía un cuarto de siglo, por desdichada transformación gradual, la revista de la Asociación Católica, y las organizaciones laterales fundadas por hombres de tradición, discípulos de Le Play y el conde de Chambord, fueron asediadas y luego ocupadas, por fin sometidas a jóvenes equipos que se creían muy avanzados porque profesaban algunas de las ideas que habían causado horror a sus abuelos, las mismas ideas que la evolución de la inteligencia francesa estaba en camino de rechazar. De ese modo la Tour du Pin, el padre de Pascal, y varios otros, objetos de un respeto irónico, acababan por ser tratados de fósiles o aparecidos; el núcleo fundador quedaba prácticamente desplazado; su influencia pasaba a

otros; que se creían seguros del triunfo, y que lo estaban en su medio.

Pero, de pronto, con el vivo estupor de esos jóvenes "de derecha izquierdistas" apareció, desembocando de una extrema derecha, más joven, más ágil y mucho más mordiente, una ofensiva contrarrevolucionaria, antidemócrata y antirrepublicana, que unía a sus cualidades de acción la seria ventaja de hallarse muy fuertemente pertrechada de argumentos. Su dialéctica, reforzando sus polémicas, no tardó en descalabrar al neo-liberalismo republicano y democrático: los jóvenes avanzados, sintiéndose retardatarios, quedaron débiles y desdichados en el debate y la supuesta vanguardia fue zarandeada y puesta fuera de combate, relegada a retaguardia, promovida al rango de anticuada izquierda ultrarreaccionaria, pronto abandonada por todo lo viviente en la juventud de derecha. Los hijos de los monárquico-bonapartistas adheridos a la República, se desadhirieron, para militar apasionadamente con los nuevos defensores de la autoridad, de la tradición y del orden, de la jerarquía y de la monarquía.

Las razones que éstos alegaban eran indiscutibles; hubo que soportarlas. Lo que no fue chistoso. Menos aún lo fue, y más insoportable que todo, el notorio desmentido *de hecho*, dado al prejuicio que había movilizado a todo aquel mundo y determinado todo aquel error: prejuicio sin fundamento como sin valor, en virtud del cual el espíritu moderno debía ir siempre a izquierda, debiendo los territorios del porvenir pertenecer desde los cimientos o volver de derecho a las ligas absurdas desarrolladas por piadosos retóricos sin cerebro. ¡No se sabe bien qué especie de resorte de relojería mística con la función de resonar en el espacio y sobre los abismos, de modo a calificar de arcaísmo definitivo todo aquello que hasta entonces había constituído la fuerza y la vida, el orden y la alegría del universo!

Pero las eternas adquisiciones de la inteligencia y de la experiencia volvían a tomar la delantera. Demostrábase sin mayor trabajo la extrema frivolidad de aquella fácil apelación a la antinomia del ayer y del mañana, del presente y del porvenir.

El acontecimiento mostraba no haber en ello nada de fatal ni de ineluctable en el progreso de las ideas revolucionarias. Ellas no eran invencibles. Habían sido vencidas, y lo que era mucho pero, ¡con su gloria desvanecíase el mal argumento de falsa fuerza mayor, con que se había recubierto la taimada sublevación contra las precauciones dictadas por León XIII! Lo que el Papa había fingido tragar, era vomitado por la naturaleza de las cosas. La avenida de la historia cerrada a esos pobres espíritus, se abría a sus censores, cuya edad, cuya fe, cuyo número, cuyo éxito, cuyo acierto se apoderaron alegremente de un "siglo" que los otros habían descontado con cierto apresuramiento. ¡Qué chasco! A fuerza de llorarlo, formáronse

dolorosas llagas que sangraron mucho tiempo y no curaron jamás. Vese aún exudar del cerebro de algunos ancianos las preciosas gotitas de esta rabia recalentada, inolvidable. ¡Pues no valía la pena haber sacrificado las más santas fidelidades personales y domésticas, entristecido a muchos amigos, maltratado y disgustado a muchos maestros, en nombre de una inexcusable metafísica del Tiempo para así encontrarse contradichos, humillados, relegados al lugar de los veteranos y de los burgraves, por el tiempo real, por el *divino Anciano* que no perdona sino a la *Verdad!*

La muerte de León XIII no había arreglado las cosas. Su sucesor, pensador vigoroso, juicioso y lúcido político, puso el colmo a la angustia de aquella pandilla de conservadores extraviados; condenó teóricamente a su *Surco*.

Condena que no tuvo nada de efectivo, pues los juegos estaban hechos, las posiciones tomadas, las organizaciones electorales y sociales fundadas, y todas las vanidades agudizadas se defendían con uñas y dientes. ¿Podíase dar media vuelta? De otro modo, humanamente ¿qué hacer?

No se podía abrigar la menor esperanza de escapar a la nueva crítica ni de refrescar los rebosados tópicos: se estaba derrotado de antemano en aquellos debates del sentido histórico y de la razón. Había también el peligro de exponerse a los reproches pontificales. Acabóse por buscar refugio, con paso grave y altivo, en las cimas superiores del espíritu práctico, afectando gran desprecio por las especulaciones doctrinarias. Convínose en adoptar el vocabulario, las ideas y los principios en vigor de las "masas populares", a fin de corresponder a sus "aspiraciones". No sin afanarse por reverenciar verbalmente a la ortodoxia, la indiferencia por la verdad o la mentira llevóse tan lejos que, mediante algunas reservas de forma contra la demagogia y la "falsa" democracia, se ingeniaron para continuar no teniendo para nada en cuenta las poderosas razones de Moral o de Política natural con que brillaba toda la Encíclica *Graves de Communi:* reciprocidad de los servicios entre las clases y las condiciones, beneficios de sus desigualdades, privilegios de la naturaleza o de la historia. Similarmente se mandó a guardar los mejores trabajos de la Escuela Social Católica; se dejó a los monárquicos ocuparse casi solos de esta doctrina corporativa que hoy tiene tan vivo éxito que ha llegado a ser un "lugar común" de la reforma social, gracias a los trabajos de los Valdour y los Bacconnier: altas épocas en que la corporación presentaba el serio defecto de contrariar al sindicalismo electoral.

Luego ¡cómo esperar de un mundillo herido por este reciente fracaso el menor interés por el movimiento intelectual contrarrevolucionario que precisamente entre 1900 y 1910 hallábase en el origen de todos sus males! Muy por el contrario el rencor unido a una muy quimérica esperanza de desquite, volvió a todo ese

mundo más que indulgente a las peores exageraciones de nuestros "cristianos rojos" durante aquellos dichos últimos años; pues ora dio el escándalo de aprobar las explosiones del comunismo religioso o del antipatriotismo saerdotal, ora dando el otro escándalo, peor aún de no dejarlo ver al desaprobarlas.

De ello resultaron en gran escala dolorosos daños.

El público formado por una vasta región del mejor *país real* de Francia fue así entregado sin defensa a los engaños de la verborrea oficial: no recibió las luces a que tenía derecho sobre el fondo de los principios que regulan los intereses mayores de la existencia social y civil.

El pabellón de una cruel caridad vino a cubrir los mismos errores que, en España, ya chorrean hermosa y pura sangre.

El amor del pueblo pareció deber permitir la explotación de esos errores. Con desprecio que se creyó hábil y prudente se juzgó esos nudos poderosos y breves con los cuales —como el castigo a ciertas faltas— adhiere la catástrofe material, depende de y sigue al error político. Una asombrosa virtuosidad vocal se puso al servicio de aquel culpable silencio del espíritu.

Mientras tanto, era famoso desde hacía muchos años el siguiente diálogo:

—*Vuestra democracia envenena* —decía Le Play a Tocqueville.

—*Pero* —respondía aproximadamente Tocqueville—, *¿y si yo desespero de administrar el antídoto?*

—*Yo no administraré el veneno* —replicaba el sólido Le Play.

Una funesta retórica iba pues a sustituirse a cualquier filosofía; la clase dirigente, o que habría debido dirigir, practicó o sufrió en política o en sociología una especie de anestesia obligatoria ante el Error. ¡En vano! El Error era dejado en paz, o contemplado, servido, propagado y hasta aclamado y durante largo tiempo pudo bogar, próspero y feliz,

Bajel favorecido por el fuerte Aquilón:

no por ello corría menos en dirección a ciertas rompientes que hoy se ven sin anteojos de largavista. ¿Cómo habría ocurrido de otro modo? ¿Y cómo no se lo había pensado? Más allá de las palabras están las cosas. Tarde o temprano les toca el turno de hacerse sentir. De nada sirve entonces haber cedido al "mayor desarreglo del espíritu" que consiste en presentarlas como se las quiere, y no tales como son. Querer hacer creer en la paz, en vez de consentir en ver una guerra que viene, lleva al desarme que vuelve a la guerra más desastrosa. Querer hacer creer que se tienen los bolsillos llenos de millones, cuando en ellos no queda un cobre, combina la estafa con la desnudez. Querer hacer creer en la posible benevolencia de la lucha de clases y de la envidia democrática, madre de todos nuestros males, no disminuye su malicia, pero la disimula y la recomienda, la protege y la facilita, la envenena, la agrava y la multiplica.

Que esos males hayan crecido de ese modo, es una evidencia que oprime corazones viriles: pero aún no llama a la reflexión a todas las cabezas que podrían y deberían reflexionar. Es ahí sobre todo donde reina en nuestros días aquel *error de la gente bien* presentido por el gran Le Play. Y nada es más espantoso.

Que ante un riesgo tan grave *lo mejor del país* no se levante con la decisión que se debería esperar de su parte, que lo más profundo de las mejores almas, la pura cima de la piedad cívica y de la devoción social no se bañen siquiera en luces suficientes, y que dichas luces no vengan de donde deberían proceder, es algo que aumenta horriblemente todos nuestros inmediatos peligros.

Pues, en fin, la nación que así se deja sin dirección es la misma de la que varias vecinas solicitaron, aprendieron, recibieron las leyes de su Renacimiento. Como se lo ha dicho muy bien: *"Francia se quedó con el honor, mientras otros países lo aprovechan"* [5] ¿Se la dejará aún mucho tiempo pudrirse en una inferioridad mental llena de vergüenza?

Su renovación intelectual puede aún tardar, pero nuevos atrasos pondrían en peligro más que su paz: su vida.

CONCLUSIÓN

LA NATURALEZA Y EL HOMBRE

Por ello es que no cedemos al llamado de vanas abstracciones cuando aquí suplicamos a los espíritus sinceros remontarse a los principios para revisar sus vistas de conjunto: es particularmente indispensable que dirijan una mirada firme sobre aquel punto esencial de la relación existente entre lo *voluntario* y *natural*, lo moral y lo físico en la trama social del ser humano.

Engañándose o dejándose engañar, reemplazando el *conocimiento* por una "fe", democrática o liberal, que nada autoriza y que todo desmiente, uno hace más que exponerse a pruebas sanguinarias: se les anticipa con precipitación; en ciertos casos se ayuda a adelantarlas.

Hay que conocer las verdades de la naturaleza o perecer bajo sus golpes.

No nos dejemos reprochar el humilde grado en que se mantiene aquí la investigación.

No dejemos decir que nos demoramos en la *materia* del hombre.

No compartimos de ningún modo la opinión de descuidar ni

5 René Gillouin.

la estructura humana, ni lo que estructura y materia comportan de movimientos, impulsos, vuelos superiores. Para examinar a fondo un tema, se empieza por distinguirlo de lo que no es él. Materia, ¡sea! Para conocerla es preciso aproximarse a palpar esta preciosa tela de la vida social. Semejante materia no es más desdeñable que la de cualquier otro huésped del universo. Cierto predicador romántico atronó la catedral de Notre Dame, declamando en su púlpito contra Santo Tomás de Aquino, culpable de haber derivado de la materia su Principio de Individuación. Ese golpe de címbalo sonoro no impedirá a nadie abordar sin falsa vergüenza, con serena sencillez, el estudio de los primeros elementos naturales del complejo humano. Cuanto mejor se penetre aquello de que está hecho, mejor se podrá liberarlo de las falsas ideas cuyas aplicaciones cuestan caro.

Cuanto mejor se vea en su verdad a la naturaleza, mejor se sabrá ubicar los derechos y los deberes donde están, en vez de llenar su espacio donde no se puede practicarlos porque ni están ni pueden estar allí: allí no se halla sino relaciones de necesidades con las que no se puede otra cosa que reconocerlas y, para vencerlas, empezar por obedecerles.

¡La naturaleza de los hombres, la que precede su voluntad, es un tema cuya sola mención basta para ofuscar al *panjurismo* contractual, del que proceden, según *voluntarismo* sin freno, aquellas divagaciones de la democracia liberal cuyo falso supuesto es que podemos todo lo que a nuestra fantasía se le antoje querer! Sus ambiciones son alocadas, su locura hace justicia del principio de que salen. Todo lo que se proclama en su honor jamás hará que el *hombrecillo* pueda elegir su papá y su mamá, ni que su libertad, por soberana que sea, pueda elegir la ubicación de su cuna. Esto decide el punto. Ni Kant ni Platón tienen nada que ver en ello. Sus invenciones de vida anterior quedan aquí sin ningún valor. De bueno o de mal grado, hay que admitir esos territorios naturales, ni queridos, ni elegidos, ni elegibles, reconocer su eventual beneficencia, o resignarse a cegueras de sistemas que son la muerte del pensamiento y el suicidio del acto.

El viaje a las tinieblas a medias de la Física social no puede hacerse por lo demás sin despertar en su penumbra diversas transparencias que iluminan como por debajo este o aquel plano en que nuestros elementos puramente materiales se reúnen con nuestros elementos personales y morales y pueden asimismo aspirar a alcanzar ciertas partes divinas del ordenamiento de la vida.

Ante la tabla de la Ley que impone la obligación de hacer vivir y criar a los niños, la exacta descripción del hombrecillo recién nacido, su estado de extremo desamparo, que le confiere la cualidad de indigente natural con el rango de rico legatario y alto beneficiario social, parece por así decir llegar al justo y

hermoso encuentro del gracioso instinto materno y paterno cuya profunda conciencia honra las personas dignas del nombre humano.

En conclusión, podría sobrepasar la Física. Deja entrever que el Ser bruto no puede no encerrar una esencia formal y cierta de Bien. Podríase luego determinar allí las posibilidades de una dicha adormecida, misteriosamente propicia a ciertos destinos del hombre, que puede desprenderse de un análisis riguroso y circunspecto.

Evitemos llevar más adelante este rasgo, para atenernos a su expresión más simple: la humilde intelección de lo sensible eleva el rayito de una luz, que tal vez no se esperaba, hacia la meditación de las leyes superiores, cuyos términos ella verifica y refuerza. Lejos por consiguiente de perjudicarse como lo creen los imbéciles, aquellas verdades que se aproximan y convergen, sacan nuevas influencias y valor de la diversidad de sus puntos de partida.

Distinguir no es poner en conflicto; no es siquiera dividir, ni separar. La Moral es la regla de la acción voluntaria. La Política natural tiene por objeto profundizar un orden impersonal. Sin duda Antiguos y Modernos, incluso los más grandes, pudieron confundir tales objetos con otros bastante vecinos. Lo que no es una razón para volver eterna la confusión. Por mi parte todo me incita a conducir lo más profundamente que pueda, este estudio de los fundamentos sociales de la vida humana que ha sido mi constante preocupación.

En los lugares algo remotos en que el tiempo no me faltó para mirar hacia atrás, y recordar los caminos recorridos, perdidos o reencontrados, quise juntar las ideas esenciales que iluminan mi reflexión y mi acción. La pequeña Suma que se hizo me parecería que articulara con menor nitidez lo que dice si no se relacionara con lo que una filosofía llamaría *causas segundas*, y otra, *primeras leyes naturales*. Cualquiera sea el nombre que se le dé, *lo que es, es.*

He aquí lo seguro.

Causas o Leyes, estos principios son demasiado claros y su claridad demasiado benéfica para consentir en dejarlos enredarse, oscurecerse o desfigurarse.

No habría que creer que la máquina política y social gire de vacío. Cuando hace llover fuego y sangre, ¡los pobres humanos quedan abajo! Muy al revés de la perra de Malebranche, el sentimiento para sufrir no les falta. Un pensamiento ajustado puede socorrerlo, a veces salvarlo. Es tenerles lástima decir la verdad.

Enero-Febrero de 1937.

I

EL HOMBRE

SI EL HOMBRE ES ENEMIGO DEL HOMBRE O SU AMIGO

Los verdaderos filósofos se niegan constantemente a hablar de los hombres sino como reunidos en sociedad. No hay ningún solitario. Robinson mismo estaba sostenido y perseguido en su isla por los innumerables resultados del trabajo inmemorial de la humanidad.

El eremita en su desierto, el estilita al tope de su columna en vano se aíslan y atrincheran; ambos aprovechan riquezas espirituales acumuladas por sus predecesores; por escaso que sea su alimento o su vestimenta, es siempre a la actividad de los hombres que lo deben. Absolutamente solos, morirían sin dejar huella. Así lo exige una ley profunda, la que si aún está mal conocida y formulada, se impone a nuestra especie de modo tan riguroso como la caída se impone a los cuerpos graves que pierden su punto de apoyo, o la ebullición al agua calentada a cien grados de temperatura.

El hombre es un animal político (es decir, en el mal lenguaje moderno, un animal social), observaba Aristóteles en el siglo IV anterior a nuestra era. El hombre es un animal que forma sociedades o, como lo decía él, ciudades, y la ciudad que forma se funda en la amistad. Aristóteles creía en efecto que el hombre, de modo general y cuando todas las cosas por otra parte son iguales, siempre halló natural placer en contemplar y tratar a sus semejantes. Todos los instintos de simpatía y frecuentación, el gusto por el hogar y la plaza pública, y el lenguaje, los refinamientos seculares de la conversación debían parecer inexplicables si en el punto de partida no se admitiese la natural amistad del hombre por el hombre.

—He aquí hombres, debía decirse aquel observador de la entera naturaleza; he aquí hombres que comen y beben juntos. Se han buscado, invitado a comer y beber, y es evidente que el placer de la compañía decuplica el placer de cada uno. Este niño se divierte, pero en verdad no juega si no se le permite tener compañero de recreo. Se necesita una gran pasión como la avaricia o el amor para quitar al hombre el gusto por la sociedad. Aun entonces su rostro exhibe la huella de las privaciones y de los combates que sufrió en su fuga.

Las rutas se volvieron seguras. Entretanto los carreteros se esperan los unos a los otros para marchar en convoy, y este placer de engañar juntos el hastío es tal que el uno descuida la atención de su yunta de bueyes, el otro la hora de su mercado. La última actividad de los ancianos cuyos años concluyen consiste en ir a agruparse al sol para decirse y repetirse cada día las mismas palabras ociosas. Tales son los hombres, de todas las condiciones. Pero, ¿qué decir de las mujeres? Su ejemplo es sin embargo el más maravilloso, pues todas se detestan y pasan su vida entera buscándose. Así el gusto de vivir juntos es en ellas más fuerte que aquel espíritu de rivalidad que nace del amor.

* *

Los pesimistas de todos los tiempos a menudo negaron a Aristóteles su principio.

Pero todo lo que dijeron y pensaron ha sido resumido, veinte siglos después de Aristóteles, por el amigo y maestro de Carlos II Estuardo, el autor del *Leviathan*, teorizador de la Monarquía absoluta, aquel ilustre Hobbes, quien se adelantó a los modernos teorizadores de la concurrencia vital y del predominio del más fuerte.

Hobbes sentó en principio que el hombre nace enemigo del hombre, enemistad que se resume para él en la memorable fórmula: *el hombre es un lobo para el hombre.* La historia universal, la observación contemporánea proveen tan considerable número de verificaciones aparentes de dicho principio, que es casi inútil mostrarlas.

* *

—Pero —dice alguien— ¡Hobbes es un pesimista muy moderado! No parece sospechar que carga con el peso de una espantosa calumnia a la especie de los lobos cuando se atreve a compararla con la especie de los hombres. ¿Ignora pues que los lobos, como lo dice el proverbio, jamás se comen entre sí? Y el hombre no hace sino eso.

"El hombre se come al hombre sin cesar. Y no come sino al hombre. La antropofagia aparece a los espíritus superficiales como un rasgo particular de ciertas tribus, tan lejanas como salvajes, y que disminuye día a día. ¡Qué ceguera! La antropofagia no disminuye ni desaparece: se transforma.

"Ya no comemos carne humana, comemos trabajo humano. Con excepción del aire que respiramos, ¿hay un solo elemento de los que tomamos a la naturaleza que no fuera previamente regado por el sudor y las lágrimas de los hombres?

"Sólo es en la campaña donde podemos aproximarnos a un arroyuelo natural o a una fuente natural a beber agua del cielo, tal como nuestra tierra la destiló en sus antros y sus rocas. El más sobrio de los ciudadanos, aquel que no bebe más que agua, empieza a exigir una especie particular de agua, embotellada, sellada, transportada, con lo que atestigua el mismo esfuerzo humano por el más precioso elixir. El agua de las ciudades es allí conducida a gran costo de captación y canalización.

"Regresad al campo, coged allí un racimo o una fruta: no sólo el árbol o la cepa exigieron largo cultivo, sino que su tallo no se halla al estado natural, fue injertado, mediante una larga serie de injertos indefini-

dos, que transformaron aún, a menudo mejorando el brote injertado. La simiente misma, por las selecciones de que fue objeto, lleva en su misterio un capital del esfuerzo humano. Al morder la pulpa del fruto, mordéis una vez más el trabajo del hombre.

"No tengo que enumerar todas las razas de animales que fueron amansadas, domesticadas, *humanizadas*, para proveer el alimento o el vestido de los hombres. Entretanto, observad cómo aquellos recursos que no son naturales deben recibir una segunda especie de aderezo, un nuevo grado de *humanización* para alcanzar el honor de sernos ingeridos. No basta esquilar la lana de las ovejas, trabajo humano; es preciso que esta lana sea tejida por la mano diligente del ama de casa o de la criada. No basta abatir la carne, o trocearla; es una necesidad universal someterla al fuego antes de devorarla: trabajo humano. Por todas partes hállase este intermediario entre la naturaleza y nuestros cuerpos.

"¡No, los lobos no se entredevoran de esta manera! Y es porque el lobo no come el trabajo del lobo que tan rara vez es llevado a hacerle al lobo aquella guerra que es de necesidad entre los hombres.

"El lobo halla en la naturaleza que lo rodea lo que el hombre está obligado a pedir al hombre. La naturaleza es inmensa, sus recursos son infinitos; el lobo puede llamarla su madre y buena nodriza. Mas los productos manufacturados, los productos humanizados, aquello que el hombre llama sus bienes, hállanse en número relativamente ínfimo; de ahí, entre los hombres una rivalidad, una concurrencia fatales. El festín es estrecho: todo nuevo huésped será mirado de reojo, como él será malmirado por las personas ya sentadas a la mesa.

"Este recién llegado no se presenta al hombre ya en posesión, como un simple consumidor cuyo apetito es temible; es también un ser de presa, un eventual conquistador. Producir, fabricar uno mismo, es indudablemente un medio de vivir; pero hay otro medio, que consiste en arrebatar los productos de la fabricación, sea por la astucia, sea por la violencia. Es a menudo

el interés del hombre, de lo que hay infinitos testimonios: la mayoría de quienes no son ni ladrones ni bandidos pasan su vida en el temor de ser asaltados o robados. Prueba segura de que su reflexión personal, su experiencia, la tradición y la memoria hereditaria están acordes en señalar la energía siempre subsistente de los instintos de rapiña y de fraude. Llevamos en la sangre el genio de la conquista.

"El hombre no puede ver al hombre sin imaginárselo en seguida como a un conquistador o un conquistado, como explotador o explotado, como vencedor o vencido y, en fin, para decirlo con una palabra, como enemigo. Por más que diga Aristóteles que el hombre es social, no lo sería si no fuera industrioso; y los frutos de su industria le son tan necesarios o le parecen tan hermosos que no puede poseerlos sin verse obligado muchas veces a tomar las armas. La defensa de esos bienes, o su robo, es toda la historia del mundo."

* *

Hay una gran parte de verdad en el discurso de los pesimistas que de aquel modo van más lejos que Hobbes y los suyos. Yo querría que se resignaran a dar por cierto todo lo que dicen, y no temieran enseñar que en efecto el hombre es más que un lobo para el hombre; pero a condición de corregir el aforismo agregándole este otro, nuevo, cuya verdad es igualmente rigurosa, de que el hombre es un dios para el hombre.

Sí, la industria explica la concurrencia y la rivalidad feroces desarrolladas entre los hombres. Pero la industria explica igualmente sus concordancias y sus amistades. Cuando Robinson descubrió por primera vez la huella de un pie desnudo impreso en la arena, tuvo un sentimiento de temor, diciéndose a la manera de Hobbes: "He aquí al que se comerá todo mi bien, y que me devorará a mí..." Cuando descubrió al débil Viernes, pobre salvaje inofensivo, díjose: "He aquí a mi

colaborador, mi cliente y mi protegido. Nada tengo que temer de su parte. Él tiene que esperarlo todo de mí. Lo utilizaré."

Y Viernes vuélvese útil para Robinson, quien lo somete a los empleos y trabajos más variados. En poco tiempo, el nuevo habitante de la isla presta servicios infinitamente superiores a todos los gastos materiales de su mantenimiento. La riqueza del ex solitario se multiplica por la cooperación, y él mismo queda a salvo de las dos sugestiones del desierto, el frenesí místico o el embrutecimiento. El uno por el otro se elevan pues y por así decir se civilizan.

El caso de Robinson es demasiado particular y privilegiado para que se lo fije jamás como punto de partida de una teoría de la sociedad; el gran error de los sistemas aparecidos en el siglo XVIII fue el de razonar sobre casos similares. Sabemos que para darnos cuenta del mecanismo social, hay que observarlo en su elemento primitivo y que siempre lo fue: la familia. Pero es la industria, la necesidad de la industria lo que fijó a la familia y la volvió permanente. Al recibir a los hijos y las hijas que le daba su mujer, el hombre sentía desarrollarse en sí los mismos instintos hace un momento observados en el corazón de Robinson: "He aquí colaboradores, clientes y protegidos. Nada tengo que temer de ellos. Ellos todo lo pueden esperar de mí. Y el beneficio me hará bien a mí mismo." A medida que crecía su familia, el padre observaba que su poder aumentaba también, así como su fuerza y todos sus medios de transformar en torno suyo la rica, salvaje y temible naturaleza o de defender sus productos contra competidores o conquistadores.

Observad, os lo ruego, que es entre seres de condición desigual donde siempre parece constituirse la sociedad primitiva. Rousseau creía que esta desigualdad resultaba de las civilizaciones. ¡Es todo lo contrario! La sociedad, la civilización, nacieron de la desigualdad. Ninguna civilización, ninguna sociedad podría salir de seres iguales entre sí. Los verdaderamente iguales, colocados en condiciones iguales, o siquiera meramente análogas, se habrían casi fatalmente entredevorado. El intercambio y el comercio libres de bienes equivalentes, no están en el origen, sino en las últimas consecuencias de largos perfeccionamientos sociales. La desigualdad de los encuentros crea necesidades de aceptación y de concesión que resultan fecundos, su mal se atenúa, su bien se fortifica, en lo físico y en lo moral. Que un hombre pueda dar la vida o la seguridad, o la salud por otro, el cual por sí mismo las perdería, he aquí relaciones sociales nuevas; el primero utiliza y si se quiere, "explota", con un capital que ha creado, salvado o reconstituido al segundo llevado por el interés bien entendido, por el amor filial o el reconocimiento en hallar dicha explotación agradable, o útil, o por lo menos tolerable.

El instinto de protección o el instinto paternal causaron otros efectos. El jefe de familia no tuvo solamente hijos engendrados de su vida. Fugitivos, suplicantes acudieron a él, quienes en estado de debilidad, desnudez e impotencia, venían a ofrecerle sus brazos y también sus enteras personas a cambio de una protección sin la cual estaban condenados a perecer. Por adopciones de este género, la familia debía acrecentarse. La guerra, que era siempre indispensable llevar en cualquier momento contra familias rivales, aportó una nueva especie de acrecentamiento. Siempre fue excepcional en la historia del mundo que el grupo victorioso sacrificara para comerlo o hasta para satisfacer su venganza, al grupo vencido. Las mujeres de toda edad son casi siempre reservadas: las más jóvenes para el papel de esposas o de concubinas, las mayores para los oficios domésticos en los cuales se las apreció en todos los tiempos. Si la matanza, aun de los guerreros, es cosa rara, la reducción a esclavitud es por el contrario un hecho tan general que Bossuet no pudo considerarlo sin respeto. Cuando se lo piensa, ningún hecho primitivo puede marcar mejor el precio inmenso que todo hombre atribuye a la vida y a la función de otro hombre.

—Hace un momento me resultabas un lobo, pero en cuanto vencí al lobo, lo mato, pues él no puede sino hacerme nuevos daños. Ahora bien: tú, que eres un hombre, a quien puse por tierra y que yace herido en el suelo, me resultas ahora como un dios. ¿De qué me serviría tu muerte? Tu vida, por el contrario, podría volverse una nueva fuente de bienes. Levántate, te curaré. Mejórate, y te emplearé.

"Mediante algunas precauciones indispensables tomadas contra tu fuerza y contra los recuerdos de tu libertad, te trataré bien para que trabajes para mí. Cercano a mi hogar, participando de mi seguridad, de mi alimento y de todos mis otros poderes, vivirás mucho tiempo: tu trabajo, ¿lo entiendes?, tu inestimable trabajo entra en mi propiedad. Pero yo me veo obligado a garantizarte, además de la existencia, la subsistencia y todos los géneros de dicha que sean compatibles con la mía."

De ese modo el rostro del esclavo era amigo para el amo. Y poco a poco, cuando el hábito se le sumó, cuando el olvido hubo operado su labor, cuando el buen trato cotidiano hubo hecho olvidar cierta crueldad primitiva, el rostro del amo volvióse amigo para el esclavo. Significó previsión, tutela y gobierno. Después de algunas generaciones, relaciones de nuevo género se establecen; en virtud de la reciprocidad de los servicios, el esclavo se consideraba como miembro secundario, pero necesario, de la familia.

* *

Ora por el sentimiento del peligro común, del que nacían los pactos de jefes de familia sensiblemente iguales entre sí; ora por el abatimiento o la sujeción de familias vecinas, la familia primitiva extendióse hasta formar una nueva agrupación civil, un estadillo político; el mecanismo de su formación es el que ya hemos visto funcionar.

La industria da poder, determina la concurrencia, hace nacer en el grupo la necesidad de elementos nuevos; de donde, el aumento de las familias y su federación; de donde aun las puertas abiertas, mediante el establecimiento de ciertas condiciones, para los vagabundos y los tránsfugas, y asimismo para los enemigos vencidos. A cada estadio, el dicho de Aristóteles se verifica; es la amistad quien preside la fundación de la ciudad. Pero la fórmula de Hobbes no por eso queda desmentida, sin embargo: porque el hombre es lobo para el hombre, el reducto se eriza de murallas, torres y otras obras de fortificación. La amistad se establece como entre los participantes del mismo hogar, entre quienes están envueltos por el mismo muro; para los otros, la enemistad o por lo menos la precaución y la desconfianza se declaran.

No hay que entender por amistad la amistad pura, ni por enemistad una enemistad absoluta. Los extranjeros o, como se los llamaba en la antigüedad griega, los bárbaros no son necesariamente enemigos. Pero ante todo son diferentes por las costumbres, la lengua, el atuendo, las leyes. Y además, sus desplazamientos casi siempre tienen por objeto la rapiña. Con todo, se los suele recibir como huéspedes e interrogarlos como sabios. Se responde a sus preguntas para que respondan a las que se les formula. El conjunto de sus caballos o de sus navíos constituye además un gran elemento de curiosidad, a veces de codicia. Las relaciones empiezan por las más simples, el intercambio por vía de trueque, puesto que aún no existe la moneda. He aquí especies de amistades internacionales. ¡Pero ellas son precarias y muy relativas, en comparación con las causas de enemistad siempre a punto de estallar entre gentes tan diversas y movidas por intereses tan contrarios!

Inversamente, en el interior de cada ciudad, si es muy cierto que la amistad nacida de apremiantes intereses comunes ha hecho relegar la verdadera guerra fuera del reducto, y por así decir a la periferia de aquel gran cuerpo, no por eso faltan robos y adulterios come-

tidos, dándose sablazos los amantes rivales y puñetazos y cuchilladas los mozos de cordel competidores. Entretanto subsiste una paz relativa. Hay antipatías y envidias, pero por motivos de poca importancia, sobre los cuales es fácil o posible la reconciliación.

Por lo demás, respondiendo a la necesidad de paz y de orden esencial a la vida, y que los progresos de la industria vuelven imperiosa, la ciudad, la gran comunidad civil, ya naturalmente dividida en familias y en corporaciones de oficiales, comporta y si es necesario suscita la formación de ciertas comunidades secundarias entre las cuales se distribuyen los ciudadanos, según sus afinidades y sus gustos. Son asociaciones religiosas, confraternidades de mutuo socorro, sectas filosóficas y literarias. Va de suyo que los miembros de cada corporación no pueden experimentar mucha simpatía por los miembros de la corporación vecina: La simpatía aumenta proporcionalmente entre los miembros del mismo grupo, lo que es un gran beneficio. Dos confraternidades de penitentes, la una azul y la otra gris, pueden causar en una ciudad el día de la fiesta votiva, dos o tres querellas, amén de una buena riña; la amistad ejercítase allí a lo largo de todo el año, en el interior de cada una, para mayor beneficio material y moral de las unas y de las otras. Cuanto más viva es la guerra en el exterior, más estrecha vuélvese en el interior la camaradería. El hombre está hecho de ese modo, y las sociedades que pudieron atravesar las dificultades de la historia son precisamente aquellas que, conociendo por reflexión o presintiendo por instinto dichas leyes de la naturaleza humana, ajustaron a ella su conducta punto por punto.

Una comunidad subsiste mientras entre sus miembros las causas de amistad y de unión superan a las de enemistad y división.

La policía, los tribunales se instituyen para castigar, reprimir y si es preciso destruir aquellos de cada comunidad que muestran a sus hermanos o compañeros el rostro del lobo que deberían reservar para el enemigo común. Del mismo modo los honores ántumos o póstumos sirvieron en todo tiempo para recompensar a aquellos miembros de la comunidad que se mostraron más "lobos" para el enemigo o, si es permitido decirlo así, más "dioses" para sus amigos y compatriotas. Muchos héroes fueron así deificados, a título militar y civil.

* *

Rostro de dios, rostro de lobo, la expresión alternativa del rostro humano en presencia del hombre resulta de su constitución, de su ley. Naturalmente filántropo, naturalmente misántropo, el hombre necesita del hombre, pero le teme; únicamente las circunstancias regulan el funcionamiento de esos dos sentimientos que se combaten, pero se complementan.

No creo que puedan desaparecer jamás. Me parece una tontería esperarlo. Las sociedades más bajas, que fundaban las más estrechas fraternidades, fueron también las más terribles para todo aquello que trataba de vivir fuera de su recinto. Pongo por testimonio los recuerdos del Imperio romano, el que al dilatarse por toda la tierra habitada, no perdonaba sino a sus vencidos y aplastaba todo lo demás. La cristiandad, tan dulce para las poblaciones abrigadas en su vasto seno, se abandonaba a la violencia natural de todo instinto cuando encontraba paganos o sarracenos. Hoy, la civilización inglesa tan moderada, tan respetuosa, tan jurídica hacia sus ciudadanos, no reconoce ni derecho ni fuerza fuera de su fuerza o de su derecho. Rasgo curioso: en opinión de todos aquellos que lo vieron de cerca, el inglés moderno es personalmente servicial, hospitalario, humano hacia el extranjero cualquiera que sea, que acogió a su lado y con el cual contrajo alianza. Su voluntad formal tiene el poder de crear tales acepciones de personas. Pero son, como se dice en derecho, especies puras, y fuera de las cuales se cree con el deber de mostrar rostro de lobo a todos los bárbaros: su rostro

de dios queda reservado para los hijos de la vieja Inglaterra.

Se puede burlar ese patriotismo, ese nacionalismo. Pero él es conforme a grandes leyes físicas. Se relaciona con los elementos del género humano. Para crear o mantener a un pueblo próspero, a una civilización floreciente, no se halló nada mejor ni nada diferente.

No digáis que puede contribuir a la guerra externa: sin duda alguna, ahorra la guerra civil, que es la más atroz de todas.

NATURALEZA Y FORTUNA

Si se me concede que el azar contribuye en pequeña parte a nuestra rectitud de inteligencia, pretenderé que no hay que burlarse jamás del azar; es un gran simplificador, un gran abreviador de querellas. Los dados eran sagrados entre diversos pueblos más juiciosos que nosotros.

•

Nuestra influencia en los acontecimientos no depende de nosotros solos. A veces de una singular facilidad.

Para captarlos, puede bastar la fuerza de un niño. Poder no es a menudo sino destreza o dicha, ¡y todo se puede!

•

Las grandes razas humanas, tan sensibles a todos los atractivos, saben con la mayor facilidad del mundo, plegarse a las desdichas y a las dificultades de la suerte. ¿No era el joven Alcibíades el honor y las delicias de Atenas, quien se encenagaba y se perdía en las delicias del gran rey, pero se reía de placer adaptándose a la farsa de Lacedemonia?

Las altas energías son flexibles. El hombre verdaderamente hecho para saborear las alegrías de la vida es aquel que sabe pasarse sin ellas con la misma alegría.

•

Yo no soy de aquellos que se ríen de la bella ilusión abrigada por los antiguos acerca de los astros. Tal vez sabían que sus carros inflamados, en realidad, estaban roídos y gastados por su vida luminosa; con gran sabi-

duría, no veían esos mundos en sí mismos, sino que los concebían en relación con su propia vida. No es dudoso que una estrella no sea un buen emblema de perennidad en comparación con la existencia de los efímeros. Todo lo que sabemos o creemos saber destruirá difícilmente el ingenuo informe de nuestros sentidos. No creemos injuriar a la ciencia invocando la estrella en su altura, como estable y eterna, mientras nosotros rodamos miserablemente sobre las olas del mar. La estrella nos proporciona una imagen satisfactoria y un tipo aproximado de la relativa perfección hacia la que tiende el corazón del hombre. ¡Alta estrella, estrella estable, estrella eterna, es cerca de ti donde se halla refugio contra las violencias y las astucias, los abismos y los repliegues de las tentaciones y de las corrupciones del mar!

NATURALEZA Y RAZÓN

Lo instintivo y lo inconsciente están en la base de la naturaleza humana; si ésta es una mezcla de bien y de mal, no es enteramente mala. Un hombre que fuera todo voluntad consciente sería un autómata, con ribetes de cretino.

●

Como hay en el alma humana una porción enteramente mecánica, condición y sostén de las otras partes, y a falta de la cual nada se sostendría, porción a la cual se aplican todas las leyes del mundo mineral, hay también en nosotros una provincia vegetativa, que sostiene y luego condiciona a la sensitiva y a la racional.

Es preciso ponerse en regla con estas leyes del alma vegetativa si se quiere ser un buen animal, bieneducado, si se quiere ser un buen animal razonable, o humano, sentir bien, es decir, sentir como animal sano y completo.

●

El mundo físico tiene leyes, y la naturaleza humana las suyas, que no se inventan, pero se descubren. El espíritu del hombre, en lugar de especular en las nubes, debe mirar en torno para hallar consejo y dirección en la luz.

Hay un hombre perfecto. Por lo cual no quiero decir una figura mediocre en que se compensen los defectos y las cualidades de un ser humano: expreso el límite del poder humano. Los monstruosos, los excesivos, los hinchados no sobrepasan dicho límite, aunque tengan el hábito de decirlo. Quedan muy para acá de él. El hom-

bre no concibe nada más allá de ese término; es ahí donde colocó a los dioses. En dos palabras, el hombre es un animal que razona. Esta vieja definición me parece por cierto la única satisfactoria. Ni la moralidad, ni la socialidad, ni por cierto el sentimiento son particulares al hombre. A él no le pertenece sino la razón; es lo que lo distingue, sin separarlo, del resto de la naturaleza.

Esta naturaleza es representada en él toda entera, en su cuerpo, que tiene peso, número y medida como los metales, organización como los vegetales, sensibilidad y movimiento como los animales, y que así parece la más alta flor de la tierra; su razón se nutre, se agudiza, es activada y esclarecida sin cesar por los tributos que el mundo le paga a través de esos canales. En un hombre perfecto, es preciso que la razón, así condicionada por toda la naturaleza, desarrolle toda la amplitud de su energía por el modo preciso en que aquello no puede dañar a la expansión perfecta de un cuerpo y de un corazón floreciente, la razón llevada al exceso, agostando al animal, seca sus propias fuentes de desarrollo; y en cuanto a la cultura exclusiva del cuerpo, muy claro está que oscurece al alma razonable y le quita al hombre su ingenio.

•

Así queda el hombre formado por cincuenta siglos de civilización, al punto de que casi perdió la idea de la fundamental enemistad de la naturaleza. El coro de las cosas que lo rodea le parece un conjunto armonioso, claro, benévolo, con tal de no vivir allí solo.

Si tiembla en el desierto, es de soledad.

En cuanto ese desierto se puebla, el hombre se tranquiliza en seguida. Tiene sin duda fe en sí mismo; pero también lo domina, por una especie de rápido contagio, un sentimiento de confianza y abandono en la solidez, en la constancia, en la riqueza y en la generosidad de su Universo.

La máquina del mundo no es conducida por los vocablos pronunciados ante ella o por las frases inscriptas en sus manubrios, sino por criaturas vivas: necesidades, intereses, reales fuerzas llenas de apetito.

•

Así sea, el mundo se desarrolla, lo sabemos. Pero sabemos también que tiene por campo de evolución dos infinitos. La más ligera modificación exige millares de siglos. Entre los hombres, la cáscara de las costumbres cae con tanta facilidad como ella es reemplazada; pero no es más que la corteza, ¿y qué sabemos de lo esencial en el hombre que se halla alterado desde hace cuatro mil años?

•

Tener razón, es todavía una de las maneras en que el hombre se eterniza: tener razón y cambiar los dichos comunes y corrientes en un pequeño número de proporciones coherentes y razonables, es cuando se lo alcanza aunque sea sobre algún punto, la obra maestra de la energía.

Tener razón no basta. Pero es lo indispensable y por ahí se debe comenzar. Y si se ha empezado por no tener razón, hay que abandonar el error, volver sobre sus pasos al punto desde el cual se avanzará y se progresará, en lugar de dar vueltas en círculo, recular o patinar.

•

Nada más delicioso para el pensamiento del hombre que experimentar una ley por el testimonio de un hecho independiente y espontáneo, de algún hecho posterior a la fórmula de la ley.

Uno se confirma en el profundo sentimiento de que razonar no es soñar y de que hay correspondencias misteriosas entre las concepciones de nuestro espíritu y la confusa corriente de las cosas reales.

•

Siempre tuve a la razón por el instrumento útil cuya estructura nos define su alcance. Ella no lo ve todo por cierto, pero no vale la pena arrancarse los ojos porque la filosofía de la óptica reproche a dichos órganos algún vicio de constitución. Desesperar de los recursos de la razón es tan vano como esperarlo todo de ella.

●

En cuanto se apoderan de nosotros, las facultades, que son fuerzas ciegas, quieren para sí la corona, sin reparto; pero el placer de la inteligencia y de la razón, no es reinar, no es *poder*, sino sencillamente *ver* lo que reina, y asignar a cada actividad el lugar que le es más conveniente. Si es fácil para la razón dar el cetro al más digno, le resulta superfluo y algo imposible arrogárselo indebidamente.

●

La razón, es decir, la inteligencia que modera, mide o apremia a todas las pasiones.

●

Únicamente los débiles excluyen la razón del sentimiento. En los fuertes, la convicción es tanto más acalorada cuanto que se funda en motivos vistos con más claridad.

●

La razón y el sentimiento, sosteniéndose vuelta a vuelta y regulándose el uno por la otra, son la salvaguarda y la esperanza del mundo.

II

PRINCIPIOS

LA VERDAD

Sí, señor; sí, señora; es porque "el discurso es duro" que su eficacia será dulce; es porque el libro deja un "sabor amargo en la lengua" que, más adelante, será tónico y curativo.

Los jalones colocados en las rutas no ponen sus indicadores en estilo dulce y florido: emplean el estilo de su utilidad. Precisos, directos, insistentes y autoritarios, no dicen: *si yo no me engaño,* no dudan de sí, no se excusan por lanzar con rudeza a la vista de los transeúntes las flechas de la dirección y las cifras de la distancia. Mas ¿se queja el viajero? Por poco que tenga el corazón dispuesto a filosofar, agradece al autor provechosas brutalidades por las cuales ni siquiera se siente tiranizado.

A él le toca aminorar o apresurar la velocidad, seguir o cambiar de orientación. La piedra miliar sólo dice en términos claros lo que es, y aquello que hay que tener en cuenta. Cuanto más el dato preciso limite el pensamiento, en razón misma de aquel estrecho mojón, las fantasías del corazón, los votos de la imaginación, las necesidades, las comodidades y los intereses personales obtendrán más seguridad y mejor podrán darse libre curso. Una indicación incierta, un dato vago o falso, pareciendo lisonjear la arbitrariedad del paseante, restringirán la libertad de su movimiento, de su reposo, disminuirán sus poderes reales, pues los riesgos anexos a las consecuencias de un itinerario descuidado y caprichoso serán multiplicados por la insuficiencia de aquella información.

Es gran error pensar que las *contingencias,* como se dice, se acomoden más fácilmente con un principio flojo

y flotante: muy por el contrario, toda indecisión en los principios complica el estudio de los hechos, así como su tratamiento; la incertidumbre hállase introducida de ese modo en el único punto donde podía venirle un poco de luz, y a las complejidades de la tierra se habrán agregado las sombras del cielo.

La verdad, sol duro, pero claro, se contenta con establecer desde arriba lo que hay que saber y pensar antes de obrar. Muestra el bien, señala el mal, hace distinguir las proporciones en que el uno y el otro se encuentran y se mezclan en la infinita variedad de nuestros casos humanos. Una vez así esclarecido, el hombre está lejos de haber resuelto los problemas de su vida práctica, pero tiene con qué resolverlos, y si como le ocurre demasiado a menudo, no puede elegir sino entre males, discernirá mejor cuál sea el menor, su esfuerzo podrá aplicarse a evitar lo peor, lo que tal vez constituye la mayor virtud del gobierno de sí y de los otros.

●

La verdad no sólo está defendida por aquello que tiene naturalmente de general, de elevado, de abstracto y de extraño al hombre, sino que para decidirse a elevarse hasta ella, se precisa un impulso generoso del pensamiento, más allá del presente, un amplio cálculo acerca del porvenir. Para adherir a dicha verdad que todo vela, es preciso además un esfuerzo de la voluntad, que imponga silencio a muchos instintos.

La verdad, "no digo la sinceridad, digo la verdad entera, el acuerdo del lenguaje y del pensamiento con las realidades exteriores", la verdad juzga aún ser otra cosa que la suprema voluptuosidad de la inteligencia: es la habilidad soberana, es la fuerza todopoderosa.

●

La sinceridad no es la verdad. La intención más recta y la voluntad más firme no pueden hacer que lo que es no sea.

●

No sobrestimemos ninguna virtud, pero hagamos justicia a las virtudes de la evidencia. No hay sonrisa, mueca o parloteo de floridos ingenios que pueda resistírseles. Las decisiones que ellas provocan son graves, a veces penosas en la vida del espíritu, la vida exterior no les obedece siempre, pero el servicio que prestan es tal que prevalecen sobre todo.

●

Lo verdadero vale por sí mismo. Pero hay verdades amargas y verdades dulces. Las hay útiles, las hay peligrosas. Las hay que debemos reservar para los sabios y otras que convienen como alimentos de todos.

●

¡Algunos revolucionarios puramente oratorios y místicos pueden juzgar que, fábula o verdad, cualquier cosa es buena para el pueblo! Nosotros creemos que el pueblo tiene necesidades menos exigentes que la minoría selecta. La verdad le hace tanta falta como el pan. La mentira históricopolítica envenena a un pueblo con la misma limpieza que el cianuro de potasio.

●

Un desdén que no se expresa no es una acción. Por el contrario, un error y una mentira que no nos tomamos el trabajo de desenmascarar adquieren poco a poco la autoridad de lo verdadero.

LA FUERZA

Hay debilidades tiránicas, debilidades perversas y vencidos dignos de serlo, como hay victoriosos benéficos, héroes de la energía y del poder a quienes la humanidad debe inmensos progresos, colosos de salud y de fuerza que merecieron la bendición del pasado y el porvenir. La fuerza en sí misma, despojada de sus caracteres adventicios y circunstanciales, la fuerza que no se halla aún al servicio ni del bien ni del mal, la fuerza desnuda es por sí misma un bien, muy precioso y muy grande, pues es la expresión de la actividad del ser. Es imbécil querer ignorar su beneficio.

•

No hay que cansarse de repetirlo, para desalentar al sofisma nocivo: la fuerza por sí, reducida a sí misma, es un bien. Lo que no quiere decir que siempre haga bien o que no haya un bien mayor.

Buena en sí, también es capaz de los mayores beneficios, así como de defender la patria, castigar el crimen, vengar el honor o proteger la inocencia.

Pero como es capaz de todo, le es necesaria como primera garantía una regla y, puesta al servicio de la mejor causa, un orden. El orden contribuye a hacerla entera y completamente eficaz. Pero el orden la conserva también de lo que pretende servir; el orden le impide volverse a su pesar contra lo que le es querido. Toda fuerza desordenada se halla expuesta a dicho peligro.

•

Para moderar la fuerza queda la Razón, es decir, el sentido de la mesura y de las proporciones intelectuales queda aquel sentido cívico que agrega al orden superior del espíritu no sé qué principio de cordialidad, de sencillez, quisiera atreverme a decir la caridad, que no quiere la muerte del culpable, sino, y con mucho afán, su enmienda.

Quedan también aquella claridad, aquella franqueza, consecuencia natural de la rectitud de espíritu, que no permite ni hipocresía ni disfraz, sino que va derecho ante sí, con la visera levantada y el pecho descubierto, aquella serenidad tranquila que conviene a quienes asumieron libremente nobles funciones.

•

Las teorías de la fuerza no están de ningún modo en contradicción con la doctrina de la solidaridad; y de todas maneras, la ayuda mutua entre los hombres necesita ser fuerte para protegerse o sentirse protegido contra la violencia.

Si en el mundo no vale más que la fuerza, resulta indispensable ser fuerte; si hay otra cosa, si como nosotros pensamos hay algo mejor, y mucho mejor, es aun más necesario ser fuerte y poderoso para salvar o desarrollar esos verdaderos bienes.

EL ORDEN

Como no podría existir la figura sin el rasgo que la ciñe y la línea que la contiene, desde que el Ser empieza a alejarse de su contrario, desde que el Ser es, tiene su forma, su orden, y es aquello mismo que lo limita, lo que lo constituye. ¿Qué existencia carece de esencia? ¿Qué es el Ser sin la ley? En todos los grados de la escala, el Ser se debilita cuando el orden cede; se disuelve por poco que el orden ya no lo mantenga.

•

El orden no es sino un medio. Es un punto de partida. Restablecer el orden restituye una atmósfera favorable a la acción del espíritu como a la del cuerpo. Aquel orden hace posible, o mejor, la obra emprendida. Le garantiza su duración, y le proporciona auxiliares o protectores.

•

La regla humana no consiste en matar, en destruir ni en aniquilar el sujeto que ella debe por el contrario desarrollar manteniéndolo en su camino.

•

Necesidad de *subordinar* para coordinar y ordenar; ¡no hay paparrucha oratoria que pueda ir contra esa matemática!

•

Conformarse al orden, abrevia y facilita la tarea. Contradecir o discutir el orden es perder el tiempo.

•

El orden, se lo ha dicho ya, es una justicia superior.

•

Para el orden histórico y político, *poseer* no es nada, *tener* no es nada, si no se está en condiciones de *conservar* también.

•

En la guerra como en la paz, el orden es precioso entre todos los bienes. Con su falsa dureza, con su rigor aparente, economiza las existencias, como mide y utiliza los esfuerzos.

El soldado que se queja del orden es enemigo de sí mismo. La ciega bondad que le hace coro a dicho soldado es una enemiga del soldado. Enemiga inconsciente e involuntaria; ¿qué importa la intención si ella lo envía a la muerte?

Justamente porque es ingrato y liviano, porque el olvido y la inestabilidad le son ordinarios, el hombre advirtió pronto que necesita buscar en el Tiempo, que cambia sin cesar, puntos de referencia inmóviles, invariables puntos de apoyo, cada vez que trata de realizar un designio de cierta importancia, que quiere ser fiel a su propósito y a su amor.

Escribo deliberadamente esta última palabra, que no expresa sino el sentimiento de las personas; pues si las fuertes pasiones tienen sus ritos aniversarios; si la repetición de ciertas fechas provoca un retorno natural del pensamiento hacia los misterios dolorosos o felices de la vida del corazón, con mayor razón cuando no se trata ya de un solo ser, sino de una sociedad, de una religión, de una causa, será necesario eternizar en sus fechas los recuerdos felices o funestos.

NO OLVIDAR: es el punto de partida de todo orden y de toda ley.

LA AUTORIDAD

Cuando el primer movimiento del entusiasmo ha pasado, ningún orden puede nacer sino de la autoridad.

NATURALEZA DE LA AUTORIDAD

La idea de que la autoridad pudo construirse por abajo no habría podido entrar en la cabeza de nuestros abuelos, que eran juiciosos.

En verdad no fue fabricada ni por abajo ni por arriba.

La autoridad *nació.* En los individuos, en las familias, en los pueblos, es un don en que la voluntad de los hombres tiene muy poco que ver.

La observación más vulgar está aquí enteramente de acuerdo con el texto católico *omnis potestas a Deo.* En una de las más viejas "Cartas a Panchita" el señor Marcelo Prévost recuerda a su sobrina *cómo* después de haber aprobado su bachillerato, ella supo obligar al secretario de la Facultad a que le mostrara sus notas, con desprecio de los reglamentos universitarios y de las leyes del Estado. *Tenéis el gran don, Panchita, de la autoridad,* observaba sentenciosamente el tío Marcelo. ¿Creía acertada su observación? ¿Llegaba al fin de lo que observaba?

La autoridad, así tomada en su nacimiento, es algo simple y puro. Ciertos tipos humanos la poseen, los otros carecen de ella.

Haciendo a un lado a quienes no saben más que obedecer, el hombre de libertad, reconocible en la altivez de un corazón que nada doma, difiere de aquel que se caracteriza por la dignidad y que sobre todo

inspira respeto: el hombre de autoridad difiere de los otros dos. Su libertad se impone naturalmente a la libertad ajena, su dignidad es radiante, arrastra y transporta. No es el respeto ni la admiración, sentimientos inertes, es una docilidad entusiasta la que le responde.

* *

Lejos de ser irracionales, los votos instintivos van más rápido que la razón consciente, y la lógica clarividente no por ello les falta más que a las pasiones de un gran amor. El autor de la *Vida Nueva* nos dice que al ver por primera vez a Beatriz el corazón empezó a latirle impetuosamente, lo que Dante desarrolla y explica en estos términos: "*...El espíritu de la vida que reside en la bóveda más secreta del corazón empezó a temblar con tanta fuerza que su movimiento se dejó sentir en mis más pequeñas venas, y temblando dijo estas palabras: 'Ecce deus fortior me, qui veniens dominabitur me.' He aquí un Dios más fuerte que yo, y que me va a dominar. Entonces, el espíritu animal, que está en la alta bóveda a donde todos los espíritus sensitivos van a llevar sus percepciones, empezó a asombrarse mucho, y dirigiéndose particularmente a los espíritus de la visión, dijo estas palabras: 'Apparuit jam beatitudo nostra.' Nuestra beatitud apareció...*" Hay que releer todo este penetrante y poético análisis, de una época en que los sofismas perezosos de Alemania y de la judería no habían impuesto aún al occidente europeo una ridícula filosofía de lo inconsciente. Lo que era inconsciente, se lo llevaba a la conciencia. Lo que escapaba a las primeras percepciones de la razón, una razón más sutil lo arrebataba a la noche.

Esta explicación de los fuertes presentimientos de un corazón enamorado, tal como Dante nos la proporciona, puede aplicarse a los transportes instintivos de un alma obediente ante la autoridad, que ella cree convenirle: un juicio rápido le hace concebir como bené-

fica aquella fuerza tenida por útil y bienhechora, cuyo orden le anuncia protección, justicia o victoria. Gusta en ella el esbozo de un bien misterioso. ¿Por qué signo la conoce? Es la gran dificultad del asunto. Algunos jefes militares se hacen obedecer por el genio, otros por el valor, otros por una especie de fe mística. Las dotes exteriores y brillantes de un Condé pueden agregarle la magia del ejemplo, pero otros generales llevados en litera irradiaron el mismo prestigio.

Henri Fouquier, que fue de los *Mil*, gustaba de contar que Garibaldi anciano fanatizaba a sus bandas diciéndoles a media voz, del fondo del coche en el que lo confinaban sus reumatismos, un sencillo: "¡Adelante, señores!" ¡Tal es la suma de pasiones, de esperanza y confianza que duermen en el alma humana! Poco basta para hacerlas surgir, pero esa nada es indispensable, y ninguna convención, ningún arreglo, ningún artificio de voluntad hace las veces del primer don natural.

•

La autoridad es del mismo orden que la virtud o el genio o la belleza.

•

Los más sabios engranajes jamás reemplazaron la autoridad *nacida*...

•

Los franceses del siglo x se habían alineado en torno a la raza que desde hacía más de cien años los había siempre defendido con eficacia. ¿De dónde procedía esta raza, de qué cielo había bajado al país? Inmigrantes sajones o señores campesinos autóctonos o también descendientes de los burgueses parisienses, la erudición no cesa de discutirlo. No se discute sobre la autoridad adquirida poco a poco por su poder feliz, ni sobre el beneficio de su dinastía, ni sobre su constante dicha.

Ella expresa desde hace siglos un poder de protección

y de reparación, configura todo aquello que el corazón y el espíritu de los hombres, aislados o reunidos, espera y cree de una autoridad verdadera.

•

La verdadera autoridad es naturalmente juiciosa; una autoridad insensata no es concebible. La idea de autoridad no significa en efecto solamente el poder y el gran poder ejercido por un hombre o un grupo de hombres, sino que además encierra el conocimiento del objeto sobre el cual se ejerce y aplica dicho poder. Cuanto más crece la autoridad, mejor se desarrolla tal conocimiento. Cuanto más perfecta es la autoridad, implica una mayor claridad y exactitud de aquel conocimiento, y más se adapta a él.

•

La autoridad no sería una necesidad política eterna, si paralelamente a ese instinto director, que constituye el fondo del alma de los jefes, no existiese en el alma de los súbditos y de los ciudadanos un instinto de obediencia, *constancia*, decía Richelieu, que es la expresión viviente del mayor interés de las multitudes: ser gobernadas y bien gobernadas, en un buen sentido, con firmeza.

•

LAS CONDICIONES DE LA AUTORIDAD VERDADERA: LA EDUCACIÓN DE LOS JEFES

El desarrollo de lo que se llama la civilización moderna tiende a dar a las fuerzas materiales una creciente ventaja sobre las fuerzas morales.

¡Si nos fiamos a ella para realizar la justicia social o la dulcificación de las costumbres, nos preparamos considerables decepciones! Esta civilización no iguala ni las fortunas ni las condiciones: su complejidad no cesa, por el contrario, de ahondar diferencias entre los

hombres, ella no emancipa: la autoridad de la ciencia y de la industria tendería más bien a establecer nuevas razas de esclavos. Por fin, en lugar de apaciguar y conciliar, sus necesidades son de tal rigor que parecen cortar en ángulo recto, destruir o renegar de todo lo que es humano.

Ni el juego de la oferta y de la demanda que constituyó al capitalismo, ni el principio de las nacionalidades que ha creado nuestra paz armada, ni la lucha de clases, con la que las masas sublevadas responden al capitalismo hambreador, no podrían expandir por el mundo una atmósfera de poema pastoril. Nos arrojaría más vale hacia los lobos insociales como obligados a vivir por categoría de clases o de razas, según la costumbre de los lobos. El barniz hereditario de las costumbres se descascara poco a poco, la supervivencia de las tradiciones generales se borra y las estadísticas de la criminalidad muestran lo que de ella sale como consecuencia inevitable.

Considerad los progresos del atletismo (que podría constituir en una sociedad bien regulada una admirable escuela de disciplina y elegancia), la pasión (por otra parte excelente en sí misma) de prevalecer en esos juegos violentos, los nuevos instrumentos creados por la ciencia y sus aplicadores: esa multiplicación de las fuerzas antiguas y esos nuevos medios puestos al servicio de energías sin freno, no tienen más que darse libre curso: y el moralista ve por mil indicios renacer la brutalidad.

En cuanto al lenguaje de nuestros contemporáneos, hablo de los mejores, de quienes son educados, si no bien educados, hombres y mujeres, vuelve a la onomatopeya primitiva, *si dejamos hacer a la vida*, a las fuerzas, a los destinos.

En un régimen de brutalidad, no son ni los jefes ni las órdenes, ni siquiera el orden con su jerarquía necesaria, lo que falta. Los asesinos de Septiembre tenían jefes. No fueron órdenes lo que faltó a los fusiladores del duque de Enghien o de monseñor Darboy. No debemos quejarnos de nuestro tiempo a este respecto.

Las diferencias de clases están más marcadas que hace medio siglo, la arrogancia y el despotismo de las autoridades estarían más bien en camino de aumentar. En los espíritus dirigentes lo que falta es aquella luz que es el signo de su derecho a dirigir. Los jefes subsisten y su poder aumenta, pero son jefes bárbaros librados a los impulsos de la pasión o del interés. Mandan, conducen, pues sus tropas lo quieren, pero mandan mal y conducen erróneamente, por falta de aprendizaje.

Son, pues, ellos también, más aún que las masas proletarias por las cuales se finge un interés tan vivo, verdaderos desheredados.

El tesoro intelectual y moral cuya herencia les correspondía recoger fue desdeñado y finalmente se ha perdido. Así lo dispuso el espíritu de la democracia liberal, que desorganizó al país por arriba; tomando la voz del progreso, fingiendo poseer las promesas del porvenir hizo abandonar el único instrumento de progreso, que es la tradición, y la única semilla de porvenir, que es el pasado.

La historia de la tercera república basta para mostrar el inconveniente que puede haber en entregar la legislación, los ejércitos, la economía, la diplomacia, y todas las formas de la autoridad y de la influencia a espíritus sin dirección y sin cultura, a corazones sin dignidad y sin dominio de sí.

La historia simétrica de la Inglaterra conservadora, donde todos quienes gobernaron y sirvieron en los altos empleos habían pasado por la dura y larga preparación intelectual y moral de las viejas universidades, con gran refuerzo de versos griegos y discursos latinos, comprueba hasta qué punto es verdad que la verdadera dicha de los pueblos depende del buen adiestramiento de sus conductores. La espada del conquistador, el bastón del pionero, incluso el lápiz del bolsista, todas aquellas modalidades de la fuerza y de la astucia pueden y deben procurar grandes bienes a condición de haber pasado el tiempo necesario bajo la férula del educador. Todo lo

que se quita de la férula, no es quitado a la férula ni a la autoridad que la detenta: se lo quita a la entera masa del pueblo: la nación y el género humano son los primeros despojados.

•

La disminución del común haber intelectual y moral es una pérdida para todo el mundo: los pequeños perderán con ello tanto como los grandes.

También lo perderán mucho más que los grandes, pues lo que perfecciona, refina y eleva a los grandes constituye, en provecho de los otros, la más preciosa garantía, y a menudo la única, contra los abusos del poder a que expone precisamente la grandeza. Ciertos matices de virtud y de honor, ciertos persuasivos y hermosos acentos de la voz que manda son los frutos directos de la educación únicamente.

Ocurre con ello como con la religión.

Quien dijo que una religión era necesaria para el pueblo, dijo una espesa tontería. Se necesita una religión, se necesita una educación, se necesita un juego de frenos poderosos para los conductores del pueblo, para sus consejeros, para sus jefes, en razón misma del papel directivo y de refrenamiento que están llamados a desempeñar cerca de él: si los furores de la bestia humana son temibles para todos, conviene temerlos en mayor proporción cuando la bestia disfrute de poderes más fuertes, capaces de permitirle devastar un campo de acción más extenso.

•

Toda libertad no es conveniente en cualquier Estado; cada Estado depende de sus antecedentes históricos y de su configuración geográfica, como cada hombre de sus antepasados y de su país. Saludables y tutelares dependencias, puesto que dieron la vida, la sostienen y la conservan, y que quien se sustrae a ellas muere. La libertad varía con los tiempos y lugares, pero no hay Estado que pueda durar sin una autoridad soberana.

Si, pues, se quiere hablar con exactitud, no es la libertad lo que es general, necesario, de derecho ecuménico, primitivo y humano; es la autoridad.

•

EJERCICIO DE LA AUTORIDAD: EL PODER

La propiedad del poder se asemeja a las otras propiedades, resulta del trabajo, del trabajo hecho, "bien hecho". La fuerza desnuda puede aplicarse al bien como al mal, a la construcción y a la destrucción. Cuando ha hecho el bien, cuando ha construído se le atribuye su mérito, su prestigio y su gloria, y ve también nacer ese producto que se llama la autoridad.

•

La carencia del poder se asemeja a la vacancia de un campo. Lo toma el que quiere, lo conserva el que puede.

•

Cuando el poder está vacante, es como decía Juana de Arco, ¡verdadera lástima para el reino! Y gran miseria también. Tomar el poder en ese caso, cuando se tiene la fuerza para ello, es sencillamente un acto de caridad o de humanidad. Un pueblo necesita jefe como un hombre el pan. En tal hipótesis no sólo se restablece el derecho del primer ocupante, sino que hay un deber riguroso, una obligación estricta para quien lo *puede*, de ocuparlo. Cuando los ciudadanos están amenazados por el enemigo, se debe mandarlos si se lo puede hacer. Cuando el desorden está en la calle, hay que devolverle el orden si se tienen los medios.

•

El poder no es una idea, es un hecho, y se cree en ese hecho cuando se hace sentir; todas las críticas del mundo no podrán nada contra la fuerza de un conquistador.

•

La mayoría de los moralistas, que son espíritus confusos, juzgaron que el poder corrompía el corazón del hombre. Cuando el poder es elevado y dura, cuando dura un poco, su efecto es enteramente opuesto, el aprendizaje de las responsabilidades se perfecciona y su experiencia perfecciona en vez de echar a perder.

LA LIBERTAD

La libertad no está en el comienzo, sino en el fin. No está en la raiz, sino en las flores y los frutos de la naturaleza humana o para decirlo mejor de la virtud humana. Se es más libre a medida que se es mejor. Hay que llegar a serlo. Nuestros hombres creyeron atribuirse el precio del esfuerzo por una famosa declaración de Derechos, ostentando en sus alcaldías y sus escuelas, sus ministerios y sus iglesias que dicho precio se adquiere sin esfuerzo. Mas pregonar por todas partes que cada uno nace millonario ¿equivaldría para cada uno a la sombra de un millón?

¿Diréis que es un derecho a la libertad? El derecho al millón no sería más vano.

•

La libertad, principio metafísico, es una cosa: las libertades son otra. La voluntad del pueblo, suma de las voluntades individuales, es una cosa; la voluntad general, expresión del interés general de una nación, de una raza, de un país, es otra cosa, muy diferente.

•

La libertad del loco se llama locura, la del tonto, tontería, la del bandido, bandolerismo, la del traidor, traición, y así de lo demás. Decir que las libertades se limitan las unas con las otras es enteramente exacto acerca del estado salvaje o de anarquía: lo que significa simplemente que los fuertes oprimen o explotan a los débiles mientras los débiles no se subleven contra los

fuertes y las víctimas eventuales no hayan encontrado un procedimiento seguro para ametrallar a mansalva y a discreción a sus verdugos. La libertad concebida como régimen o como principio, es un caos, generalmente doloroso.

Los ciudadanos algo reflexivos no se dejan pues intimidar por juegos de palabras. Definen la libertad como un poder o una fuerza, fuerza o poder que vale lo que valen sus súbditos y su objetivo. La eterna ridiculez de los siglos XVIII y XIX consiste en tomar la libertad como una regla o como un objetivo, cuando no es sino un medio o una materia.

•

La libertad vive en pocos hombres.

Quien habla de libertad real, habla de autoridad. La libertad de testar crea la autoridad del jefe de familia. La libertad comunal o provincial crea el poder real de las autoridades sociales que viven y residen en el pago. La libertad religiosa reconoce la autoridad de las leyes espirituales y de la jerarquía interna de una religión. La libertad sindical y profesional consagra la autoridad de la disciplina y de los reglamentos en el interior de las corporaciones y sociedades de los oficios.

Tales son los hechos observables.

Entretanto, si en lugar de observar se mira dentro de sí mismo para reflexionar, adviértese que la naturaleza misma de la libertad positiva —aquella que no se concibe en relación con un obstáculo por sortear, aquella que se ejerce y se alimenta de su fuente profunda—, la libertad, es potencia.

Social, se ejerce en la sociedad y tiene como punto de aplicación no el mármol como el poder de un escultor, ni la máquina, como el poder de un mecánico, sino los hombres comprometidos con nosotros en la vida social.

¿Qué es, pues, una libertad? Un poder.

Quien no puede nada no es de ningún modo libre.

Quien puede mediocremente es mediocremente libre. Quien puede infinitamente también es infinitamente libre. Una de las formas del poder es la riqueza. Otra de esas formas es la influencia, la fuerza física, la fuerza intelectual y moral. ¿Sobre qué se ejercen con variedad esos diversos poderes? Sobre hombres. Y tal poder ¿a quién pertenece? A hombres. Cuando una libertad humana hállase en su punto más alto y encontró objetos humanos en qué aplicarse e imponerse, ¿qué nombre toma? Autoridad. Una autoridad luego no es sino una libertad llegada a su perfección.

Lejos de contradecir la idea de libertad, la idea de autoridad por el contrario es su cumplimiento y complemento. La libertad de un padre de familia es una autoridad. La autoridad de una confesión religiosa es una autoridad. También son autoridades la libertad de una asociación, de una comuna, de una provincia determinada.

Cuando se quiere que el Estado respete en el orden económico la iniciativa privada, se pide en el fondo que respete lo que Le Play llamaba con hermoso dicho: las autoridades sociales. Todas las libertades reales, definidas y prácticas, son autoridades. La libertad opuesta a la autoridad; la libertad que consiste en no ser *influido* por los demás, pero también en no *influirlos*, dicha autoridad neutra no es conciliable ni con la naturaleza ni con el orden de la vida.

EL DERECHO Y LA LEY

Siempre creí que el privilegio de los derechos representaba también el privilegio de los deberes.

•

La experiencia de la naturaleza de las cosas establece que el dominio del derecho común es muy restringido y que por el contrario hay una multitud de derechos privados. Cada grupo de hombres, que tiene su vida particular, merece un tratamiento especial. Quien se "privilegia" quiere ser tratado conforme a su privilegio, y cuando ese voto no es escuchado, el sujeto sufre, ante todo en el cuerpo del que forma parte y posteriormente en sí mismo, a consecuencia de la desconsideración y relajamiento que necesariamente afecta a dicho cuerpo.

•

El derecho, para imponerse y aun para subsistir, necesita que se lo haga valer, que se lo sostenga y se lo pregone, comporta actividad, o se desvanece poco a poco en la sangre, y las cenizas de los hombres sacrificados y los edificios incendiados, luego en el frío sublime de aquellos espacios vacíos donde va a extinguirse el ruido de voz del más vehemente de los retóricos.

Es lo que jamás comprenderán los retóricos. Se pasan la vida personificando el "derecho". Pero los hombres de análisis se preguntan qué puede ser aquella persona sin sujeto, aquel derecho sin base viviente: a su turno les toca no comprender la antítesis recibida en todas partes, acerca de un derecho que se opone a la

fuerza, esta fuerza que se quiere presentar como lo opuesto al derecho. Equivale a poner en oposición el triángulo y el color. Hay triángulos coloreados, puede haber colores extensos en superficies triangulares. No concibo un derecho que fuera abstracto, que estuviera separado de una persona moral o material en la que existe, vale decir de una fuerza.

Hay la fuerza, más o menos fuerte, que tiene derecho; hay la fuerza más o menos fuerte que no lo tiene; pero el ser de razón que, sin ninguna fuerza sería el derecho o tendría derecho, es algo que no se puede concebir.

El derecho, que tiene necesidad de la fuerza para ser reconocido, la necesita igualmente para existir.

•

La deducción jurídica parte de los principios de lo justo y lo injusto, sus primeras nociones representan ya la segunda o tercera potencia de una elevada abstracción, y sus definiciones son necesariamente tan bajas como flotantes cuando se trata de adaptar su generalidad a la vida práctica: entre la multitud de los hechos particulares a menudo muy diversos, y que se contrarían a veces, el espíritu está casi fatalmente inducido a perder de vista las razones impersonales de fijar su elección o siquiera de conducir la atención; entonces cuando a falta de razones impersonales aparecen las otras: el motivo personal surge, activo y vigilante, y la idea del derecho no queda ya esclarecida y guiada sino por la idea del *yo*, de ese *yo* que no existe sin derechos, pero que pretende tenerlos todos y que gobierna instintivamente los movimientos de la idea hacia su interés exclusivo, a veces comprendido en un sentido tiránico, pero siempre hasta cierto punto despreocupado del buen orden, inconscientemente favorable a cierta anarquía.

¡Líbrenme los dioses de decir que el Derecho lleva a la anarquía, cuando al contrario la quiere regular y pacificar! Pero nació guerrero. En mi opinión, la preferencia dada al método jurídico sobre el método em-

pírico debe convenir a las sociedades florecientes, fuertemente asentadas en principios que estallan por todas partes y son obedecidos por todos.

•

Separad al hombre de su familia, de su nación, de su oficio, decidle que es rey, decidle que es Dios, y embriagadlo con la idea de Justicia, ¡veréis con qué corazón contará los agravios que se le hagan y cuáles podrán ser sus indulgencias para los agravios que le ocurra inferir a otros! Este juez demasiado parte, es una parte demasiado interesada y demasiado apasionada para que sea razonable someterle teóricamente todo litigio. Quien se atribuye todos los derechos comienza por imponer al mundo entero todos los deberes, sin olvidar las sanciones que corresponden a todo incumplimiento. Ahí reside la verdadera locura del individualismo revolucionario, sea político, social o moral. Es imposible que un animal tan sensible, tan triste, tan vulnerable como el hombre, una vez colocado en el altar interior que le erige la dogmática liberal, no se crea, nueve de diez veces, el acreedor de sus semejantes y del universo, cuando el más miserable, es por el contrario su deudor al infinito.

Aquella ilusión del crédito contra la sociedad no puede sino ser fomentada por la absurda metafísica de los Derechos.

•

PRECISIONES ACERCA DE LA NATURALEZA DE LA LEY

Según venerable máxima, la ley se forma por operación del soberano (*constitutione regis*), por aceptación del súbdito (*consensu populi*). Indudablemente nuestros juristas traducen mal estas palabras. Se figuran que *consensu* quiere decir consentimiento expreso, ratificación explícita, aprobación formal, más o menos votada o escrita.

Histórica y políticamente, el genio humano es más libre y más expeditivo; su acción se embaraza menos con comodidades y palabras. Por *consensus*, hay que entender adhesión de hecho, ora ruidosa como la aclamación que seguía a la coronación de los reyes, ora el simple murmullo aprobativo con que Homero hace seguir la palabra de los jefes. EIIEYOYMHZAN AXAIOI. Pero en la inmensa mayoría de los casos, en el caso con que no se hacen historietas, la adhesión consiste en el hecho de no oponer ninguna contradicción importante, de comprender, y de ejecutar.

Decir: "Señor Súbdito, he aquí una ley obligatoria: ¿la aceptáis? ¿Estáis seguro de quererla? Nos hace falta vuestra firma", es en propiedad querer sugerirle que responda "no", y discuta al infinito para no obedecer. El odio de la novedad y el espíritu de contradicción son asaz poderosos en el hombre, para no poner la salud pública a merced de éste.

Pero sigue siendo verdad que la ley debe ser hecha para que se la obedezca fácilmente. Una ley debe ser aceptable. La ley no es ley cuando su enunciado basta para provocar a la gente a infringirla. Quiere *asentimiento*, natural y rápido.

El partido que ataca a una ley cuya defensa nadie toma puede estar en lo cierto o equivocado, pero no es esa la cuestión: el autor de dicha ley no habrá por ello cometido menos el error político de no esperar mejores coyunturas y disposiciones más favorables del espíritu público. Su ley no es más que un decreto del estado de sitio que deberá sostener con las armas en la mano, sin tener derecho a quejarse o asombrarse.

•

El espíritu de las leyes modernas se ha alejado del espíritu de las leyes que rigen los hechos de la vida real, y no pudiendo estos hechos reales tener en cuenta

el trozo de papel que los desnaturaliza o la araña que teje su tela en el cerebro del legislador, siguieron desarrollándose de acuerdo a las pesas, las medidas y los números de que se componen.

Se dice: "¡Pero el hecho puede ser el crimen!, ¡el hecho puede ser la monstruosidad!, ¡el hecho puede ser el error!"

Sin duda: la política y la moral realistas no consideran los hechos crudos y desnudos como los prototipos y modelos de la vida. Pero recomiendan dos puntos:

Ante todo, considerar las leyes según las cuales los hechos reales se encadenan, pues si éstos pueden ser viciosos y criminales, las leyes del vicio y del crimen no lo son; el orden de las causas y de los efectos que rige las realidades aun malas no es de ninguna manera malo, es, además, excelente conocerlo y calcularlo, conocimiento y cálculo que son los únicos en permitir la acción.

Segundo punto, la acción no tiene la menor probabilidad de resultar seria y útil sino a condición de encarar un objetivo definido y justo. No basta tener un "ideal" en la cabeza ni hacerse una idea cualquiera del derecho y del "deber": este moralismo, este jurismo, este idealismo deben estar conformes con la verdad ideal, moral y jurídica. En otros términos ante todo hay que tener razón.

Una idea falsa es una idea falsa. Querer imponerla al mundo so pretexto de que el mundo debe ser gobernado por las ideas es una pretensión absurda cuya aplicación será forzosamente criminal o funesta. Las ideas no son iguales entre sí. Todos los supuestos derechos no son válidos. Y todos los modos de regular las costumbres no son dignos de respeto. El error moderno proviene de esta asimilación brutal de los sistemas contrarios soñados por el cerebro humano. En un error cómodo, sin duda, para los oradores y los litigantes. A éstos los autoriza a sostener todas las causas. A aquéllos, a contentar a todos los auditorios. Pero los pueblos que les tienen confianza lo pagan.

LA PROPIEDAD

La propiedad es la natural salvaguarda del hombre, animal industrioso, aun más que razonable, a quien sus necesidades, su debilidad, el descontento que aporta desde la cuna imponen un estrecho deber de transformar el medio que lo rodea. Pascal no tenía razón al burlarse de esos pobres niños que dicen: yo soy dueño de este rinconcito.

No se diría *yo*, si no se dijese mío. Sin la propiedad, el hombre es un condenado a muerte.

•

Poseer, es mandar, es disponer de sí, es poder resistir a los otros, es ejercer una influencia aunque más no sea por reacción.

La propiedad libera la existencia y confiere una autoridad por lo menos sobre los bienes de la tierra y los frutos del trabajo.

LA HERENCIA

La naturaleza procede lo más frecuentemente por imitación y repetición: pero también tiene sus innovaciones, sus caprichos, sus iniciativas. En este caso obra con extremo vigor.

Cuando le place dar nacimiento a un hombre de guerra entre apacibles magistrados, o a un marino en un linaje de viñateros, la nueva vocación se marca con fuerza, es servida por una voluntad bastante firme para quebrar todas las resistencias. Pero estas resistencias y aquellas dificultades tienen algo bueno. Son pruebas, como exámenes naturales, que dejan pasar a los fuertes predestinados, pero devuelven los otros a la condición hereditaria que les es más conveniente, pues ella les asegura la defensa y el abrigo.

•

Como medio de acción hacia un porvenir, la herencia es el más recto y simple de todos.

Su utilidad general resulta del destino del productor dotado de razón, que se reproduce antes de morir.

La vida humana sería indignamente corta si la naturaleza no hubiese proporcionado a las sociedades un procedimiento que transmite los frutos del trabajo por la sangre.

La llama impersonal cuyo depósito tiene el hombre no hace sino atravesarlo para correr a otros, pero delega en los niños que procrea un poder sobre los bienes que él ha procreado como aquéllos y a menudo para aquéllos. La posteridad inerte que sale de sus manos será vivificada por su posteridad viviente. Cuando sus nietos empiecen a fecundar su herencia, todo trabajador

algo enamorado de su obra siente con verdad que ha vencido dos veces a la muerte. El poder de legar lo que le queda da a la actividad de una vida bien vivida el más alto laurel natural.

Observemos cómo las sociedades cristianas de la edad media, penetradas por el sentimiento natural de la vida futura, siempre se mostraron en extremo sensibles a la recompensa terrestre del padre en el hijo. Cantaron con toda el alma *el Abraham et semini ejus in secula.*

Nuestras diversas razas monárquicas o imperiales salen de naciones ardientemente convencidas de la realidad del reino de los cielos: ¿Cómo pueblos menos creyentes prestarían menos atención al voto carnal de la duración hereditaria? Esta es su única defensa contra el tiempo; no tienen más que esta ancla para echar al abismo del porvenir. En rigor las ambiciones hereditarias habrían podido debilitarse por un vuelo brusco de las esperanzas celestes; ¿se comprendería lo contrario?

Se podría razonar así:

—Si algún Dios oculto en el secreto de los corazones o elevado sobre el abismo interplanetario asiste inmóvil y mudo, ardiente y todopoderoso, al desarrollo de los esfuerzos de la humanidad, es su misma ley la que verifica en las cosas y los hombres; no puede sino bendecir su efecto múltiple.

Pero si los espacios infinitos están vacíos y si el corazón humano no está él mismo sostenido por ningún "consuelo interno", todas las dichas del ser y todos sus beneficios parecen más expuestos a la erosión del tiempo y a los golpes de la muerte, su tradición, su transmisión parece pues más preciosa en la inmensidad solitaria a la perpetua indigencia. ¡Todo medio de salvar o prolongar este amoroso esfuerzo personal se vuelve con ello más sagrado! Con ello el pensamiento amenazado se aferra más firmemente a la filosofía del orden y al conocimiento de las leyes que lo conservan. Si este orden sucumbe, el creyente conserva un refugio en la ciudad divina: aquél que ya no cree sufre la catástrofe de todo lo que su sueño disputaba a la muerte.

DEBER DE LA HERENCIA

Para justificar lo que el sentido común y la costumbre mantienen con fuerza, no hablemos de derecho, sino de deber.

Deber de legar y de testar.

Deber de heredar.

Aquellos que llamamos desheredados o proletarios oyen a veces que se les predica no ser su situación justa desde su punto de vista. La herencia es justa y beneficiosa para todo el mundo.

El bien que se fija en una familia natural o legal puede tener fuentes dudosas: se rescata y se moraliza por su fijeza, por el sólido beneficio que establece en su torno al regularizar las condiciones de la vida, al distribuir el trabajo y asegurarlo, preparando un firme punto de apoyo a las generaciones por venir.

No hay diferencia entre el daño causado a la naturaleza por la muerte de un hermoso animal, seguida del retorno de sus elementos al polvo universal, y la destrucción de una fortuna cualquiera a la muerte de su creador.

Hay en ello pérdida neta para la sociedad como para la naturaleza, obligadas a recomenzar un largo y penoso trabajo.

Las organizaciones sociales prósperas son aquellas que impiden a dichas realidades volver a la nada y ayudan a evitar que mueran del todo: aquellas proveedoras de la vida, siendo enemigas-natas de la destrucción, hicieron de la herencia una institución respetada y del testamento, lo podemos decir, una especie de sacramento.

LA TRADICION

Tradición quiere decir transmisión.

•

La verdadera tradición es *crítica,* y a falta de aquellas distinciones, el pasado no sirve ya para nada si sus éxitos cesan de ser ejemplos y sus fracasos lecciones.

•

En toda tradición como en toda herencia, un ser razonable hace y debe hacer la deducción del pasivo.

•

La tradición no es la inercia, su contraria; la herencia no es el nepotismo, su falsificación.

•

Todas las tradiciones tuvieron un comienzo, y los sentimientos de fidelidad monárquica, si se remontan muy arriba, no lo hacen indefinidamente: lo que empezó puede volver a empezar; lo que tuvo un punto de partida puede volver a encontrar otro.

La oposición entre razón y tradición, equivale a la antítesis entre realidad e idea o arte y naturaleza, lo que puede asimilarse a la oposición entre el vinagre y el aceite, lo dulce y lo amargo, lo fluido y lo sólido en una cosmogonía de pueblos niños.

III

LA CIVILIZACION

¿QUÉ ES LA CIVILIZACIÓN?

EL HOMBRE ES UN HEREDERO

Pocas palabras se emplean más, pocas palabras se definen menos que aquélla. Entiéndese a veces por civilización un estado de costumbres dulcificado. Otras veces se entiende la facilidad, la frecuencia de las relaciones entre los hombres. Se imagina aún que ser civilizado, es tener ferrocarriles y hablar por teléfono. En otros casos, como mínimo, ello consiste en no devorar a sus semejantes. No hay que despreciar en absoluto esas maneras un poco diversas de interpretar la misma palabra, pues cada una de ella es preciosa; cada una representa una acepción corriente, uno de los rostros de uso, que es el amo del sentido de las palabras.

Hallar la verdadera definición de una palabra no es contradecir el uso, sino, por el contrario, ordenarlo, explicarlo, ponerlo de acuerdo consigo mismo. Experiméntase una especie de placer sensual al entrar en este medio confuso y vago para poner en él la luz con la unidad.

Los fabricantes de diccionarios tienen demasiado que escribir para embarazarse seriamente con aquella preocupación. El único pequeño léxico que tengo a mi alcance en el momento de escribir sale del paso de modo muy barato, y no creo que sus colegas hagan mayores gastos. Lo copio: "*Civilizar*, hacer civil, cultivar las costumbres, dar la civilización. —*Civilización*, acción de civilizar, estado de lo que es civilizado. —*Civilizador*, quien civiliza. —*Civilizable*, lo que puede ser civilizado." Y eso es todo. Ni una palabra más. El único cabito de vela proporcionado por aquel ingenioso

lexicógrafo está en "cultivar las costumbres", lo que no ilumina el tema sino mediocremente. Podríamos recorrer cantidad de doctos volúmenes sin quedar más adelantados. Vale tal vez la pena concentrar con fuerza la atención, pensar en las sociedades que llamamos bárbaras y salvajes, compararlas entre sí, ver sus semejanzas, sus diferencias y tratar de sacarles sus indicaciones.

* *

Os ahorraré esta empresa de análisis, que correría el riesgo de pareceros fatigosa, y no os someteré más que su resultado.

Éste me parece que se defiende bastante bien por la evidencia que arroja.

¿No os parece que el verdadero carácter común de toda civilización consiste en un hecho y en uno solo, notable y general? El individuo que viene al mundo en una "civilización" *halla incomparablemente más de lo que aporta.* Una desproporción que se debe llamar infinita se establece entre el valor propio de cada individuo y la acumulación de valores en medio de la cual surge.

Cuanto más próspera es una civilización y cuanto más se complica, más se acrecientan dichos valores, y aun cuando (lo que es difícil saber) el valor de cada humano recién nacido aumentase de generación en generación, el progreso de los valores sociales cercanos, siempre sería bastante rápido como para aumentar incesantemente la diferencia entre su enorme total y un aporte individual cualquiera que sea.

De ahí se sigue que una civilización tiene dos sostenes. Ante todo es un capital, en seguida es un capital transmitido. Capitalización y tradición, he ahí los dos términos inseparables de la idea de civilización. Un capital... —pero va de suyo que no hablamos de finanzas puras. Lo que compone dicho capital puede ser material, pero también moral.

La industria, en el gran sentido de la palabra, vale decir la transformación de la naturaleza, vale decir el trabajo, vale decir su vida, no tiene por único resultado cambiar la faz del mundo, ella transforma al hombre mismo, lo perfecciona, como la obra y el instrumento perfeccionan al obrero, como el obrero y la obra perfeccionan la herramienta. El capital de que hablamos designa evidentemente el resultado de aquella simultánea metamorfosis triple.

El "salvaje" que no hace nada o nada más que lo estricto necesario para las apremiantes necesidades de la vida, deja al bosque, a la pradera, a la maleza su primitivo aspecto. Nada agrega a los dones de la naturaleza. No crea, agregándose a ellas, un fuerte capital de riquezas materiales. Si tiene instrumentos o armas, es en pequeñísimo número y de arte tan sumaria como primitiva... Pero dicho arte, siendo sumario, tampoco exige, como lo hace toda industria algo desarrollada, relaciones múltiples y variadas entre vecinos, congéneres, compatriotas. Contrae sin duda, como en toda sociedad, costumbres, pero rudimentales: sin riqueza ni complejidad. La corporación es débil, la división del trabajo apenas avanzada: las artes y las ciencias son lo que la industria y la costumbre. Todo su capital social se reduce a la más simple expresión: ni para el vestido, ni para la habitación, ni para el alimento el individuo obtiene de las sociedades que lo forman otra cosa que las provisiones esenciales o los cuidados indispensables. El hierro fue durante mucho tiempo ignorado; incluso se asegura que hay salvajes que no tienen la menor idea del fuego.

* *

Pero los capitales particulares al estado salvaje tienen aun otra miseria: la de ser frágiles y tener pocas probabilidades de duración. Es la choza sin cesar en reconstrucción. Es el cinturón o el taparrabos de corteza seca. Son las provisiones que se deben buscar día a día. Ningún medio hay allí de eternizar las adquisiciones. ¡No

hablo siquiera de la estructura! Pero las lenguas habladas no soportan más que un pequeñísimo número de asociaciones de ideas. Hay secretos útiles, preciosos, descubiertos por acaso o según ingeniosas observaciones personales, expuestos a perderse irreparablemente en la noche. Ni memoria colectiva, ni monumentos, ninguna continuidad.

O bien el hombre se fija, y el movimiento natural de las cosas terrestres, que se renuevan sin cesar, no cesa de borrar metódicamente toda huella de cada esfuerzo. O yerra de lugar en lugar, y su carrera viene a agregar su turbulencia a las otras causas de desperdicio y de olvido. Cada tentativa de constituir en común sólidos capitales queda expuesta a riesgos indefinidos.

La tradición no está ausente, puesto que no hay sociedad sin tradición, ni hombre sin sociedad: pero está en su punto más bajo. El individuo no podría subsistir sin ella: porque ella es miserable y débil, la debilidad y la miseria de los individuos quedan patentes; sin embargo, en presencia de tan magra herencia, el recién nacido puede ser considerado, sin que tenga que ruborizarse demasiado de lo poco que aporta en comparación con lo que recibe. Si debe mucho a la sociedad, le sería posible transformarla en su deudora.

* *

Pero muy al contrario, el civilizado, por serlo, tiene obligaciones mucho mayores hacia la sociedad de las que ésta podría jamás tener para con él. En otros términos, él tiene mayores deberes que derechos.

Y en esto cuando hablo de civilizados, no quiero hablar de uno de esos favoritos de la naturaleza y de la historia que, nacidos franceses, o italianos, o españoles, o aun anglo-sajones, se benefician con algunos de los más brillantes, felices y maravillosos procesos del género humano.

No señalo siquiera al miembro de una de esas pequeñas nacionalidades secundarias, que participan, por su posición en el espacio o en el tiempo, de nuestros vastos desarrollos generales.

Más allá de las diversas clientelas de nuestra civilización occidental, la extensión e inmensidad del capital acumulado, la influencia del nuestro crea reservas demasiado numerosas, potentes y bien transmitidas, y demasiado brillantes para que no sea enteramente ridículo oponerles, o comparar con ellas la frágil imagen de un recién nacido apenas separado de su madre. En tales casos es cierto que el individuo queda abrumado por la suma de bienes que no son suyos y de que, sin embargo, aprovecha en medida más o menos extensa. Rico o pobre, noble o patán, se baña en una atmósfera que no es la naturaleza bruta, sino la naturaleza humana, que él no ha hecho, y que es la magna obra de sus innumerables predecesores directos y laterales, o más bien de su fecunda asociación y de su útil y justa comunidad.

No, no comparemos los incomparables. Tomemos más bien civilizaciones menos avanzadas, aun inconclusas y bárbaras, donde el coro de las ideas, los sentimientos y los trabajos no hace más que balbucear sus antiguas palabras: las edades heroicas, las tribus en los primeros tiempos de su migración, o las ciudades en los primeros días de su fundación, o el mar en los primeros días de sus marineros, los campos en los primeros días de su desmonte. ¡Qué desmesurado capital representa la simple reja curva de un arado, el paño de una vela, el tallado de un trozo de roca, el yugo de una carreta, la obediencia de un animal de carrera o de tiro! ¡Cuántas observaciones, cuántos tanteos significan los menores datos precisos acerca de las estaciones, el curso de los astros, el ritmo y la caída de los vientos, las relaciones y los equilibrios! No solamente ningún hombre aislado puede comparar su saber con el saber general que expresa aquello, sino que jamás una sola generación, agregando sus esfuerzos, realizaría nada semejante. Del

punto de vista individual, si este punto de vista fuese admisible para una inteligencia y una razón humanas, no se podría ver una pala ni un remo sin veneración: las dos pobres herramientas sobrepasan infinitamente lo que puede concebir una imaginación solitaria, con mayor razón lo que puede llevar a cabo un arte personal.

Como las palas y los remos se multiplicaron y diversificaron, como los instrumentos de la industria y esta industria misma en actividad secular, no cesaron de acrecentarse y afinarse: así las civilizaciones, acrecientan, perfeccionan sus recursos y nuestros tesoros. El pequeño salvaje era alimentado por su madre y adiestrado por su padre en ciertos ejercicios indispensables. Nada durable en torno de él, nada organizado; lo que tenía de ropa, se lo cogía de aquí y de allá o lo tomaba de los árboles y de las hierbas con sus propias manos.

Así de lo demás. Pero alrededor del hombre civilizado todo abunda. Halla edificios más antiguos que él y que le sobrevivirán. Un orden está preparado de antemano para recibirlo y responder a las necesidades inscriptas, sea en su carne, sea en su alma. Como los instrumentos físicos están adecuados a la delicadeza de las cosas, hay disciplinas, ciencias y métodos que le permiten aclarar su imagen del mundo y guiarse por sí mismo. No examino si es más feliz o desdichado, pues se trata de una cuestión enteramente distinta de la que se plantea aquí; sencillamente estoy obligado a comprobar que él tiene mucho más que el salvaje, la condición y la actitud de un deudor.

Su deuda para con la sociedad está más o menos proporcionada a la intensidad de su vida: si vive poco, debe relativamente poco; pero si aprovecha las innumerables comodidades que sus contemporáneos, los antepasados de estos últimos y los suyos propios acumularon para su servicio, ¡pues bien!, su deuda aumenta en la misma amplia proporción. Pero en un caso como en el otro, no puede esperar saldarla: cualesquiera sean los servicios que un individuo presta a la comunidad, puede ser venerado por sus sucesores, vale decir, colocado en

el número de los comunes bienhechores de la raza, mas en el punto del tiempo en que estamos, jamás quedará a mano con sus predecesores. Inventad el cálculo diferencial o la vacuna de la rabia, sed Claudio Bernard, Copérnico o Marco Polo, jamás pagaréis lo que debéis al primer labrador ni al que fletó la primera nave. Con mayor razón el primer individuo recién llegado, y, como se dice, el Individuo debe ser llamado el más insolvente de los seres.

* *

Pero, de todos esos individuos, el más insolvente, sin duda, es aquel que pertenece a la civilización más rica y más preciosa. Si, pues, hay una civilización de este tipo, sus miembros deudores por excelencia podrán definirse todos por este rasgo.

Deberíamos, me parece, protestar contra un error de lenguaje bastante común. Se habla indiferentemente de la civilización y las civilizaciones. No, no es de ninguna manera la misma cosa. Hay en China una civilización: es decir, un capital material y moral que se transmite. Hay industrias, artes, ciencias, costumbres. Hay riquezas, monumentos, doctrinas, opiniones, cualidades adquiridas, favorables a la vida del ser humano. Igual fenómeno en las Indias, en el Perú, si se quiere, en ciertos respectos al fondo del África, donde se fundaron reinados poderosos, y en las islas de la Oceanía. Lo que en el planeta es excepcional, no es tal vez cierto grado de civilización, sino más bien cierta barbarie. El hombre es conservador, acumulador, capitalizador y tradicionalista por instinto. Por desarrolladas que estén sin embargo esas diferentes civilizaciones, no son, hablando en propiedad, la Civilización.

La Civilización no será definible sino por la historia. Hubo un momento en los fastos del mundo en que, más inventivo e industrioso de lo que lo había sido jamás, el hombre advirtió sin embargo que tanto arte se ago-

taba en vano. ¿De qué servía, en efecto, aumentar el número de los bienes y la cantidad de las riquezas? Toda cantidad es susceptible de nuevos acrecentamientos, todo número de un aumento indefinido. Lo maravilloso, lo sublime, lo grandioso o lo enorme, todo lo que depende de la cantidad o del número de los elementos utilizados, no puede prometer a la avidez del hombre sino decepción. Una torre o una columna de cien pies puede alzarse otros cien pies suplementarios, los cuales pueden ellos mismos ser igualmente multiplicados. ¿Qué representan, pues, esos progresos enteramente materiales? Ni en las ciencias, ni en el arte, ni siquiera para las simples comodidades de la vida, aquel montón de cosas significa nada. Cuanto más se infla, tanto más excita, desesperándonos, nuestros deseos.

Un poeta, un pobre poeta llegado con atraso en una edad decadente y que asistía al descenso de la Civilización, Baudelaire, no definió mal la insaciable naturaleza de un deseo que trata de satisfacerse con el número de sus placeres:

> El disfrute agrega fuerza al deseo.
> ¡Deseo, añoso árbol al que el placer sirve de abono,
> Mientras se endurece y crece tu corteza,
> Tus ramas quieren ver el sol de más cerca!
> ¿Crecerás siempre, gran árbol más vivaz
> Que el ciprés?...

Los versos son bastante mediocres. El sentimiento es verdadero, la idea profunda. Sí, el deseo crecerá siempre, y, con él, la pena, el sinsabor y la inquietud. Las civilizaciones, al imponer al hombre su deuda, no le prometerán sin embargo más que una carrera absurda y sin fin hasta que experimente el sentimiento de "la infinita vanidad de todo", como decía el desdichado Leopardi.

Pero cuando sintieron esa vanidad de la búsqueda, los griegos no quisieron admitir que fuera infinita. Pusieron un término a la carrera perpetua. Un maravilloso instinto, más que la reflexión, o si se quiere un rayo de sobrehumana o divina razón hízoles sentir que el bien no estaba en las cosas, sino en su orden; no estaba en el número, sino en la composición, y no dependía en ningún modo de la cantidad, sino de la calidad. Introdujeron la fuerte noción de los límites, no sólo en el arte, sino en el pensamiento y en la ciencia de las costumbres. En moral, en ciencia, en arte, sintieron que lo esencial no dependía de los materiales; y aunque empleando las materias más preciosas, les aplicaban su medida. La idea del "*punto de perfección y de madurez*" dominó a ese gran pueblo tanto tiempo como siguió fiel a sí mismo.

El rey Salomón creía elaborar ciencia al establecer la nomenclatura de las plantas desde la más tenue hasta la más alta. Un griego, Aristóteles, nos enseñó que dicho catálogo de los conocimientos no es más que un punto de partida, que no hay ciencia verdadera sin orden y que el orden de la ciencia no es ni el del tamaño ni el de la pequeñez. Del mismo modo los artistas de Egipto y de Asia enviaron a Grecia muestras de su destreza; al desarrollarse en esta tierra y en estas razas favoritas, los modelos orientales atestiguaron que el arte no consiste en hacer colosos, ni en desformar la naturaleza en muecas de monstruos, ni en copiarla lo más cerca posible hasta lograr una semejanza perfecta: el arte griego inventó la belleza. Y similarmente, en el gobierno de sí, los moralistas enseñaron que la dicha no depende de la infinidad de los elementos que se apropian, ni tampoco en la avara sequedad del alma que se retrae y quiere aislarse; importa que el alma sea dueña de sí, pero también que sepa hallar su propio bien y cosecharlo elevándose a ello con esfuerzo feliz. Así la filosofía griega abordó la virtud.

Esta civilización, toda en calidad, llamóse únicamente en sus bellos días, la Grecia. Roma fue quien la dispersó en el universo, primero con las legiones de sus soldados y de sus colonos, en seguida con los misioneros de la fe cristiana. Las dos Romas conquistaron de este modo casi todo el mundo conocido y, por el Renacimiento,

se reencontraban y completaban a sí mismas, cuando la Reforma interrumpió su magnífico desarrollo.

Los historiadores y los filósofos sin pasión empiezan a apreciar con exactitud qué retroceso de la civilización debe en adelante expresar el nombre de Reforma. Debemos en Francia profundas acciones de gracia al buen sentido de nuestros reyes y de nuestro pueblo, los cuales por un esfuerzo común rechazaron aquella mentirosa liberación. Fue su resistencia lo que permitió el desarrollo de nuestra nacionalidad en los siglos XVI, XVII y aun en el XVIII: tan completo, tan brillante, de tan perfecta humanidad que Francia volvióse la heredera legítima del mundo griego y romano. Por ella la medida, la razón y el gusto reinaron en nuestro Occidente. Más allá de las civilizaciones bárbaras, la civilización se perpetuó hasta los albores de la época contemporánea.

Pese a la Revolución, que no es sino la obra de la Reforma reanudada y demasiado cruelmente lograda —pese al romanticismo que no es sino una continuación literaria, filosófica y moral de la Revolución—, se puede, además, sostener que la civilización nuestra en este país de Francia conserva aún hermosas huellas de su pasada belleza: nuestra tradición no está sino interrumpida, nuestro capital subsiste. De nosotros dependería hacerlo florecer y fructificar de nuevo.

Un recién nacido, según Le Play, es un pequeño bárbaro. Pero cuando nace en Francia, ese pequeño bárbaro está llamado a recibir por la educación un delicado extracto de todos los trabajos de la Especie. Puédese decir que su iniciación natural hace de él, en toda la fuerza del término, un hombre de calidad.

Algunos de nuestros vecinos y rivales lo sospechan... Los alemanes son bárbaros, y los mejores de entre ellos lo saben. No hablo de los moscovitas ni de los tártaros. El género humano, es nuestra Francia, no sólo para nosotros, sino para el género humano. Los deberes que ella tiene hacia él pueden medir nuestras obligaciones para con ella.

* *

Del estado de salvajismo al estado de civilización bárbara, del estado de barbarie civilizada al estado de plena civilización, me esforcé por establecer una continuidad de definiciones que sean claras. No pretendo deducir de ellas una moral, ni las reglas de la justicia. Un gobierno fuerte puede sacarles sin embargo, los principios de una dirección intelectual y civil.

EL PROGRESO

No hay que creer en el progreso general del mundo. Hay progreso.

Los hubo, e inmensos; puede haberlos.

No hay adelanto regular ni mejoramiento creciente, automático de los valores humanos en el género humano. El hombre histórico (pues apenas se sabe lo que es el hombre prehistórico) es por todas partes el mismo, o poco le falta. Un punto se ha ganado, uno solo, en la Edad Media por el predominio de un poder espiritual reconocido por toda la República cristiana, la unidad de aquel poder único.

Quitad esa viviente unidad, ¿y cómo quisierais que procediesen las rivalidades de pasiones e intereses multiplicados por la desinteligencia o la incomprensión profunda de las ideas, los prejuicios, las creencias, las lenguas?

El tren del mundo no es una curva regular ascendente, ni por otra parte descendente; es una línea quebrada, con altos y bajos.

•

Falta mucho para que nuestro pensamiento se haya acelerado la mitad de lo que la velocidad de nuestros trenes; y nuestra alegría de vivir, si aumentó no ha correspondido a la creciente variedad de las distracciones y las tentaciones que se ofrecen a nosotros.

Bajo el cambio universal que nos ilusiona y nos embriaga ocúltase alguna profunda y gran ley de inmovilidad o por lo menos de equivalencia compensadora en la oscilación de las diversas transformaciones...

¿Nada podrá romper el misterioso equilibrio sin el cual la fortuna y el placer del hombre llegarían al cielo?

•

El deseo y la esperanza del progreso humano, vale decir de una continuidad de ganancias colectivas, conservadas de edad en edad y cuya suma sobrepasa siempre la suma de las pérdidas, me parecen sentimientos de excelente orden que conviene cultivar, así como vigilar, en las almas jóvenes.

Pero nada nos asegura que dicho deseo y dicha esperanza deban verificarse en los hechos. En otros términos, no veo ningún modo de establecer sanamente como principio de filosofía natural, que el progreso humano sea fatal, ni tampoco que desde hace dos mil quinientos años, desde el año en que se acabó el Partenón, si se quiere, los hombres tomados en conjunto, o si se prefiere la humanidad occidental, haya hecho ningún progreso sensible. Se dice que la señal evidente del progreso es un creciente respeto por las ligeras formas vivas. No creo que se pueda estimar como un progreso el respeto del hacha para el criminal homicida.

¿QUÉ ENCIERRA LA IDEA DE PROGRESO?

La persuasión en que se está de que las artes, las ciencias y toda la obra humana prosiguen siempre a un mismo paso es una de las más florecientes entre nuestras ideas recibidas. Por ella se juzga, de ella se induce y se deduce... Sobre ella reposan sistemas enteros de historia artística y moral.

Es en virtud de esa idea que a toda costa se quiere establecer que nuestros antepasados de la Edad Media, excelentes arquitectos, deberían ser buenos poetas aunque fuesen bastante mediocres en poesía y es por la misma idea que se impone al viejo Homero un arte, una lengua y un gusto de barbarie, porque los joyeros,

los alfareros y los estatuarios de su época estaban aún sumidos en aquella barbarie, aunque no se pueda comparar sin injusticia su divina gracia con el balbuceo del arte micénico.

* *

Aquella falsa idea de Progreso, tal como anida en los cerebros letrados (su expresión es más sumaria en el ignorante) aquella idea resulta pues de una doble operación de antropomorfismo.

1º Se imagina cada época como un ser único, cuyas partes todas son órganos solidarios que se desarrollan de manera simultánea y concordante;

2º Se conciben las épocas sucesivas como una serie de acrecentamientos regulares y continuos de la misma persona...

Esas dos conjeturas gratuitas prestaron por otra parte inapreciables servicios a los filósofos que tenían el arte de manejarlas. Simulemos por un momento adoptarlas. No bastan para justificar la idea de progreso como hoy se la formula, pues quedan por demostrar algunas otras cosillas.

Si la humanidad forma un ser único, y si cada una de sus fases forma un sistema viviente y un todo bien ligado, nada prueba, primeramente que dicho ser no sea de otro reino de la naturaleza en que la *curva de tres términos* (nacimiento, desarrollo y decadencia) está reemplazada por algún otro ritmo o más simple o más complejo, por ejemplo en alternativas de sueño y despertar como las que se observan en algunos infusorios, o cualquier otro régimen de sucesión y movimiento que se quiera imaginar.

Si se sacrifica esta primera dificultad y se admite que la ley de la humanidad sea la que siguen los animales superiores, nada prueba en segundo lugar que nuestra especie no haya sobrepasado el punto fijo de su madurez y que, habiendo sido antes alcanzado este grado de perfección, de apogeo y de plenitud, no estemos llegando a la declinación.

Sería necesario luego, para robustecer la idea de progreso, agregar esta tercera conjetura, por lo menos tan gratuita como las otras:

3º Este gran Ser cuya unidad discernimos en cada época y en la sucesión de las épocas queda para acá de la edad madura y su crecimiento aún sigue.

Sé bien que se puede evitar dicho postulado recurriendo a este otro:

3º *Bis.* Se trata de un gran Ser de particular especie, con el poder de desarrollarse indefinidamente.

Este punto de vista parece cómodo. Pero observad que al adoptarlo se cambia bruscamente de método: después de haber atribuido a la Humanidad las dos primeras fases de la vida de cada uno de nosotros, nacimiento y organización, se le niega la tercera, y descastando bruscamente este antropomorfismo o zoomorfismo, se la imagina como un Dios. Se la absuelve de la degeneración, se la emancipa de envejecer, se la considera libre de la obligación de morir, se le atribuyen fuerzas inagotables; se le da la perspectiva del movimiento perpetuo, del perfeccionamiento sin límites... He ahí un notable defecto de falta de continuidad en el espíritu, en un cálculo que exigiría el mayor lujo de rigor lógico y de vigilancia crítica.

* *

Es verdad que este acto de incoherencia resulta fructífero.

Al negar la posibilidad de la decadencia, se desarma de antemano toda crítica. Nada autoriza tal acto de fe en el progreso indefinido del género humano, aserto inverificable; pero nada tampoco lo desmiente.

Alegar las pérdidas o los déficit evidentes y las manifiestas regresiones no serviría sino para suscitar un distingo especioso entre las apariencias y la realidad.

Decir que nuestro globo o el sol que lo alumbra, al enfriarse, disminuirán y al cabo arruinarán las condiciones de la vida humana, es querer hacerse contestar que el genio humano suplirá las insuficiencias de la naturaleza avara: las tierras, los soles vecinos nos proporcionarán el calórico necesario, y nuestros sobrinos, amos de los espacios del cielo, quedarán libres de su obligación de trocar aquella mediocre morada por un astro mejor, cuando el primero se haya vuelto inhabitable: les bastará saber vencer por la razón un pequeño sentimiento de patrioterismo cosmográfico.

* *

Repito pues que una fe rigurosa, ingeniosa y poco delicada en materia de pruebas siempre defenderá al viejo dogma del Progreso, formulado en aquellos términos, contra todos los asaltos de los espíritus inquisidores. Pero dicha fe es de orden místico, no "científico", aunque a menudo usurpara este último título. Se la adquiere, como lo expuse, por un cambio de método que constituye un error de lógica, en el que los equivocados se mantienen gracias a la imaginación y al sentimiento.

Luego convendría tal vez a los progresistas desplegar menos arrogancia y menos orgullo hacia la fe religiosa de las almas simples; pues en suma la suya no difiere en ningún grado ni en ningún punto de la fe del carbonero cuado reposa en el postulado que he descripto.

* *

¿Dejarán el postulado del crecimiento ilimitado para atrincherarse en la conjetura de que la raza humana sea un joven organismo apenas escapado a la infancia? Esto es más lógico, pero no más cierto. Muy bien está conceder al sentido común que nuestro género humano, concebido como ser vivo, está condenado a perecer un

día como el fruto maduro; pero que la flor esté apenas acabada, el botón apenas abierto, he aquí algo mucho menos seguro.

Con todo, quedando inverificable dicha opinión, adquiriría algún valor y merecería ser tomada en cuenta si estuviese arraigada en el pensamiento de la mayoría de los hombres. Podríase ver en ella una señal de verdor y de novedad, y un indicio de la secreta juventud del mundo, análogo al hervor de verde savia bajo la corteza negruzca y aun denudada, en la que soplan las primeras brisas de la primavera naciente. Aquí el sentimiento bien comprobado en todas partes, constituiría un fuerte argumento.

¿De dónde resulta que tal sentimiento sea casi inhallable? Es de la vejez que se quejan todos los hombres, por jóvenes que sean, y por nuevos que sean sus grupos en la historia; la adolescencia con sus turbaciones, sus calores y sus difusas esperanzas, no se revela ni en sus actos, ni en sus discursos. Por todas partes, aun entre nosotros, cuando se habla instintivamente y se sigue la naturaleza, es a los Antiguos que se invoca, es del Pasado que se deduce gloria y riqueza, es en la Experiencia donde los sabios y los ignorantes se refugian y atrincheran en caso de dificultades.

Si se escucha el corazón de la humanidad, ella no parece recordar, sino la Edad de oro o el Paraíso primitivo. Este sentimiento de melancólica añoranza es general; lo que por el contrario está muy poco difundido, lo excepcional, y particular a un pueblo, a una casta, es un momento muy limitado de su historia, por ejemplo para los franceses de la Revolución y del Imperio, para los anglosajones contemporáneos, para los mercaderes de cerdo americanos hacia 1868, para algunos electricistas de hoy, es aquella robusta fe, que confina con la embriaguez, en el porvenir de su raza o de su oficio, en los progresos del género de civilización que su rango representa o que crea su esfuerzo; con todo, tal sentimiento está en baja, y deja ver el origen artificial, libresco y escolar de sus nubes y humaredas.

¿Por qué no dejarle su nombre a la esperanza? ¿Por qué insistir en querer sacar del justo orgullo de los espacios terrestres y celestes vencidos, de la naturaleza dominada y humanizada, un dogma no autorizado por nada?

IV

LA CIENCIA POLÍTICA

ANTE TODO, POLÍTICA

Cuando decimos "ante todo, política", queremos decir: la política primero, primera en el orden del tiempo, de ninguna manera en el orden de la dignidad. Equivale a decir que la ruta debe tomarse antes de llegar a su punto terminal; la flecha y el arco deberán empuñarse antes de dar en el blanco; el medio de acción precederá el centro a que se lo destina.

DE LA BIOLOGÍA A LA POLÍTICA

Las ideas salidas de la ciencia de la naturaleza y de la vida desempeñaron, ante todo, en el siglo pasado, un importante papel histórico; papel excitante y liberador que está lejos de haberse acabado.

Muchos esíritus, hallando por una parte ciertos aforismos de política corriente, y viéndolos en oposición directa con los principios que regularn todo el régimen de la naturaleza, fueron llevados a examinar dichos aforismos de esta manera: ¿Constituyóse la naturaleza sobre un principio y la sociedad humana sobre el opuesto?, ¿o los dos principios son los mismos?, ¿o sin ser ni los mismos ni contrarios, no son dichos principios a la vez análogos y diferentes? He ahí el problema que la biología contribuyó poderosamente a plantear, y a plantear bien. Que posteriormente diera lugar a confusiones, que haya hecho tomar simples analogías, a menudo lejanas, por identidades, ¡de acuerdo! Pero sus servicios primitivos no por ello son menos inolvidables.

Los unos son provisionales, y los otros, permanentes. Las ideas biológicas obraron por sugestión al poner la ciencia política en condiciones de percibir bien, por sus medios, la esencia de la hereditariedad *política*, de la selección *política*, de la continuidad *política*. Proporcionaron además y proporcionarán contribuciones materiales que evidentemente es imposible descuidar: pues por distinta que sea la herencia política de la herencia biológica, numerosas relaciones entre los dos órdenes de hechos, resultan de que el ser social, el hombre, es también un ser viviente, sometido a las leyes de la vida.

La ciencia política es autónoma: lo que no quiere

decir que esté sin comunicación con las otras ciencias. La sociología es distinta de la biología: lo que no quiere decir que sean dos extrañas sin relación entre sí.

* *

Una sociedad puede tender a la igualdad, pero en biología la igualdad no está más que en el cementerio.

Cuanto más vive y se prefecciona el ser, más división del trabajo comporta desigualdad de funciones, la que provoca una diferenciación de los órganos y su desigualdad, incluso desigualdad de sus elementos, cualquiera sea la identidad originaria de que se prevalgan esos elementos primitivos: la igualdad puede estar en lo bajo de la escala, al comienzo de la vida; ella es destruida por los progresos de la vida misma. El progreso es aristócrata.

Lo que no prueba por cierto (no aún) que nuestro progreso social deba cumplirse del mismo modo que el progreso animal, a expensas de la igualdad de los individuos; lo que no prueba (no aún) que los fundamentos y los órganos del Estado deban ser desiguales. Con todo, ello introduce en los espíritus reflexivos, con las claras nociones acerca de la marcha constante de la naturaleza, la de que el sentimiento de esa marcha no es del todo el que nos propone el dogma revolucionario. Esos espíritus reflexivos son así llevados a vacilar entre dos conjeturas: tal vez exista en la naturaleza universal un reino humano, establecido como un imperio dentro de un imperio, y cuya reglamentación general, difiriendo de todas las otras leyes naturales, le es enteramente opuesto, y comporta su vuelco absoluto; probablemente también, pues la primera hipótesis poco verosímil choca con todas las ideas de la época, tal vez aquella concepción revolucionaria es falsa y el estatuto del género humano deba también dar un amplio lugar a las leyes de autoridad y jerarquía que son la providencia visible de los otros seres.

* *

Cuanto mayor peligro comporta el método biológico si se lo maneja a título de *prueba*, mayor interés ofrece como estimulante de la reflexión e instrumento del descubrimiento, pudiendo las ideas sociales descubiertas por esta vía ser verificadas y demostradas por otra.

No temamos otorgar demasiado a la analogía en este orden de cosas. Ella es la reina de la investigación para todas las disciplinas del saber. Cualquiera sea la diferencia existente entre el intestino, el hígado, el cerebro en el hombre y en los diversos mamíferos, nadie vacila en establecer entre dichos órganos observaciones y comparaciones de que aprovecha el conocimiento. ¿Cómo podrían no tener ningún sentido para la humanidad, las tres leyes generales válidas para todos los grados del ser, desde el *bathybius* hasta el chimpancé? Ello equivaldría a decir que la roca, la planta, la bestia, son seres pesados, pero que el ser humano nada tiene que ver con la balanza y las pesas. La unidad del plan de la vida interrumpiríase en absoluto y bajo todos los respectos, en el umbral de la sociedad humana.

Aun admitiendo que estemos colocados fuera de la serie animal, amasados y modelados con otro limo que todo lo que vive, ¿es moralmente posible que no tengamos ninguna especie de afinidad con esta naturaleza que nos envuelve y nos apremia? Las triviales precauciones que impiden morir a la universalidad de las razas animadas, ¡no tomarían la menor parte en salvaguardar nuestra vida! Si los "sublimes animales", caros al poeta romántico, son aptos para ofrecer los modelos de estoicismo moral, sería por lo menos razonable no rechazar tampoco sus lecciones de perseverancia en el ser, de resistencia material, de prosperidad y de duración físicas. Tal es, además, el reflejo espontáneo del espíritu humano: la sabiduría de las naciones jamás se privó de hacerlo; sus fábulas, sus proverbios, a menudo hicieron valer las relaciones paralelas entre los miembros y el estómago, los reyes y las naciones. Las lenguas humanas identifican corrientemente el cuerpo social y el pueblo, con las cabezas y los jefes. ¿Pura presunción? Tal vez.

* *

La inmensa ratificación general aportada por las ciencias de la naturaleza no es similarmente sino una presunción. Pero esta presunción está corroborada. Pues desde que se aborda el estudio directo, la historia propia de los fenómenos especiales al hombre, la doctrina aristocrática y monárquica queda demostrada en su lugar y a su modo. Comte y Fustel de Coulanges pueden confirmar a Taine y Bourget; las leyes específicas que preservan de la muerte al hombre en sociedad no son las de las abejas y de las hormigas; son del mismo orden, de la misma familia y están contestes en rechazar todo sistema de democracia en las causalidades del mal y de la muerte.

Desde entonces, todas las presunciones que habían anunciado o hecho persentir la prueba directa, la envuelven en esta dulce irradiación de vivencias persuasivas que son para la verdad, contemplada cara a cara, lo que el lisonjero movimiento de la fosforescencia para las flechas rectilíneas, para los rayos de la luz pura. Ésta prosigue su obra, y lo demás hace las veces del más útil de los ornamentos.

LAS LEYES

Según Comte, la política, hija de la biología, encierra como otra ciencia, leyes precisas, anteriores y superiores a las voluntades de los hombres: es en relación con dichas leyes naturales que deben juzgarse las legislaciones.

Una justa ley política no es *una ley regularmente votada,* sino una ley que concuerda con su objeto y conviene en las circunstancias. No se la crea, se la deduce y descubre en el secreto de la naturaleza según los lugares, los tiempos y los Estados.

•

Las fórmulas políticas no son aparatos de hacer barquillos, y si las leyes de las naciones, como las del mundo y las del hombre son inmutables, es preciso ver que todas las situaciones de la historia y de la geografía son originales.

Tienen algo único que debe tratarse como tal.

•

No se trata en ningún modo de *leyes del* DEVENIR, de *leyes del movimiento de las sociedades, de leyes de su* DINAMISMO, *sino de* LEYES DE SU ESTADO.

No se trata de determinar *la* ley (hasta aquí no aprehendida), según la cual se operó o se habría operado la evolución del género humano o del Occidente civilizado, ley que, si fuese conocida, permitiría una deducción general del porvenir.

No: se trata de leyes según las cuales se presentan

algunos hechos, que tienen por costumbre de no seguir separadamente.

Leyes comparables a aquellas cuya acción siguen la naturaleza y el laboratorio. Consisten en lazos constantes, y tales que, dado el antecedente, se puede estar seguro de ver aparecer el consecuente. Por ejemplo, la elevación del agua a la temperatura de cien grados y el fenómeno de la ebullición. Por ejemplo, el advenimiento de la elección democrática y el fenómeno de la centralización. Se puede evitar que el agua se caliente hasta los cien grados, cuando hierve: no se puede impedirle hervir a esa temperatura. Se puede evitar que aparezca la democracia electiva: si se produce, no se puede impedir que ella centralice.

Del mismo modo que la búsqueda de las leyes del *devenir* de las sociedades parece haber dado hasta ahora resultados flotantes, azarosos, discutibles, estériles, se muestra cierta y fecunda la investigación de *constantes* regulares y leyes *estáticas.* Lo que se dice de su complejidad no es más que un sofisma perezoso. ¿Qué es lo que no es complejo? ¿Qué complejidad bien estudiada no vuelve tarde o temprano a lo simple? Lo que se agrega para excluir el conocimiento político de la verdad, con el fin de reducirlo a una vaga verosimilitud, proviene de pobres espíritus demasiado interesados en ignorar.

Pues si es verdad que la experiencia política, en sentido estricto, es pura observación histórica y escapa a una experimentación propiamente dicha, es decir y va de suyo, al experimento del gabinete químico, es verdad también que aquella amplia y clara experiencia del pasado derrama en el teórico político un rayo de luz cuyo equivalente no conoce el químico y que el físico debe suponer y calcular. El teórico político observa la serie y el encadenamiento de los hechos. Mas por otra parte lo que sabe del hombre le permite percibir también aquello que engendra dichos acontecimientos: el juego interior de las pasiones, de las ideas, de los intereses humanos se le muestra puro y al desnudo, de mo-

do que su observación no se detiene en las apariencias, en los fenómenos, sino que penetra las razones de ser, las generatrices. Desde entonces el historiador no se contenta con ver y hacer ver que la democracia electoral tiene por efecto centralizar; dice por qué esta cadena es constante. Su observación es también una explicación: el poder nacido del voto está obligado, para no perecer, a asegurarse de los votantes; nada es más temible para este poder que las libertades de dichos votantes, lo que le induce automáticamente a confiscárselas una tras otra. Esta psicología sería sensible a la razón. Pero además está confirmada, en sus motivos y móviles, por los discursos y los escritos de los contemporáneos del acontecimiento observado. Imposible contar el hecho sin hacer alusión a lo que ocurre en la cabeza y el corazón de aquellos que lo produjeron.

En el laboratorio de la Historia Universal, el hombre se halla como sujeto y objeto de la experiencia. Pero esta situación paradójica es tal vez lo que da a las conclusiones de la Historia Política un valor que no pertenece a las del químico. Éste se halla reducido a conjeturas acerca de lo que pasa en el interior de los cuerpos interrogados; el historiador y el político conoce, por adentro, por así decir, los átomos más secretos de la causa espiritual de las reacciones de que es testigo.

—¡Bien! Pero entonces ¿qué provecho se saca de este conocimiento?

—¡Pues bien! Si poseyéramos la ley de evolución del mundo y la curva gobernadora del porvenir, nos sería fácil decir *absolutamente*: en tal fecha, en tal circunstancia, tal acontecimiento ocurrirá.

No tenemos esta Ley, pero tenemos leyes, constantes, las que nos permiten decir: si esto ocurre, aquello ocurrirá. Planteada tal causa, surgirá tal efecto: aquel punto negro en el horizonte marino anuncia esta o aquella tormenta. Si el Número de los votos gobierna, el Dinero gobernará tras él; si la democracia aparece, he aquí que sobrevendrá la plutocracia. Donde nace la democracia, nacerá la centralización, etc., etc. . . .

* *

Volvamos sobre nuestros pasos. Si la política puede ser objeto de ciencia, es muy preciso que las instituciones primitivas no nazcan de actos personales como las voluntades, de una convención, de un contrato debatido entre entidades independientes, dueñas de su suerte. El postulado de la ciencia positiva es que las sociedades sean hechos de naturaleza y de necesidades. Pero desde los comienzos de esta joven ciencia, el postulado se verificó. No se encontró huella del contrato primitivo; toda sociedad humana apareció como contemporánea del hombre. La ley, la ley civil y política misma, apareció como una *relación que fluye de la naturaleza de las cosas* conforme a la definición de Montesquieu y contrariamente a la definición democrática de la declaración: "La ley es la expresión de la *voluntad general*". Relación de conveniencia o relación de necesidad, la ley escapa a lo arbitrario: no se decreta libremente, sino que surge del examen de situaciones que no dependen de dicha "Libertad".

Tal fue la primera palabra de la ciencia política apenas constituida.

La segunda palabra que escribió no fue menos considerable, pues fue la de organización.

Cuando los franceses se hayan vuelto dignos de comprender el alcance y la profundidad del lenguaje que heredaron de sus padres, ya no dirán *organización*; volverán a la palabra propia: y dirán *orden*. En vez de *organizar*, los verbos *ordenar* o *poner en orden* prevalecerán.

* *

Una tercera palabra de importancia infinita es pronunciada por la ciencia política. Enseña que las sociedades que examina no se componen en ningún modo de individuos, sino de familias.

El individuo no es una unidad social. Unicamente la

familia constituye dicha unidad. Las sociedades no están hechas para una época del hombre. Se desarrollan más allá. ¿Hasta qué punto? No sabemos...

Pero la existencia de esta amplia vida que nos envuelve y sostiene, no está en duda. Prácticamente las sociedades son quizás inmortales. No veo por qué las más fuertes no durarían tanto como el género humano. En todo caso para concebirlas tales, hay que concebirlas históricamente.

* *

Un cuarto punto se establece en la ciencia política; es el criterio de las sociedades. ¿Cuál es? Una vida próspera. Le Play invoca a cada paso los ejemplos de las sociedades prósperas. Fue sobre todo según ese criterio empírico, y del estado de la Francia y de la Europa contemporáneas como fueron juzgados y condenados los principios democráticos y revolucionarios por Renán, Taine, Balzac, Bonald, Burke, Macaulay y algunos otros.

La política llega, así, a definirse: *la ciencia y las condiciones de la vida próspera de las comunidades.* Un principio mortal, o que traiga la disminución de la salud y de la prosperidad generales, hállase, pues, automáticamente refutado, negado, por esta ciencia.

EL EMPIRISMO ORGANIZADOR

Desde la edad en que se cree pensar, jamás imaginé que las teorías hiciesen nacer las instituciones. Pero es verdad que yo no podría tampoco negar el poder de una doctrina justa en el espíritu de un estadista, porque ningún fatalismo histórico fue jamás de mi agrado. Si se quiere, tuve "teorías", y si se quiere, todavía las tengo: pero en todo tiempo, esas teorías merecieron nombre, el que muestra su prudencia y humildad; se llaman el *Empirismo organizador*, es decir, el aprovechamiento de las dichas del pasado con miras al porvenir que todo espíritu bien nacido le desea a su país.

El examen de los hechos sociales naturales y el análisis de la historia política conducen a determinado número de verdades ciertas, el pasado las establece, la psicología las explica y el curso ulterior de los acontecimientos contemporáneos las confirma y las reconoce; mediante un poco de atención y seriedad, no se necesita un arte muy sutil para dar una aplicación correcta de aquellas ideas, así deducidas de la experiencia, y que los nuevos hechos desprendidos de una experiencia posterior tiene la mayor probabilidad de verificar.

En tal caso la deducción es la consecuencia natural de las inducciones bien hechas. El sentido crítico despierto en la primera parte de la operación no extingue su antorcha durante los misterios de la segunda, puesto que se halla en el momento de la partida y en el de la llegada.

•

No somos metafísicos. Sabemos que las necesidades pueden cambiar. Puede haber un momento en que los

hombres experimenten la necesidad de garantizarse contra lo arbitrario por bien numerados artículos de ley. Hay otros momentos en que esta autoridad impersonal de la ley escrita les parece un profundo engaño.

En el primer caso, reclaman constituciones.

En el segundo, los estatutos les parecen importar cada vez menos, y se interesan más por la responsabilidad viviente de las personas, y por su acción.

•

El método que siempre me pareció más acorde con las leyes de la vida, jamás otorgó un finiquito general y "en bloque" a lo que hicieron nuestros padres. Concediendo a sus personas un piadoso respeto, el espíritu crítico se reserva el derecho de examinar sus obras y sus ideas.

Pero el espíritu crítico ve claro: el revolucionario no sabe ni quiere mirar: *Del pasado hagamos tabla rasa,* dice su canción. Odio este programa de amnesia.

No, nada de tabla rasa. Entretanto, ¡vía libre!

LA HISTORIA

Nuestra maestra en política es la experiencia.

•

La experiencia se asemeja a la Musa, es hija de la Memoria.

•

La historia no es una experiencia de gabinete: con todo, sus innegables repeticiones, en circunstancias ora idénticas, ora diversas, permiten establecer con rigor satisfactorio, cuadros de presencia, de ausencia y de variaciones comparables a los que favorecieron el progreso del estudio de la naturaleza. Es vano sostener en el papel, que lo aguanta todo, la *originalidad* absoluta, la *unicidad* de los fenómenos históricos. Son originales, son únicos, pero su serie no lo es.

Bainville admiraba el cuadro de las monótonas "series" del mundo y las estables virtudes del complejo humano. Los vaivenes de la historia llevan constantes tales que, bien conducidas, permiten formular previsiones sin sufrir derogaciones.

La experiencia de la historia contiene la ciencia y el arte de ese género de descubrimiento: si ninguna idea preconcebida reguló su desarrollo, el resultado es cada vez más favorable a las ideas de contrarrevolución, de antiliberalismo, de antidemocracia. La experiencia de la historia está llena de los osarios de la libertad y de los cementerios de la igualdad.

LA CONSTANTE HUMANA ENSEÑADA POR LA HISTORIA

El arte de velar bien por la seguridad de los pueblos se remonta a los principios directores de todas las artes elementales; la primera verdad de que un filósofo o un magistrado deba penetrarse es la de que el mundo se modifica con extrema lentitud, si con todo se modifica. Las partes variables son las menos importantes. Lo que importa aparece constante. Es por los grandes rasgos generales de constancia humana, que es urgente guiarnos, siempre que pensamos en arreglar algo para el porvenir.

A fuerza de mostrarnos masas que *evolucionan* y aspectos que se *transforman*, se nos oculta a los obreros de la evolución y a los artesanos de la transformación. Sin los jefes, sin los santos, sin los héroes, sin los reyes, la historia es ininteligible. Una nación se compone de naciones, una raza de razas, un Estado de Estados. Ya se trate de la feudalidad, de las comunas o de la Iglesia, la verdadera vida no está en los miembros sucesivos, accidentales y efímeros, sino en los lazos invisibles que dan al conjunto cierta unidad. Es de eso y no de otra cosa que hay que escribir la historia: la historia de Francia y no la historia de los franceses.

La historia universal en su detalle es imposible. La ley de conjunto que la simplificara y la condensara en lección grande y fuerte, esta ley general no me parece haber sido descubierta. El historiador útil sabe aislar un hecho, circunscribir una acción, describir un personaje: el hecho, la acción, el personaje pueden permitir la captación del *cómo* en las cosas humanas. El campo de nuestra experiencia se aumenta de ese modo y estamos en mejores condiciones para comprender e interpretar los hechos presentes y futuros. Aunque los casos y los hechos estén en número infinito, si con todo conocéis con algún detalle y a fondo la manera en que Chicago, Atenas y Quimper-Corentin se desarrollaron,

tenéis la probabilidad de daros cuenta fácilmente de la curva seguida por la mayoría de las otras Ciudades y de los otros Estados. Cierto, hay que estar siempre a la espera de alguna sorpresa; la naturaleza y la historia están llenas de trampas tendidas a la fatuidad de los mortales. Pero esta verdad se halla también contenida en la historia de Atenas, de Quimper y de Chicago...

Si para hacer una fábula, tomáis en la mano un puñado de arena y escucháis el confuso murmullo de los átomos innumerables, y sois sabio, verificaréis que sobre cien veces, noventa y nueve aconsejan: *tener confianza*. La centésima: *desconfía*, y el doble consejo es exacto; pues nada se hace sin crítica, nada sin fe.

LA SOCIEDAD

CONDICIONES DE VIDA DE LA SOCIEDAD

Es muy cierto que un pequeñísimo número de individuos excepcionalmente distinguidos y poderosos transforman una sociedad: no lo hacen sino transformando las instituciones o la religión, pero jamás modificando una a una cada cabeza del infinito rebaño de los individuos.

"El individuo" en cuanto tal, abstracto; el individuo considerado como unidad indiferente que puede ser Pedro o Pablo, igualmente el individuo parece componer la sociedad; en realidad, no la hace: es hecho y deshecho por ella.

Los individuos que obran no son individuos. Son personas. Arreglándoselas muy bien, siguiendo las reglas de un arte delicado y profundo, aprovechando la ocasión, beneficiando de las situaciones, en una palabra colocadas en los puntos más propicios, sabiendo hacer jugar las *junctura rerum*, los lugares de conjunción de las cosas, aquellas personas de elección modifican y reforman el medio social, y de ahí pueden resultar para el "individuo" progresos correspondientes, los que lentamente adquiridos se incorporan en él de época en época.

•

EL MITO IGUALDAD

La igualdad no puede reinar en ninguna parte; pero su obsesión, su deseo, estableecn un espíritu político

opuesto a las necesidades vitales de un país: el espíritu democrático mata la disciplina militar y el pueblo necesita ejército; el espíritu democrático, por la envidia que destila, mata la concordia civil, la cordialidad, la paz entre los particulares, y el pueblo necesita concordia, paz y cordialidad.

En un Estado poderoso, vasto, rico y complejo como el nuestro, cada uno debe tener seguramente la mayor cantidad posible de los derechos, pero no depende de nadie hacer que tales derechos sean iguales cuando corresponden a situaciones naturalmente desiguales. Cuando, pues, en tal caso, la ley viene a proclamar dicha igualdad, *la ley miente*, y como los hechos cotidianos ponen al descubierto aquella mentira, quitan a los ciudadanos el respeto debido al régimen político de su país, y en consecuencia éstos reciben un permanente consejo de anarquía e insurrección.

•

LA ASOCIACIÓN: HECHO DE NATURALEZA

¿Qué es la Asociación? ¿Hay un "derecho" de asociación para el individuo? ¿No sería más exacto afirmar que hay para él un deber, una obligación y, diciéndolo más claramente, una *necesidad de asociación* para todos los casos en que puede vivir?

Vayamos más lejos. ¿Forma el individuo la sociedad? ¿Dónde? ¿No es, por el contrario, la sociedad la que forma al individuo? ¿No es él por todas partes su producto?

Consideremos aun el mundo de los seres vivientes. Hay especies (las muy inferiores) en que el individuo determina una especie de sociedad; son aquellas en que la reproducción se opera por vía de disparidad. Un ser, cuyas partes todas parecen homogéneas y casi idénticas, se divide en dos; he ahí dos seres enteramente semejantes. No es el caso del animal superior; aquí

hace falta una pareja, se necesitan dos individuos muy diferentes para producir un tercer individuo. Este nuevo ser no nace de un generador, *ni siquiera de dos generadores, sino más exactamente de la sociedad de esos generadores. La asociación es distinta de la suma de los asociados. Comienza por parecer su madre.*

Pero en el género humano, por una parte el recién nacido es tan débil, y por otra está llamado a tales grados de desarrollo, que la sociedad no lo abandona jamás. Ella lo recibe y lo continúa, lo precede y lo sigue; anterior y posterior a cada uno de nosotros, aquella grande hada bienhechora, que dispone por todas partes de algunas industrias y tradiciones útiles, pero que entre nuestras razas occidentales centraliza un inmenso capital civilizador, nuestra sociedad humana (sin ser deudora de los más vastos genios que siempre recibieron de ella mayores bienes de los que le aportaron) parece la acreedora universal de nuestros semejantes. En verdad, como lo observó tan bien León de Montesquiou en *La Razón de Estado,* no se puede decir: "1º El hombre, 2º La sociedad". Es preciso, de absoluta necesidad, alinearse entre quienes dicen: "1º La sociedad, 2º El hombre".

El hombre asociado, a la vez agrupado y aislado, regulado y liberado por la asociación no es absolutamente mejor que el hombre individual; sencillamente es más apto para una vida superior, para la vida de sociedad. Osa menos para su capricho. Tiene mayor interés en osar para el bien común, puesto que la comunidad que lo apremia es muy pequeña y el bien de la comunidad está más próximo al suyo.

•

La época de la asociación vuelve a empezar. Los sindicatos, las corporaciones, las comunidades y las compañías de todo género serán para el siglo XX lo que las catedrales fueron para el XII. La masa colectiva se ha hecho tan fuerte que ningún individuo sentiráse con

valor, vida, seguridad y por consiguiente dicha, sino en tanto cuanto se vea fuertemente encuadrado en ella, sostenido y disciplinado en colectividad *secundaria* a la que puedan ligarlo todas las fibras de su carne y todos los resortes de su alma.

Y si se quiere conocer el fondo de mi pensamiento, diré que siempre fue así en todos los tiempos en que el hombre vivió normalmente. La anarquía general del siglo XIX forjó para los mejores un cerebro revolucionario en el que se deforma la noción natural del yo humano. El verdadero yo, el yo espontáneo, es un *nosotros,* o no tiene sentido.

Un hombre habituado a reflexionar con rigor y que hace la cuenta de todo lo que es diferente de sí queda aterrorizado de la exigüidad y de la miseria de su pequeño dominio estrictamente propio y personal. Nosotros *somos* nuestros antepasados, nuestros maestros, nuestros mayores. *Somos* nuestros libros, nuestros cuadros, nuestras estatuas; *somos* nuestros paisajes, *somos* nuestros viajes, *somos* (acabo por lo más ajeno y desconocido), nosotros *somos* la infinita república de nuestros cuerpos, el que toma prestado del exterior casi todo lo que es, para destilarlo en alambiques cuya dirección y sentimiento mismos nos escapan por completo.

•

La sociedad no es por cierto un gran animal cuyos individuos no serían más que sus células subordinadas. Pero tampoco es una de esas "inversiones en común" de voluntades que se llama, en Derecho, asociaciones.

La sociedad no es una asociación voluntaria: es un agregado natural.

No ha sido querida, ni elegida por sus miembros. Nosotros no escogemos ni nuestra sangre, ni nuestra patria, ni nuestra lengua, ni nuestra tradición. Nuestra sociedad natal nos es impuesta. La sociedad humana forma parte de las necesidades de nuestra naturaleza. Tenemos únicamente la facultad de aceptarla, de rebe-

larnos contra ella, de huirle tal vez sin poder pasarnos sin ella esencialmente.

•

Para el espíritu realista, advertido por la historia, si no está deformado por una falsa historia del Derecho, la verdadera garantía del derecho individual se llama ante todo la sociedad, en seguida la asociación.

Tened una sociedad sólida, y en la que el primer núcleo social, la familia, sea fuerte: los derechos primordiales, sean religiosos, domésticos, o escolares, hallarán su línea de repliegue y defensa.

Tened asociaciones poderosas, especialmente asociaciones de oficios, y los otros derechos esenciales hallarán su quicio y fundamento.

Tened un Estado bien construido y tales derechos distintos, diversos, a veces en conflicto, no harán de la sociedad su campo de batalla, porque el orden público hallaráse también provisto de un fiador en carne y hueso, que será su magistrado responsable e interesado. Fuera de ahí, no tendréis sino partidos que se combatirán, intereses que se devorarán entre sí.

•

En una sociedad bien hecha, el individuo debe aceptar la ley de la especie, y no la especie perecer por la voluntad del individuo.

•

Una legislación individualista, como no considera sino al individuo, sin tener en cuenta la posición que él ocupa en el mundo, ni su familia, ni su clase, ni su país, ni su trabajo, tal legislación pretende salvar en primer lugar y hacer respetar los derechos de cada uno. Inscribe, en efecto, en muy hermosos caracteres, la máxima de que semejantes derechos son infinitamente respetables y hay que sacarles el sombrero. Pero cada

lividuo aislado en nombre de la ley hállase incapaz asegurar el ejercicio de aquellos famosos derechos. :lo ahí entregado sin defensa a las escasas organiza- ›nes que pudieron crearse a despecho de la ley; si les escapa, recae bajo los poderes del Estado, los e por añadidura tienen la ley de su parte.

•

Del punto de vista de la felicidad y la defensa de la uno, nada más importante que dichas asociaciones :undarias e intermediarias, las que garantizan el ho- :, la vida local y los oficios. Mas para que existan :esistan, hace falta otro poder.

•

3asta una nada para destruir. Se necesitan años de uerzo, labor y paciencia para crear. El sucio soplo un retórico basta para arruinar. El crecimiento de sociedades es más lento que el del embrión, del lac- ıte y del niño; su caída es relativamente más rápida a que la del ser viviente suprimido por una bala o a cuchillada.

EL ESTADO

La familia funda el Estado, puesto que, por u parte, la población no existe sino por ella, y que p otra, es ella la que distingue la sociedad política las otras: sociedad que no se recluta por la volunt de sus miembros, sino normalmente por vía de ge ración, sociedad en que se nace y se reproduce. soy miembro del Estado francés a causa de mi pad de mi madre y de sus progenitores. Puedo ratifi o declinar tal condición; *yo no la creo, es ella la q me crea.* Los hijos adoptivos que se agregan por ot vías a la gran familia francesa no lo hacen sino p que un primer Estado francés, familia de familias, f engendrado naturalmente.

•

Toda doctrina del Estado dispensador y distribuid de derechos será disuelta por esta simple observació de que la sociedad, tanto espiritual como temporal anterior (lógica como históricamente) al Estado.

•

El Estado y la sociedad son cosas distintas. La ciedad comienza en la familia, su primera unidad. continúa en la comuna, la asociación profesional confesional, la infinita variedad de los grupos, corporaciones, compañías y comunidades, a falta las cuales toda vida humana languidecería. El Esta no es más que un órgano indispensable y primordi de la sociedad.

•

El Estado, cualquiera que sea, es el funcionario de la sociedad.

•

El Estado, cuando está bien constituido, casi nada tiene que hacer con los individuos. Es sobre las sociedades que tiene a su cargo, así como sobre sus mutuas relaciones que se ejercen sus principales atributos: únicamente los criminales, con los héroes y los santos, personalidades de excepción, tienen relaciones con el Estado, que tiene el derecho de conocer tales anomalías, o para honrarlas, o para castigarlas. Agreguemos a la lista de las personas en comercio directo con el Estado, el pequeño número de los funcionarios, incluidos los ejércitos de tierra y de mar. Por lo que respecta a todo lo demás, un Estado normal deja obrar, bajo su cetro y su espada, en la multitud de las pequeñas organizaciones espontáneas, colectividades autónomas, que existían antes que él y tienen probabilidad de sobrevivirle, verdadera sustancia inmortal de la nación.

En esas esferas distintas, dotadas de privilegios tan variados como sus funciones, se desarrollará, no el inhallable "Individuo", que no florece allí ni cada veinticinco años, ni cada cien años, ni jamás, sino la fauna y la flora humanas de los diferentes individuos, bien nutridos por su territorio, preservados por este aire de su clase y de su país, y estimulados también por la atmósfera de los grupos facultativos a que su honor, su interés, o su placer los incorporó regularmente.

Del "círculo" del pueblecito al Instituto de Francia hay una serie de grupos. El individuo encuentra allí derechos proporcionados a su rango y a sus servicios, a su dignidad y a su valor. Así el menor de nuestros compatriotas es privilegiado por el destino. Rico o pobre, es patricio, puesto que participa de la noble calidad de francés y goza por eso de las poderosas prerrogativas y el inmenso patrimonio material y moral

puesto gratuitamente a su disposición por todo lo que hicieron sus antepasados.

De su obra inmemorial, mantenida y continuada por la tradición fluyen todas las virtudes, todos los valores individuales de que la naturaleza no había proporcionado más que el germen: la voluntad, la libertad, el sentimiento, la razón al grado a que la sociedad francesa supo elevar todo eso. Flor de la cultura francesa, el individuo francés no fue ciertamente ni su principio, ni su fin, ni su raíz, ni su fruto.

•

Los recuerdos, los odios, los amores que los simples particulares no pueden mantener de manera constante, un Estado los toma por su cuenta, los apunta en un registro, registro que pone al día para estar en condiciones de ejercer todos sus derechos, sostener todos sus intereses y cumplir todos los deberes allí inscriptos. En un Estado normal, las emociones públicas no son meros impulsos de sensibilidad, barridos, reemplazados al primer viento contrario: vuélvense la materia y la sustancia de actos útiles, y sirven para recobrar y restaurar lo que pudo perderse por la comunidad.

•

LA RAZÓN DE ESTADO

La razón de Estado está en la naturaleza de las cosas. Esa razón vale tanto cuanto vale el Estado.

La razón de un Estado que se halla por encima de los partidos se inspira en las necesidades superiores de la existencia de la nación.

Un Estado creado por los partidos no tiene otra razón que la que puede tener: corta, estrecha, variable, contradictoria. Cubre los intereses particulares en vez de defender los intereses generales.

DISTINCIONES ENTRE LA MORAL Y LA POLÍTICA

No se puede basar un cálculo político razonable en la esperanza de que el mundo entero hallaráse un día en el sentido de la bondad.

•

La política no es la moral. La ciencia y el arte de la conducta del Estado no es la ciencia ni el arte de la conducta del hombre. Donde el hombre en general puede quedar satisfecho, el Estado particular puede ser derrotado.

•

El orden político y el orden de la conciencia son distintos. La conciencia humana persigue fines espirituales, busca la salvación individual. La política, que se atiene a lo temporal, se interesa por la vida próspera de las comunidades; determina las condiciones generales del bien público en los grupos naturales. Dadas tales leyes, que ella trata de discernir y formular con la mayor nitidez científica, traza e ilumina la conducta de los políticos, aproximadamente como la fisiología, la patología y la terapéutica inspiran y dirigen la conducta de los médicos.

•

Como hubo fenómenos puramente químicos o físicos en la organización de un Descartes o de un San Vicente de Paul, toda sociedad se construye según necesidades naturales cuya esencia se trata de conocer con exactitud, sin afirmar ni negar su justo fundamento. No sabemos

si es justo que un hijo no pueda elegir a su padre, o que un ciudadano sea arrojado en una raza antes de haber manifestado su libre voto, su libre elección. Sabemos que las cosas no son dueñas de ocurrir de otra manera. ¿Es justo que una opinión bien intencionada, cuando es absurda, pueda perder a un Estado? Tal vez; mas para la salvación de dicho Estado, lo importante no será decidir si la cosa es justa, sino conocerla para evitarla. El medio infalible de extraviar a quienquiera se aventure en la actividad política, es evocar inopinadamente el concepto de la moral pura, en el momento que debe estudiar las relaciones de los hechos y sus combinaciones.

La moral se superpone a las voluntades: ahora bien, la sociedad no sale de un contrato de voluntades, sino de un hecho de naturaleza.

•

Al examinar la estructura, el ajuste y las conexiones históricas y sociales, se observa la naturaleza del hombre social (no su voluntad), la realidad de las cosas (y no su justicia): se comprueba un conjunto de hechos de los que no se podría decir después de todo si son morales o inmorales, pues escapan por esencia a la categoría del derecho y del deber, desde que no se refieren a nuestras voluntades.

•

No hay relación directa entre la perfección moral y la perfección de las formas políticas, hallándose ésta ligada a objetos muy extraños a la moralidad de los hombres, como la condición geográfica o económica de su terruño.

•

Escipión se impone por la dulzura; ahora bien, es *moralmente* muy bueno ser dulce. Aníbal se impone por el terror; ahora bien, es *moralmente* muy malo sembrar el miedo. Pero no es en tanto cuanto potencias morales que el terror aquí, y la dulzura allá, operaron. Lo hicieron en otra esfera, en tanto cuanto potencias de sentimiento. Un cartesiano diría que Aníbal, así como Escipión, hállanse en el orden mecánico más bien que en el moral: es por impresiones en cierto modo maquinales que esos dos generales fueron poderosos y afortunados: la dulzura del uno y el terror del otro correspondían a las situaciones que uno y otro encaraban. Invertid las situaciones, dad a Aníbal los pueblos que Escipión supo domeñar con su buen modo, y los sublevará unánimemente contra sí, con lo que se perderá tal vez; dad a Escipión los pueblos que Aníbal subyugaba por el rigor, y su mansedumbre podrá muy bien no inspirarles sino la rebelión. En otros términos la ternura y la dureza, la dulzura y la violencia, antes de ser fuerzas morales, son fuerzas, y es en tanto cuanto fuerzas que obran en política, felices o desdichadas según el grado, el instante, o el lugar de la aplicación. ¿Qué diremos? Que ni la bondad, ni por lo demás la malicia, tienen virtud propia en el orden de los éxitos y de los reveses militares o políticos: cuando un hombre de bien queda vencedor, no es la honestidad la que está victoriosa, ni la perversidad cuando prevalece el perverso. Este dominio de la fortuna política está sometido a leyes particulares y específicas.

DEL GOBIERNO

ORGANIZAR

Tomo la palabra organizarse en su sentido primero: Organizarse a sí mismo, poner de acuerdo el propio pensamiento con el pensamiento, saber adónde se va, en qué vehículo y por qué caminos.

Organizar, significa diferenciar. Diferenciar, es lo contrario de igualar. Una *nación* se compone de gente *nacida* aquí y no allá, implica nacimiento, herencia, historia, pasado. Constituye una primera objeción al sueño babélico de la anarquía.

Quiero decir que para organizar se debe destruir. Sí, pero en el orden de los hechos una vez consumados. Mas para arrastrar los espíritus, para inducirlos a realizar un proyecto, el orden es inverso: hay que organizar antes de destruir, si se quiere triunfar en destruir.

Tal es el sentido de la palabra atribuida por lo general y creo que erróneamente a Dantón: "No se destruye sino lo que se reemplaza". El dicho sería digno de aquel funcionario del antiguo régimen, uno de los raros espíritus políticos de la Revolución. Para cambiar lo que existe, hay que tener en la cabeza otra cosa que el decreto de un gobierno provisorio y de una apelación al pueblo. Las concepciones inconsistentes y mal definidas no impulsan jamás a la acción. Por lo menos en imaginación, el hombre quiere algo sólido y preciso.

DEL VICIO DE LA DISCUSIÓN

El arte de hacer prolongar la discusión entre quienes saben y quienes no saben es la más elemental de todas

las artes. Siempre lo practicamos, cuando niños, en el colegio:

—Pero . . . Entonces . . . Sí . . .

Basta con tres palabrejas repetidas diez o veinte veces. Responden a todo, y pueden llevar a cualquier parte. Sin duda el saber está provisto de herramientas para disipar una por una aquellas dudas de mala fe, para volverlo a poner todo en el buen camino o bajo su verdadera luz. Pero tal fastidioso trabajo representa una enorme pérdida de tiempo, un igual desperdicio de fuerzas, sin tener en cuenta que produce necesariamente en el exterior una conmoción de la confianza, una detención más o menos neta de los entusiasmos que se pronunciaban. Tal es la obra natural de la crítica, cualquiera que sea, cuando se desarrolla en las asambleas o ante públicos numerosos. No se necesitan más que unos segundos para emitir voces destructoras; se necesitan horas y horas para reconstruir con paciencia las verdades particulares mejor desprendidas de los hechos por las competencias técnicas: a veces incluso las más robustas verdades de buen sentido no vuelven a imponerse sino penosamente y con extrema lentitud.

¡Ay! Sería entonces precioso para un pueblo que se pudiera *"hacerlo obedecer a la influencia"*. Sería entonces cuando resultaría preciosa la autoridad moral, la que arrastra antes de convencer, la que persuade antes de argumentar. Ella salva de la inercia o del estancamiento que, en la lucha política o militar, son las causas fatales de las últimas desdichas. He aquí por qué todos los maestros de la ciencia política, que pertenecieran a la escuela teológica como Maistre y Bonald, o a la escuela positivista, como Comte y sus discípulos, circunscriben la discusión al orden teórico, al dominio de la elaboración, pero la proscriben de la acción. No hay religión de la discusión ni moral de la discusión, pues desde que se obra moral y religiosamente, ya no se discute, se decide y se arriesga. Esperar en tal caso la "certidumbre", además de contradictorio debate, es resignarse a perecer. No hay *Gobierno de la discusión*:

gobernar, es asimismo confiar y arriesgar. Pero tal riesgo de la acción moral, religiosa o política, es el riesgo juicioso por excelencia; nada sería más imprudente ni irracional en dichas materias que no arriesgar. Pues se arriesga mucho más aún con abstenerse, discutir y deliberar, se corre el riesgo mayor y peor, puesto que el enemigo está en armas, si no se arma contra él antes que él, el riesgo que se corre es de caer desarmado bajo sus golpes.

GENEROSIDAD DE LA POTENCIA

La verdadera amistad de pueblo a pueblo no es un fenómeno sentimental, sino un hecho de orden elemental y primitivo dependiente de un orden de necesidades casi físicas. Un pueblo vigoroso atrae a otros pueblos con tangibles señales de amistad haciéndolos partícipes de lo que tiene, haciéndolos participar de la irradiación agradable y útil que produce.

Para irradiar el bien en torno de uno, es preciso en primer lugar *ser* con plenitud, y no haber consentido ninguna derogación en el capítulo del honor. En segundo lugar es preciso *poseer, tomar* y *conservar,* si se quiere dar, lo que supone un firme uso de la fuerza, el rendimiento de esta fuerza, y generosas y juiciosas distribuiciones de su producto.

Refrán: No se hace el bien en torno de uno sino acumulando ante todo en sí mismo fuerza. Trabaja, obra, gana, produce: ni los clientes ni los pobres abandonarán tu puerta mostrándote el puño. Acuéstate al sol o a la lluvia como un miserable, en sueño inerte de tu destino: tal bien improductivo no excitará más que envidia, celos, odio, peligros y estarás en peligro si perpetúas ese espectáculo de inacción y de semipenuria. Mostrarás públicamente que no podrás servir de ayuda a nadie. Aunque más no sea para ser generoso, Pueblo francés, aplícate a ser fuerte.

•

LA ACCIÓN

Se compone, se transige cuando por otro lado se tienen garantías.

Se maniobra en torno a un pivote firme y fuerte.

Pero cuando todo está por conquistar en un medio donde todo se desplaza, se transforma, se pierde con inaudita rapidez, un solo método es recomendable porque es el único fuerte, y consiste en ser uno mismo, con plenitud, integralmente. En organizarse poderosamente, en atraer a sí todos los recursos y todos los medios que se puede esperar con honradez; y así armado y dotado, marchar, correr con la mayor rapidez posible, derecho ante sí, con osadía, inflexiblemente: todo lo que no muere, todo lo que no entra en disolución está destinado por la misma ley de la naturaleza, a agregarse tarde o temprano a dicho núcleo cuyo crecimiento es regular y que progresa hacia un objetivo bien visto, con movimiento rectilíneo y acelerado.

CONOCIMIENTO Y UTILIZACIÓN DEL INTERÉS

En la inmensa mayoría de los seres el interés personal es el nervio de la acción privada. Nadie produciría ni se ingeniaría para variar los modos de la producción, con la mira de obtener el mayor rendimiento con el menor esfuerzo, si el aguijón del interés no lo obligara. Dicho interés puede ser egoísta, como puede ser colectivo. Puede ejercerse en nombre de un hombre solo, como puede obrar en nombre de una familia o de una asociación: siempre se ejerce en las mismas condiciones, por intermedio de un cerebro o de un corazón de hombre empeñado en la gestión de dicho interés, recompensado por el éxito y castigado por el fracaso; en pocas palabras: fuerte, profunda y personalmente responsable.

•

Con un Estado fuerte y Asociaciones poderosas podría realizarse el sueño de Mirabeau: *"En que el legislador se contentase con hablar al interés individual, proporcionarle los medios de ejercerse, y de dirigirlo invenciblemente hacia el interés general, para el mayor bien de todos los resortes políticos"*. En otros términos, según el voto de Augusto Comte, tal régimen podría *"apelar a los impulsos personales en ayuda de los afectos sociales"*, concediendo a los particulares tentados las libertades favorables al bien público.

•

"El interés general es la suma de los intereses particulares." Sostened lo contrario de esta tontería, y decid que el interés general se resta de los intereses particulares; y estaréis más cerca de la verdad.

Esta resta no se hace espontánea, sino autoritativamente. Los particulares la consienten cuando la operación está hecha, o se ven obligados a dejarla hacer. Un pequeñísimo número es capaz de percibir la utilidad de los sacrificios consentidos por los particulares al Estado; un número aun más pequeño ve los peligros de los sacrificios consentidos por el Estado a los particulares.

No creo por cierto que el interés dirija al mundo, y más bien creo que lo inmoviliza y lo pierde; pero es evidente que los átomos particulares y particularistas de que se componen las masas del mundo son fácilmente arrastrados en la dirección de sus intereses.

El desinterés obra poco al estado puro, salvo en algunos héroes. El interés puro guía a menudo muy mal. El verdadero arte del político consiste en saber discernir el punto en que pueden coincidir la pasión y el deber, el interés privado y el interés nacional.

•

EL DINERO

La riqueza es un bien, su concentración es una fuerza; pero esta fuerza se dispersa y se disuelve en manos del individuo que se deja engañar por ella, con el engaño de las cosas materiales y el engaño de la idea de provecho, si quiere transformarlo en supuestas satisfacciones personales, las que desde la primera a la última no pueden sino engañar.

Cualquiera sea el disfraz que emplee, el Dinero tiene demasiada pretensión, es demasiado vanidoso, demasiado ambicioso por el hecho de *tenerlo todo*, para que sea posible desconocerlo.

Peor aún que el de la multitud y del Mundo (el cual aunque inerte y absurdo puede tener cierta fibra humana) el *gobierno* del Dinero crea la sinrazón y el crimen.

El Dinero presta hermosos servicios, cuando está, como las *otras fuerzas humanas*, en su lugar de gran servidor. Más allá y más arriba, no puede sino destruir.

•

SOBERANÍA

No aceptamos ni implícita ni explícitamente el principio de la soberanía nacional, puesto que opusimos por el contrario a dicho principio el de la *soberanía de la salvación pública, o del bien público, o del bien general.*

•

No creemos en la soberanía del pueblo. Y no lo creemos porque no existe. Cuando se la proclama, quiere decir que no hay verdadero soberano y que las funciones soberanas serán en adelante ejercidas por cualquiera, por el recién llegado y sobre todo por nadie: y que los negocios públicos quedarán librados al azar de los azares o caerán en plena acefalía.

•

El gran honor de reconocer y de expiar está reservado al tipo de gobierno en que la soberanía se halla concentrada en el alma única y en la persona viviente de un hombre.

El miriápodo democrático tiene una vida demasiado difusa y un sentido demasiado obtuso para entrever siquiera el principio de las grandes obligaciones políticas. Ni las observa ni las viola, y para decir verdad no peca más que las bestias.

•

LA OPINIÓN

Donde la opinión gobierna, nadie gobierna, la espontaneidad gubernamental ya no tiene siquiera un centro, un órgano, ni un lugar: ateniense, polaco, francés, el Estado ya no puede sino flotar como tapón de corcho o rodar como bola de billar. Con todo si la independencia y la iniciativa caen de ese modo a cero, eso no anuncia de ninguna manera el fin del movimiento ni de las tribulaciones: ¡muy al contrario! La actividad que nosotros ya no tenemos, se nos la da; si no marchamos, se nos hace marchar.

•

No se trata de conocer la opinión de las nueve décimas partes de los franceses sobre las condiciones de la salvación pública, sino antes bien cuáles son las condiciones reales de dicha salvación. Aunque no se estuviera sino solo contra 38 millones, en conocer aquellas condiciones, se tendrá razón en proponerlas, sostenerlas y abogar por ellas, en trabajar para hacerlas prevalecer sobre la opinión de los demás, *por todos los medios que se presentaran.*

•

Cuando se toma por árbitro a la opinión corriente, se la empeña en la más terrible de las tareas.

Hoy ella quiere vivir, mañana querrá morir. No cambiaréis la naturaleza del hombre, pero habréis destruido las juiciosas precauciones que las sociedades civilizadas tomaron contra esas causas de muerte.

•

Escribo con toda tranquilidad que un príncipe que se crea la criatura de la opinión no podrá cumplir la parte más difícil de la función real, que es la de esclarecer y dirigir a la opinión en lugar de seguirla, vale decir contrariarla a veces cuando la salvación pública lo requiere. En las postrimerías del siglo XVIII, y vísperas de la Revolución, nada igualaba la impopularidad de Austria en los medios franceses que se creían "bien informados". Toda la historia subsiguiente muestra, sin embargo, que la monarquía con sus ministros, y su sistema del vuelco de las alianzas, tenían razón contra la opinión más poderosa y difundida.

Importa que el príncipe sepa y sienta que no depende de la opinión, que no fue creado por ella, y que no recibió de ella sus derechos.

LA GUERRA Y LA PAZ

Para quien ve las cosas y ya no las palabras, el azote de la guerra nace del juego natural de las fuerzas vitales. No es un estado excepcional ni un acceso raro y maravilloso, sino, por el contrario, el efecto casi constante y siempre temible de las pasiones tendidas y de los intereses desplegados. Basta dejar correr: las unas y los otros llegan a la lucha armada, así entre particulares como entre naciones; la paz que les pone fin nace de una labor profunda, enérgica y poderosa; y desde que la tarea se detiene, la paz se detiene también. No se comprende nada acerca de la paz si no se la concibe como la obra maestra del arte política en la vida social nacional o internacional.

Para lograr dicha obra maestra, es preciso que todos lo quieran. Para destruirla basta con uno solo. Nosotros mismos podemos ser el perturbador. Pero tal vez lo puede ser otro. Razonar como si bastara destruir en nosotros, o en algunos de entre nosotros, los instintos las voluntades, y las fuerzas de guerra, es precisamente descuidar lo que domina a todo lo demás.

Pues si en efecto, a nuestro lado, dichos instintos persisten en un solo grupo de naciones o en una sola nación nada se ha hecho por la paz: un solo "*perro rabioso en Europa*", acabará con la paz.

Nosotros no perturbaremos la paz si somos justos y juiciosos y si, fieles a la máxima de nuestros reyes *siempre queremos razón guardar.*

Pero si ni nuestra razón, ni nuestra justicia, ni nuestra sensatez bastaran a impedir que la paz fuese perturbada, seríamos menos razonables que los animales si omitiésemos advertir que la paz del justo y del juicioso

sucumbirá fatalmente el día en que ella tenga la desdicha de provocar las codicias exteriores sin mostrarse bastante fuerte para defenderse y rechazar al agresor o al usurpador.

El lenguaje unilateral de los moralistas puede luego parecer inadecuado a la solución de este problema político, a menos que reciba un estricto complemento, formulable de este modo: sí, en un sentido la paz depende enteramente de las virtudes morales de Uno solo, pero a condición de no olvidar que, si la sensatez y la justicia son virtudes, la prudencia es otra, y una cuarta virtud se llama fuerza.

•

Los discípulos de Marx tratan de una especie de bienes que todos los moralistas estiman preciosos, legítimos y agradables, pero determinados, contados y de tal naturaleza que disminuyen cuando se los consume y se los reparte. La comunidad de esos bienes no puede llevarse sino únicamente hasta cierto punto, pues siempre llega un momento en que hay que devolverlos al disfrute individual e incorporarlos a un egoísmo personal o colectivo, a un "vientre".[1] La guerra es casi inherente al reparto de semejantes bienes: por su naturaleza misma, ellos la vuelven siempre posible y amenazadora.

•

El gran productor, el productor desenfrenado de riquezas materiales, el trabajador que se enorgullece de crear y multiplicar aquella especie de bienes cuya esencia consiste en ser repartidos, crea en su torno o en sí poderes de destrucción que al desarrollarse obrarán a mano armada. Pues creará celos insanos. Se embriagará él mismo con sus propios ensueños, y para madu-

1 El dicho es de Jules Guesde.

V

LA DEMOCRACIA

NACIMIENTO DE LA DEMOCRACIA: EL LIBERALISMO

Los liberales clásicos y su posteridad anárquica y democrática, salida de 1789, sostienen que un hombre equivale a otro; y así justifican igualmente la supresión de los rangos sociales, de las corporaciones de oficios, la desaparición de toda variedad en los estatutos de las provincias, las ciudades y los hogares. Donde el antiguo régimen veía una combinación de seres diferentes por su valor, su papel, su función y que no se volvían semejantes sino en el cementerio, el régimen moderno soñó con una yuxtaposición de personas supuestamente iguales e idénticas. Al aplicar esta doctrina, los políticos la diluían para dulcificar su absurdo agregándole principios contrarios; pero al estado puro y franco, es aquello lo que dice, aquello lo que hace, y no otra cosa.

CONSECUENCIAS DEL LIBERALISMO

1º *EL ESPÍRITU REVOLUCIONAR*

Crear descontentos para obtener agitados y en segui disfrutar del desorden, es el ordinario procedimien del espíritu de revolución.

El espíritu revolucionario cree que la política e llamada a dar precio a los individuos; olvida que tarea no consiste sino en hacer prosperar las comu dades. De esta confusión salió todo su error. Don la sabiduría universal piensa en la dicha colectiva, el bien público, en la unidad colectiva, es decir, en Familia, en el Estado, en la Raza, en la Nación, revolucionario piensa en la dicha y en las satisfaccio privadas, con otras palabras, en la insurrección.

•

El desorden revolucionario, fundado en una filoso individualista, cuenta casi con tantos cómplices co mediocres, envidiosos, tontos y canallas puede hal en Francia.

•

La rutina consiste en seguir ciegamente lo que tu razón de ser y ya no la tiene. La propia tarea de revolución está en ponerlo todo patas arriba por quítame allá esas pajas. El efecto común de la ruti y de la revolución es patinar en el mismo lug la inercia.

•

La revolución verdadera, no es la revolución en la calle, sino el modo revolucionario de pensar.

•

Para combatir contra todas las tradiciones sociales, el espíritu revolucionario se había presentado ante todo como el lugarteniente de la ciencia, como su mandante, como su presunto heredero. Y el espíritu revolucionario enseñaba una ciencia contraria a las revoluciones, pero también contraria a los gobiernos.

Si hasta cierto punto la negación de lo metafísico y de lo revelado, de lo sobrenatural y de lo milagroso podía prevalerse de cierto progreso general en el conocimiento del mundo físico, éste nada aportaba ni podía aportar a aquella crítica de las autoridades y de las desigualdades en que se apoya esencialmente la democracia. La crítica democrática no es física, sino metafísica. No nació de la ciencia, sino de una religión, y de una religión falsa.

•

LA APELACIÓN AL EXTRANJERO

La Revolución procede en Francia de un esfuerzo del Extranjero y de sus secuaces, con miras a desplazar el indígena. Esta conquista pacífica no se podía realizar sin el concurso de los peores. Cuando una potencia extranjera se instala por la fuerza de las armas en un país determinado, ella convoca a los mejores, a los notables, a los príncipes, a los jefes, e imponiéndoles la delegación de su fuerza, los hace responsables de la percepción del impuesto y de la seguridad de sus propios agentes. Pero cuando en lugar de consolidar la ocupación, se trata de abrir el camino al ejército de invasión, es a la hez del pueblo a quien se dirige el Extranjero. Soborna a los demagogos para que ellos subleven al vagabundo sin ley ni rey contra la parte poseedora y laboriosa del país. Se esfuerza por obtener que los

menos interesados en el orden público se beneficien con el máximo de poder público. Hace la Revolución y se aplica a disfrazar de Gobierno dicha Revolución: demasiado feliz cuando puede, como lo pudo en Francia, para lograr medidas constitucionales y legislativas cuyos efectos particulares repetidos a cada día, dando ventajas al criminal contra el hombre de bien, al bohemio contra el ciudadano, establecen por fin la denominación casi regular de los más insignes bandidos. Tal gobierno, no contento con debilitar todas las defensas exteriores, las entrega: crea un estado de espíritu de impaciencia y de traición; estupefacto con su propia impotencia, ahito de vejaciones y de persecuciones, el pueblo en su mayoría va a buscar el gendarme donde está, es decir en el exterior. El Extranjero presenta entonces un rostro de libertad y llega a pacificar los desórdenes que ha pagado. Lo que no se vio únicamente como lo creen nuestros ingenuos historiadores revolucionarios, en los años de 1791 y 1792. Todas las repúblicas italianas recurrieron, aproximadamente del mismo modo, a ese mismo gendarme que se llamaba ora el César de Alemania, ora el podestá de algún castillo cercano.

¡Y aquellas ciudades griegas del tiempo de Polibio! ¡Y algunos conservadores franceses del tiempo de Hitler!

•

2º *LA ANARQUÍA*

El anarquismo es la fórmula lógica de la democracia. Pero es imposible detenerse en un anarquismo ideal. Es un principio que enérgicamente reclama su realización integral. El espíritu de un anarquista, si es recto, bien dotado y consecuente consigo mismo, llega con facilidad a concebir y desear el estado de naturaleza. Supongo que entonces se trata para él y para su doctrina de un momento bastante peligroso.

•

LA VANIDAD DE LA ANARQUÍA

La anarquía pretende sencillamente destruir, para abolirlos definitivamente, los lazos que según ella, esclavizan y deshonran a la humanidad: ahora bien, si la vemos contribuir de buen grado a las destrucciones que medita, la vemos rehacer en su propio seno, en su pequeña ciudad de anarquía, todo lo que ha destruido en el exterior.

Gran contradicción que quita a su programa anarquista su explicación racional y su justificación moral, pues no se tiene el derecho de destruir lo que se está obligado a reconstruir de ese modo sin demora. Pero eso no es todo: el sistema social así remendado tiene numerosas probabilidades de resultar inferior al que supuestamente debería reemplazar.

Admitiendo, para simplificarlo todo, que los materiales recogidos en un día de improvisación valgan lo que los que había reunido la prueba de los tiempos, y suponiendo que una generación (la de hoy) pueda valer por sí sola, lo que la innumerable serie de las precedentes, el nuevo edificio social no corresponderá sino a necesidades efímeras y parciales; representará el fruto de una corta experiencia, sugerida por un pequeño número de necesidades muy limitadas. Necesitará reparaciones constantes, perpetuas complementaciones. Apenas se podrá disfrutarlo. Será incesante la necesidad de colmar en él lagunas y precipicios. Una *policía* rudimentaria, una *justicia*, un *ejército*, una *marina*, una *diplomacia* rudimentarios, he ahí lo que nos ofrece para suceder a la diplomacia, la marina, el ejército, la justicia y la policía que había compuesto con tiempo disponible la industria de treinta siglos de esfuerzo histórico, esclarecida por millones de hechos concretos.

* *

Destruir la Sociedad para reedificarla en tales condiciones, es proponernos hacer añicos un transatlántico para sacarle una armadía. No conozco nada más sal-

vaje. ¿Cómo puede ocurrir que anarquistas sinceros cultos no lo hayan jamás advertido?

No abrigo el sueño infantil de adoctrinar a los hon bres que abrazaron la Revolución como una carrer Pero están aquellos cuyo destino no se ha fijado y e quienes levanta su voz la razón. Además, están l jóvenes. Toda la juventud francesa debería oírse dec y repetir, mañana y tarde, que el anarquismo (y s sucedáneo, el liberalismo) es por esencia un engañ bobos. No lleva a ninguna idea clara. No compor satisfacción, ni de espíritu, ni de hecho, fuera d oficio del político.

* *

Se podrá destruir una sociedad, pero no se destrui la sociedad. La necesidad social revela e impone er píricamente su poder a aquellos mismos que la nieg en teoría y cuya teoría no puede siquiera prometern una desgravación de las cargas sociales. El yugo soci que ellos conciben no será menos pesado que el de q sufren; pero, apoyado en instituciones menos útiles, se menos útil, menos caritativo y menos poderoso. Su aut ridad podrá ser de calidad menos fina y menos firm pero será tanto más imperiosa, embarazosa, exigente inclinada a entrometerse en los menores detalles.

Tal fue *de hecho* el resultado de nuestra Revolució Ella destruyó la autoridad monárquica, para establ cer una autoridad administrativa mucho más vejatori Deshizo la colaboración jerárquica de los "órdenes" pa establecer "clases" cada vez menos comunicantes, q están en guerra declarada. De un tipo social muy pe feccionado, el liberalismo de 1789 nos hizo descend a un tipo elemental: ¿nos hará el anarquismo baj todavía más abajo?

REINADO DE LA DEMOCRACIA

¿Qué es el democratismo? El hombre práctico preguntará por quiénes es profesada en Francia aquella doctrina abstracta y, puesto que reina, cuáles son los hombres a quienes debe su reinado. El examen más sencillo de la situación permite responder que no son hombres.

De ser hombres, no habrían tenido los medios de ejecutar, de hacer durar ese prodigio. Pensad en que el mayor, el más antiguo, el más venerable poder espiritual por una parte, y por otra que los hombres de espada, los que llevan el fusil al hombro, los que apuntan el cañón están jaqueados y perseguidos por un simple sistema de instituciones y de ideas: ¡por la democracia!

De ser hombres, habrían cedido, se habrían dividido y devorado entre sí, al administrar aquella institución y aquel sistema. Hay, pues, que pensar otra cosa, en una organización, en organizaciones —específico que se trata de *organizaciones históricos*, de familias físicas o psicológicas—, en estados de ánimo, de sentimiento, de voluntades heredadas de padre a hijo desde hace siglos —en compañías tradicionales—, en dinastías.

Dinastías judías y metecas.

Dinastías extranjeras, por ejemplo, las que fomentaron la Revolución francesa.

De tal mecanismo histórico tuvo intuición aquel soldado de la otra gran gruerra a quien el señor Poincaré preguntaba qué haría con los alemanes vencidos:

—Colgaremos a su Emperador, y los jo... robaremos con la República.

* *

Los defensores de la democracia, aquellos que no carecen totalmente de sensatez ni de inteligencia, son místicos puros: su opinión no se mantiene sino gracias a rara mezcla de ensueños e impulsos verdaderamente subjetivos. Ni la historia de los hombres, ni el estudio de su naturaleza permiten adherir al democratismo, como a un principio superior.

Francia fue puesta por la Revolución en un estado material vecino del individualismo democrático. Todas las organizaciones nacionales fueron quebradas, el individuo sin lazos quedó reducido a polvo. Organizaciones extranjeras, desde entonces, no cesaron de crecer y de arraigarse en la sociedad francesa; pues su disciplina interior se mantenía y afianzaba a favor de nuestro desmigajamiento. La doctrina democrática que hace del Estado una providencia, del ciudadano el administrado y el pensionado es su más poderoso instrumento de propaganda y de conquista.

Impedir a los franceses organizarse y calificarse fuera del Estado y de la Administración, que aquéllas han tomado como instrumento, tal es pues el programa natural necesario de dichas organizaciones, por poco que deseen continuar su dominación entre nosotros.

LA DEMOCRACIA NO SE PUEDE ORGANIZAR

1º Los teorizadores políticos llaman democracia a todo gobierno *(crateo)* confiado a la mayoría *(demos)*, sea derivado de las voluntades individuales, o de las voluntades individuales puestas en adición. La democracia ideal sería aquella cuyos actos legislativos o administrativos expresaran leal pero exclusivamente la suma de aquellas voluntades, las que para ser sumadas deben concebirse como iguales entre sí, cualesquiera sean sus diferencias de valor. Esencialmente la democracia se funda en el sistema del valor político igual de los individuos.

2º Los biólogos admiten por otra parte que en un cuerpo viviente, un órgano es un elemento diferenciado, vale decir creado o vuelto distinto de los otros elementos, debido a las disposiciones particulares recibidas. El hígado y el cerebro, el corazón y el estómago pertenecen al mismo cuerpo, están hechos de los mismos elementos fundamentales, pero tienen cualidades, poderes diferentes; son órganos.

Hay vivientes casi inorganizados; son los animales llamados inferiores, cuyos elementos enteramente celulares, idénticos los unos a los otros por naturaleza y posición, sometidos al mismo régimen, cumplen también el mismo trabajo; la decisión del todo no es allí sino el total de la decisión de las partes Pero en cuanto esos inferiores se organizan, como se lo observa en las colonias animales, el régimen de igualdad se modifica de tal modo que desaparece. Cada elemento o cada grupo de elementos se aplica a determinada función particular, más o menos útil, agradable, noble y activa, y tales funciones y elementos se subordinan ellos mismos los unos a los otros: a consecuencia de esta división del trabajo y también del orden que de ello se sigue, cada función

se realiza con mayor rapidez y mejor. Luego hay progreso, pero a la vez comienzo de desigualdad.

A medida que se sube en la escala animal, tales desigualdades vuélvense más numerosas, más profundas y si se quiere, más chocante. Están en razón directa de la perfección orgánica. Si la igualdad es la fórmula de la justicia, los vertebrados superiores son monumentos puros de *injusticia inmanente,* puesto que elementos de la misma composición originaria en ellos cumplen funciones tan cruelmente desiguales como, por ejemplo, lo son la función sensitiva y la de la digestión. Habiendo los elementos, adquirido *cualidades* muy diferentes, el poder director del conjunto recae no en el mayor *número* de dichos elementos, sino en aquellos que se hallan mejor *calificados* para ver y para prever: en los órganos de la sensibilidad y del movimiento.

—Vosotros, los que habláis de dar o devolver órganos a nuestro pueblo, he ahí lo que es un órgano. No habléis más de órgano, dejad de tomar a préstamo en sociología metáforas de la biología o convenid en que un órgano es un elemento de diferenciación, vale decir de desigualación; pues la organización desarrolla la calidad y disminuye la importancia propia del número. ¿Aceptáis esta verdad? En tal caso, no nos habléis más de organizar una democracia, es decir, de atemperar un gobierno de igualdad por medio de la desigualdad, o usad la palabra que corresponde, y poneos de acuerdo con nosotros en que *organizar una democracia, equivale a destruirla.*

•

EN PODER DEL DINERO

El progreso, tal como lo concibe la democracia, tiende a asegurar al individuo recursos viajeros, pero haciéndolo tributario de organizaciones capitalistas, exteriores y superiores a él y de las cuales el Estado es, ora el gerente, ora el presidente, ora el amo absoluto.

El ideal del progreso democrático hace del pobre

ciudadano no propiamente un rentista del Estado, sino un siervo y un pupilo del Estado.

•

En un Estado degenerado en democracia, sus atribuciones naturales (políticas, diplomáticas, militares) tienden a desaparecer; pero se crea otras de repuesto. Ante todo, hospitalero y maestro de escuela, proveedor de las bellas artes, vendedor de fósforos y de cigarrillos, tiende a convertirse en copero y panadero universal. Toma pues el pan y el vino donde esté, en el sótano del rico, después de los menos ricos, después de los más humildes propietarios y cuando la riqueza se ha disipado, administra la escasez y preside la hambruna.

•

De cualquier modo que se proceda, es seguro que el dinero es el que *hace* el poder en democracia. Lo elige, lo crea y lo engendra. Es el árbitro del poder democrático porque sin él, dicho poder vuelve a la nada o al caos. Sin dinero, no hay diarios. Sin dinero, no hay electores. Sin dinero, no hay opinión que se exprese. El dinero es el genitor y el padre de todo poder democrático, de todo poder elegido, de todo poder mantenido en dependencia de la opinión. Lo que explica el furor de las discusiones parlamentarias cuando recaen sobre el punto de incidencia del dinero y del elector, del dinero y de la opinión, del dinero y del gobierno.

Cada partido trata de deshonrar al otro. Pero todos quedan deshonrados en la medida que son democráticos y que reconocen al poder el derecho de nacer como nacen. La multitud nada sabe de esto, que forma parte de la farsa. ¿Se trata de informarlo?; es otro capítulo de la misma irrisión. Como quiera que se acomode y por más protestas que formule, el pobre pueblo es gobernado por el oro o el papel, por quienes lo detentan y por quienes lo venden, únicos que le fabrican sus maestros de escuela y sus jefes.

El amor del dinero es común a los regímenes, a lo pueblos y a los hombres. Hay variaciones en el grad de esta avidez y de esta avaricia, pero la historia universal no muestra en ninguna parte un gobierno que estuviese libre del amor del dinero o que pudiese hallars absolutamente emancipado de su influencia. Sólo qu hay regímenes que *existen* independientes de él. Ha otros a los cuales da el nacimiento directamente y qu sin él no existirían. El Regente podía ser, por ejempl un político ávido y codicioso. No era la criatura de dinero. Su autoridad emanaba de otra fuente que l finanza. La finanza no era generadora de su poder, lo vergonzosos lazos que lo ligaban con sucios financista eran abominables accidentes personales que desaparecie ron con su persona. Moralmente, no tenía la excusa qu los del negociado del Panamá, mas en sus venas corrí una sangre real que nada debía al oro. *Pero lo que agr vaba su crimen daba también esperanzas al "derecho electivo.*

Corrompido, corruptor, eran los vicios del princip Pero no fluían del principio. Muerto él, bastaba que u príncipe honesto y moderado le sucediese para que l integridad volviese por sus fueros. Mientras que en de mocracia el elegido puede ser virtuoso; no por ello e menos el producto y el productor, el efecto y la caus de la plutocracia soberana. Ella lo hace nombrar, luego él la sostiene; ella regenera su autoridad haciend renovar su mandado, y él la defiende lo mejor que pued contra la justicia y contra la nación.

No hay ejemplo de que haya jamás salido de ese te rrible círculo sino sustituyendo las autoridades *nacid* a las autoridades *elegidas* y el derecho *hereditario* derecho *electivo.*

El derecho hereditario, en virtud de las debilidad inherentes al corazón humano, puede llegar una vez, do veces, diez veces a escándalos de dinero. El derecho p pular, por la propia energía de su movimiento natur llega a ellos *necesariamente,* y *siempre* y *cada vez más.*

LA ELECCIÓN: MEDIO DE GOBIERNO DEMOCRÁTICO

El mal no es el hecho de una elección, sino el sistema electivo extendido a todo, la democracia. "La democracia es el mal, la democracia es la muerte."

•

DEL SUFRAGIO UNIVERSAL

Siempre que mostramos cuánto mal político, económico, intelectual y moral ha hecho, hace y hará a Francia el régimen electivo, no faltan badulaques que respondan: —¿de modo que usted no quiere más electores ni elegidos?—. ¿Entonces usted no quiere que la nación pueda hacerse oír? ¿Usted quiere que sus negocios le caigan resueltos desde arriba sin que ella tenga el derecho de decir una palabra sobre sus derechos?

Los más tontos agregan: ya lo vemos venir, usted la tiene con el sufragio universal.

Tan poco la tenemos con el sufragio universal que nosotros querríamos extenderlo. Querríamos que los niños de teta, que no pueden votar, estuviesen representados en el sufragio de sus padres. Querríamos ver votar a las mujeres, por lo menos a aquellas que representan una existencia no empeñada en los lazos del matrimonio, un interés no confundido con los complejos intereses del hogar. El sufragio universal no nos "atemoriza" de ninguna manera. Nos asustan las cosas a que se lo aplica. Pero en relación con ellas, en relación con el gobierno y la soberanía, el sufragio censitario es tan absurdo, tan incompetente como el sufragio univer-

sal. En la antigua Alemania, la que era una República de Príncipes, la elección del soberano pertenecía a siete electores: esta elección del superior por un puñado de inferiores no causó más daño a la antigua Alemania que los que la misma elección le causa a la Francia moderna cuando es cumplida por millones de electores. El mal no proviene del número de los votantes, sino del objeto sobre el cual votan. Si se les da a decidir las tendencias del gobierno, si se les da a elegir el jefe, se puede apostar diez mil contra uno a que elegirán al hombre cuya nariz les plazca y que no tendrá más cerebro que una calabaza; se puede apostar diez mil contra uno a que exigirán del gobierno la política de su interés particular, sacrificando el interés geenral, la política del menor esfuerzo y del menor trabajo sin preocuparse del alejado presente, ni del próximo futuro. Los príncipes electores de Alemania obraban en ello exactamente como los ciudadanos soberanos de la república francesa. Lo último en que pensarán el uno y el otro será por cierto el interés público.

En la medida en que se emancipa del Estado, la elección no es una cosa en sí, de la que se ocupen profesionalmente los electores, abstracción hecha de todo lo demás. La elección es a la opinión lo que la sombra al cuerpo, lo que el reflejo a la imagen. El espíritu electoral olvida la acción y la propaganda de las ideas para correr tras el único espejismo del voto. Todo se deshace y se pierde en la noche de una derrota electoral, cuando el trabajo de varias temporadas ha tendido únicamente a ganar bancas.

He aquí por qué el soberano interés público; he aquí por qué el jefe gobernante, responsable del interés público, no debe quedar librado a la fortuna de la elección, esté ella regulada por docenas o por millones de hombres. Tal abandono general es absurdo en sí; parece más absurdo si se toman en cuenta las perturbaciones que elecciones de tal importancia, de tal peso y de tal gravedad causan a la nación.

La democracia consiste en dar la dirección general y superior, el gobierno y la soberanía que se expresa, por

la vía del sufragio. No es la universalidad del sufragio lo que se debe deplorar. Es su punto de aplicación y su competencia falseada. Es el hecho de que el sufragio sea consultado por la democracia sobre aquello que más ignora, sobre aquello que es más incapaz de dirigir, y en lo que funciona con más actividad.

•

EL SUFRAGIO UNIVERSAL ES CONSERVADOR

Jamás pensamos suprimir el sufragio universal. Se puede decir que el sufragio universal debe elegir una *representación* y no un *gobierno*, sin querer suprimir dicho sufragio, y queriendo todo lo contrario.

Pues dicho sufragio, entre muchas virtudes y muchos vicios, posee una propiedad fundamental, inherente a su mismo ser: *el sufragio universal es conservador.*

Los teorizadores plebiscitarios no se equivocan al comparar el sufragio universal con la "masa" de los físicos. Es casi tan "inerte" como ella. Su error está en aplicar mal esa verdad, y en considerar un sufragio inerte, sea como medio de crear el soberano, sea como un resorte de oposición y revolución. Su error sobre el primer punto es evidente. Sobre el segundo, basta pensar que se necesita un gran prestigio, una popularidad muy poderosa para emocionar y conmover a un pesado amasijo de voluntades que no concuerdan sino en la idea de un profundo reposo. La apelación al pueblo puede ser una útil y poderosa palanca en los períodos de perturbación, cuando el gobierno vacila y se inclina de sí mismo a la muerte. De poca cosa vale en los otros casos. Nada vale contra un partido bien constituido, fuerte, unido, resuelto a explotar a la nación hasta el tuétano.

Fuera de las horas críticas, y en tanto cuanto parezca subsistir un orden material cualquiera, el sufragio universal conserva todo lo que existe, todo lo que tienda a existir. Es conservador de lo que dispone del poder, de

lo que parece beneficiar del éxito: radical, si el gobierno tiende al radicalismo; socialista, si el socialismo parece dominar al gobierno.

La multitud asiente, sigue, aprueba, lo que se hace arriba y por encima de su cabeza. Se necesitan inauditos descontentos para quebrar su murmullo de aprobación. La multitud se asemeja a la masa; es inerte como ella. Sus violencias de los días de motín son asimismo fenómenos de inercia; ella sigue la línea del menor esfuerzo: es menos difícil seguir las inclinaciones vergonzosas o feroces, que resistirles por reflexión y voluntad. La facultad de reaccionar, muy desigualmente repartida, no llega a su plenitud sino en un pequeño número de seres escogidos, únicos capaces de concebir y llevar a cabo otra cosa, que lo que es.

El número dice *amén*, el sufragio universal es conservador.

EL ESTADO DEMOCRÁTICO: LA REPÚBLICA FRANCESA

LA MÁQUINA DE HACER MAL

En república, no vivimos en el dominio de las razones deliberadas y reflexivas, sino en el orden de las causas brutas.

Flujo o reflujo de opinión, rutina de las oficinas públicas, agitaciones y desfiles oficiales, codicias coloniales, operaciones de grupos parlamentarios y financieros, tales impulsos discontinuos no constituyen una política.

Un elector conservador y patriota debería establecer el balance de lo que le cuesta semejante *máquina de hacer mal.* Sacrificios de dinero. Considerables en tiempo de elecciones. Sacrificios de ideas, de juicio, de convicción, a veces de honor: se toma un trabajo loco por alguien que no representa su pensamiento, ni siquiera un pensamiento que le sea tolerable en el orden religioso, social, económico, nacional. En último análisis, ese alguien es derrotado, sin otro beneficio que haber dispersado, desmoralizado y desalentado a un número siempre creciente de buenos franceses.

Habría que reflexionar en que si tal es la regla del juego (que lo es), no hay nada más inmoral ni más disolvente que dar a este error el nombre de ley y a este pecado el nombre de regla.

Bajo el nombre de la igualdad, lo que ella hace no es orden, sino anarquía inconfesada, encubierta y se puede preguntar si una anarquía lisa y llana no sería menos peligrosa que la práctica inveterada de esta regla y de esta ley.

La democracia venera oscuramente a la anarquía, como su expresión franca, osada y pura.

Cuando la desdicha de los tiempos la obliga a combatir, sufre directamente su fascinación, y siempre caerá de ese lado desde que una causa exterior cese de atemorizarla.

La república, en el espíritu de su fundación y de su lógica, no debe admitir ni ejército, ni familia, ni clases, ni ahorro, ni propiedad, ni orden, ni patria, nada en fin que sea nacional o social. Su punto de partida revolucionario induce a dejar complacientemente que se realice el programa revolucionario, si no a realizarlo ella misma.

•

EL GOBIERNO DE LAS COSAS

¿Quién no comprende, quién no ve la razón profunda de la extrema precariedad del bien, bajo el régimen republicano? Nada lo detiene, nada lo fija. Ninguna institución está encargada de capitalizar las lecciones de la experiencia. Ninguna magistratura estable, y que dure por sí misma es capaz de resistir a los ciegos remolinos de una opinión engañada.

La debilidad de sus hombres tiene poquísima importancia en comparación con la nocividad del régimen. ¿De qué hay queja? De que importantes intereses queden largo tiempo sin ser tomados en cuenta, para después recibir solución por improvisaciones más que peligrosas. El escándalo es doble. Pero sale de una fuente única: de la irresponsabilidad *en el tiempo.* A cada minuto de ese tiempo, se puede hallar un ministro para erguir el torso, cubrir a los subordinados y reivindicar la paternidad de este o el otro acto. Pero a los tres meses o a las tres semanas de distancia, el ministro ha cambiado, en su persona, o por su grupo o su partido, y es imposible volver a encontrar en el poder al autor de tales demoras, de tales negligencias, de tales postergaciones para el día

siguiente; y si por milagro se lo vuelve a encontrar, responde con frialdad que habiendo dicho *sí,* y después *no,* no hizo más que obedecer a necesidades objetivas. Las que son variables y lo hicieron variar. Ellas solas son las que cuentan. Ellas las que gobiernan. ¿Aflojan ellas su presión sobre las facciones y las asambleas?; todo se afloja y no se hace nada. ¿Ellas aprietan?; se sufre la presión y se improvisa lo que habría debido madurarse con seriedad y meditarse profundamente. En suma, el hombre abdica ostensiblemente y se entrega al gobierno de las cosas mudas. ¡Imaginemos una carreta cualquiera así abandonada a la ley de las fuerzas ciegas! Es la que se aplica al carro del Estado.

•

LA REPÚBLICA ES UNA OLIGARQUÍA

Tal es la "consecuencia" para el gobierno de la nación, en lo que respecta a los asuntos generales del Estado propiamente dichos, donde su incompetencia y su incapacidad son notorias.

Pero hay asuntos que le son propios y en que la república muestra cierta continuidad y hasta cierta destreza: su política religiosa (una política sectaria), los elementos constantes de su política de partido, el arte de servir y remunerar al elector. Ahí se diseñan realidades nuevas que importa mucho ver bien.

No hay en la república freno para la república, aunque haya en la monarquía frenos para la voluntad del monarca. Quien dice reyecía, dice Consejos Reales, Estamentos del pueblo. Quien dice democracia dice gobierno doble: el aparente, del número, y el real, de las oligarquías y del oro.

Observemos la composición promedio de los grupos que, en torno al Poder, ejercen influencia y, a las veces, mueven la autoridad. Como todos los gobiernos del mundo, desde que se hallan más o menos instalados, la república es en su conjunto un gobierno de familia. Algunos

millares de familias ocupan en ella, por medio de las asambleas y las administraciones, lo que se llama las avenidas del poder. Forman lo que se puede también designar como el eje de dicho poder. Muchos cambios se hacen y deshacen en torno a este eje. Pero él mismo sigue en conjunto sin cambiar.

La herencia republicana no es una vana palabra. Ni la de nobleza republicana. Aunque socialista, Enrique Salengro pide suceder a Rogelio Salengro.

La supuesta igualdad democrática hace el simple papel de una atractiva y perturbadora mentira.

La defensa republicana consiste en mantener su formulario tradicional. Lo que hace para conservar la mantequera del poder: democratismo doctrinario y pasional con miras a una oligarquía real.

EL PARLAMENTARISMO

LA INESTABILIDAD OBLIGATORIA

El diputado recibe de sus electores un mandato de empresario de crisis ministeriales. Es por la crisis y por la amenaza de crisis como los representantes del pueblo obtienen del poder ejecutivo aquellos favores y complacencias que tienen la secreta misión de arrancarle. Es preciso que cada diputado sea ministro o amigo de los ministros. En un Parlamento con más de ochocientos miembros, tal situación exige una rotación en el personal ministerial. Es preciso que los gabinetes se sucedan con cierta frecuencia.

En tales condiciones, el contralor ejercido por ministros tan efímeros no puede ser serio. Lo propio de un ministro consiste en ignorar a su administración. Trabaja en mantenerse, y para lograrlo maniobra en el terreno parlamentario. La Cámara, el Senado, su despacho de audiencias para el día en que recibe a senadores o diputados, he ahí el país que conoce. A veces descuella en la tarea... Para lo demás, eso marcha a la buena de Dios, y fatalmente del peor modo.

Existe en Francia como en todas partes, una masa de hombres ocupada en ganar el pan o procurarse placeres cotidianos, y que jamás estará atenta a su interés más general y profundo.

Es con ella que el régimen republicano es cruel: pues tal régimen la supone capaz de proveer espontáneamente a su propia salvación; y como eso no es cierto, dicho régimen, tan activo cuando se defiende, hállase sin recursos para la defensa del país que se queda al descubierto y desmantelado. ¡Quienes deberían asumir la aparente

misión de prever y preparar, son apremiados por otrc intereses!

•

AUSENCIA DE ESPÍRITU NACIONA

Lógicamente la república es una negación: exclusió de un jefe hereditario, oposición a su retorno. En rei lidad es un espíritu, que puede ocasionalmente esta de acuerdo con el interés nacional, pero que no pued *ser* dicho interés, que debe consistir en algo distint siendo un espíritu de lucha interna, de división interio espíritu de partido o de coalición de partidos. La exp riencia muestra que dicho partido cuando gobierna Francia está por lo común dominado por otras mira que las del interés nacional, religiosas, sociales, amé de su política exterior: cuando no gobierna es much peor, se arroja sin contemplaciones contra todas la realidades nacionales, destruyendo nuestra marina e provecho de Inglaterra bajo Luis XVI, declarando l guerra al mundo por el placer de derrocar al mism monarca; después luchando sin tregua durante lo treinta y tres años de la Restauración y del gobiern de Julio contra toda la política de paz, favorable a l expansión alemana, al progreso prusiano, aplaudiend más adelante los retrocesos de los aliados naturales d Francia, la batalla de Sadowa en 1866, las caídas d Carlos de Ausburgo en 1918, 1920, 1921.

No creo que se pueda discutir esta tendencia del e píritu republicano. Está confirmada por todos sus acto atestiguada por los volúmenes de sus escritores en vers y en prosa. Puede sacrificarse por la patria, como pued preferirse a ella: naturalmente, *es algo distinto de nue tra patria.* Es la adhesión a una especie de confesió religiosa cuyos intereses temporales *no son* nuestr intereses nacionales. Estando el espíritu republican así tentado por la defensa o la expansión de su propi causa, corre sin cesar el riesgo de elegir mal: ¡el asalt

es tan poderoso, la resistencia tan mediocre! Cierto, la mayoría de los republicanos son franceses como nosotros, pero si el patriotismo habita en su corazón, su espíritu político está hecho de concepciones *apatrióticas* y que pueden tender a volverse antipatrióticas. ¡No equivocarse sobre esta palabra! *Patriota* empezó por significar ciudadano del mundo, y conservó esta acepción mientras guardó una atribución estrictamente republicana. Cuando el uso lo puso de acuerdo con su etimología, hízose más o menos sospechosa. Estando la política republicana entera, más o menos inspirada en métodos confesionales aplicados a Europa, aplicados al trabajo, a la vida social, destruye la nación, en lugar de conservarla según la función de la política.

El reinado de la Cámara, y de modo general, el gobierno parlamentario en Francia evoluciona, pues, cada vez más hacia el tipo del Beneficiario sin obligación ni sanción. Se es candidato y elegido para aprovechar y hacer aprovechar a algunos grandes electores. Los verdaderos republicanos, los demócratas de estricta observancia, abandonan cada vez más la noción de la comunidad de los intereses nacionales. No conocen más que los suyos propios, y descuellan en mostrarlo todos los días de su vida.

Es la dominación de los intereses, pasiones, voluntades de un partido sobre el interés mayor del pueblo francés, sobre las condiciones de su existencia.

•

EL PARLAMENTARISMO PURO O EL REINADO DEL DINERO

Sabemos, no cabe duda, que el parlamentarismo jamás fue "el paladio de la libertad".

Únicos entre todos los pueblos, nosotros hemos tenido el parlamentarismo puro. Libre del arbitraje de la monarquía, puesto que estábamos en república. Libre de la dirección de la Iglesia, puesto que estábamos en

anticlericalismo. Libre del contralor de las grande corporaciones nacionales, puesto que la Revolució —la Revolución y sus agentes ejecutores: el Consulado el Imperio— lo había dispuesto todo no sólo para des truir dichas corporaciones, sino para impedirles recons tituirse de modo durable y viviente. El parlamentaris mo francés no podía siquiera encontrar ni soportar pre tiles o contrapesos comparables a los que existen funcionan aún en Suiza en la constitución cantonal, n siquiera a los vestigios de altas tradiciones de la coron inglesa que los Estados Unidos llaman Suprema Cort de Justicia y que *nuestros reformadores en el pape* cometen la niñería de creer trasplantables de un plu mazo con sus cualidades de imparcialidad e indepen dencia...

Hemos tenido el parlamentarismo puro. En otro términos, por aquel reinado de los parlamentarios, l dominación del Dinero.

La Prensa verifica día a día, anécdota por anécdota cómo del elector al elegido, del elegido al ministro, de ministro aún al elegido y al elector, todo se trata, s regula y se salda, más o menos, con sucias historias d dinero.

•

LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA Y PARLAMENTARIA "ES" LA CENTRALIZACIÓN

Parlamentaria o plebiscitaria, ninguna República po dría descentralizar. Pongamos todos los puntos sobre las íes. Yo no quiero decir que no haya república des centralizada. Sé de la existencia de Suiza y de los Estados Unidos. Digo que, del estado de centralización una república, sea parlamentaria o plebiscitaria, nc puede pesar al estado descentralizado. Y esto por una razón muy fácil de comprender: porque *los grandes poderes públicos son en ella electivos.* El gobierno cualquiera que sea, tiene, pues, interés para hacerse reelegir, de conservar en su mano —en el mayor núme-

ro posible— a los administradores de los servicios públicos; en otros términos, de centralizar. Cuanto más funcionarios tiene a su devoción, mayores probabilidades tiene aquel poder central electivo de mantener a sus electores, siendo los funcionarios el más precioso de los términos medios entre el elector y él.

Lejos, pues de *querer* descentralizar, un gobierno electivo debe querer lo contrario; el término natural de una república democrática es en efecto el socialismo de Estado democrático: la obra maestra de la centralización y el funcionarismo. El mecanismo de la centralización administrativa es tan eficaz, sus efectos son tan poderosos y continuos que tienden a regir no sólo los rodajes del orden político, sino los mejores elementos del cuerpo social.

•

CONSECUENCIAS DIRECTAS DE LA CENTRALIZACIÓN; I. EL INTERMEDIARIO

En un sistema gubernamental en que treinta y nueve millones de hombres, fichados y clasificados en innumerables carpetas, están sujetos a reglamentos generales uniformes y minuciosos para todo el detalle de su existencia individual, social y cívica, la discusión es continua, eterna e inextinguible sobre los modos de la aplicación: los casos dudosos son innumerables, y por grave que sea el peligro de favoritismo que presente el debate de dichos casos individuales, la aplicación automática de la reglamentación comportaría dificultades morales, y hasta materiales, e iniquidades más graves aún. Entre la ley centralizadora y los súbditos de dicha ley, hace falta un abogado permanente, poderoso con la administración. Mientras la centralización lo esclavice y lo oprima, el elector tendrá necesidad de un portavoz bien armado, situado en el centro de las cosas, y este elegido deberá estar hecho de su mano, amasado con su arcilla, empavesado con los colores de su aldea.

La burocracia nacional es un abuso atemperado por

aquel abuso del parlamentarismo. El diputado de campanario, indispensable para la buena gente, es una necesidad popular que da ingenuamente la medida del mal oscuro, pero muy hondo, hecho al Estado por el régimen centralizado, consustancial con el régimen republicano.

Quitad la centralización, haced resolver en el lugar, pero con verdad, y sin la oblicua intervención del partido gobernante, la mayoría de los asuntos administrativos, judiciales y fiscales que erizan la existencia del ciudadano rey, la cuota de amor al diputado tendrá probabilidades de desaparecer. No puede desaparecer en la democracia donde la centralización va creciendo, aun y sobre todo cuando se charla acerca de empresas descentralizadas de fachada.

El cabestro de las instituciones consulares no es desprendido por el diputado, pero la víctima, el ciudadano, el pueblo, halla en él un órgano que le sirve para respirar y suspirar: su murmullo de reclamaciones volverá a pasar por *su* diputado, aquel diputado que él conoce y frecuenta, el hombre de una circunscripción bien determinada, del que sabe hacer un representante real, un instrumento directo.

El verdadero mandato del diputado o senador, lo que le da valor y precio, se aplica a operaciones que no se llevan a cabo ni en la sala de sesiones ni siquiera en los pasillos de la cámara. El oficio verdadero, el servicio interesante del elegido del pueblo consiste en efectuar diligencias en provecho, iba a decir a favor, de su elector.

Favor sería impropio e injusto. No hay favor cuando hay necesidad: y aquí la necesidad no es dudosa. La tupida y tensa red de nuestro mecanismo administrativo necesita en verdad aquella mediación continua entre las oficinas ministeriales parisienses y el justiciable de la periferia.

El único caso determinado en que el ciudadano pueda obtener garantías personales contra el Estado es aquel en que se vuelve agente electoral y cliente regular de algún poder electivo.

*

II. LA BUROCRACIA: LA PROLIFERACIÓN DE LOS FUNCIONARIOS

En un país normal, así sea el mejor constituido del mundo, demasiados funcionarios exponen al Estado a sufrir muchas exigencias. Pero cuando dicho Estado reposa todo entero en la elección, está a su merced: les basta en efecto a los funcionarios entenderse para contenerlo, lo que por otra parte no adelanta nada ni sus asuntos ni los negocios públicos.

El Estado modelo comporta el menor número posible de funcionarios, funcionarios todos elegidos autoritativamente, bien elegidos, bien pagados y bien defendidos. Todos los monopolios, todas las funciones parásitas, todas las cargas que no son esenciales y propias del Estado, deben serle devueltas a la iniciativa privada. Los ex asalariados del Estado no deben tardar en advertir que se ganan mejor la vida, que ella les está mejor asegurada y es más independiente, en la mayoría de las ramas de las industrias y administraciones particulares.

•

El gran número de pequeños salarios es más costoso que el pequeño número de los grandes sueldos, y el gobierno del Número comporta la multiplicación de los pequeños funcionarios, desgracia tácita, pero segura, infligida a los más importantes: ¡la calidad y la importancia se sacrifican enteramente! Cuanto más importante es el servicio social, más celos se le tienen, más se lo difama, y se lo desprecia políticamente más.

Ejemplo: la muralla común de todo y de todos, el ejército queda reducido a los salarios de hambre, y como antes que el ejército sostenedor de la guerra existe un cuerpo seleccionado que tiene por misión defender la paz, éste, que es el cuerpo diplomático, también es de aquellos cuya remuneración está menos proporcionada con sus funciones.[2] Fatalidad democrática eviden-

2 Hay de tiempo en tiempo "ajustes" varios. Pronto se los deja atrás para atender a otros gastos.

te: ¿no hay que distraer los recursos de la salvación pública para el mantenimiento de monopolios onerosos y la subvención de la masa electoral y de los agentes electorales?

Eso no es todo. La democracia se traduce por la abolición natural de los servicios gratuitos, que se podrían solicitar de servidores de honor, devotos al Estado, a cambio de un poco de prestigio, de consideración y de dignidad. Cuando el Estado pierde su majestad, cuando su consideración está librada a todos los políticos arbitrarios, cuando su prestigio ya no es un nombre, ni siquiera una palabra de uso corriente en la conversación, nadie se apresurará a servirlo por nada. Por otra parte ni él mismo lo espera.

Esa especie de servicios comporta independencia y altivez: los celos, la envidia, el suspicaz espíritu de uniformidad y de igualdad que son el nervio de toda democracia, no toleran aquellas virtudes. Los que las tienen quedan, pues, excluídos, eliminados, de modo casi automático, de los servicios del Estado: la religión, la clase, el origen, las ideas políticas, ¡otros tantos pretextos sustanciales! No hay que tener repugnancia para salvar tales vallas. La gente bien educada que dispone de gran holgura, que estaría orgullosa de representar, sin remuneración o con sueldo irrisorio, un papel administrativo o judicial de primero o segundo orden, especie de hombres tan frecuente en otras épocas, no puede ser sino escasísima entre nosotros. ¡Ni siquiera se ofrecen ya! Los partidos avanzados les marcaron demasiado bien el caso que podía hacerse de ellos: el ritmo de la democracia necesita la periódica depuración de los empleos públicos por la misma razón que se agrava cídicamente el presupuesto de sus gastos.

•

III. EL ESTATISMO

Entre el estatismo social y el individualismo social no hay una contradicción por resolver, sino una consecuen-

cia que se debe señalar. Un lógico que parte de la soberanía del individuo y que quiere construir un Estado, puede morir antes de haber salido de su yo fundamental y trazado su sistema; pero si lo formula, si lo levanta sobre aquel fundamento individualista, no puede concebir ni realizar otra cosa que el despotismo del Estado. Teóricamente su Estado es el más absoluto de los soberanos absolutos, puesto que es la emanación de un total de soberanías individuales incoercibles de las que recibe toda su fuerza, toda su autoridad, toda su majestad. Siendo prácticamente el único producto de aquellas voluntades soberanas, no pudiendo admitir ningún grupo intermedio entre el individuo y él, dicho Estado tiene a merced de su ley a las personas y los bienes. *Cada uno se halla solo contra el Estado, que es el signo de todos.* Y todas las unidades pueden ser así trituradas cada una a su turno por la masa unida y coherente de las otras. Éstas tienen el derecho y el deber de formarse en un bloque, y aquélla no puede ante su coalición, ni de hecho ni de derecho, sino obedecer.

•

Cuando el Estado lo es todo, ya no es más nada: es una tesis que se sostiene y se demuestra. Pero la misma tesis establece que cada uno de los ciudadanos cae entonces por debajo de cero.

Cuando sería necesario que todos obraran para que alguno lo hiciera, cada uno cesa de obrar, por lo menos con iniciativa y progreso; y nuestra actividad social se convierte en la mecánica repetición, cada vez más lenta y hasta tendiente a la inercia, de las actividades singulares y personales que aún subsisten. La gestión financiera de la república debilita la producción de la riqueza: ataca de parálisis aquella débil producción, al mismo tiempo que duplica su consumo.

•

LÍMITES DE LA JUSTICIA EN LA REPÚBLICA

Nuestra justicia es importante en razón de un hecho inicial, que domina la cuestión: se quiso darle demasiado. Se quiso darle todo. Se quiso absorber en lo justo lo político, y referir a la universalidad del orden judicial lo que es del dominio estricto del Estado. Y es porque hay una razón de Estado que se debe constituir el Estado con tanta precaución; que se debe concentrar en él el máximo de la sensatez, de la conciencia, de la prudencia, de la personalidad y de la justicia. Únicamente un Estado muy personal, muy consciente de sus responsabilidades personales puede ejercer con utilidad las altas prerrogativas extrajudiciales, o si se quiere, hiperjudiciales que le corresponden. Según valga dicho Estado, valdrán sus aplicaciones de la razón de Estado. Si vuestro Estado está envilecido en los partidos, si es el esclavo de las Finanzas, o del Extranjero del interior, aquéllas serán muy miserables; en vez de servir y proteger la salvación nacional, su razón de Estado servirá "el interés superior de la República"; dicho de otro modo, los intereses sucesivos y cambiantes de las facciones.

El recurso a la "voluntad del príncipe" será tanto más vil cuanto menos franco, y menos directamente invocado. La pretensión de tratarlo todo regular y judicialmente tendrá por efecto falsear hasta la forma misma de la justicia y hacer recibir como expresión pura de la ley lo que será su disfraz. Se querrá suprimir toda intervención de lo "arbitrario" para evitar algunos abusos; pero en cambio se habrá ganado la hipocresía judicial con sus continuas intervenciones, sus violaciones crónicas, sus falsificaciones endémicas. Cuando la autoridad legítima no existe, su función, que es eterna y necesaria, está usurpada por el primer esclavo recién llegado. No existiendo ningún poder superior a la ley escrita, no encarnándose la ley en ninguna soberanía viviente y capaz de decir: "la Ley soy yo", veráse a

todos los magistrados llegar por necesidad política a trampear la ley, lo que le quita poco a poco toda autoridad. Una ley que se viola habitualmente pierde todo prestigio y todo valor.

Lo perderá tanto más cuanto más humillados y disminuidos queden sus aplicadores e intérpretes.

¿Quién escribirá en detalle la historia de la magistratura francesa desde la "depuración" de Martín Feuillée? ¡Quién contará los casos en que los iguales o superiores del procurador general Fabre, del asunto Rochette, pudieron lamentar éstas o aquéllas entre las "más grandes humillaciones de su vida"!

LOS PARTIDOS

NATURALEZA DE LOS PARTIDOS

¿Qué es el gobierno de la república? El gobierno de los partidos, o nada.

¿Qué es un partido? Una división, un reparto. Las "*palabras de la tribu*" ofrecen a menudo una contextura sagrada que contiene, conserva y salvaguarda su sentido. Aquí, él es límpido. No hay más que cerrar los ojos y escuchar su sonido. ¡Partido! Abramos de nuevo los ojos: ¿contradice el espectáculo la audición y el entendimiento?

Ningún resultado político se obtiene, en el funcionamiento normal del régimen, sino por aquella operación divisora y aquella lucha intestina. Así se llega a los honores. Es el juego de los partidos quien elige. Una vez elegido, se puede predicar el acuerdo, pero sobre todo después de haber contraído el compromiso formal de no volver a presentarse ante el elector.

¿De dónde proceden los partidos? O más bien ¿qué es lo que da a los partidos y a los clanes aquel incurable ardor cuya quemadura no suele sino renovarse y avivarse con el tiempo? Nuestros clanes naturales están destruidos, nuestros clanes históricos pasan por aniquilados. Pero las clases subsisten y nuestro Estado se halla constituído de modo a no poder sacarles sino más mal que bien.

Los revolucionarios siempre las explotan, esforzándose por legitimarlas con antagonismos económicos *inexistentes,* pues lejos de divergir, nuestros intereses más esenciales *de hecho,* convergen. El interés general, sin ser la suma de los intereses particulares los comprende, sin embargo, y los envuelve: el más alto, el más profundo

de los intereses de cada uno tiende en el plano real a la unidad del todo. El reparto y la división son plagas de las que cada uno tendrá que sufrir. Sin embargo, por bellos que sean los llamados a la conciliación, a la concesión, a la convergencia de acciones y propósitos, esta idea tan natural resulta muy fría en comparación con los calores artificiales y los furores ficticios a que su falsa doctrina eleva las pasiones divisoras.

El elemento generador de los partidos es pasional y casi siempre personal. Un hombre, un nombre sirven de bandera, y esta flota y palpita con mayor vivacidad cuando un pretexto le es proporcionado, sea por una ambición engañada, sea por una negación de justicia, sea por una venganza ejercida o soportada.

•

Francia está desgarrada porque quienes la gobiernan no son estadistas, sino hombres de partido. Honrados, únicamente piensan en el bien del partido; deshonestos, en llenarse los bolsillos. Unos y otros son los enemigos de Francia. Francia no es un partido.

•

En un país constituido como Francia, que no es un país enteramente representado por su aristocracia, ni por su burguesía, la república no duró sino porque ésta fue la propiedad de un partido, de un partido cerrado, organizado asaz celosamente para responder a todos los asaltos.

Las ideas de los partidos, las ideas divisoras tienen en república agentes apasionados; pero la idea unitaria, la idea de la patria no tiene allí ni servidor devoto ni guardián armado.

•

No se hace la guerra sin provisiones ni municiones. En su guerra es preciso que los partidos vivan y combatan con todos los objetos que les caen bajo la mano.

El entendimiento con el Extranjero es el ingredient[e] esencial y clásico del régimen de los partidos. Posibl[e] y contingente bajo cualquier otro gobierno, es necesario en república. Hay que cambiar el régimen, [o] resignarse a dicho mal.

•

Igualmente hay que cambiar el régimen o resignarse aproximadamente del mismo modo a cierta dosis de rutina en las grandes administraciones cuyo tipo son la Marina y la Guerra. En ellas no se triunfa sobre la rutina, debido al espíritu revolucionario que anima a los partidos.

El contralor revolucionario del Parlamento jamás hizo otra cosa que superponer a los antiguos abusos, abusos incomparablemente mayores. Todo lo que se pueda decir de las oficinas públicas, que son rutinarias y papeleras, si se quiere, pero competentes y experimentadas, jamás se pondrá en el otro platillo de la balanza con las insanias de una comisión parlamentaria o delegado del parlamento, a menudo ignaro o turbulento, entremetido por definición.

•

No se ha dicho, ni escrito, ni pensado en ninguna parte, en la esencia del régimen republicano, que las cuestiones militares, ligadas a la vida de la patria, sean superiores a la República, como superiores a la querella de los partidos. Los más patriotas entre nuestros republicanos esquivan aquella cuestión sobre la prioridad entre la patria y los partidos —entre la Francia o la República—, diciendo que son dos sinónimos y que el Estado republicano y el Estado francés no son sino una sola cosa.

Pero la naturaleza de las cosas se encarga ella sola de la distinción, y es entonces cuando a medida que se producen los acontecimientos, las reacciones estrictamente propias a cada uno, dan la medida de las personas, los caracteres y los espíritus.

•

Los partidos, incluso el partido comunista, son conocidos, reputados, y tenidos por sindicatos de intereses personales destinados a mantener un parasitismo de Estado.

•

EL VIEJO PARTIDO REPUBLICANO

El viejo partido republicano hizo la república y se jacta de ello: la república le ha dado su situación actual y él aprovecha. El mecanismo de esta doble acción histórica no es difícil de advertir. Hacer la república era perseguir a los partidos de los regímenes anteriores, marcarlos, echarlos de los empleo públicos y darles en seguida sucesores interesados en el mantenimiento del estado de cosas. La primera revolución se formó una clientela vendiendo los bienes nacionales; la tercera república ha reclutado su mando "depurando" la administración nacional y repoblándola con sus criaturas.

Se ha formado así un vasto plexo de intereses mantenidos en suspenso por el temor de la desgracia y el deseo del ascenso. Todos esos intereses, hay que reconocerlo, están disciplinados a maravilla. Tienen completa confianza en sus jefes de fila, y éstos a su vez, no "largan" a sus clientes. Este tácito contrato bilateral pudo antes llamarse "unión republicana". Podrá cambiar de nombre y llamarse asimismo unión radical-socialista: creed que el personal, con diferencia de algunas cabezas, será el mismo; se reclutará en los mismos medios y se gobernará con la mira puesta en los mismos intereses de personas y clanes.

* *

Sí, los intereses de una raza, de una vasta familia. El interés solidarizado de cierto número de miles de hom-

bres. La logia masónica, el comité central eran sus dos hogares en cada cabeza de distrito; y estaban representados en las menores aldeas por un emisario de confianza, cartero rural, maestro de escuela o pequeño despachante de alcohol y tabaco; había entre ellos gente inteligente; y los había también infinitamente estúpidos. Pero ni la estupidez ni la inteligencia eran la característica de aquella curiosa brigada. ¡Ni siquiera los apetitos!, ni siquiera las codicias ni los odios. Muchos de ellos eran ricos. Los había hasta honestos. Sin embargo, las figuras de aquellas repúblicas originarias, de aquellos republicanos que fundaron la República, tontas o finas, corrompidas o íntegras, espartanas o atenienses, tienen todas un mismo rasgo: el don de hablar, de integrar, de arrastrar al pueblo. Todos nacieron demagogos. Siguen siendo demagogos en cualquier lugar que se los visite: en el consejo municipal de distrito o en las oficinas de la cámara, en la tribuna del senado así como en las mesas tambaleantes de los plomos abollados.

* *

¿Dónde aprendieron eso? ¿De dónde sacaron ese arte del éxito en las asambleas? Nadie podría decirlo; y nadie puede negar que lo posean. Es muy independiente de la elocuencia, de la autoridad o del mérito personal. Esta especialidad que no pertenece por cierto a la fina flor del país, no corresponde tampoco de ninguna manera al buen promedio de las cualidades francesas.

Pero es casi un rasgo étnico o profesional: un instinto parecido al que hace los buenos marinos o los buenos agricultores.

Se nace demagogo como se nace judío. Como los judíos son diestros en el manejo del oro, los viejos republicanos son diestros en el "manejo" de las asambleas.

Los he comparado con los judíos. Y he aquí una nueva semejanza. El oro de los judíos es estéril. No produce más que oro. Igual que con las aptitudes demagógicas del viejo partido republicano. Dicho partido

no pudo nada, no concibió nada, no produjo nada. Es político de carrera y de profesión, pero nada tiene de político. Sin duda les hizo la guerra a los conservadores, pero en virtud de un método mucho más que de una doctrina: le era preciso desposeer a fin de poseer a su vez.

Es el procedimiento de una horda en país conquistado. La nuestra puso mano en los empleos, en los provechos: sería muy difícil decir que haya tenido además una conducta, designios seguidos, concepciones particulares o generales sobre nuestros asuntos interiores o exteriores, a excepción (hay que decirlo) del plano anticlerical. Los resultados son nulos afuera como adentro, y, sin embargo, es únicamente con el partido que la república es posible.

* *

El procedimiento no varía.

Ante todo el viejo partido republicano obra. Por medio de leyes o decretos, obra; en seguida les dice a los electores: —Elegid entre mí (es decir, entre las revoluciones que hice) y la revolución desconocida, la misteriosa anarquía, la espantosa guerra civil que estallaría si yo, yo, gobierno revolucionario, revolucionario, pero gobierno, no estuviese aquí para dosificarlo, retenerlo y medirlo todo.

* *

Los grandes errores del espíritu están en la fuente de la mayoría de los desarreglos de la acción. Ahora bien, es imposible haberse engañado más completamente sobre las ideas y las cosas, que el elemento sincero y fanático del Viejo Partido Republicano.

Los fundadores de la república, aquellos que hace ciento cincuenta años se hallaban en presencia del fruto de la obra capeta, el reino de Francia, la civilización de Francia, tenían dos ideas directrices. La primera era que se debía cambiar todo aquello, pues dicho compues-

to político, social, moral, no siendo bueno ni valiend mucho, debía rehacerse de arriba abajo. ¡"Otra cosa pero no esto"! Tal fue el primer punto de su idealismo En segundo lugar aquellos reformadores querían, lo unos el parlamento como en Inglaterra, los otros l democracia como en Suiza, todos el protestantismo co mo en Prusia; nuestro catolicismo les parecía inferio por definición a la Reforma; nuestras aristocracias je rarquizadas bajo el rey, les parecían lamentables a lado de las burguesías y campesinados cantonales; po fin la enérgica concentración del poder propiament político en manos de los sucesores de Luis el Grande y de Enrique el Grande les parecía una tiranía, compara da con el parloteo de las Cámaras y el "régimen d gabinetes". Todo el idealismo de entonces procedía d un triple descontento de nosotros mismos. Bajo tre formas se pensaba en la dirección de los tres tipos te nidos por superiores, en un "progreso" religioso, socia y político. Hoy medimos los tres retrocesos nacidos d ese triple esfuerzo.

•

EL PARTIDO LIBERAL

El partido liberal se quedó en los viejos temas a la moda en su juventud, según los cuales había antagonis mo necesario entre una nación y su gobierno. La co operación de la ciudad y sus magistrados con los ciuda danos, la fraterna solidaridad de los Estados con su súbditos, la profunda reciprocidad de servicios basad en la comunidad absoluta de sus intereses, estas fuerte verdades hoy presentes en todo espíritu joven y vivien te, perceptibles en el examen de todo gobierno nacional quedaban recubiertas en los cerebros de hace medio siglo por el problema metafísico-jurídico de la balanza y división de los Poderes. Augusto Comte no trataba dicho contrasentido político y moral sino con la mezcla de risa y enojo que mostraba hacia todos los sucedáneos de la anarquía revolucionaria, para condenar lo que llamaba

ya *el más nocivo y atrasado de los partidos.* Salvo en el Palacio de Justicia, donde este bizantinismo hace aún estragos, mucho menos que antes por otra parte, las nuevas generaciones se le emanciparon. Ellas ven al público *con* el gobierno, en lugar de verlo en contra de él. Conciben al magistrado, al jefe, como un protector o guía, como un director (*rex*), no como un enemigo.

El liberal no piensa sin la ayuda de ese método perimido. ¿No está en el gobierno? *Luego* está en la oposición. ¿No tiene el poder? *Luego* tiene mandato de poner todos los palos posibles e imaginables en las ruedas del poder. No hay término medio entre el ejercicio directo y la oposición directa, entre el poder absoluto y la crítica absoluta. No le habléis de colaboración ni de concurso. ¿Qué querríais decir con eso? El no comprende tal lenguaje. Si es jefe de gobierno, pondrá el mismo frenesí para usar de la autoridad que hoy pone en agitarse contra ella: su liberalismo rabioso se volverá jacobinismo violento, pero en los dos casos aplicará a su procedimiento gubernamental la marca, o para decirlo mejor, la tara del espíritu revolucionario, que no puede concebir la sociedad nacional bajo el régimen de la unión y de la paz. Siempre la quiere tener dividida contra sí misma: en vez de tender a lograr convergencias felices, entrechoca en eterno dualismo, irreductibles divergencias con la intención más o menos confesada de explotarlas a fondo.

Tal es el espíritu, tal es la teología del régimen. Si el liberalismo no estuviese moderado por el buen sentimiento que a veces tienen algunos liberales del peligro que su partido hace correr a la paz interior del país, no se rehusaría indefinidamente a ver sus consecuencias lógicas autorizadas por los famosos precedentes de 1792 y 1871. ¿Duplicar la guerra extranjera con una guerra civil? Después de todo, ¿por qué no? Metafísica de otro tiempo que puede servir para medir la alta antigüedad del fósil que nos la proporciona. Ella mide también la antigüedad y la fosilidad de la república.

•

EL PARTIDO RADICAL

Este partido se define suficientemente por su personal: horda de destructores surtidos, que pueden estar divididos por odios personales o competencias de apetito, pero que están reunidos por un alimento colectivo en torno al pensamiento que los disciplina.

¿Quién está primero, este alimento o aquel pensamiento? ¿Es la religión del desorden, el gusto de las desorganizaciones lo que los hace arrojarse de ese modo sobre el capital moral y material de Francia? ¿O su verba crítica está encendida por la perspectiva de un saqueo y su provecho? La respuesta a dicha pregunta debería por necesidad variar según las personas y las épocas de su carrera. En todo caso los dos móviles se llevan bastante bien.

Esas dos maneras de comprender la Revolución no se estorban de ningún modo y hacen cooperar las fuerzas del espíritu que tiende a destruir con las aspiraciones de la bolsa que quiere llenarse. En esta asociación de desintereses y concupiscencias, la doctrina confiere a los intereses que la sirven autoridad, majestad, grandilocuencia; los intereses procuran a la doctrina una fuerza de propulsión de que carecería enteramente si quedase librada a sus propios medios. La primera seduce y tranquiliza a los ingenuos, los segundos tientan y juntan a los canallas.

* *

¿Cómo pudo darse crédito en un pueblo que no es más tonto que otro, a esta doctrina de división y a esta obra de despilfarro, que no tienden sino a matarlo? Drumont observa a veces que cuesta imaginar un pueblo destruyéndose con sus propias manos. Pero se imagina muy bien a un pueblo que destruye a otro, y que para destruirlo mejor, lo engaña, lo embriaga y lo envenena. Judit de Betulia no siempre es una hermosa viuda; hay ideas, sueños, espejismos que al menos por un tiempo, parecen más hermosos que Judit; cuando Judit tiene el

nombre de una filosofía, de una sensibilidad, de una escuela y de una moda literaria, y cuando ese prestigio, ese encanto son bien conocidos como mortíferos a ciencia cierta, basta saber dirigir sus fuerzas contra un enemigo. Es lo que hizo en Francia desde el fin del siglo XVIII, el Extranjero del interior ayudado por los del exterior, ingleses y prusianos.

Sin duda el entusiasmo por el error de Juan Jacobo dejó hace tiempo de ser espontáneo, pero también desde hace tiempo a favor de dicho entusiasmo, se cumplieron las operaciones políticas por las cuales se logró copar las altas posiciones de la administración, la universidad, las academias, donde se tienen todas las facilidades para imponer los ruiseñores de hace ciento veinte años. Habiendo instilado a sus adversarios, a los jefes del país, todas las ideas y todos los sentimientos capaces de debilitarnos para así esclavizarnos, los cuatro estados confederados (judío, protestante, masón, meteco) [3] mandarán mientras nosotros soportemos la autoridad legal que ha quedado bajo el imperio de su veneno.

* *

3 **Los cuatro Estados Confederados:** En un consejo de ministros tenido en septiembre de 1898, cuando los últimos adversarios de la revisión del proceso Dreyfus denunciaban el poder de los judíos, de los protestantes, de los masones, el señor Brisson, presidente del consejo, y ministro del Interior, defendió enérgicamente a los tres grupos puestos en cuestión y en el curso de sus declaraciones exclamó que los judíos, los franc-masones y los protestantes eran EL ESQUELETO DEL REGIMEN REPUBLICANO. Para que este **esqueleto** quede completo, hay que agregarle un grupo injustamente omitido por el señor Brisson, el grupo extranjero de los metecos instalados en Francia en lugar de los franceses, y protegidos y favorecidos por las leyes de la República "francesa".

Esas cuatro oligarquías, de naturaleza profundamente internacional, todopoderosas y reinantes, han sido llamadas los **cuatro Estados confederados.**

Nos damos cuenta por otra parte de que se debe establecer un distingo entre los protestantes, y lo hemos hecho. Muchos de entre ellos están profundamente arraigados por su carne y su corazón en la tierra de Francia; ni su patriotismo ni su nacionalismo pueden ser puestos en duda, pero los más "avanzados" de entre ellos se dejaron desnacionalizar. Debemos a un equipo esencialmente protestante la escuela primaria anárquica, fundada por los Brisson, los Pécaut, los Steeg, todopoderosos en el Estado.

Necesitaban acabar el establecimiento de su doctrina: de donde la hostilidad al catolicismo, en particular a la escuela católica. Les era preciso mantener la centralización: de donde la necesidad de limitar las concesiones socialistas en el punto preciso donde la administración perdería la superioridad sobre los grupos obreros, permitiéndoles la menor vida autónoma; en el caso contrario, acentuar el socialismo de Estado mechándolo con el sindicalismo obrero del más poderoso sindicalismo, el de los servicios públicos. Por fin les es preciso evitar en las regiones medias de la opinión pública, alarmar con un programa demasiado subversivo. Mentirle al centro, arrojarse sobre la derecha católica y concederle a la izquierda simples apariencias: es el programa radical.

Sobre ese triple objetivo, todo el mundo está de acuerdo: el estatismo para dominar, el anticlericalismo para pervertir, el oportunismo para no ser barridos.

...Y el oportunismo prevalece cada vez desde hace varios lutros. Y con él, la corrupción, la concusión y la estafa.

•

EL PARTIDO SOCIALISTA

¿Qué es en el fondo el socialismo? Una solución del problema planteado por la democracia. Siendo la voluntad del número *reina del Estado*, no puede sino tender a convertirse en *reina de la sociedad*, vale decir del orden económico, en la usina, en la burocracia, en la campaña, por todas partes. No digáis que sería la ruina de todo. El Número jamás lo creerá. Siempre obrará, si es dueño del Estado, de modo a apoderarse de las riquezas producidas y de los medios de producción, con el fin de repartírselos. Eso es lo inevitable. Hay demócratas que tienden a dicho resultado decretando que todo será función de Estado, monopolio de Estado, convirtiéndose así cada ciudadano en funcionario. Es el socialismo de Estado.

Sale del corazón y las entrañas de la democracia. Así resuelve ella el problema que ella plantea al instituirse. Otros piensan que la igualdad democrática, ya realizada en el Estado, proseguirá en la sociedad por medio de la bomba aspirante de la fiscalidad, tomando el Estado a los particulares todo lo necesario para empobrecerlos a fin de poder él enriquecer su perezoso número: este socialismo fiscal, otra emanación de las vísceras democráticas, proporciona una segunda solución. El socialismo ortodoxo o comunismo científico proporciona una solución algo diferente, más pomposa, más preciosa, abrazando en apariencia una organización industrial más compleja y avanzada, pero que no puede ni debe tenerse como una de las soluciones del único problema cuyos términos están planteados, cuyas cifras están alineadas desde el primer momento en que la democracia, al alcanzar su primer objetivo, se apodera de la fuerza pública. El Número, si es amo, no puede tender sino a obtener de la nación sujeta *lo que precisa.*

De una u otra manera, cualquier dictadura del proletariado *debe* permitirle al Número alimentarse sin hacer nada.

Apartar la solución socialista propiamente dicha, incluso descuidar el socialismo de Estado, no es resolver nada y dejar todas las x en el pizarrón. ¿Sois demócrata? ¡Muy bien! La democracia quiere volverse *œcocrática* (dueña de casa), plutocrática (dueña de la riqueza) no existe sino por y para esta voluntad. ¿Qué respondéis? ¿Sí o no? Si es no, no sois demócrata. Si es sí, reaparecen todos los inconvenientes del socialismo; si no es ni si ni no, todo ocurre como si se tratara de un sí. El hambre, la sed, los apetitos, las codicias despertadas por la sola palabra democracia, se dan curso, reinan sobre el elector, por el elector sobre el Estado, por el Estado sobre las finanzas, y heos ahí, como decía el otro, en el torno.

•

EL PARTIDO COMUNIST

¿En qué difiere el comunismo del socialismo revolu cionario? Por el método, en que acelera el desorden Por la doctrina, en que no perdona las componendas d la democracia burguesa: es igualitario por lo que res pecta a las destrucciones, es autoritario y hasta jerárquic cuando pretende reconstruir conforme a los intereses las miras de un partido. El sistema de oligarquía, ma sónica y judía, que la República francesa practica sin e título, son instituídas y confesadas francamente por e comunismo.

Pero no hay que perderse en esos matices. Tomad desde un poco arriba, ¿qué es el socialismo o "comunis mo" más o menos "científico"?

Es el espíritu de la República democrática, y el mism que el del liberalismo, el cual, procedente de la política, s introduce en la economía y el trabajo. *Vosotros,* decía los avanzados a los doctrinarios del tiempo de Luis Fe lipe, *establecéis la monarquía constitucional en el Estado ¿cómo podríais conservar la monarquía absoluta en l usina y en la manufactura?* Por más respingos que s den, por más que se chicanee, el problema está ahí. S todo el mundo es rey, todo el mundo debe ser patrón Si los asuntos comunes de la nación están bien dirigido por la voluntad de todos, ¿cómo la voluntad de todos n gestionaría aun mejor los asuntos particulares de u comercio y de una industria? Del punto de vista de interés general, la pendiente es directa: si el bien comú político dice: *República,* el bien común económico social debe decir: *Comunismo,* con mucha mayor razón Pues quien puede lo más, puede lo menos. Si el pode elegido es excelente para la Casa de Francia, debe se mejor aún para la Casa Dupont y Durand.

¡Podéis alegar el derecho: derecho de herencia, dere cho de propiedad! Comprendo este legitimismo social Pero había un legitimismo político que alegaba el dere cho hereditario de una familia real, su derecho, frut del más útil y poderoso trabajo secular en el mando de

país, al cual lo había constituido como una aparcería o un taller.

Ese legitimismo político es escarnecido por los republicanos. ¿Por qué los socialistas y los comunistas no escarnecerían el legitimismo social de los republicanos burgueses de hoy?

•

CONCLUSIÓN: DEL RADICALISMO AL COMUNISMO. DIFERENCIAS DÉBILES O NULAS

Distinguir entre la revolución social y la revolución política es absolutamente vano. Todas las democracias de la historia recorrieron el doble trayecto. El artículo primero decía *igualdad política* y, una vez admitida dicha igualdad, por otra parte teórica, fue preciso decir, artículo dos, *igualdad social;* los dos términos no pertenecen a series diferentes, su esencia es la misma; responden a las mismas necesidades. En Grecia, en Italia, toda constitución democrática tuvo por efecto imputar poco a poco a los "ricos" las cargas de la ciudad: lo que tenía por efecto llegar a los más sórdidos métodos de obstrucción política, de cobardía cívica y de empobrecimiento social.

Ciudades florecientes, grandes Estados, verdaderos imperios fueron así arruinados en un periquete.

* *

Los comunistas representan una estricta observancia: menos informado, menos atento a la constitución política y social de este país, tal como resulta de las instituciones del año VIII, su marxismo judeo-moscutario omite o finge omitir aquellas facilidades de revolución lenta o de expoliación gradual.

En el fondo, sin embargo, no se presenta sino a título de estimulante y de auxiliar.

Estimulante, para impedir que los socialistas se duerman en sus prebendas, en sus proconsulados y subsecretarías. Auxiliar, para el gran día. En la sociedad como en la naturaleza sucede que las cosas proceden ante todo por grados muy matizados, casi insensibles, pero llega un momento en que toda evolución necesita completarse por aquella "gran partera de las sociedades" que se llama la Fuerza. Este hecho de fuerza más o menos brutal, más o menos explosiva, no sería por cierto cumplido por los burgueses ventrudos y blandos del tipo socialista parlamentario. Pero los comunistas están allí: una vez que hayan hecho "arder" cierto número de pisos y de casas, los socialistas parlamentarios (que les habían puesto una escalera de mano para que pasaran por encima de las rejas del Palacio Borbón) se ocuparán en poner en artículos de leyes, limpitos y precisos, aquellos incendios, saqueos y asesinatos.

* *

Para los partidos de izquierda jamás se trata de doctrina, ni siquiera de programa. Una sola voz de orden, un interés: la lucha contra la reacción. Jamás un radical bien nacido se dejará regimentar bajo una bandera sospechada de reacción. En cuanto se le muestre una tira de paño rojo: como el toro arremete, el radical marchará. Este radical no hace así más que seguir sus hábitos, aquel otro su pasión. Lo esencial es que marcha. Marcha como para encontrarse con sus hermanos socialistas en torno a la urna, de la que una mala ley hace depender la suerte del país.

Esta conjunción del radical con el socialista, que se denuncia como una inmoralidad, es la cosa más natural del mundo.

* *

Dicha conjunción es tan natural por lo menos como la conjunción del socialista con el comunista.

¿Cómo es que no se ve esto con mayor claridad?

No se puede repetirlo demasiado; hay en el socialismo dos rasgos distintos, y el más importante no es aquel que asigna su nombre al socialismo: el plan de regulación del problema llamado social, entendido más particularmente como la cuestión obrera, tal como se plantea en la gran industria. Este socialismo, el más vigoroso y mejor definido, no es el de los grandes batallones. La gran industria en Francia no está bastante desarrollada, pese a la guerra y a la pos-guerra, para explicar la presencia de numerosos socialistas en la izquierda radical. Pero en las regiones más extensas de Francia, en que dominan la vida rural, el artesanado, la pequeña industria, el pequeño comercio, *socialista* antes significaba republicano extremo, color "sangre de buey", ultrarradical. Dicho extremismo, dicha exageración, se aplicaban entonces a las ideas. Hace mucho tiempo que las ideas republicanas cesaron de suscitar entusiasmo o confianza. Su fanatismo ha sufrido una caída profunda. El débil residuo subsistente se asemeja mucho menos a un estado de espíritu que a un interés, o más bien a la idea de un interés, pero interés privado y casi personal. El socialismo del Mediodía, por ejemplo, tiende sobre todo a realizar el programa democráticoestatista: *todo el mundo funcionario, un empleíto para todo el mundo,* en un plano de igualitarismo ingenuo. Lo que quiere el radical no es otra cosa. Luego ambos quieren y deben querer gordos presupuestos, con grandes impuestos confiscatorios.

* *

Pero el radical, miembro de organizaciones en que la gran burguesía no está sin representantes, tiende a colocar el punto de la expoliación un poquito menos abajo de lo que lo haría el socialista. El primero llama a grandes voces a los gendarmes contra la gente que posee más de los cien mil francos que él tiene en su cartera. El segundo, armado con su horquilla socialista o revolucionaria, hace funcionar la bomba aspirante desde los

cincuenta, los veinte o los diez mil. El principio es el mismo, porque el sentimiento que lo inspira también lo es: la envidia.

No hay que forjarse ilusiones, ni dejarse hacer el cuento del tío por un puñado de charlatanes de colmillos largos; el severo análisis de la *conjura electoral* no da en absoluto más que eso. Revivimos los tiempos de la ciudad antigua en que cada vez que cierto grado superior de civilización material se alcanzó, cuando la plutocracia, maniobrando a la democracia, había hecho desaparecer al patriciado y a la reyecía, los bienes colectivos reunidos, incluso los tesoros espirituales y morales que se les habían agregado, quedaron envueltos en la misma ruina. Lo fueron como es necesario, por medio de la misma lucha furiosa entre los *pobres* y los *ricos*, entre la tropa de los productores activos y felices y la multitud de los consumidores pobres y ávidos que hallan muy cómodo adjudicarse el fruto del trabajo, primero por la legislación y en seguida por la revuelta, el saqueo y la matanza. No hay diferencia entre esos dos juegos de facciones, desde hace dos mil años hasta hoy. La democracia política produce la democracia social. El principio de igualdad anexo a la capacidad del sufragio de las personas exige que se lo extienda a la propiedad de las cosas. No hay conservador demócrata capaz de un poco de reflexión y de lógica en el espíritu que pueda dar una respuesta decente a esta pregunta:

—¿Por qué no es usted comunista?

El comunismo diluido se llama socialismo. El socialismo diluido se llama radicalismo, democratismo, republicanismo. A cualquier altura que se lleve la solución del principio-veneno, se advierte que mata natural y necesariamente a la Ciudad y al Estado, a la Patria y a la Humanidad.

VI

LAS CUESTIONES SOCIALES

LA ECONOMÍA

Siendo la economía la ciencia y el arte de alimentar a los ciudadanos y a las familias, de convidarlas al banquete de una vida próspera y fecunda, es uno de los fines necesarios de toda política. Luego es más importante que la política. Debe pues venir después de la política, como el fin viene después del medio, como el término está al fin del camino, pues una vez más, es el camino lo que se toma si se quiere llegar al término.

•

En materia económica, más aún que en política, la primera de las fuerzas es el crédito que nace de la confianza.

•

El auge económico incita al progreso político.

•

EL ORDEN ECONÓMICO ES EL ORDEN DE LA NATURALEZA

La doctrina liberal asegura que el bien social resulta mecánicamente del juego natural de las fuerzas económicas . ¿Cómo lo sabe? Al paso que los hechos económicos vienen a desmentir su esperanza optimista y fatalista, responde: esperad, el equilibrio se va a producir solito. Pero ese famoso equilibrio no se produce. Los consejos de los economistas liberales tienen para nosotros el valor que habría tenido antes para el género humano una secta de naturistas que le hubiesen reco-

mendado cruzarse de brazos a esperar que la tierra diera de sí los frutos y las cosechas. Si hubiese escuchado tales voces, el género humano esperaría aún, o habría muerto de frío y de necesidad.

No, ni la naturaleza ni el juego espontáneo de las leyes naturales bastan para establecer el equilibrio económico. Pero, ¡cuidado!; dichas leyes en las que sería locura poner confianza ciega y mística, sería todavía más locura descuidarlas. Cultivemos, atormentemos, forcemos incluso el amplio y extraño seno de la vieja naturaleza, agreguemos a sus fuerzas nuestra fuerza y nuestra sensatez, nuestra previsión y nuestro interés, dupliquémoslas por todas partes nosotros mismos. Pero sepamos que no manejaremos las cosas sino a condición de obedecerles. Cosechar en invierno, vendimiar en la primavera, he ahí lo imposible. Antes de cosechar y de vendimiar, conozcamos la estación natural de las vendimias y de las cosechas. Y si queremos influir, mejorándolo, en el orden económico, conozcámoslo. Por encima de todo apliquémonos muy bien a no desconocer ninguno de sus hechos esenciales. Como siempre, pagaríamos dichos olvidos y dichas ignorancias, o más bien nuestro pueblo pagaría nuestros grandes errores.

•

RELACIONES DE LO ECONÓMICO Y LO POLÍTICO

No es cierto decir que las crisis económicas siempre son causas de las crisis políticas. Sin embargo, sería falso decir que no lo son jamás. La verdad es que las unas y las otras son por turno causa y efecto. Ciertas explosiones en 1789 resultaron de la miseria; pero sin el espíritu que el filosofismo había determinado en gobernantes y gobernados, ¿habrían los motines degenerado en revoluciones? En 1848, sin el licenciamiento de los talleres nacionales, no se habrían tenido las jornadas de junio, pero dichos talleres jamás se habrían abierto sin las

ideas políticas de la crisis de febrero.

Los fenómenos económicos parecen hacer, por otra parte, en la historia, el papel de excitador antes que el de determinador; son *causas materiales* antes que *causas formales.*

•

No somos secuaces del Estado-Providencia, pero el Estado no tiene únicamente funciones de gendarme. Las tiene, si no de ecónomo, de contralor y presidente de la economía, y comprendemos muy bien que su protección no se detiene en los productos y debe extenderse también y ante todo al hombre, su productor.

¿Cuál podría ser el porvenir de la raza, de la nación, si el Estado se desinteresara de las condiciones ofrecidas por la vida a sus nacionales?

•

LA CUESTIÓN ECONÓMICA Y LAS LEYES SOCIALES

Si afirmáis que nuestras leyes sociales fueron hechas torcidamente, sobre un doble principio de lucha de clases y uniformidad de organización, estaréis cerca de la verdad. Lo estaréis plenamente si, oponiendo principio a principio, solicitáis que se legisle o reglamente por regiones y profesiones, luego de escuchar dictámenes de las competencias, luego del acuerdo directo con los interesados. Mas, por favor, ¡que no se nos opongan ya quién sabe qué fatalidades de leyes de la economía cuyo juego mecánico habría determinado un inevitable encarecimiento de la vida a raíz de cada elevación del salario!

Se dice: "Es evidente". No lo es tanto como se dice. Las leyes que se formulan suponen que se sobreentiende: —*Todo lo demás, igual por otra parte;* si no interviene ningún otro factor, si no entra en juego ninguna otra ley más extensa. Vuestra ley es verdadera en sistema

cerrado: yo estaría obligado a vender más caro *si*, pagara más a obreros *que no me produjeran plusvalía correspondiente;* [4] si, lo repito, estuviese obligado a realizar los mismos beneficios que antes; pero que yo lo esté, es una hipótesis verificada en ciertos casos y desmentida en otro, pues un lucro cesante no es necesariamente una pérdida, ni una causa de quiebra por liquidación: se puede ganar menos y seguir haciendo honor a su firma; por lo demás no es inconcebible ni sin precedente que un acrecentamiento del salario obrero determine el mejoramiento o aumento del producto.

¿Se me dirá que los obreros no quieren eso? ¿Que los patrones tampoco? Tal vez están en su derecho, pero la expresión de su voluntad, el ejercicio de tal derecho no son el juego *fatal* de una ley natural. Otras ideas y otras costumbres pueden modificar dichas voluntades al civilizarlas: el antagonismo entre dos derechos muestra el conflicto de dos barbaries enfrentadas, de ningún modo la flexible necesidad natural exterior de las voluntades.

* *

En esta corrupción del lenguaje que caracteriza a nuestro tiempo se pierde de vista el sentido de la noción de ley en tanto cuanto se la concibe como signo de la sucesión entre dos hechos. La elevación del salario y la del precio de los artículos pueden hallarse en estrecha relación, pero dicha relación puede y en consecuencia debe corregirse por medio de otros factores interpuestos con oportunidad. Aquí, una mejor administración. Allá, más ardor en el trabajo. Más arriba, finanzas depuradas que permitan aliviar las cargas públicas, una descentralización racional [5], un estudio de la legislación

[4] Es dicha plusvalía lo que la experiencia Blum no ha sabido provocar e incluso ha impedido en seco (1936-1937).

[5] La experiencia Blum ha procedido al revés: centralización y aumento de los impuestos, etc. (1936-1937).

comercial más vigilante. En ningún caso puede la "ley" económica significar que una población rica debe morir de hambre cada vez que el salario de los obreros aumenta en ella, pues equivaldría a decir que la ley de la gravedad nos obliga fatalmente a rompernos el pescuezo.

Las leyes proporcionan la tabla de las constancias en la naturaleza. Al hombre le corresponde no dejarse esclavizar por ellas, sino aprovechar su fiel informe. En nombre de las leyes fatales de la caída física, se sube en globo, y quizá se llegue a los astros. Las fatalidades de la economía deben así componerse con la mira puesta en el bien de la nación. No hay proteccionismo, no hay libre cambio que valgan: hay o vigilancia o incuria, hay organización inteligente de las tarifas o resignación a su juego automático y mecánico, que no puede sino ser desastroso como toda resignación humana a los caprichos de la naturaleza. Una situación material tan compleja como la del suelo francés exigiría una policía económica áspera y apasionadamente dirigida, pero esta policía presupone también un Estado fuerte, vivaz; devoto a los intereses de la patria entera y no a los de un partido; un Estado ocupado en el porvenir de los pueblos y ya no condenado a debatirse sin esperanza en cada una de las más miserables de las dificultades del presente; un Estado bien servido, respetado, atento a las particularidades significativas y afanoso de interpretar cada una de sus advertencias para traducirla en acto...

LAS CLASES

Que haya clases, que el reconocimiento de tal hecho sea la obra de los partidos más avanzados, he ahí sin duda una victoria del sentido común sobre la uniformidad y la igualdad soñadas por la democracia liberal. Hay clases, hay que decirlo y pregonarlo: constituyente, legislador o administrador, un estadista deberá tener en cuenta la comunidad de intereses y gustos particulares a los habitantes de una misma zona social.

Querer obrar descuidándolo, equivale a plantear un problema tachando uno de sus factores principales. Pero dicho factor esencial, no es el único ni esencialmente benéfico; nada prueba que él deba por sí solo crear la paz social.

Si ocurre que se combata de clase a clase, la paz no reina siempre en el interior de cada una de ellas; entre quienes más se combate generalmente es entre pares. La rivalidad de Montescos y Capuletos sintetiza el caso de las aristocracias gobernantes; pero las burguesías nada tienen que envidiarles y sabemos cuán violentas animosidades pueden proseguirse entre familias de abogados o mercaderes, como vemos las mismas luchas fratricidas en lo que hoy se llama la clase obrera.

Esas guerras intestinas pueden sin duda ser apaciguadas por un enfoque juicioso del interés común. Pero lo mismo puede suceder con las luchas de clase a clase, a favor de importantes comunidades de intereses, los cuales existen igualmente de una a otra.

Puede dividirse la sociedad por descansillos, por pisos y por zonas; pero esta división natural no es la única: de un grado a otro de la escala hay relaciones de solidaridad estrechísima. Del más bajo al más alto. La

industria del pan, la de la construcción, se extienden de la más humilde vida rústica o urbana a los rangos superiores de la más alta sociedad; la solidaridad entre todos quienes tienden a crear los mismos productos puede y debe pues ser tan viva y profunda como la solidaridad de una misma clase: ¡es mucho más social y pacificadora!

Nosotros la preferimos con creces. Sin negar las clases, las subordinamos a las corporaciones de los oficios que reúnen a todas las clases y juntan los miembros de la nación, en lugar de ubicarlos divididos.

•

LA CLASE Y EL INDIVIDUO

El que abandona su posición social, si lo hace sin motivo y demasiado pronto, corre el riesgo de dañarse a sí mismo y de dañar a los demás: mal doble y triple, que se debería evitar en el interés de cada uno y de todos.

El espíritu revolucionario cree a la política llamada a distribuir premios a los individuos; ignora que su función es hacer prosperar la comunidad. Donde la sabiduría universal piensa en la dicha colectiva, en el bien público, en la unidad social, es decir, en la familia, el Estado, la nación, el espíritu revolucionario piensa en la dicha y la satisfacción privadas. Naturalmente, al primer rumor de esa noticia, el individuo acude tembloroso, pidiendo su parte. Pero se lo engaña, y dicha parte es vana. Lo que hace la desgracia de los grupos que lo engendran, rara vez constituye su felicidad; aquello que daría paz y orden a dichos grupos, con frecuencia se lo daría a él también. Se empobrece la sustancia de un país, se vuelve anémico a un pueblo cuando se sostiene que todo niño inteligente debe pasar, de la plebe a la nobleza, del trabajo manual del campo al trabajo manual de la pluma, cambiar su blusa por la levita o el saco del empleadillo y del maestrito de escuela; el

orden de la comunidad lo sufre evidentemente, pero el titular de esa transferencia no se enriquece ni mejora necesariamente con ello; tal ascenso, si puede enorgullecerlo, comporta igualmente una ruptura de hábitos por falta de preparación, que puede hacerlo sufrir, al exponerlo a sinsabores y penas que no hallarán compensación.

Todo espíritu objetivo advierte que lo difícil no es *llegar,* sino *mantenerse* de padre a hijo: las alturas sociales y aun las posiciones medias son en extremo difíciles de conservar más allá de la primera o segunda generación: son fuertes las tentaciones, fácil el ablandamiento, probable la caída. ¿Cómo podrían ejercerse las tareas de la división social sin el poderoso y vasto movimiento espontáneo de traslación secular que trae a los buenos y se lleva a los malos? La maravilla no está en que muchos se reemplacen unos a otros, sino en que un pequeño número no sea reemplazado. Algunas familias tienen larga vida por la energía de sus fibras, por la solidez de la tradición y por la calidad del esfuerzo. Son pocas. El Estado debe más bien ayudarlas: es la eliminación lo que constituye el hecho corriente llamado derecho común.

●

LA VERDAD HISTÓRICA SOBRE LAS CLASES

La Revolución cambió el curso natural y el ritmo normal de la vida en Francia. No hay pues que alabarla, ni por consiguiente censurarla de haber inventado lo que ningún suceso histórico podría inventar: un hecho tan natural como el movimiento que renueva las altas clases por la ascensión de familias, y a veces hasta de tribus enteras, salidas del pueblo. ¿Cómo se habría reformado la aristocracia militar en Francia después de la guerra de los Cien Años, o después de las guerras de religión, tan mortíferas, sin el movimiento de transferencia que hizo pasar la toga a la espada y renovó la

toga de pie a cabeza? ¿Cómo explicar si no un movimiento de la misma especie de aquel período Luis catorceno, *reinado de vil burguesía,* según Saint-Simon, y que llevó al Tercer Estado a su apogeo? No se puede, sin embargo, juzgar las costumbres del antiguo régimen por los efectos de algunas ordenanzas dictadas dos o tres lustros apenas antes de 1789 y que muestran un pensamiento de reacción tan pasajero como alocado. En Francia jamás, ni siquiera en aquel acceso de fiebre aristocrática, causa de entredichos enojosos entre dos clases tan vecinas como entonces lo eran el Tercer Estado y la Nobleza, y que tuvo asimismo la desdicha de enajenar a una parte de la nobleza una parte del pueblo de París y de diferentes provincias. ¿Qué importancia tienen, os lo pregunto, esas anécdotas al lado de diez siglos de sensatez política continuada?

* *

El libro de oro del patriciado acabó por cerrarse en Venecia. En Francia jamás, ni siquiera en aquel acceso final, el antiguo régimen jamás cesó de admitir el paso de una clase a otra. Lo admitía, lo protegía y, si acaso era necesario, según los tiempos lo favorecía. Pero no lo provocaba. O para decirlo mejor, no erigía en *deber* la decisión de provocar tales abandonos de la propia clase. La constitución de ese deber contra natura, tal es precisamente la tara del régimen moderno o más bien (pues dicho régimen no existe a causa de su tara) la tara de la concepción moderna del Estado.

* *

Todos los hombres políticos dignos del nombre, a cualquier tiempo y nación que pertenezcan, saben que un *cambio,* en cualquier respecto que se produzca, es un tema digno de las atenciones y las precauciones más vivas.

Que un hombre cambie de comarca y, según la expre-

sión de Mauricio Barrès, se desarraigue, es una perturbación, que puede ser feliz y fructífera si el sujeto desarraigado halla, sin mucho retardo y sin causar perturbación en su medio, un suelo mejor y más favorable a sus aptitudes. Con todo, es preciso vigilarlo, y no suponer que el mero hecho del cambio sea un bien en sí.

Del mismo modo, que otro hombre cambie de clase, es otra perturbación y otro riesgo, que puede ser feliz para el público como para el individuo que abandona su clase si éste se agrega en poco tiempo a otra, con otras funciones mejor adaptadas a sus condiciones y virtudes personales: ahí tampoco hay que creer que el mero hecho de buscar lo mejor permita encontrarlo, y que el deseo de progreso, aun seguido de esfuerzo, asimismo coronado por un éxito aparente, sea el progreso mismo.

En una palabra, el abandono de su clase por el individuo debe ser tratado por la Política, si es nacionalista, como un mal intrínseco, de que pueden salir grandes bienes, o mayores males. La consideración de los bienes eventuales puede hacer aceptar el mal pasajero que es su condición: pero el riesgo de los males posibles debe entrar en la cuenta.

* *

Ahora bien: he ahí la parte de la cuenta descuidada y que por fuerza debe descuidar el espíritu revolucionario. Siendo liberal, dicho espíritu no concibe más que a los individuos. Siendo igualitario y democrático, dicho espíritu no considera de los individuos sino los valores y las capacidades personales, sin calcular las capacidades de circunstancias, y los valores de posición. Además, se determinará por su lógica interna para considerar muy poco estos últimos, así como igualmente para exagerar las primeras.

EL CONFLICTO SOCIAL

La primera preocupación del legislador debe ser la de sustraer el dominio social a las pasiones y a los intereses de la política.

•

La paz social se asemeja a la paz de las naciones; dura por un esfuerzo que se debe renovar incesantemente.

•

Será preciso plantear la cuestión social en relación con lo que constituye su objeto.

Se la plantea en términos *subjetivos*, es decir, en relación con los súbditos de marras: patrones, obreros, proletarios, propietarios. Lo que es natural en República democrática, donde todo depende y debe depender de la voluntad de los individuos, y que votan.

Se divide a los ciudadanos franceses por clases, según el grado de fortuna o de rango que ocupan, o el grado de la escala social a que se elevaron. De ahí estas fórmulas brutales: los que no tienen nada contra los que lo tienen todo, los que trabajan contra los que disfrutan, etcétera. La verdadera, la sólida, la consistente realidad está ausente de esas clasificaciones enteramente accidentales. Un campesino pobre, un propietario de campaña y un obrero agrícola en realidad tienen más intereses comunes de los que jamás tendrán entre sí un proletario de la ciudad y un propietario del campo, un rentista de gran ciudad y un gran aparcero. La distribución

por clases, por zonas sociales fundadas en la riqueza o el rango social es enteramente ficticia.

Hay que clasificar por profesiones, por *objeto trabajado,* pues cada categoría tiene sus pobres y sus ricos, sus proletarios y sus propietarios, ayudando éstos a aquéllos, aquéllos socorridos por éstos.

El viejo pregón judío-alemán de: *proletarios de todos los países, uníos,* no se profirió únicamente de circunscripción territorial a circunscripción territorial, sino que fue llevado de profesión a profesión, de oficio a oficio, de cuerpo social a cuerpo social.

•

No hay un solo mal, el proletariado. Hay dos males: el proletariado y el capitalismo. De su confrontación surge la idea de su antídoto común.

¿Qué antídoto? La incorporación del proletariado en la sociedad por operación de fuerzas políticas y morales distintas del Capital: del Gobierno hereditario, de la Corporación y la Religión, las que quitarán al Capital su *ismo* despótico, impidiéndole reinar solo.

EL CAMPESINO

¿Por qué está el campesino descontento del lugar que la República le ha hecho en el mundo? ¿Por qué el hijo del campesino francés cambia de oficio? ¿Por qué se despueblan las campañas francesas? ¿Por qué hay que recurrir a hordas extranjeras en la época de las grandes zafras? ¿Por qué a despecho del maquinismo, el viejo puente-nuevo sigue siendo una verdad y se oye cada vez más que *la tierra carece de brazos?*

La respuesta es sencilla. Lo que la República podía hacer por el campesino era muy limitado. El Kamtchatka de sus concesiones a la antidemocracia fue permitir la asociación rural, que dio frutos excelentes. Pero dicha asociación quedó estrictamente limitada a los contemporáneos. El campesino puede contratar libremente con sus vecinos y sus prójimos, a la vez que con sus colegas más alejados: le está prohibido contratar libremente, en la duración de los tiempos, con aquellos que descienden o descenderán de él. No tiene ni libertad de testar, ni los derechos de sustitución, verdadero equivalente moderno del antiguo derecho de mayorazgo, lo que grava a la tierra con la más pesada de las servidumbres: el reparto igual y, por vía de consecuencia ineluctable, las fuertes hipotecas, al cabo de las cuales están los inevitables despojos. Un elemento moral, la herencia comprendida sanamente, es el único que asegura la posesión durable del primero de los materiales: del suelo.

* *

Una burguesía de picapleitos fue la principal beneficiaria del loteo del antepenúltimo siglo. En las ocasiones en que los campesinos recibieron vanamente su

parte de los despojos, los antiguos propietarios fueron rápidamente vengados por los daños que desde entonces agobiaron a la pequeña propiedad. No soy de aquellos que encaran bajo el aspecto de fatalidades históricas insuperables la evolución de la propiedad hacia el despedazamiento y la destrucción. Pero una vez producido el fenómeno, una vez despojado el gran propietario, el pequeño propietario lo aprovecha poco: criatura del financista y del traficante en bienes raíces pronto se vuelve su víctima.

Los parásitos se le echan encima y lo despojan en poco tiempo. Parasitismo imposible de evitar; armado con los abrumadores derechos de mutación y sucesión que promulga la democracia, el fisco está ahí para entregar la pequeña propiedad a la usura. Y la usura, a su vez, reconstituye en lugar de los dominios tradicionales, dominios a veces más vastos, pero en propiedad colectiva, tristes haberes de esa fortuna "anónima y vagabunda" que despoja a todo agricultor, pobre o rico, noble o villano, de las culturas de la patria.

* *

Los sistemas políticos tienen efectos automáticos, y la voluntad humana, por libre que sea, tiene pocos medios para anularlos. El régimen electivo presupone la igualdad de los electores, la que presupone la igualdad de las funciones: si se sobrentiende que un hombre vale lo que cualquier otro, o una función lo que cualquiera otra; que se puede indiferentemente y a la vez ser campesino, burgués, diputado, senador, presidente de la República, nadie querrá ya ser campesino, y cada cual será más o menos candidato a la presidencia. La democracia es una bomba aspirante, y la escuela su órgano esencial de aspiración. No se la reformará. Lo que hay que destruir es el régimen si se quiere reencontrar el equilibrio de los intereses y restaurar el curso de los honores y de los valores.

* *

El régimen estéril esterilizó a la nación. Si la elección nacional no recae donde es debido, si el trabajo de campo no es ayudado y continuado, las probabilidades de porvenir nacional quedarán reducidas a tan poca cosa, que el único medio de oponer fuerza a fuerza, causa a causa, factor material a factor material en democracia quedará perdido por el simple hecho de dicho abandono.

•

CÓMO ES DESTRUIDA LA PROPIEDAD

Hay partidarios de la pequeña propiedad. Los hay de la mediana o de la gran propiedad. Jamás comprendí mucho esa especie de divisiones, cuando es tan fácil comprender que las grandes explotaciones apoyadas en fuertes bases hereditarias son inmensos bienes históricos, pero que la pequeña y la media propiedad convenientemente defendidas, proporcionan en cada momento de la vida nacional una admirable fuente de energía inteligente y de mesurada actividad. Los demócratas tienen la costumbre de proceder por fórmulas excluyentes, entre las cuales queda poco por concebir. Nosotros procederemos al revés, por afirmaciones adicionadas, compuestas, organizadas. Nos place tener bajo la misma mirada las diferentes formas en que se enlazan y ayudan recíprocamente las instituciones naturales. Donde el espíritu revolucionario profetiza que *esto matará aquello*, nosotros decimos que *esto podrá hacer nacer aquello, o se las arreglará con aquello.*

La gran propiedad necesita para desarrollarse, defender, guiar y patrocinar: como, para resistir y mantenerse, la pequeña propiedad necesita ser amparada, guiada y defendida. Pero dicha común necesidad mutua está ella misma sometida a una condición política. A esas dos propiedades les hace falta un Estado libre de la servidumbre del oro. Para que la pequeña y la gran propiedad puedan hacer apelación al ministerio del oro *sin*

tener que temerle como el árbitro de todo es precis[o] que el Estado sea bastante poderoso para dominar l[a] usura, bastante sensato para moderar al fisco, y pro porcionarlo con los intereses de la fortuna nacional, l[a] que está incorporada al suelo; bastante dueño de sí po[r] fin para no pedirle nada a la elección democrática.

EL OBRERO

Cuando se razona sobre los obreros, la burguesía piensa y habla como ella les reprocha a los obreros vivir: divaga sin preocupación por el mañana, sin previsión, sin tener en cuenta el conjunto de la situación. No hagáis caso de las conversaciones de hombres que a menudo traducen más ideas de las que pertenecen a su ambiente a título de expresión de la sensibilidad de una clase, tomad lo que dicen las mujeres sobre el tema y admiraréis cuánta ceguera se puede agregar al espíritu de justicia y a la caridad.

Ellas dicen:

—¿No es el obrero más feliz que antes? ¿No vive con más holgura y comodidad? ¿No está mejor vestido y alojado? ¿No come mejor?

Es verdad. Pero ellas olvidan que tal es el caso general. La vida general ha elevado sus condiciones de poder material, y este progreso común a todos no es el de una sola clase. Los agravios de ésta, si existen, quedan intactos.

—Los salarios aumentaron —agregan ellas.

—Seguramente. Pero todo aumentó, incluso el costo de la vida.

Y la observación precedente se verifica una vez más.

—Sí, pero el patronado jamás se mostró tan pródigo en beneficencia y ayuda social.

Y enumeran los suplementos de salario y las subvenciones directas del Capital anónimo o del Patrón personal... Y se agrega de buena gana, si se habla de los suyos:

—Mi padre, o mi hermano, ¡es tan bueno! ¡Mi marido es tan generoso! ¿¡Qué más quieren que hagan!?

¡Pero nada! O más bien una sola cosa. Sencillamente, señora o señorita, esto: ¡que comprendan! Vuestro señor padre, vuestro señor hermano o vuestro señor marido no son inmortales. Pueden verse llevados a cesar su explotación. Sus buenas disposiciones, mortales y cambiantes, como todo lo que vive, pueden desaparecer: de excelentes, volverse inicuas; de generosas, volverse avaras; de benévolas, volverse contrariantes y dificultosas. Todo lo que de ellos depende, ¿variará así también? Y la condición del obrero ¿debe seguir tales variaciones?

La bondad de vuestro señor padre o de vuestro señor marido asegura a los proletarios que de él dependen una posición estable, un porvenir reglamentado, una vejez al abrigo de las primeras necesidades. ¿Y si esta bondad cambia? ¿Si un contrato de venta la reemplaza por la indiferencia de una "sociedad"? ¿Admitiréis que todo lo demás sea puesto en cuestión? ¿Que todo aquello que se creía estable deba volver a bambolearse? Yo no digo: *No es justo;* digo: *No es posible,* pues ahí se trata no de una acción, sino de un hombre capaz de pensar y de obrar, que debe querer volcar ese sistema de inestabilidades opresivas. Si admitís la imposibilidad de deteneros ahí, discerniréis la verdadera cuestión, que es de principio. ¿Será el obrero dueño del mañana?

La cuestión no se plantea muy duramente en los pequeños oficios calificados, que se ejercen en localidades de mediana población. Donde todos se conocen, las costumbres establecen por sí mismas un mínimo de orden y de paz. Los rigores anárquicos se dulcifican de hecho. Pero se hacen sentir con toda su violencia en las vastas aglomeraciones de la gran industria, donde miles de obreros enganchados individualmente ocupan un puesto que a veces les vale buenos salarios, pero que no lo ocupan sino por azar, para un día. Nada hay que lo garantice. Quienes lo pierden, pierden exactamente todo lo que tienen. Si no ahorraron nada, no les queda sino tender la mano.

Pero ahí se levantan las voces que ya conocemos:

"¡Tanto peor! ¡Era cosa de ellos, cuando ganaban mucho! Cada uno debe arreglárselas", etc. ... Uno en efecto se las arregla, y como puede. Es un hecho que el obrero apenas puede o sabe economizar. Pero desde que se le predica arreglárselas, es otro hecho el de que se las arregla asociándose, coaligándose con sus camaradas. Su sistema para arreglárselas consiste en pedir por la coalición y la huelga, los más altos salarios posibles, sea con miras al ahorro, sea para otros objetivos. No hay por qué preguntarle cuáles: es asunto suyo, es su lucha. Sí. El caso de la lucha de clases nacerá o volverá a nacer cuando una clase hable del deber de las otras en lugar de examinar si ella cumple el suyo.

* *

En lugar de imaginarse a todo obrero como perezoso, agitado, disipador, ebrio, imagínese un obrero normal, ni demasiado laborioso ni demasiado haragán, aficionado a veces a levantar el codo sin ser alcoholista, de mano abierta, pero no agujereada; imagíneselo debiendo sostener a una mujer y a sus hijos. Y pregunto: ¿Si dicho proletario de esa laya puede admitir con facilidad que su porvenir no dependa sino de la bondad de un buen señor, aún muy bueno, o de las generosidades de una compañía que puede de la noche a la mañana borrarlo de la lista de su personal? Si no se dejan a dicho obrero normal otros recursos que ahorrar de sus altos salarios inestables, ¿no se lo obliga desde entonces y en conciencia, hasta en nombre de sus deberes de padre y esposo, a mostrarse ante el empleador exigente hasta lo absurdo, hasta la locura, hasta la destrucción de su industria nutricia? En tal caso, *únicamente* la exigencia le asegura el mañana.

Situación sin analogía en la historia. El siervo tenía *su* gleba y el esclavo *su* amo. El proletario no posee *su* propia persona, no estando seguro del medio de alimentarla. No tiene "título", ni "estado". Es salvaje y vaga-

bundo. Se puede sufrir por lo que él sufre. Pero má que él lo sufre la sociedad misma. Se comprende l cuestión obrera cuando se ha visto bien que ella está ahi

* *

El obrero que no tiene más que su trabajo y su salario debe naturalmente aplicar su esfuerzo a ganar mucho con poco trabajo, sin escrúpulo de agotar la industria que lo emplea. ¿Por qué se preocuparía acerca de porvenir de las cosas, en un mundo que no se preocupa por el porvenir de los suyos?

Todo en su destino lo confina al presente: él le saca lo que el presente puede darle. Es posible que lo exprima. Es él el primer exprimido.

—Lo que no quita para que con eso mate la gallina de los huevos de oro. Lo que no deja de ser el acto de un idiota puro.

—Admitamos que sea idiota, mi querido señor. ¿Y usted? Usted le critica que comprometa su porvenir: luego, lo exhorta a pensar en él; ahora bien, quiere usted decirme bajo qué forma un proletario asalariado puede concebir el mañana?; como no sea bajo forma de alto salario siempre inflado, no tendrá más remedio que figurárselo como la conquista de lo que usted llama su propio bien, y de lo que él llama "instrumento de su producción". Tales pretensiones, tal vez insanas, son aquellas que deberían nacer de la desesperación de un ser humano reducido a la triste suerte del simple asalariado. Todo le impedía tener previsión razonable: su previsión se ha vuelto irracional.

Lo que no quita para que haya producido magníficas virtudes de mutua devoción.

El honor sindical, la unión de las clases son fuerzas morales que no se debe subestimar, aunque hayan sido horriblemente explotadas y envenenadas por los políticos demócratas.

¿De dónde proviene dicha explotación? ¿Qué la permite?; ¿la produce y, a veces, la vuelve necesaria?

* *

El burgués no comprende que si el obrero y él no abordaron todavía en serio y cordialmente, como ciudadanos del mismo pueblo y órganos de un mismo Estado, la difícil, pero clara cuestión que los obsesiona, es porque la política democrática republicana debió —por su interés más egoísta— enfrentarlos con problemas aparentes y de pura fachada. Letrado, culto, dueño de grandes ocios para la reflexión, el burgués no supo leer lo que el obrero que colgaba el busto de Mariana (a) delante de la Bolsa del Trabajo descifró con facilidad: el nombre y el apodo del enemigo común: ¡política!, ¡democracia!

¡Oh!, no es inferioridad de vuestra parte, señor burgués, es también vuestra previsión, y en esta previsión, timidez. No veis la cuestión porque teméis verla, en razón de las perspectivas muy seriamente inquietantes que podría mostraros. Pues la cuestión, la verdadera, que consiste en *establecer* al proletariado, representa y acarrea de vuestra parte ciertas concesiones de fondo, y sacrificios de forma, que revisarían todo el régimen económico existente. Ahora bien: véis ya perfectamente hasta dónde se puede haceros ir, marchar y correr si tomáis ese camino. Si concedéis A, se os pedirá B, y será preciso llegar hasta la Z. Más vale defenderlo todo, puesto que se declara quererlo *tomar* todo, y que entre quienes se defienden como vos y la nueva clase ávida y ambiciosa que os ataca, nadie está y en *Persona*, para hacer respetar y durar un justo acuerdo recíproco consentido.[6]

(a) Apodo peyorativo que los antirrepublicanos dan en Francia a la República. (Nota del traductor).

6 Estas líneas fueron escritas hacia 1908, en ocasión de las huelgas de Draveil-Vigneux.

LA ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO: CORPORACIÓN Y SINDICALISMO

LA CORPORACIÓN

Si en el siglo XIII y mucho, mucho tiempo después, si en vísperas de la Revolución, la corporación prestaba servicios, dichos servicios no se limitaban al provecho privado de sus miembros; comportaba ventajas públicas, quiero decir ventajas para la propiedad. El obrero organizado en la corporación de un oficio se beneficiaba con la inmensa fuerza que la asociación y la unión agregan a cada unidad humana; si la organización de tales unidades contribuía a volver estable y próspera la sociedad: comportaba pues una disciplina para la corporación y sus miembros, para el grupo y las personas que lo componía.

El individuo, como se osa decirlo[7] no era, pues, "libre": para ser feliz, soportaba para bien y para mal "la fuerza" del grupo, quedando encuadrado y regimentado en la corporación, aun en las épocas en que ésta era floreciente. Y no fue por el abuso de los cuadros ni de las reglamentaciones como la corporación pereció.

—La corporación había declinado no porque encuadraba demasiado, sino porque lo hacía mal, porque a la larga sus cuadros habíanse vuelto demasiado estrechos y minuciosos, y se habían prestado a la constitución de monopolios abusivos, a veces peligrosos para el público, a veces embarazosos para ciertos especuladores y gente de horca cuyo poder estaba en vías de aumentar. Pese a todo, era sobre esa vieja base muy reformable donde subsistía el trabajo nacional; y cuando ya bajó la reyecía, la pandilla de los economistas y russonianos la hizo bambolear, y quiso romperla, el sentimiento público encabritado opuso tales resistencias que fue necesario componer y ceder terreno. Como las quejas contra la corporación de oficios no procedían de miembros "oprimidos", sino del exterior, principalmente de políticos teóricos y hombres de negocios, las viejas trabas molestaron, sobre todo, a los ambiciosos y a los explotadores, y hubo que retroceder. El rey Luis XVI tuvo el buen sentido de retraerse: no lo bastante, pero algo. La Revolución no retrocedió. Dictó el decreto Le Chapelier, que cada cual puede leer en nota de la página 2 del *Anuario de los sindicatos.*[8]

Este decreto no volaba de ningún modo al socorro de comodidades personales: ¡era la expresión de la teoría russoniana, y no otra cosa!

7 Si hablamos de obreros y de trabajadores franceses, no digamos: el individuo. Este perro es un individuo. Este olmo es un individuo. El primero de los seres vivos, por más abajo que se lo tome en la escala orgánica, es un individuo. Para un Hombre, para un Obrero, para un Francés, empleo el único término conveniente, y digo que es una persona, y al restablecer el vocablo adecuado no hago solamente trabajo de gramático, sino que evito un error que la lógica impondría: pues si el individuo es dios, no se le pone bozal al individuo perro, no se atraviesa al individuo pollo con el hierro del asador, no se arroja al individuo grano de trigo bajo la rueda del molino.

8 He aquí el texto del artículo III de la Ley Le Chapelier, año II: "Si contra los principios de la Libertad y de la Constitución, ciudadanos dedicados a las mismas profesiones, artes y oficios, tomasen deliberaciones o hiciesen convenios tendientes a rehusar de concierto o a no aceptar sino a determinado precio el socorro de su industria o de su trabajo, dichas deliberaciones o convenios, acompañados o no por juramentos, son declarados inconstitucionales, atentatorios a la Libertad y a la Declaración de los Derechos del Hombre y de efecto nulo".

Los obreros y jornaleros fueron advertidos además, por una decisión del Comité de Salud Pública, del segundo día de pradial del año II, que todos aquellos que se coaligaran en el terreno profesional para defender sus intereses comunes supuestos comparecerían ante el tribunal revolucionario.

Una petición se dirigió a la Asamblea Nacional por miles de obreros de las corporaciones. Le Chapelier la hizo rechazar, e hizo decretar que las reuniones de obreros eran inconstitucionales. Finalmente proclamó en la tribuna que ya no había más que el interés particular de cada individuo y el interés general del gobierno.

El espíritu de ese decreto era el de prohibir a los obreros (o a los patrones), coaligarse *"por sus intereses comunes supuestos"*. —¿Porque su comunidad era opresiva para los unos o los otros? ¡Ah, no!: porque sus asociaciones y uniones inspiraban suspicacias a los celos que un Estado, que los russonianos, llamados entonces jacobinos, no concebían sino como absoluto y sin límites, emancipado de toda sociedad secundaria, conforme al voto esencial del *Contrato Social.* Fue contra el interés y la libertad de las personas, obreras y patronales, que se dictó el famoso decreto: las violentas resistencias que halló desde entonces lo prueban con abundancia.

•

La historia obrera del siglo XIX no es más que una larga aspiración y una ardiente reacción de las personas obreras y de las voluntades obreras, contra el régimen de aislamiento "individual" impuesto por la Revolución, mantenido por el bonapartismo y el liberalismo burgués sucesor del jacobinismo, no menos despótico, que llegó a imponer su insana doctrina a la reyecía de julio, pero que fue vencido (a medias y de la mala manera) bajo el segundo imperio, cuando por fin el derecho de coalición reconocido fue *desencadenado*, en lugar de ser organizado.

•

DEL SINDICALISMO

La concentración sindical responde a la concentración capitalista, con armas similares, y su lucha cesa de ser enteramente desigual; será necesario o contar con la masa obrera organizada o resignarse a interrumpirlo todo, a paralizar la industria, la nación, la civilización. La última hipótesis es inaceptable. *Es preciso que la obra sea.* Es preciso que el mundo moderno prosiga su tarea propia, que consiste en ordenar nuestra Tierra. Es preciso que intervenga un tratado entre los principios en guerra y para provecho de todos. Las relaciones del

trabajo con el capital deben regularse por compromisos recíprocos, que les permitan concederse garantías equivalentes, estableciendo por una y otra parte, la fuerza y la prosperidad.

La guerra social tiene partidarios; cualesquiera que sean, quieran lo que quieran, no pueden querer que dicha guerra sea eterna. Y la inmensidad de los daños con que ambos campos están amenazados por igual, más el campo obrero que el patronal, en verdad, mostrará claramente que las ventajas de la guerra, de sus labores, de sus ejercicios y de sus pruebas, no pueden concebirse sino a título transitorio. Hay que llegar a la paz de todos modos; y si se reconoce por una parte que la paz social por el socialismo (o la puesta en común de los medios de producción) es solución quimérica, por la otra se vuelve a la realidad sindical, primer germen de la organización corporativa, la que de suyo define o sugiere un acuerdo. Acuerdo a la vez industrial y moral, fundado en el género del trabajo, inherente a la persona del trabajador, y que reconoce a quienes no tienen propiedad material propiamente dicha, una propiedad llamada moral: la de su profesión, un derecho: el de su propio grupo profesional. Es la única idea capaz de pacificar al trabajo dándole una ley aceptable para todos los interesados. Pero la pacificación y la legislación del trabajo presuponen un orden político. *Mientras los ambiciosos y los intrigantes hallen en las perturbaciones sociales el medio legal y fácil de entrar a las asambleas y los ministerios, las leyes mismas serían forjadas con miras a provocar y facilitar dichas perturbaciones.*

Este régimen, es la prima para los agitadores. Organiza, regula con toda exactitud su carrera. Quienquiera haya predicado la huelga y la deserción, siempre será recompensado por los sufragios del pueblo.

No se llega de otra manera. Hay que pasar por los ínfimos grados de la perturbación y de la anarquía para volverse guardián del orden. El personal del Gobierno republicano se recluta por la Revolución.

VII

RETORNO A LAS COSAS VIVIENTES

FRANCIA Y LOS FRANCESES

Ponemos a Francia ante todo, y al servicio de Francia, nos esforzamos por establecer exámenes exactos e ideas verdaderas.

Nacer en Francia y de vieja sangre francesa, aun cuando se proceda del último de los desheredados, es aun nacer poseedor de un capital inmenso y de un privilegio sagrado. Es llevar consigo, y en sí, un título de herencia. Es adquirir posibilidades de progreso moral y material que no fueron ofrecidas con tal abundancia a los hijos de ninguna otra nación.

●

Las largas duraciones históricas merecen, en el pasado, una admiración estudiosa; en el presente, nuestra filial devoción. Que haya una Francia, que ese tesoro territorial, intelectual y moral haya descendido a través de los siglos hasta nosotros, es un beneficio que todo ciudadano y todo hombre digno de este nombre deben empeñarse en prolongar y perpetuar. Aunque el fin de cada uno sea inevitable, los obreros de la sociedad futura tienen el deber de trabajar por el porvenir; no como se nos lo hace decir con harta estupidez, según los antiguos planes, sino sobre planes conformes a esas grandes leyes que permitieron a los antiguos planes el ser seguidos.

●

El cimiento de la nación francesa no es poderosísimo, el depósito de nuestras tradiciones no se acumuló en la raza y en el país, sino porque Francia existe por modo muy diverso del mero hecho de constituir una

treintena y una cuarentena de millones de cabezas v vientes. Cuarenta millones de hombres vivientes, s pero un billón de hombres muertos. El verdadero c miento, helo ahí.

Como Francia es políticamente anterior a los franc ses, la agricultura francesa es superior a los campesin franceses, la industria francesa a los industriales fra ceses. *Pastoreo y laboreo,* decía Sully; el gran minist de un gran rey se cuidaba muy bien de decir: *pastor y labradores.*

LA PATRIA

LA PATRIA: HECHO DE NATURALEZA

Nuestra patria no nació de un contrato entre sus hijos, ni es el fruto de un pacto consentido entre sus voluntades: he ahí algo que el espíritu de fines del siglo XIX admitía ya. Pero he ahí también algo que se rehusaban a servir, a saludar y siquiera a admitir los sostenedores lógicos del individualismo revolucionario: la idea de patria. Sólo que ésta pudo imponerse, gracias a la fuerza de las amenazas europeas: fue luego preciso que el Gobierno, poco a poco, se patriotizara y se militarizara, que retornase, en una palabra, a la línea del mayor interés que nos sea común. Pero esta reacción de hecho, esta reacción instintiva y física, por otra parte contrariada por las fuerzas y los intereses republicanos, no es lo que justifica la idea de patria.

* *

Siéntese la tentación de definirla como una asociación de intereses; pero si la palabra de intereses encierra un sentido precioso, la de asociación destruye su efecto, pues "asociarse" es un acto de voluntad personal, y no es nuestra voluntad lo que nos hizo franceses. Nosotros no quisimos nuestra nacionalidad, no la hemos ni deliberado, ni siquiera aceptado. Algunos tránsfugas por cierto la abandonan; quienes se quedan no eligen quedarse. Es un estado que les acomoda, y que diez mil veces contra una ni siquiera pensaron que alguna vez podría dejar de acomodarles. Una asociación dura por la acción continua de la voluntad personal, la patria dura al contrario por una actividad gene-

ral superior en valor, como en fecha, a la voluntad de las personas. La patria es una *sociedad natural*, o lo que equivale exactamente a lo mismo, *histórica*. Su carácter decisivo es el nacimiento. No se elige su patria —*la tierra de sus padres*— como no se elige padre y madre. Se nace francés *por el azar del nacimiento*, como se puede nacer Montmorency o Borbón. Ante todo es un fenómeno de herencia.

La sensibilidad democrática y republicana que se debate instintivamente contra esas ideas, y sobre todo contra sus consecuencias, hace lo que puede por es-caparles.

* *

Los franceses se vuelven amigos nuestros porque son franceses; no son franceses porque los hayamos elegido como amigos. Estos amigos son recibidos por nosotros, nos fueron dados por la naturaleza. No dejemos jamás poner aquella carreta delante de este buey. Tampoco dejemos decir que al poner delante lo que debe estarlo sacrificamos lo que sigue, pues esto no está bien sino estando en su lugar. Nada será más precioso que tener franceses unidos por lazos de amistad. Mas para tener los tales, hay que aceptar los medios, y no contentarse con declaraciones e inscripciones en las paredes. Más se hará por la amistad de los franceses con decir el origen y las fuertes razones de su comunidad nacional que con imponerles desde ahora simpatías teóricas, obligatorias. Los franceses de hoy se asombrarán si se empieza por afirmar el carácter forzosamente amistoso de sus relaciones cívicas, pues la vida social no es de ninguna manera un idilio, y los desmentidos a dicho sueño como no cesan de llover en los hechos, multiplican los motivos de decepción e irritación con que la amistad efectiva quedará retardada.

* *

Por el contrario, el estudio de nuestro antiguo parentesco francés y de sus ventajas acrecentadas por dies

siglos de colaboración gradual despertaría los sentimientos que unieron a nuestros padres, contra el enemigo amenazante, en torno al cetro, a la espada tutelar, al patrón y al defensor coronado. Nuestra historia muestra ser muy cierto que los Estados se fundaron en la amistad, pero en extremo falso que una vez fundados, los Estados no se mantengan sino sobre aquella base. Pues la amistad surtió efecto. Creó una herencia. Y es entonces cuando dicho principio hereditario pasa a desempeñar un papel de primer plano. Tal la sugerencia que emana del nombre mismo de *patria;* como lo proclama con más alta voz aún el término de *nación*, que significa *nacimiento*, o no significa nada.

Así concebido en su meollo histórico, en su esencia hereditaria, el patriotismo se aproxima a las ideas contra las que en todo tiempo se levantó la democracia. Hace desaparecer las viejas repugnancias que podrían subsistir contra la noción de soberanía hereditaria. Cuando se comprende que una patria tiene por misión resistir a las tormentas del Tiempo, cuando se concibe la nación, como Barrès, a modo de "una cosa eterna", cuando se sabe que Francia no es *una reunión de individuos que votan*, sino un *cuerpo de familias que viven*, las objeciones de principio se desvanecen y el sentido histórico reclama como necesidad o conveniencia lo que primero parecía una dificultad.

Cierto, es necesario que la patria se conduzca con justicia. Pero no es el problema de su conducta, de su movimiento, de su acción el que se plantea al intentarse enfocar o practicar el patriotismo, sino la cuestión de su existencia misma; el problema de su vida o de su muerte.

Para ser justa (o injusta), ante todo es preciso que exista. Es sofístico introducir el caso de la justicia, de la injusticia o de cualquier otro modo de la patria, en el capítulo que sólo trata de su *ser*. Agradeceréis y honraréis a vuestro padre y a vuestra madre, porque son tales con independencia de su título personal a vuestra simpatía. Agradeceréis y honraréis a la patria, porque ella

es ella, y vosotros sois vosotros, con independencia de las satisfacciones que ella puede dar a vuestro espíritu de justicia o a vuestro amor de la gloria. Vuestro padre puede ser enviado a presidio: lo honraréis lo mismo. Vuestra patria puede cometer grandes errores: empezaréis por defenderla, por conservarla segura y libre. Nada perderá con ello la justicia; la primera condición de una patria justa como de toda patria, es la de existir; y la segunda, por otra parte, la de poseer la independencia de movimientos y la libertad de acción voluntaria sin las cuales la justicia ya no es más que un sueño.

•

EL EGOÍSMO PATRIÓTICO

Sí, todos los socorros de los hombres, se deben al hombre. Edipo y don Juan están de acuerdo. Con todo, me parece recordar que está más recomendado socorrer ante todo a nuestro prójimo, y como prójimo (en el lenguaje sagrado, *proximus)*, es un verdadero superlativo, de ahí resulta que nuestra primera caridad debe enderezarse hacia los seres humanos menos alejados de nosotros.

¿Es esto egoísmo? No; salimos así de nosotros, de nuestro verdadero *nosotros*, el que se llama *yo*. Ninguna huella hay de egoísmo en tomar ante todo como objeto de nuestros cuidados a gente a cuyo lado la suerte nos puso en la vida. Es con móvil juego de metáforas cuando se dice: egoísmo nacional o "egoísmo sagrado". Tales egoísmos colectivos no tienen sujeto personal único que sea su responsable. Las así llamadas críticas del egoísmo nacional no tienen ningún objeto. *Quien sirve a su patria no se sirve a sí mismo. Se consagra a otra cosa, distinta de él.* Y es por otra parte a ese grupo muy próximo: casa, calle, aldea, a quien se aplica un amor del prójimo real y fecundo.

* *

Por ahí tenemos, sin duda, a los chinos y los tibetanos, a quienes honro y admiro, pero están algo lejos para sacarles ningún provecho. Empecemos por darle un empujoncito a nuestro vecino Ucalegón, sobre todo, si se le quema la casa; es un principio de moral elemental y la política lo ratifica.

LA NACIÓN

La *idea* de nación no es una "nube" como lo sostiene los chiflados anarquistas; es la representación en té minos abstractos de una fuerte realidad. La nación e el más vasto de los círculos comunitarios que existen en lo temporal, sólidos y completos. Quebradlo, y dejái desnudo al individuo, quien perderá toda su defensa todos sus apoyos, todos sus socorros.

Libre de su nación, no lo estará ni de la penuria, n de la explotación, ni de la muerte violenta. Concluimos pues, conforme a la verdad natural, que todo lo que é es, todo lo que tiene, todo lo que ama está condicionad por la existencia de la nación: por poco que quiera guardarse, es preciso que defienda, cueste lo que cueste, a s nación. No hacemos de la nación un Dios, un absolut metafísico, sino cuando más, en cierto modo, lo que lo antiguos habrían llamado una diosa. Los alemanes qu deifican a Alemania hablan de su viejo Dios, como d Jehová, único, infinito y todopoderoso. Una diosa Francia entra naturalmente en relación y componenda co los principios de vida internacional que pueden limitarl y equilibrarla. En una palabra, la nación ocupa la cumbre en la jerarquía de las ideas políticas. De estas fuertes realidades, es la más fuerte; eso es todo.

Subsumiendo todos los otros grandes intereses comune y teniéndolos bajo su dependencia, está perfectament claro que *en caso de conflicto,* todos aquellos interese deben ceder ante él, por definición: al cederlo, ceden aún a lo que ellos contienen en sí mismos de más general.

•

La nación está antes que todos los grupos de la nación. La defensa del todo se impone a las partes.

•

En el orden de las realidades, están las naciones. Las naciones antes que las clases. Las naciones antes que los negocios.

•

El derecho de las naciones participa de su desigualdad. Contiene pues algo idéntico y algo diferente.

El sentimiento nacional varía evidentemente de pueblo a pueblo; hay formas de gobierno que lo protegen y lo fortifican, otras que lo dejan relajarse y disolverse. Bajo estas diferentes formas, tradiciones desiguales en fuerza y eficacia se mantienen —se descuidan— o se renuncian.

La diversidad de tales elementos es una de las causas de la diversidad de Europa, la que reacciona ella misma sobre las naciones, por la variedad de sus cuadros territoriales, de sus necesidades y ambiciones, y de las satisfacciones que tales ambiciones y necesidades hallan en las otras.

•

Para decirlo bastan las palabras: se entra en un partido, pero se nace en una nación. No se podría repetir demasiado que hay entre los dos términos la diferencia que va de la Asociación a la Sociedad.

Quienes se asocian, crean el elemento común establecido entre ellos. Los miembros de una sociedad empiezan por pertenecerle. Pueden en seguida adherirse a ella, rebelarse contra ella o abandonarla, pero ella les preexistía. Si la voluntad personal de ellos crea su conducta respecto de ella, la existencia de ella no depende de la de ellos, sino en débil medida, y muy alejada.

•

Para establecer el carácter distintivo de una nación cualquiera, podemos limitarnos a considerar un momento único de su historia. Las cualidades que se afirman de un pueblo deben ser constantes, de modo que se revelen a lo largo de toda su vida.

EL HOMBRE Y SU NACIONALIDAD

Los órganos de amplia unificación, los creadores de grandes nacionalidades no son las personas, en inmensa tropa de pequeñas voluntades autónomas. Estas limitan su campo de acción al interés particular de cada uno y al limítrofe, de la familia, que es la "prolongación" del yo. Es lo más que se puede pedir al ciudadano consultado libremente. En historia, toda la añadidura viene de una raza de seres bien diferentes, del puñadito de los jefes: fundadores, directores, organizadores.

Ellos perfeccionan una vida social superior a la vida individual. Quitad, suprimid, tales cuadros mejorados por ellos, destruid sus cimientos, tratad de relacionarlo todo con el "individuo", dadlo todo al Número, quitadlo todo a la Calidad y veréis nacer formaciones nuevas, que valdrán exactamente lo que valga el promedio personal. Italia vale más que las personas que componen al pueblo italiano, lo mismo que Francia vale más que nuestros franceses; pero ocurre que ni nuestra Francia, ni Italia tuvieron por principio generador al sufragio universal y al régimen igualitario. Una y otra descansan en generaciones de amos, de héroes y de artistas, de semidioses y de santos.

•

Es cierto que la nacionalidad no es un fenómeno de raza. De lo que no se sigue que sea el resultado artificial de un acto de voluntad contratante. Sin duda, adherimos con cierta libertad a nuestra raza, a nuestra nacionalidad, a nuestra nación, pero lo hacemos como se consiente de la manera más tácita, y la adhesión es solicitada y arrancada por una multitud de fuerzas bienhechoras, amadas y queridas, contra las cuales no estamos siquiera

en guardia y que soportamos del mejor grado 9999 veces sobre 10.000.

Entre la Naturaleza bruta, la que se entiende en sentido estricto y directo, y el artificio jurídico o de cualquier otra especie, nacido de la voluntad más o menos arbitraria del hombre, hay un intermediario que se podría llamar según la naturaleza: la Sociedad. La vida social forma parte esencial de la naturaleza del hombre, la que no puede en absoluto existir sin ella. La nacionalidad es una modalidad de dicho estado natural. Se puede llamarla hecho social. No es de una necesidad tan rigurosa para el hombre como la de vivir en común. A esta necesidad no se puede escapar, como tampoco a la sociedad que la satisface, mientras que se puede cambiar de nacionalidad y también aprovechar la diversidad de las naciones para vivir más o menos al margen de toda nacionalidad.

La nacionalidad deriva pues, de la naturaleza humana definida y calificada por la sociedad. Lejos de representar el simple voto de nuestra voluntad personal, corresponde a una enorme masa de deseos, pasiones, necesidades, aspiraciones, costumbres, hábitos, maneras de ser, de pensar, de hablar, que a menudo llega a modelar el físico y en que la conciencia refleja y la voluntad deliberada de las personas representan un papel que puede ser el primero, pero que no siempre ni con mayor frecuencia lo es.

Para convencerse de ello, basta considerar dos casos: reducida a sí misma, la forma jurídica de la idea de nación se destruye; es el *ubi bene, ibi patria:* ¡si la patria está donde está mi bien, donde se está bien está también la patria! Por el contrario, despojada de ornamentos jurídicos, la idea de nacionalidad, tal como acabamos de demostrar sus componentes naturales, sociales, históricos, se tiene perfectamente en pie; se la puede aún decorar y pulir, pero lo principal está en aquello . . .

La doble comprobación juzga el valor respectivo de las concepciones en presencia.

EL NACIONALISMO

Hay que comenzar por el comienzo, y afirmar, enseñar y distribuir una doctrina positiva, que pueda a la vez interesar al cerebro y al corazón. La discusión vendrá después. *Empezad por plantear la idea de Francia.* Haced que vuestros contradictores del futuro sean llevados a dar la misma importancia que vosotros a la independencia francesa. Para eso, desarrollad la filosofía del nacionalismo francés. Motivad con fuerza los sentimientos que desearías arraigar entre los espíritus cultos. El mejor medio de probar el valor de la idea de patria está en mostrar de manera concreta lo que vale la nuestra, lo que le debemos, cómo nos envuelve, nos sostiene y nos predestina por todas partes. Nuestra historia, bien analizada, puede igualarse con el más conmovedor de los poemas.

•

PATRIOTISMO Y NACIONALISMO: DEFINICIONES

Por su pasado y su etimología, como por sus sentidos, las dos palabras tienen dos acepciones completamente distintas. Patriotismo se dijo siempre de la piedad hacia el suelo nacional, la tierra de los antepasados y, por extensión natural, el territorio histórico de un pueblo: la virtud que designa se refiere, sobre todo, a la defensa del territorio contra el Extranjero. Como la palabra presupone una frontera determinada y un estado político definido, tiene algo oficial e instalado. Los intrigantes y los filibusteros, como decía Mistral, están bien

obligados a sacarle el sombrero. Pero por necesario qu sea el patriotismo, lejos de volver inútil la virtud d nacionalismo, la provoca en la vida.

El Nacionalismo se refiere, en efecto, antes que a l Tierra de los Padres, a los padres mismos, a su sangı y a sus obras, a su herencia moral y espiritual más aú que material.

El nacionalismo es la salvaguarda debida a todos aqu llos tesoros que pueden estar amenazados sin que u ejército extranjero haya pasado la frontera, sin que (territorio esté físicamente invadido. Defiende a la n: ción contra el extranjero del interior. La misma pr(tección puede ser debida aun en el caso de una d(minación extranjera continuada, cuya fuerza consagrad por un derecho escrito no haya, sin embargo, llegado ser un derecho real, como sucedió especialmente en P(lonia, en Irlanda, y más antiguamente en la Italia d(tiempo de *Mis Prisiones.*

•

Del hecho de que un pueblo imponga doctrina o mé todo a otro pueblo, no se sigue de ninguna manera qu lo aproxime a una cultura más general y más vecina d lo universal. Puede ocurrir. Pero no ocurre siempre.

•

Lo propio del espíritu clásico francés está en enrique cerse por adaptación, por *intususcepción* de todos lo grandes descubrimientos de la humanidad. Así Roma según Montesquieu, se honró con utilizar todos los ins trumentos de guerra, todos los buenos métodos que pud(observar entre sus enemigos. El germanismo se encierr: por el contrario en la estrecha prisión de un espíritu nacional que no tiene de humano más que sus preten siones, pues de hecho está muy estrictamente circuns cripto en el espacio y el tiempo.

¿Hay, pues, nacionalismo y nacionalismo? ¿Hay, pues, tantos nacionalismos como naciones? Pero la misma dificultad puede plantearse para el patriotismo en cuanto se distingue de la simple piedad elemental del suelo natal y de su campanario. No más que los hombres, las patrias no son iguales ni tampoco las naciones. En todo esto el espíritu debe cuidarse de la trampa que le tiende el vocabulario de la democracia internacional y el de los juristas que no prestan atención a la diferencia entre los materiales de sus deducciones. El viejo dicho de que *una ciencia es ante todo un lenguaje bien hecho* no cesó de ser verdad. No se pueden abolir las distinciones necesarias con sólo descuidarlas. La abstracción legítima tiene reglas precisas; se las puede ignorar, pero eso no basta para suprimirlas.

EL GOBIERNO DE FRANCIA

DE LA ARISTOCRACIA

Francia no está hecha para vivir en democracia. Ni Francia, ni país alguno. La democracia es una "mentira universal", el dicho no es mío, sino de Pío IX. La democracia es una enfermedad política. Se sale de ella o se muere. No se vive en democracia. Y quienes hablan de la "democracy" de los países ingleses, no la conocen. La democracia inglesa es lo que llamamos en buen griego y en buen francés, una aristocracia (república de tres cabezas, Corona, Lores, Comunes, conversaciones, *parlamento* entre esas tres cabezas). América es una plutocracia. No hay democracia viviente sino en los países desgarrados y heridos de muerte.

Pero la aristocracia no es el buen remedio para Francia.

* *

Quien piensa en el régimen aristocrático o burgués está ante todo obligado a considerar que hoy no hay gobierno de los Grandes, sin rivalidad entre los Grandes. Las disensiones, las divisiones, el odio de los clanes y de las clases (al estilo galo) es la plaga constante de las burguesías, como de las aristocracias.

La buena gente les dice: *¡Pero uníos, pues! ¡Pero cesad vuestras querellas personales!*

Y los mayores pregoneros de la unión son al mismo tiempo los más grandes comunes divisores.

Y sin un poder único, no electivo, sustraído por su naturaleza a esas divisiones, todo régimen semejante se halla condenado a las vicisitudes de las repúblicas grie-

ga, italiana, flamenca, a los desgarramientos de Francia durante las ausencias y las minorías reales de la guerra de los Cien Años, durante los debilitamientos del poder monárquico en los siglos XVI y XVII, durante el interregno del XIX y del XX.

Ese pasado, aunque puede parecer arcaico, es, sin embargo, explicativo: da la razón de lo que vemos, y nos proporciona su comprensión luminosa.

* *

La Tour du Pin decía que la autoridad no nacía espontáneamente de la masa. Le es exterior, aunque sea allí ardientemente deseada y nada haya que le sea más útil. Ni los príncipes de Alemania ni los eupátridas de Atenas, ni la caballería polaca pudieron sacar de sus Dietas y Consejos lo que la Dieta y el Consejo no tenían. Cuanto mayor era el valor personal de los miembros componentes de dichas asambleas, mejor funcionaba el *quot capita tot sensus*, y más la autoridad pertencía a los elementos divisores. Basta cerrar los ojos del cuerpo para abrir cinco minutos los ojos del espíritu: esos simples axiomas de simple sabiduría política son irresistibles.

Se les resiste, sin embargo, porque se sufre más o menos la ilusión de tres o cuatro grandes aristocracias cuyo éxito llena la historia del mundo. Hubo una Roma, una Cartago, una Venecia y en nuestros días hay la República imperial de los ingleses.

* *

Tan fuerte es dicha ilusión que el gran Fustel de Coulanges mismo se dejó extraviar por ella. No se advierte que en esos raros ejemplos de éxito aristocrático, la naturaleza había hecho inauditos gastos de preparación. En Roma, en Cartago, en Venecia, en Londres, un *bien público de perfecta homogeneidad* (aquí la Tie-

rra, en otras partes el Mar) permitía que la unión de los buenos ciudadanos se hiciese espontáneamente en todos los casos mortales. Dondequiera que esta homogeneidad no exista, vale decir en la mayoría de los casos, la República aristocrática está condenada a un rápido fracaso. Por esta razón ella fracasó en Atenas. Fracasó, fracasa y fracasará en Francia por la misma razón.

*

LAS CONDICIONES GEOGRÁFICAS

Nuestros galos contemporáneos de Julio César no carecieron ni de generosidad ni de consagración a la causa de su país. Quienes daban la vida, rara vez supieron hacerse una concesión de amor propio.

¿A quién, a qué la habrían hecho por otra parte? ¿Al bien público? Pero ¿acaso lo conocían? ¿Lo había para ellos? Es un error hablar de una nación gala. La Galia era una expresión geográfica, y su territorio estaba ocupado por razas tan diversas como los celtas y los ligures, los iberos y los kymris. Dicho territorio mismo era, más aún que hoy, de una extrema variedad de cultivos y explotaciones. Las aristocracias que con un territorio exiguo supieron fundar grandes imperios poseían una situación económica muy homogénea; Cartago y Venecia se dedicaban uniformemente al tráfico comercial, Roma al laboreo y al pastoreo: de ahí la profunda unidad de miras entre quienes representaban el común interés económico. Aquí sucedía lo contrario: las federaciones galas sufrían ya la inmensa variedad del esfuerzo económico francés, tal como lo establece la variedad de nuestra geografía.

* *

Gran cultivo y pequeño cultivo, cultivo de la viña y cultivo de la remolacha y de los cereales están ya en

antagonismos aunque no tomemos más que el dominio agrícola. Pero agregad las industrias que de él se derivan, y el comercio, tan desarrollado en nuestra larga extensión de costas bañadas por tres mares, la disposición de las vías férreas que irradian en todas direcciones, la diversa pendiente de los ríos que dicta su orden a los canales...

Toda selecta minoría *moral* que en un país así constituído se forme por elección o selección, podrá estar bien reclutada —por un prodigio de suerte— entre los más representativos elementos de la fortuna nacional: cuanto mayor sea la fidelidad con que expresen a Francia, más estarán en guerra los unos contra los otros, no por mezquindad de corazón, sino por la tiránica diversidad de sus puntos de vistas respectivos más legítimos.

* *

Con la mejor voluntad del mundo, trabajarán por neutralizarse, por anularse los unos a los otros, y finalmente por *sustraerse* los unos a los otros. Esta mutua sustracción, esta mutua disminución, será su común y constante carácter. No podrán agregarse los unos a los otros, como lo estuvieron antes, sino por la operación de una fuerza de otra esencia, aunque también fundada en la propiedad —la propiedad del mando— por una fuerza representativa de los intereses, pero que los domina como el interés general domina al interés particular y del mismo modo que la prosperidad política representa y domina la prosperidad económica en un Estado.

Cualquiera sea el modo con que se la componga y por bien reclutada que esté, ninguna selección, ninguna cooptación, ninguna aristocracia **francesa** sentirá ni representará con exactitud **el interés nacional** de nuestra Francia, al punto de poder **gobernarla.** Muy bien hecho, como reino, Francia es **una paradoja** geográfica, un monstruo europeo **si está en República.**

La sola ausencia de un poder independiente bastante fuerte para hacer convergir nuestros intereses demasiado varios nos condena a luchas furiosas: cada instante de esa vida equivale para el país a una herida, que la divide, que la agota y la aproxima con certeza a su fin.

•

EL IMPERIO, NACIDO DE LA REVOLUCIÓN

El Imperio es un gobierno de opinión, democrático, plebiscitario, electivo. Luego es *dependiente*. De lo que se puede concluir sin dificultad que no es *independiente*.

•

Lo que le falta al imperio es el nacionalismo. La reyecía es nacionalista, es un gran hecho. El Imperio es extranacional, es otro hecho.

•

Sin faltar a la justicia debida a las glorias del Imperio, las más puras se obtuvieron muy directamente a contrapelo del más profundo interés francés. Ningún Borbón, ningún miembro de la familia Capeta habría, *fisiológicamente*, llegado a concebir o a consentir la política exterior de Napoleón III, que fue un sueño de estudiante internacional.

Niégase que sea justo asimilar el imperio y la democracia. Dicha asimilación no es mía; ante todo lo es de los emperadores y de su partido. Las monedas llevaban esta inscripción: "República francesa, Napoleón Emperador". El imperio quiso a veces, aunque no siempre, fundar la herencia y la dinastía: no provenía de ella. Su principio era revolucionario, electivo, democrático, invocaba la voluntad popular expresada en el plebiscito, y de hecho los grupos que la sostenían confundíanse con aquel partido "avanzado" y aquel partido liberal que en el siglo XIX constituyeron el partido de la guerra.

Basta recordar las fechas de 1830, 1840, 1848, para dejar este punto fuera del debate.

Sin duda aquella democracia se encarnaba en un hombre, pero nuestros mejores teorizadores políticos han enseñado, de acuerdo con toda la historia antigua y moderna, que la democracia tiene varios aspectos: puede gobernar directamente en sus comicios o delegar un consejo y una asamblea, o aun entregarse a un hombre que puede llamarse Cleón o Pericles, Graco o Mario, algunos Césares o los Napoleones.

Se llama democrático un poder que así proviene del número cuyo elegido es, sea dicho poder ejercido por uno o por varios.

En el polo opuesto ocurre que el poder hereditario puede residir en una sola familia y su jefe, el rey, o distribuirse entre varias familias componentes de un patriciado, un senado, como en las repúblicas de Venecia y Roma.

•

Es enteramente arbitrario escindir el Consulado del Imperio, y no menos ficticio cortar como otros lo podrían hacer, el Consulado o el Imperio de la Revolución. Todo eso, emanado exactamente del mismo principio hace un conjunto y debe juzgarse como tal. Forma la masa de veinticinco años de guerra y operaciones diplomáticas que se resumen, desde el punto de vista político, desde el punto de vista de los resultados, en los nombres de Trafalgar, Leipzig y Waterloo; si los tratados de 1815 fueron menos desastrosos de lo que sostuvo el liberalismo durante medio siglo, fue gracias a la experiencia diplomática de la Restauración. Por elevadas que sean las alturas militares y morales a que llegaron nuestras banderas entre 1792 y 1815, hay que darse cuenta de que la derrota fue su última palabra.

•

La democracia puede ser el imperio. El imperio e una forma de democracia.

La república plebiscitaria o parlamentaria es un gobierno sujeto a la opinión y que saca su principio de la elección. El imperio plebiscitario es un gobierno sujeto a la opinión y que saca su principio de la elección: aun cuando creyó volverse hereditario, buscó, ante la primera amenaza de conmoción, su punto de apoyo en la opinión, en la elección, tanto con los decretos de 1860 y el plebiscito de mayo de 1870, como con el *Acta adicional* de los Cien Días.

Quiso ser hereditario, pero no se *sintió* tal. La política exterior e interior de Napoleón III estuvo gobernada por la necesidad interna del plebiscito, en el sentido de agradar a las mayorías; orden material, letras giradas sobre el porvenir, fanfarronerías diplomáticas y militares, todo eso se compaginaba.

El príncipe hereditario debe ante todo *haber nacido* tal y habituádose a concebir en sí el origen de su poder. Tiene que hacerlo aceptar. Debe obtener *asentimientos.* No tiene que mendigar el sufragio de las voluntades.

•

DE LA DICTADURA: DICTADOR Y REY

Las grandes crisis no se desatan sin dictadura. Luego el dictador es necesario. ¿Basta? La historia de las grandes dictaduras muestra lo que ellas tienen de bueno y de malo, la pendiente que las arrastra.

La dictadura necesita contrapesos. No en el orden de la libertad, lo que sería contradictorio. Pero sí en el orden del interés público. La dictadura corta y colectiva, luego casi anónima, se atreve a todo, y para salvarlo todo, lo compromete todo, todo lo extrema y abusa de todo. Pronto vuélvese tan odiosa como la peor licencia en los regímenes de extrema anarquía. Las dictaduras personales y vitalicias comportan más moderación, porque encierran una responsabilidad directa y constante, porque la preocupación del porvenir no puede serles extraña. El espíritu humano está hecho de tal modo que el imperio de los grandes deberes y la experiencia de los grandes poderes lo instruyen como para medirse con ellos.

Sin embargo, un hombre solo es poca cosa. Una vida de hombre, un corazón de hombre, una cabeza de hombre, todo eso está muy expuesto, es demasiado permeable a las balas, al cuchillo, a la enfermedad, a muchas aventuras. La única forma racional y sensata de la autoridad de uno solo es la que reposa en una familia, de primogénito en primogénito, según ley que excluye la competencia y es un poder de tal modo natural que, pues comporta la dictadura y de manera virtual la detenta, el jefe que la ejerce, ya no se llama dictador: es rey (comprendamos bien la palabra: *rex*, director y conductor, funcionario de la inteligencia), y dicha magistratura real, combinando las dos ideas del mando y de la herencia, es algo tan flexible que no cesa de ser ella misma cuando varía con el tiempo y muestra ora el aspecto paternal de una simple presidencia de sus Consejos o de los Estamentos de su pueblo, ora la apariencia de la dictadura directa, ora la dictadura indirecta por medio de un ministro de primer plano. Como ocurre con las cosas muy grandes, la institución es muy superior a los hombres. Su principal valor está en utilizar completamente al pasado en provecho del presente y de no sacrificarle, sin embargo, el porvenir.

•

Nos aferramos con fuerza a estos dos términos de dictadura y reyecía porque estando la dictadura en la necesidad y en la evidencia de las cosas, si se aparta al rey de dicha función, sin embargo, inherente a su magistratura histórica, ella será desempeñada por gente que la ostentaría como un título al favor público. Nada

se puede fundar entre nosotros fuera de la reyecía. Mas se puede parecer fundar algo, y así condenar el país a nuevas conmociones.

La dictadura real ofrece, además, la ventaja de renovar los títulos de la monarquía nacional. Así como conviene juzgar por su valor, flotante y variable, los frágiles papeles de las Constituciones y las Cartas, es preciso igualmente considerar lo que les ocurrió muchas veces representar. Con papel o sin él, las dinastías se mantienen en razón de los servicios efectivos prestados a su pueblo.

EL NACIONALISMO INTEGRAL: LA MONARQUÍA

EL NACIONALISMO INTEGRAL

El patriota puede creerse republicano. Sin embargo, prefiere ver la fuerza francesa unirse y multiplicarse ante las rivalidades extranjeras, a verla dividirse y agotarse a sí misma en los conflictos interiores. Cuando no se confiesa a sí mismo los mudos sentimientos de su generosa rebelión ante el espectáculo del crónico y sistemático desgarramiento de la Ciudad, cada hecho de guerra intestina le produce violento horror: lo que evita reprobar en general, lo censura y lo rechaza en detalle. Su republicanismo es un sistema en el que puede creer, pero que no puede ver practicado sin sufrir. Atribuye al efecto detestado, causas diversas: ora a hombres malos (cuyo igual valor el Derecho republicano le enseña a reverenciar), ora a los partidos furiosos (cuyos conflictos convalida el mismo Derecho e implican el gobierno). De tal modo que es republicano sin admitir las consecuencias de la República, ni las condiciones de funcionamiento. Es verdad que es patriota de la misma manera. Quiere levantar a su patria sin admitir los medios, como quiere conservar la República sin admitir sus efectos ordinarios y naturales.

•

Un nacionalista consciente de su papel admite como regla de su método que un buen ciudadano subordine sus sentimientos, sus intereses y sus sistemas al bien de la Patria. Sabe que la Patria es la última condición de

su bienestar y del bienestar de sus conciudadanos. Toda ventaja personal que se pague con una pérdida para la Patria, le parece ventaja falsa y engañosa. Y todo problema político que no se resuelva en relación con los intereses generales de la Patria le parece un problema incompletamente resuelto. El nacionalismo impone, pues, a las diversas cuestiones que se agitan ante él un común denominador, que no es otro que el interés de la Nación. Como para aquel romano de que hablaba Bossuet, el amor de la Patria está antes de todo.

He visto en la Acrópolis, cubriendo la terraza donde se eleva la fachada oriental del Partenón, los restos del templete que los romanos, amos del mundo, habían levantado en aquel lugar a la diosa Roma, y confieso que la primera idea de este edificio me pareció una especie de profanación. Pensándolo mejor, hallé que el sacrilegio tenía una audacia sublime. A la belleza más perfecta, al derecho más sagrado, Roma sabía preferir la salvación de Roma, la gloria de las armas romanas y, no satisfecho con absolverla, el género humano no cesa de tributarle gratitud. La Inglaterra contemporánea dio ejemplos de la misma implacable virtud antigua. El nacionalismo francés tiende a suscitar entre nosotros una igual religión de la diosa Francia.

La monarquía hereditaria es en Francia la constitución natural, la única constitución posible del poder central. Sin rey, todo lo que quieren conservar los nacionalistas se debilitará ante todo y en seguida perecerá necesariamente. Sin rey, todo aquello que quieren reformar durará y se agravará o, apenas destruido, reaparecerá bajo formas equivalentes. Condición de toda reforma, la monarquía es también su complemento normal e indispensable.

Esencialmente, el realismo corresponde a todos los diversos postulados del nacionalismo: por eso se llamó a sí mismo el NACIONALISMO INTEGRAL.

•

LA MONARQUÍA

En los comienzos de la reyecía nacional, por encima el fenómeno de protección y patronazgo, hay que bicar ante todo un hecho tan completo, tan primordial, ın digno de consideración como el que más, el hecho e fuerza, que es también de amor; el hecho de natuıleza, que también es de voluntad: la paternidad.

Los reyes de Francia fueron los Padres de la Patria.

•

La admirable obra real, si se la rehace con método, odrá soportar presiones y choques mucho más fuertes ue los pobrecitos mecanismos constitucionales ofrecidos quí y allá por modestos reformadores. ¿Resistirá la rueba del tiempo, que todo lo corroe? ¿Resistirá por iempre? Son problemas trascendentales. No es bueno lanteárselos a los hombres.

Humana y nacionalmente, no estamos seguros sino de na cosa: la monarquía reconstituiría a Francia, pero in la monarquía Francia perecerá.

•

Se demuestra la necesidad de la monarquía como un eorema. Una vez planteada la voluntad de conservar ıuestra patria francesa, todo se encadena, todo se deduce on movimiento ineluctable. La fantasía, la elección nisma, ninguna parte tienen en el asunto; si habéis esuelto ser patriota, obligatoriamente seréis monárquio. Pero si os veis así llevado a la monarquía, no tenléis libertad para oblicuar en dirección al liberalismo, l democratismo o sus sucedáneos. La razón lo quiere. Iay que seguirla e ir hacia donde ella conduce.

•

EL MAL MENOR, LA POSIBILIDAD DEL BIEN

No siendo los charlatanes de la monarquía, como los hay de la democracia, jamás enseñamos que la monarquía aparte por mero hecho de presencia los males con que la guerra civil o la guerra extranjera, las epidemias físicas o las pestes morales pueden amenazar a las naciones.

Lo que decimos es que en los países hechos como Francia, la monarquía hereditaria reúne no las mejores condiciones, pero sí las únicas que ofrezcan defensa contra dichas calamidades. La monarquía no es incapaz de error, pero está mejor armada que cualquier otro poder para averiguarlo, precaverlo y en caso de contraste, retornar a la verdad para proceder a las necesarias reparaciones.

Si una brusca evolución económica o social, intelectual o religiosa se impone, la monarquía puede presidirla sea afortunadamente, sea con el mínimo de perjuicios. Si, azotada por un ciclón como a veces los vio desencadenarse la historia, se sufre alguna brutal revolución, el paso es menos rudo, la caída menos completa cuando se producen bajo un jefe, bajo un príncipe cuya sucesión, regulada de antemano, excluirá todo conflicto entre competidores. Así, en monarquía, los intereses superiores, los más extensos, los más graves están colocados en una atmósfera asaz alta y serena para que se pueda esperar que el huracán no la alcance. Si, pese a todo, llega allí, ¡pues bien!, tanto peor. El género humano, en el extremo de su angustia, habrá siempre contado con el máximo de sus garantías. En tal desdicha, inmensa, la calamidad sería más frecuente, más completa y más dolorosa si el poder supremo estuviese colocado más abajo.

•

Aun decaída, desmoralizada, desorientada, la monarquía lleva en sí misma el *sentimiento* y deja tras de sí la *noción* de una responsabilidad, de una memoria, de una tradición, cosas todas de que los Parlamentos democráticos carecen.

La monarquía real confiere a la política las ventajas de la personalidad humana: conciencia, memoria, razón, voluntad; el régimen republicano disuelve sus designios y sus actos en una colectividad sin nombre, sin honor ni humanidad. Luego, como la monarquía representa naturalmente la capacidad del mayor bien y del menor mal, la república significa la posibilidad permanente del peor mal, del menor bien. Por lo que toca a los elementos del mal y del bien, son datos que dependen de las circunstancias y de los hombres: ningún régimen crea los hombres ni sus circunstancias intelectuales y morales. Evidentemente, la organización republicana despilfarra y pervierte los admirables recursos de corazón y de espíritu que Francia le proporciona. La monarquía creó sus condiciones primeras. Evidentemente, crearía las condiciones de su renacimiento.

Sí, la república es el mal; sí, el mal es inevitable en república. Y lo que decimos de la monarquía, es que ella posibilita el bien. El bien público, imposible en república, es practicable en monarquía; en monarquía aunque equivocase el rumbo, el mal público queda mucho menos dañino que en república, pues está sujeto a pasar con el mal ministro o el mal rey, mientras el mal republicano, inherente a la república, no podría acabar sino con ella.

•

En la monarquía francesa, la autoridad es independiente, única, sin reparto.

Para la mayoría de los hombres del siglo XIX y de aun hoy, *absolutismo* es sinónimo de *despotismo*, de poder caprichoso e ilimitado.

Es absolutamente inexacto: poder *absoluto* significa exactamente, poder independiente; la monarquía francesa era absoluta en tanto cuanto no dependía de nin-

guna otra autoridad, ni imperial ni parlamentaria, ni popular: no por eso era menos *limitada*, atemperada por multitud de instituciones sociales y políticas hereditarias o corporativas, cuyos propios poderes le impedían salir de su dominio y de su *función*. Su derecho confinaba con una multitud de derechos que la sostenían y la equilibraban. La antigua Francia estaba "erizada de libertades".

•

Ni el anciano Guillermo, ni Víctor Manuel, ni Luis XIV fueron príncipes mediocres, y sin embargo, el historiador político o el político filósofo siéntese tentado a preferirles aquel magnífico Luis XIII, que permitió al gran Cardenal cumplir su incomparable dictadura fundadora y reparadora.

La reyecía es una institución de tal índole que a toda fuerza nacional la emplea según su valor, casi sin desperdicio, como para que dé su máximo rendimiento.

En una Prusia republicana hubo grandes probabilidades de que Bismarck, Moltke y Roon se hiciesen la guerra; Prusia habría entonces valido: lo que valía el partido de algunos de esos hombres, del vencedor, *menos* lo que valía la suma de cada uno de los partidos vencidos.

Con la reyecía, Prusia valió: lo que Bismarck, *más* Roon, *más* Moltke, *más* el efecto multiplicador de su buena armonía establecida tanto por la función como por el alto valor personal del rey.

No soñamos con restaurar en Francia una monarquía parlamentaria. Ella está probablemente en su lugar en Bélgica, donde puede cumplir una función nacional superior y aun en Inglaterra, cuyo imperio *sostiene*.

Por lo que nos toca, jamás los inmensos beneficios de la Restauración nos engañaron sobre la excesiva parte que el régimen parlamentario daba en ella a los excesos del sistema electivo. Hay que retornar a un régimen que restablezca la distinción entre el Gobierno, encargado de gobernar, y la Representación, encargada de

representar. En el actual estado de las naciones, los reinos, imperios y repúblicas se quejan todos del despilfarro financiero: despilfarro que sale de la confusión general del Parlamento con el soberano.

La monarquía francesa, "tradicional, hereditaria, antiparlamentaria y descentralizada", es decir, la monarquía representativa y corporativa es la única que es capaz de poner fin a dicho abuso.

•

La república tiene necesidad de imponerse a las conciencias, puesto que reposa en las voluntades. Necesita el *entusiasmo* de los súbditos, que son sus electores y que, nominal y constitucionalmente, tienen su destino en las manos.

Por el contrario, la monarquía existe por su propia fuerza, *sua mole stat*. Ella no necesita consultar a cada instante a un supuesto soberano elector. En suma, le basta con ser tolerada, soportada, y siempre se le da más y mejor, precisamente porque su principio no la obliga a hostigar a la gente para exigirle constantemente hallarla hermosa. La república es una religión. La monarquía es una familia. Ésta no tiene necesidad sino de que se la encuentre aceptable. Aquélla exige que se sigan sus ritos, sus dogmas, sus sacerdotes y sus partidos.

•

HERENCIA Y AUTORIDAD

Las minoridades, las regencias constituyen la llaga de las monarquías. Ahí está el defecto de ese modo de gobierno, que no es perfecto, puesto que ningún gobierno lo es, pero que es el menos imperfecto de todos. Sin embargo, su defecto puede ser atenuado por una buena ley de sucesión (por ejemplo, la de la Casa de

Francia), por el espíritu político de la raza reinante y también por la voluntad, el patriotismo y la razón de los ciudadanos, a quienes se pide una o dos veces por siglo un esfuerzo juiciosamente limitado a algunos años. Los demócratas que esperan evitar dicha calamidad proclamando la república se asemejan a aquel Gribouille que se ahoga en el mar para evitar la mojadura de una lluvia: pues proclamar la república, es precisamente establecer en permanencia el mal que se quiere alejar. Es erigir en institución permanente un período de peligro y de crisis, es volver la minoridad perpetua, ofrecer la regencia a la universal competencia.

¡Con qué arte sublime y con qué rápido cincel buriló Bainville aquella elegante asimilación!

•

Por lo que me toca, siempre cuidé de separar las reflexiones sobre la herencia política y económica con las vagas, aventuradas y capciosas generalizaciones sobre la estricta herencia fisiológica. Una aristocracia puede estar formada por sangres diversas, y ello no obstante cumplir sus más altas funciones, si otras condiciones se le dan favorablemente. Hay en los comienzos de la historia de Francia una aristocracia franca, una aristocracia escandinava, una aristocracia galorromana: las tres juntas concurrieron al admirable sistema feudal.

Más adelante el fenómeno se repitió en las mismas condiciones.

Fue por la herencia *profesional,* que no era *la herencia de los rangos ni de las dignidades,* como se formó aquella selección de familias, gracias a la cual pudo Francia producir, de edad en edad, durante siglos, un personal tan notable de oficiales, jueces, diplomáticos, artesanos, que descollaron en todas las especies de industrias y de oficios.

•

Quienes anhelan la autoridad, serían juiciosos si comprendieran que la autoridad no es obra de la mano del hombre, ni se fabrica por vía de elección; que la autoridad es *nacida,* que es un don del cielo.

Las personas efímeras no tienen por qué buscar cuál de entre ellas es la más apta para gobernar. Corresponde al conjunto de las razas francesas, o más bien a su historia, decidir cuál es la familia-jefe.

Dos de esas grandes familias, después de buenos servicios, fueron alcanzadas por el derrocamiento: los hijos de Carlos reemplazaron a los hijos de Clovis, después los hijos de Roberto sucedieron a los hijos de Carlos.

No hay medida común entre la obra merovingia o carolingia, y aquella gran empresa nacional de generación en generación a que procedieron con éxito constante, los robertinianos, después llamados capetos. Gracias tal vez a su admirable ley de sucesión, aquellos príncipes-modelo construyeron la patria o la reconstruyeron. Cuando caían, el Estado declinaba con ellos. Cuando se volvían a levantar, el Estado resurgía con ellos. Lo que se vio dos veces en la Guerra de los Cien Años (Carlos V, Carlos VII) lo que se repitió con las guerras de religión y bajo Enrique IV... La Fronda y Luis XIV nos dieron su último ejemplo antes que la anarquía revolucionaria nos condujese a Trafalgar, Leipzig, Waterloo, Sedán por una curva descendente motivada por su regicidio o su destierro, y en la que el retorno momentáneo de tres de entre ellos determinó el punto de resurgimiento nacional.

La familia que, entre sus ruinas, se arrogó el título de IV dinastía, hizo exactamente la misma bancarrota que la anarquía revolucionaria de donde ella procedía.

La elección de la historia es muy clara.

EL REY

Corruptible en cuanto hombre, el rey tiene como rey la ventaja de no estar corrompido: su regla de sensibilidad consiste en mostrarse insensible a todo lo que no afecte sino lo particular, su género de interés, en estar naturalmente desprendido de los intereses que por debajo de él solicitan todos los otros: dicho interés está en independizárseles.

El rey puede desconocerlo, puede olvidarlo. Supongamos lo peor. Un espíritu mediocre, un carácter débil lo exponen a errar y equivocarse. ¡No importa, sin embargo! Su valor, el valor de un hombre, es infinitamente superior al de la resultante mecánica de las Fuerzas, a la expresión de una diferencia entre dos totales.

Valgan lo que valieren su carácter o su espíritu, quedan aún, sin embargo, un carácter, un espíritu; es una conciencia, un corazón, una carne de hombre, y su decisión representará algo humano, mientras que el voto de 5 contra 2 ó de 4 contra 3 representa el conflicto de 5 ó de 4 fuerzas contra otras 2 ó 3 fuerzas. Las fuerzas pueden en sí mismas ser pensantes, pero *el voto que las expresa no piensa;* por sí mismo no es decisión, un juicio, un acto coherente y motivado tal como lo desarrolla y lo encarna el Poder personal de una *autoridad* consciente, nominativa, responsable.

•

Tal poder juzga como *calidad.* Aprecia los testimonios en vez de contar los testigos.

Bien o mal, así es como procede, y tal procedimiento es superior en sí al de la suma y de la resta.

Teniendo interés en saber la verdad con el fin de distribuir justicia, alienta a los unos, tranquiliza a los otros, y a veces no escucha más que a uno, si uno solo le parece digno de ser escuchado. Si el caso llega, lo defiende contra todas las emboscadas y las tentaciones de los poderosos. Ese discernimiento *humano,* de los valores intelectuales y morales difiere, como el día de la noche, del grosero y ciego procedimiento de las democracias. La idea de remitirlo todo a una especie de combate singular o batalla general de los intereses en conflicto es una *regresión* que repite, bajo una forma nueva y mucho menos bella, aquellos duelos judiciales ante los cuales ya se mostraban indignados los predecesores de San Luis.

Únicamente la barbarie puede poner su confianza en las soluciones de las mayorías y del número. La civilización hace intervenir lo más a menudo posible el discernimiento de la verdad, el culto del derecho. Pero eso presupone que el *Uno* tomado por juez y jefe se distinga de las fuerzas llamadas a ser arbitradas por él. El soberano no es el súbdito, el súbdito no es el soberano. Al mezclarlos, la democracia lo embarulla todo, todo lo complica, todo lo retarda, y su regresión retrotrae el mundo a los más bajos estadios del antiguo pasado.

•

Si se compara lo comparable: los vicios de una asamblea con los vicios de un príncipe hereditario, las virtudes de una asamblea con las virtudes de un rey, se advierten graves diferencias. La institución real palia o combate los efectos del mal, mientras que la institución republicana los apoya y amplifica. Igualmente la monarquía presta a la virtud de las personas reales un apoyo activo, permanente, mientras la democracia fatiga, desespera, agota o corrompe forzosamente a sus mejores servidores.

La peor *sanción* de la "responsabilidad" real es el regicidio o la deposición, o la caída de la dinastía: sin embargo, ella puede ser aplicada con la mayor iniquidad del mundo, como, por ejemplo, a Enrique IV o a Luis XVI. Pero la idea de esta sanción es bastante fuerte para relevar el promedio de los reyes por encima de lo habitual. La conservación de su vida, de su gloria y de su herencia se confunde, en la psicología natural de los reyes, con la conservación del Estado.

Están interesados en que el Estado les sobreviva, y de hecho el nuestro no sucumbió gravemente más que una sola vez desde 987 hasta 1792. Pero desde hace 144 años, desde que el régimen electivo está oficialmente establecido entre nosotros, ya no son más que caídas, revoluciones, desastres, deslizamientos cuyas responsabilidades están divididas a la vez en extensión y duración: en extensión, puesto que se reparten entre los jefes electos, su parlamento y la opinión de todo un pueblo; en duración puesto que en tanto cuanto responsabilidad política se limita a las personas sin repercutirse en su descendencia.

•

Un rey destronado vuélvese un miserable desterrado. Un republicano que ha perdido el poder es un gran personaje que jamás pierde la esperanza de recuperarlo y vive rodeado de una corte de parásitos activos y turbulentos.

Es por esto que un rey si es a la vez áspero y prudente respecto del bien público, porque mucho perdería con faltar a una y otra de esas cualidades, el republicano nada pierde ni con descuidarlo todo: incluso podrá decirse al caer que ya sabrá desquitarse y repararlo todo *la próxima vez.*

A este precio uno puede permitírselo todo. Eróstrato incendiaba el templo de Éfeso, pero se asaba en su interior. En régimen republicano, se le puede prender

fuego a los cuatro costados de nuestras administraciones, salir bien parado y volver a empezar.

•

¡Ah, sí! ¡No es indiferente que el rey y los príncipes sean buena gente y personas capaces!

Pero los reinados buenos y grandes, las restauraciones brillantes están siempre ligados al espíritu de la institución, que vuelve esos altos valores humanos infinitamente más frecuentes y productivos que en república, por la razón de que un príncipe, dos príncipes, diez príncipes son más fáciles de educar que diez millones de electores o, aun, que nueve de diez centenas de esos políticos en su mayoría improvisados, que se llaman parlamentarios.

Pero, en fin, lo esencial del mecanismo real no descansa en el valor de las personas, y el valor del reinado no resulta de dicho elemento único.

En república, ¡todo depende de eso! En república, la virtud es *indispensable,* la virtud heroica, la virtud estoica. O ya no hay más nada. ¡Y el mínimo de virtud exigible comporta una fe romana jurada y cumplida para las promesas con que se colmó al elector!

Puesto que todo allí depende de los sufragios dados por el elector a un programa, el régimen se desmorona y deshonra, si el electo no guarda fidelidad al programa de su elector, por lo menos "en el promedio de los casos". Ocurre luego, y debe ocurrir en un país republicano como el nuestro, lo que, por ejemplo, habría ocurrido en la edad media si los juramentos de fidelidad y homenaje, fundamentos morales de la jerarquía feudal, no hubiesen tenido por garantías corrientes y normales cierto *tonus* moral y religioso, cierto sentido del honor que hacía viable el sistema. El sistema se debilitó cuando dichas virtudes se debilitaron para dar lugar a estados de ánimo y de corazón diferentes.

¡Al menos puédese decir que la fidelidad feudal vivió

y duró por varios siglos! Pero ¿y la virtud republicana? Aun limitada únicamente a la fidelidad con los compromisos electorales, fue negada desde su cuna en 1792, en sus primeros pasos, cuando las asambleas centralizaron para ejecutar un programa descentralizador, cuando hicieron la guerra para aplicar un programa de paz, cuando destruyeron la monarquía que tenían el mandato de conservar. Tales asambleas tuvieron en vista únicamente el poder y la condición de dicho poder personal en vez de ejecutar el mandato de sus comitentes. Dichas asambleas de usurpadores eran pues lo contrario de la "virtud".

Esta virtud republicana no existió más que en los sueños de cierto número de doctrinarios ideólogos. La realidad los anuló siempre tan bien que los republicanos de la III República, apenas vencedores electorales de la reacción, no tuvieron nada más urgente que declarar *cumplidos los tiempos heroicos* y decretar la destitución de los *vejestorios.*

Con esa destitución, la institución realizó la destitución de la Patria.

Pusiéronse entonces a gobernar entre sí, para su uso y beneficio, ayudados, servidos, y protegidos confortablemente por las ficciones y las realidades del régimen. Pero así se precipitó la ruina de todo lo demás.

O abjuramos de esas fábulas mentirosas, demolemos esas realidades peligrosas, restauramos la verdad política y restablecemos la monarquía nacional, o hay seguras y tristes probabilidades de tenernos que decir antes de mucho que somos los últimos franceses.

Este libro se terminó de imprimir
el día 30 de noviembre del
año 1962, en los talleres
PELLEGRINI, *Impresores,*
San Blas 4027,
Buenos Aires

DE NUESTRO CATÁLOGO

Aguirre Elorriaga, Manuel, S. J., *El Abate de Pradt en la emancipación hispanoamericana.* (2ª edición).
Alem, etc., *La revolución del 90.*
Angelis Pedro de, *Acusación y defensa de Rosas.*
Anzoategui, Ignacio B., *Nueve cuentos.*
Aretz, Isabel, *Costumbres tradicionales argentinas.*
Balestra, Juan, *El Noventa.*
Belgrano, Mario, *Rivadavia y sus gestiones diplomáticas con España.* (1815-1820).
Belloc, Hilaire, *Europa y la fe.*
— *El estado servil.*
— *La Revolución Francesa.*
Bosch, Mariano G., *Historia del Partido Radical.* La U. C. R. 1891-1930.
Bouscaren, Anthony T., *La política exterior soviética.*
Brinton, Crane, *Los Jacobinos.*
Burnham, James, *La revolución de los directores.*
Burnett, John, *La aurora de la filosofía griega.*
Bustamante, José Luis, *Los cinco errores capitales de la intervención anglo-francesa en el Río de la Plata.*
Butterfield, Herbert, *La política de Maquiavelo.*
Busaniche, José Luis, *El bloqueo francés de 1838 y la misión Cullen.* Federalismo y rosismo.
Cané, Miguel, *La diplomacia de la Revolución.*
Carbia, Rómula D., *La Revolución de Mayo y la Iglesia.* Contribución histórica al estudio de la cuestión del Patronato Nacional.
Clifton Goldney, Adalberto A., *El cacique Namuncurá.* Ultimo soberano de la Pampa.
Colinon, Maurice, *La Iglesia frente a la Masonería.*
Concolorcorvo, *El Lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima.*
Cornejo, Atilio, *Apuntes históricos sobre Salta.* 2da. edición corregida y aumentada.
Dabin, Jean, *El Estado o la Política.*
Hernández, José, *Martín Fierro,* Introducción, notas y vocabulario de Horacio Jorge Becco.
Hutchinson, Thomas J., *Buenos Aires y otras provincias argentinas.*

Irazusta, Julio, *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia.* Cuatro tomos.
— Tomo V: La agresión anglo-francesa. 1845-1848.
— *Perón y la crisis argentina.*
— *Urquiza y el pronunciamiento.*
— *Ensayos históricos.*
— *Tomás M. de Anchorena o la independencia americana a la luz de la circunstancia histórica.*
— *Las dificultades de la historia científica y el "Rosas" del Dr. Celesia.*
Ivern, Andrés, *Rosas y la medicina.*
Laferrere, Roberto de, *El nacionalismo de Rosas.*
La disipación de las tinieblas, El origen de la masonería.
Leumann, Carlos Alberto, *La literatura gauchesca y la poesía gauchesca.*
López, Vicente Fidel, *Manual de historia argentina.*
Lugones, Leopoldo, *La Grande Argentina.*
Manoilesco, Mihail, *El partido único.*
Mao Tse Tung, *Sobre la guerra de guerrillas.* Prólogo del brigadier general Sammuel B. Griffith.
Marangoni, Matteo, *Comprender la música.*
Marco del Pont, Augusto, *Roca y su tiempo* (Cincuenta años de historia argentina).
Maulnier, Thierry, *El pensamiento marxista.*
Maurras, Charles, *Mis ideas políticas.*
Molinari, Diego Luis, *Prolegómenos de Caseros.*
Montarce Lastra, Antonio, *Redención de la soberanía.* Las Malvinas y el diario de doña María Sáez de Vernet.
Oliver, Juan Pablo, *Alberdi.*
Palacio, Ernesto, *Historia de la Argentina.* 1515-1857. Dos tomos.
D'Amico, Carlos, *Buenos Aires, sus hombres, su política.*
Dawson, Christopher, *El movimiento de la revolución mundial.*
— *Progreso y religión.*
Delmas, Claude, *La guerra revolucionaria.*
Dent, E. J., *Las óperas de Mozart.*
Doll, Ramón y Cano, Guillermo, *Las mentiras de Sarmiento.* Por qué fué unitario.
Driencour, Jacques, *La propaganda, nueva fuerza política.*
Durán, Leopoldo, *Contribución a un diccionario de seudónimos en la Argentina.*
Ezcurra Medrano, Alberto, *Las otras tablas de Sangre.*
Fay, Bernard, *La Masonería y la revolución intelectual del siglo* XVIII.
Furlong, Guillermo, S. J., *Los jesuítas y la cultura rioplatense.* Nueva edición corregida y aumentada.
— *Matemáticos argentinos durante la dominación hispánica.*
— *Médicos argentinos durante la dominación hispánica.*
— *Músicos argentinos durante la dominación hispánica.*
— *Artesanos argentinos durante la dominación hispánica.*
— *Bibliotecas argentinas durante la dominación hispánica.*
— *Arquetipos argentinos durante la dominación hispánica.*
Gálvez, Jaime, *Rosas y el proceso constitucional.*
— *Rosas y la navegación de nuestros ríos.* Segunda edición.
Gálvez, Manuel, *La Argentina en nuestros libros.*
Gallardo, Guillermo, *La política religiosa de Rivadavia.*
Garasa, Delfín L., *El quehacer literario.*
García de Loydi, Ludovico, S. J., *El virrey Sobre Monte.*
Gaxote, Pierre, *El siglo de Luis XV.*
Genta, Jordán B., *Libre examen y comunismo.*
Gierke, Otto Von, *Las ideas políticas de la Edad Media.*
Gómez Ferreyra, Avelino I., S. J., *Pedro "El Americano" y una misión diplomática argentina.* (2da. edición aumentada y corregida).
Grant, Michel, *Literatura latina.*
Guenon, René, *El teosofismo,* Historia de una seudo religión.
Harmuth, Gerhard, y Schwalberg, Georg, *El "Graf Spee" en el mar.* (De Kiel a Punta del Este).
Passage, Henri du, S. J., *Moral y capitalismo.*
Pérez, Joaquín, *San Martín y José Miguel Carrera.*
— *Historia de los primeros gobernadores de la provincia de Buenos Aires.* El año XX desde el punto de vista político-social.
Presas, José, *Memorias secretas de la Princesa Carlota.*
Puentes, Gabriel, *El gobierno de Balcarce.*
Pueyrredón, Carlos A., *La diplomacia argentina con los países americanos.* 1815-1819.
Quesada, Ernesto, *La época de Rosas.*
Rapela, Enrique, *Cosas de nuestra tierra gaucha.*
Remond, René, *La derecha en Francia.* De 1815 a nuestros días.
Rodríguez Larreta, Carlos, *Después de Caseros.*
Rojas, Ricardo, *Historia de la literatura argentina. Los modernos.* dos tomos.
— ídem, *Los coloniales.* Dos tomos.
Rosa, José María, *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica.* 3ra. edición aumentada y corregida.
— *Nos los representantes.* 2da. edición aumentada y corregida.
Saldías, Adolfo, *Historia de la Confederación Argentina.* Rosas y su época. Edición ilustrada. Tres tomos.
Sarmiento, Domingo F., *Condición del extranjero en América.*
Sierra, Vicente D., *Historia de la Argentina.* Tomo I. Introducción, conquista y población. (1492-1600).
— Tomo II. Consolidación de la labor pobladora (1600-1700).
— **Tomo III. Fin del régimen de gobernadores y creación del virreinato del Río de la Plata. (1700-1800).**
— **Tomo IV. Fin del régimen virreinal e instalación de la Junta de Mayo en 1810. (1800-1810).**

— Tomo V. Los primeros gobiernos patrios. (1810-1813).
Sinclair, T. A., *Historia del pensamiento político griego.*
Torre Revello, José, *La orfebrería colonial en Hispanoamérica y particularmente en Buenos Aires.*
Thibaudet, Albert, *Las ideas de Charles Maurras.*
Trenti Rocamora, J. Luis. *El teatro en la América Colonial.*
— *Grandes Mujeres de América.*
Vargas Ugarte, Rubén, S. J., *El Episcopado en los tiempos de la emancipación sudamericana.*
Vásquez, Aníbal S., *José Hernández en los entreveros jordanistas.*
Vocos, Francisco J., *El problema universitario y el movimiento reformista.*
Wast, Hugo, *Año X.*
Wilkes, Josué T., y Guerrero Cárpena I., *Formas musicales rioplatenses. Cifras, estilos y milongas.* Su género hispánico.